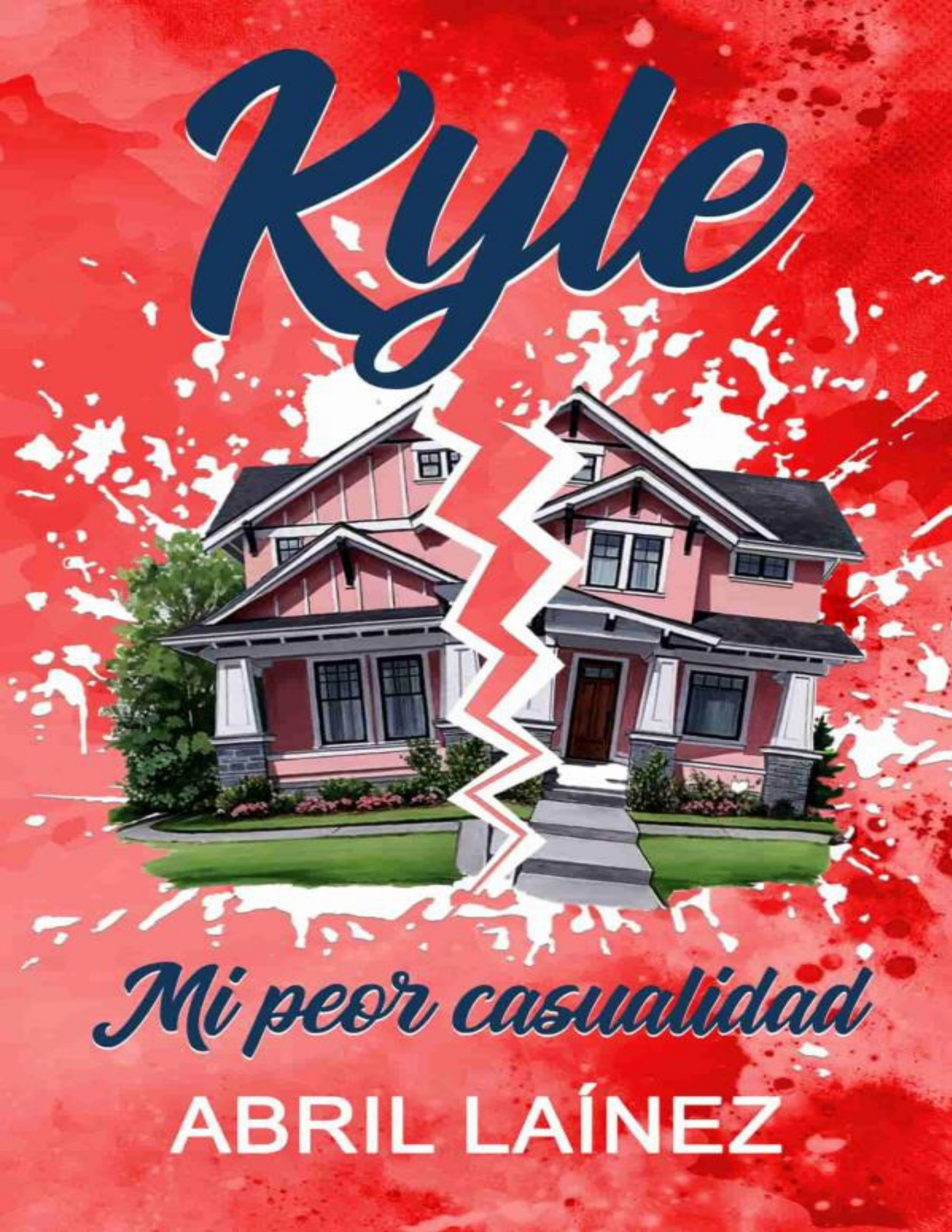
Kyle



Mi peor casualidad

ABRIL LAÍNEZ

Kyle



Mi peor casualidad

ABRIL LAÍNEZ

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Primera edición, marzo 2025
Titulo original: Kyle. Mi peor casualidad.
Diseño de la portada: Adyma Design
Corrección: Cristina García.

1

Eve

Primera llamada. Un error.

Manhattan, Nueva York.

Observo la pantalla de mi móvil mientras intento decidir en qué orden voy a llamar a mis amigas.

Kimberly o Ruby…

«Una decisión de vital importancia», digo en voz alta con ironía. El resultado de no tener nada que hacer. Quizás sea ese el motivo por el que he decidido contarles mi «pequeña aventura». Ni siquiera es importante, pero es una forma de entretenerme, de evadirme, de dejar de pensar en el viaje que acabo de hacer a Pensilvania.

Tendría más sentido que les hablara del verdadero motivo que me llevó hasta allí, pero lo haré cuando esté preparada. De momento, solo quiero compartir con ellas la parte más improvisada y emocionante de ese viaje.

Allá voy.

Primero, Kimberly.

Todavía no sé por qué he decidido hablarle de ello. Será que hoy me siento valiente y estoy dispuesta a correr riesgos extremos.

—Tengo algo que contarte, algo muy emocionante —le suelto nada más escuchar su voz: una dulce y calmada.

—Yo también —se apresura a decirme.

Esa es Kimberly. Mi amiga «Yo también», o «Yo más». A pesar de esa necesidad suya de estar siempre en primera fila, la adoro y espero paciente en silencio su siguiente intervención. Son doce años de amistad: la conozco bien.

—¿Qué me tienes que contar? —me pregunta lentamente, como si estuviera a punto de conciliar el sueño.

Vaya, mucha ilusión no le hace.

—Tú primero. —La invito mientras imagino lo que me va a decir.

—No, tú primero. Un viaje de dos semanas con Jace por Francia e Italia no se cuenta en un minuto.

Ni en tres semanas tampoco, que es lo que ella suele dedicar a narrar sus viajes con su novio, aunque solo sean de un fin de semana. Jace es su tema favorito. Vive por y para él. Todo, absolutamente todo, excepto algunas horas a la semana que nos dedica a Ruby y a mí, principalmente telefónicas; y el primer viernes de cada mes, que solemos salir a cenar, gira en torno a Jace: el hombre con el que lleva dos años saliendo.

—¡Lo he hecho! —le digo con un entusiasmo que hasta a mí me sorprende—. He cumplido uno de los propósitos de mi lista. Lo he hecho, Kimberly —le digo orgullosa.

—¿Tienes una lista de propósitos?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Esa también es Kimberly. La que le da más importancia a saber cuándo he confeccionado una lista, que a saber lo que con tanta ansia quiero contarle.

—Desde hace un tiempo… —le digo intentando ocultar mi desgana.

—¿Qué hay en esa lista?

—Cuatro propósitos. —Me animo de nuevo. Es mejor seguirle la corriente.

—¿Del tipo «propósitos antes de morir»?

Creo que debería terminar esta conversación con cualquier excusa que se me ocurra, pero por alguna razón que desconozco, no lo hago.

Pongo los ojos en blanco y me armo de paciencia; alguna tengo, pero poca.

—La idea es que se cumplan antes de morir. Después… No sé si los necesitaría.

—No seas irónica. ¿Cuáles son?

—Uno, encontrar trabajo; dos, encontrar apartamento; tres, vencer mi adicción al helado; cuatro, acostarme con un hombre nada más conocerlo.

—Dime que lo que has cumplido está entre los tres primeros.

—No, error. Es el cuarto. Me he acostado con un tío diez minutos después de conocerlo.

—Y… ¿Estás loca por él? Dime que no.

—No, claro que no. No lo he vuelto a ver ni lo veré. Ahí está la gracia. Una aventurilla rápida, pasional… con un auténtico desconocido. He estado unos días en… —Me detengo. No quiero hablar de ese tema—. El caso es que surgió, Kimberly.

—Eve, ¿estás hablando en serio? Dime que estás de broma.

—Pues claro que hablo en serio, joder.

—¿Me lo cuentas así, tan tranquila?

—Más bien estoy entusiasmada, ¿es que no lo notas?

—No me lo puedo creer. ¿Quién tiene un propósito como ese? —me pregunta aterrorizada.

Se comporta como si le hubiera confesado que tengo el propósito de asesinar a veinte personas esta misma tarde.

—¿Quién tiene ese propósito? —insiste.

«Buena pregunta», me digo. ¿Alguien que necesita inventarse una lista de propósitos para pensar en cualquier cosa que no sea en la peor parte de ese viaje?

¿Alguien que lleva más de veinticuatro horas luchando por mantener la mente distraída para no pensar en… lo que no quiero pensar?

—Yo —le contesto riéndome—. Los otros propósitos son importantes, como habrás observado. Y este era… un caprichillo. Este era más fácil de cumplir, así me motivo con los otros que quedan.

No sé por qué me esfuerzo en darle un toque de humor. Soy rematadamente tonta.

—Empiezo a creer que Ruby no es una buena influencia para ti —me indica adoptando un tono de voz de preocupación.

Ruby es el lado opuesto a ella, en cuanto a relaciones se refiere. Es alérgica al compromiso. Sus «aventuras» suelen durar entre una noche y un día. Eso suele ser un motivo de choque entre ellas, aunque solo desde que Ruby empezó a salir con Jace; ha cambiado mucho desde entonces.

—No dramatices, Kimberly… Ruby no tiene nada que ver: tomo mis propias decisiones.

—¿Qué clase de decisiones? Eve, ¡tienes novio!

Guardo silencio. Es como si me hubiera echado agua helada en la cabeza.

—¡Ah! Eso… ¡Claro!

Esperaba que Kimberly reprodujera un párrafo de su catálogo moral y de buena conducta, que me hablara de los peligros de acostarse con desconocidos, de los psicópatas que andan

sueltos por Nueva York… pero no había pensado en Grayson.

Eso solo me confirma que no estoy muy centrada. Hasta siento escalofríos por no haber reparado en ello.

—¿Se lo has contado a Grayson?

Definitivamente he cometido un error al llamarla. ¿En qué estaba pensando?

—No, claro que no.

—¿Habéis roto?

—No, no hemos…

—Pues deberías contárselo —me interrumpe bruscamente.

—¿Tú crees? —le pregunto con ironía.

Ha llegado el momento de empezar a despedirme. Esta conversación no conduce a nada. Debería haberlo pensado antes.

—Eve —me dice adoptando una postura maternal—, aunque es posible que Grayson te deje si se lo cuentas, valorará tu sinceridad. Él es muy comprensivo, hasta podría perdonarte. Debes contárselo, es lo más razonable.

«Los razonables» de Kimberly son complicados de entender, así que no seré yo quien entre en un debate con ella.

—Dime que no se lo vas a ocultar —insiste tras mi silencio. Me estoy empezando a poner muy nerviosa—. No podría mirarlo a la cara después de lo que me has contado.

Como si lo viera mucho… Han debido coincidir dos o tres veces…

Podría decirle que si se lo digo a Grayson será porque me dé la gana y así lo decida yo, no porque quiera evitar que pueda o no mirarlo a los ojos, pero prefiero no discutir.

Mientras Kimberly sigue hablando de los valores de una relación, que no son discutibles, por supuesto, y que harían que el mundo fuera mejor si los cumpliéramos a rajatabla, yo solo pienso en la llamada que voy a hacer a continuación. Necesito otra versión, otra reacción. Necesito la locura y la frescura de Ruby.

Eso necesito. Solo eso.

Me despido de Kimberly tras recibir su absolución con la condición de confesarme a Grayson.

Me lo merezco. Solo tenía que haber dedicado unos minutos a «pensar» y no habría hecho esta llamada. La conozco bien y su reacción es lo último que necesito. Aunque… creo que ahora soy capaz de entender qué me ha llevado a contárselo a Kimberly.

La culpa es de mi subconsciente. Él me ha conducido a ello para que alguien me recordara la existencia de Grayson, ya que yo, en todo el proceso de «mi aventura», no he sido capaz de hacerlo. Ni antes, ni durante, ni después.

Y ahora que soy consciente de su existencia, debería sentirme mal por él, por lo que he hecho, pero… no puedo.

2

Eve

Segunda Llamada. Un acierto.

—¡No! ¿En serio? Joder, Eve… —Ruby se echa a reír en cuanto le anuncio mi aventura—. ¡Un momento! Eres tú, ¿no? ¿Eres Eve? No te estarás haciendo pasar por mi amiga… Ella nunca se hubiera tirado a un tío que acabara de conocer. Creo que la he escuchado decir diez millones de veces que necesita más tiempo para ello.

—Diez millones de veces que me has intentado convencer de que era una estupidez afirmar algo así. Acabé por creerte. Deberías estar orgullosa.

—Lo estoy. Por fin te has dado cuenta de que la vida es muy corta para autoimponerse normas estúpidas como esas. ¿Qué incluye esa lista de propósitos? No sabía que tuvieras una lista.

—En realidad la he confeccionado hace una hora. Y lo que incluye es encontrar casa, trabajo, dejar el helado y… el que ya he cumplido.

—Eve… —me llama la atención con una cantinela muy propia de ella—. Eso no debería ser una lista de propósitos. Antes o después encontrarás trabajo y también la forma de pagar un apartamento. Sabes que tienes casa donde vivir. —Hace una pausa—. El helado debes asumirlo como algo que te define, no renuncies a él hasta que tu cuerpo empiece a adoptar una forma rara de cintura para abajo, y el polvo de una noche… ¡Lo acepto como propósito! ¡Me encanta!

—Pues entonces tengo una lista de un propósito y lo he cumplido.

—No te puedo dejar sola —Se echa a reír—. Me voy unos días y te desmadras.

—¿Cuándo vuelves? Me haces falta, mi amor.

—A finales de la próxima semana, amor mío.

Ruby trabaja en una agencia de publicidad. Lleva dos semanas en Providence, Rhode Island, recibiendo un curso de formación organizado por la agencia para la que trabaja.

—¿Qué tal el curso?

—Se puede soportar, pero no cambies de tema. Háblame de ese tío. ¿Dónde fue? ¿Quién es? ¿Cuándo pasó?

Más o menos las mismas preguntas que me ha hecho Kimberly…

—En un motel de mierda, en Pensilvania. No sé su nombre. Hace tres días, el sábado por la noche.

—¿Qué coño hacías en Pensilvania? ¿Has ido a ver a tu madre?

—No exactamente. Ya te lo contaré en otro momento.

—De acuerdo —me dice al percibir mi malestar. Me conoce bien.

—Se lo he contado a Kimberly —le suelto.

—¿Ya ha vuelto de Italia?

—Sí, hace un par de días.

—Por suerte, el próximo viernes no podremos quedar para cenar, al menos yo. Quizás para la siguiente cena ya no tenga ganas de contarnos el viaje.

—Yo no contaría con ello.

Nos echamos a reír.

—¿Por qué se lo has contado? Esas cosas no se cuentan a las «Kimberly».

—Me he dado cuenta tarde.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Que te suicides?

Me echo a reír.

—Que se lo cuente a Grayson. Supongo que tiene razón y debería hacerlo —la tanteo y la provoco al mismo tiempo.

—Ya… —dice con desgana.

—¿No estás de acuerdo? —la sigo tanteando. Me sorprende su reacción.

—Eve, contéstame a una pregunta sencilla, pero vital. ¿Te has liado con ese tío para tener una excusa con la que acabar con Grayson?

—Si ese fuera el caso, podría habérmelo inventado, no era necesario que me liara con nadie.

—Cierto, pero eres muy mala actriz, así que de ese modo te resulta más fácil meterte en el papel. Es más real.

—Ruby…

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué te liaste con él? No es tu estilo.

—Por las mismas razones por las que alguien se lía con otro alguien. ¿Nunca lo has hecho?

—Yo sí, tú no. Seguro que tenemos razones distintas.

—No hay un porqué, Ruby. Digamos que existen varios factores —le indico haciéndome la interesante, provocando su risa. Justo lo que necesito.

—Me muero por escuchar esos «factores».

—El factor espacio. Me encontraba en un motel cutre y tenía que pasar la noche. ¿Qué mejor manera de pasarla para olvidar dónde estaba?

—¿Por qué estabas en un motel cutre?

—Porque no había otro alojamiento.

—Ya… Bueno, eso ya me lo contarás. Sigue. ¿Qué más? Más factores.

—Una cuestión puramente física, puramente anatómica. Era guapo, tenía unos ojos azules del tamaño de las ruedas de mi coche; tenía unos labios que parecían haberse diseñado en un ordenador, tenía una barba de pocos días de lo más sensual, un cuerpo digno de una escultura renacentista y…

—Y…

—Me miró, me derritió y me convertí en un charco de sustancias y tejidos excitados, vulnerables, fuera de control…

—Guau… Sigo pensando que no estoy hablando con mi amiga.

—Y… —la interrumpo.

—¿Hay más?

—Sí. Hay más. Su aroma. Olía a… —Hago una pausa.

—¿A qué olía?

—A pecado, Ruby, a puro pecado.

—¡Guau! Me están subiendo las pulsaciones. ¿Alguna más?

—Sí, el factor tiempo. Apareció justo en el momento que más necesitaba olvidar el motivo por el que había acudido a Pensilvania.

Guardamos silencio unos segundos que se me hacen eternos hasta que ella decide romperlo.

—Eve, cuéntamelo todo con detalles. El polvo y… el motivo que te llevó a ese lugar. Desde el principio.

—Desde el principio —le digo.

Lo necesito. Más que respirar.

3

Eve

Un viaje de dos partes

Cuatro días antes. Saxonburg, Pensilvania. Mi relato para Ruby.

Después de la noticia que he recibido, el peor lugar para refugiarse es este motel. Tengo que cerrar los ojos de vez en cuando para que el estampado de las paredes, repleto de círculos superpuestos de todos los colores, no me presione demasiado en el cerebro, especialmente el naranja intenso, que es el que predomina. Es espantoso. Y qué decir del mobiliario… Debe ser el mismo con el que se inauguró, allá por los años sesenta. Y la colcha que cubre la cama… Es más estampada y colorida que las paredes, si es que eso es posible, solo que en este caso con motivos florales. Al menos, está todo muy limpio.

Es el único lugar donde podía alojarme. Al parecer, este fin de semana se celebra un evento en Saxonburg y los únicos dos hoteles están al completo. Esa ha sido la explicación de la señora Hartman, la encargada de hacer la reserva en este motel y también la que me convocó en este lugar.

Daría cualquier cosa por tener aquí mi coche y salir de aquí, aunque eso supondría conducir trescientas cincuenta millas hasta Manhattan y no me veo muy capaz en este momento. ¡Qué más da! Tendré que esperar a mañana para volver en avión, tal y como he hecho hoy para llegar hasta aquí.

Me siento atrapada en este lugar. Me gustaría estar en mi casa y poder luchar tranquila contra este vacío extraño que siento desde que he salido del despacho de la señora Hartman, o… Madison, como me ha pedido que la llame. Ella es abogada y, al parecer, amiga de mi madre; es así como se presentó.

Me llamó tan solo hace cuatro días para anunciarme que mi madre… Mi madre… estaba «desaparecida»; no sé por qué, pero me cuesta pronunciarlo.

Además de darme la noticia, quería y debía hablar conmigo de varios temas, pero no a través del teléfono. Según ella, requerían una reunión en persona. Me convocó este fin de semana, probablemente creyendo que así no se vería afectada mi vida laboral, y me envió los billetes de avión informándome de que todos los gastos estaban pagados. Acepté. No me sentí con fuerzas de negarme, dadas las circunstancias. Podíamos haber mantenido la misma conversación por teléfono, pero entiendo que era mucho más frío, dada la naturaleza de la noticia. Ella debe tener una imagen distinta de la realidad.

Desaparecida…

Sé lo que significa «desaparecida» en el caso de mi madre. Llevo muchos años sabiendo que en cualquier momento podría llegar esta noticia, pero escucharlo de forma oficial… es mucho más impactante de lo que me imaginaba. También lo es cuando el término «desaparecida» deja de utilizarse y se emplea uno más acorde a la realidad, tal y como Madison ha hecho a los pocos minutos de entrar en su despacho y ofrecerme una cálida bienvenida.

—Eve, tu madre ha fallecido. Es así como está considerada oficialmente. Siento darte esta noticia.

—Sé lo que significa «desaparecida» en su trabajo… ¿Qué ha ocurrido? —le he preguntado mientras sentía que me temblaba todo el cuerpo.

—¿Conocías la expedición que llevaron a cabo hace dos meses?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Hace dos meses, quizás algo menos. En febrero.

—¿No te habló de ello?

—Algo mencionó, pero como otras veces. ¿Por qué?

En esos momentos, me he dado cuenta de que Madison no debía ser una amiga muy íntima de mi madre, de lo contrario, no me habría preguntado algo así. Cualquiera que la conociera o me conozca a mí sabría que apenas teníamos contacto. Aunque es cierto que la última vez que hablamos le conté algunos aspectos de mi vida. Puede que fuera la conversación más íntima que he mantenido con ella en… ¿Años? ¡Es curioso! ¡Y fue la última!

—En esas fechas —ha continuado diciendo— ella y James partieron con otros miembros de SIRV al volcán Nyiragongo, en la República Democrática del Congo. Fue su última expedición. Una muy arriesgada.

Mentiría si dijera que ella no pronunció el nombre de ese volcán la última vez que hablé con ella, pero no estoy segura.

Mi madre es… ¡No! Ya no es, «era» vulcanóloga. Dedicó su vida a ello, exclusivamente a ello. Siguió los pasos de su padre, o sea, mi abuelo, al que nunca conocí, y que tuvo el mismo desenlace que ella, solo que en otro volcán.

Hace ocho años, mi madre y James, que compartían la misma profesión, se casaron. Con él solo he coincidido dos o tres veces, ahora no puedo precisar, pero todas ellas me pareció que era un buen hombre. Igual de apasionado y entregado a los volcanes que ella. Era su vida, la de los dos. Ambos fundaron SIRV, una comunidad científica dedicada a la exploración e investigación de volcanes.

Madison ha continuado hablando de ellos, de su pasión, de su buena relación y de sus vidas durante un rato, pero yo apenas he podido escuchar con atención. Demasiada información y demasiadas emociones desconocidas e inesperadas.

Ahora me encuentro en este antro, en el motel de colorines, tras comprobar que el grifo de la ducha chirría hasta ensordecer, con el cabello mojado, sin posibilidad de secarlo, con una maleta que aún no he deshecho, con el estómago vacío por no haber sido capaz de ingerir nada sólido en todo el día, y con una sensación muy molesta de necesitar aire limpio y fresco.

Abro la ventana. Las vistas son espectaculares. Puedo ver, a pie de calle, el pasillo que conduce a todas las habitaciones. Tras él, un aparcamiento con al menos veinte vehículos, dos de ellos apartados, preparados para llevar a algún desguace. ¡Un paraíso!

No parece que estemos en primavera; la temperatura aquí es notablemente más baja que en Nueva York. El aire frío me golpea en la cabeza, se cuela entre mi cabello húmedo y me hace estremecer.

¿Por qué no habré pensado en traer un simple secador de pelo? ¿Por qué no se me ocurrió antes de meterme en la ducha? Tal vez porque mi mente estaba demasiado agotada para pensar en esos detalles o… simplemente porque confié en Madison cuando dijo que se ocuparía del alojamiento. Había imaginado un lugar diferente, quizá un poco más sofisticado, con calefacción decente y algún pequeño lujo que ahora extraño más de lo que debería.

Me seco el pelo con la toalla y me lo recojo en una coleta muy poco elegante. Salgo de la habitación. Por suerte, el motel cuenta con una cafetería abierta las veinticuatro horas. Madison me ha indicado varios sitios en los que poder cenar dentro del pueblo, pero están demasiado

alejados. No creo que el servicio de taxi sea muy efectivo aquí. Además, tampoco puedo permitirme gastos innecesarios.

Cuando entro en la cafetería, el murmullo que se filtraba desde el exterior se desvanece de golpe, dando paso a un silencio momentáneo y a seis o siete miradas que se clavan en mí. No duran demasiado, pero el tiempo suficiente para que me recorra un impulso irracional de dar media vuelta y salir corriendo.

Estoy a punto de hacerlo cuando reconozco al amable recepcionista, que, también es el dueño del motel y, al parecer, el camarero. Se acerca con una sonrisa tranquila, y eso consigue relajarme un poco. He hablado con él cuando he llegado y me ha parecido un buen hombre, alguien en quien, al menos por ahora, puedo confiar.

Me siento frente a la barra algo incómoda, en un taburete alto, y le comunico mis intenciones de comer algo rápido. Dirijo la mirada a lo largo de la amplia barra hasta observar un plato justo a mi lado que contiene un sándwich de dos pisos con un «relativo» buen aspecto.

—Como ese está bien —le digo al camarero antes de alzar la mirada y encontrarme con el dueño del plato.

¡Dios!

Me encuentro con una mirada azul increíblemente profunda que hace que me tiemblen las piernas, más de lo que ya, por otro motivo muy distinto, me han estado temblando durante toda la tarde.

Aunque desvío la mirada rápidamente, la he retenido lo suficiente como para apreciar un cuerpo escultural, una barba de lo más sensual y una camisa de color blanco con las mangas arremangadas que dejan entrever un brazo perfectamente depilado. Y unas venas marcadas que parecen a punto de explotar.

Pues sí que le he observado bien. Tantos detalles requieren unos cuantos segundos de observación, pero ni me he dado cuenta.

Con lo que me gustan a mí las camisas blancas…

A pesar de prohibirme a mí misma volver a girar la cabeza, hay un espejo en la parte superior de la barra que me permite observar sus movimientos. Refleja parte de su barbilla, lo que me deja ver cómo su cabeza se gira hacia mí de vez en cuando. Y, dependiendo del ángulo, también sus labios. ¡Dios! ¿Son esos unos labios normales?

Aunque miro de reojo al espejo con más frecuencia de la que me gustaría, me propongo dejar de hacerlo. No quiero que se dé cuenta, pero el propósito dura poco: es demasiado tentador.

Nunca me había sentido así, tan estúpida por no poder dejar de mirar un espejo… o, mejor dicho, lo que refleja. Esta vez, me llama la atención un hoyuelo justo en el borde de su barbilla.

El camarero, recepcionista, dueño del motel y cocinero, se acerca a mí con el plato que contiene el sándwich y se apoya en la barra dispuesto a conversar.

—Espero que esté cómoda en la habitación. Hay algunas más grandes, pero hoy todo está ocupado por la carrera…

—¿Una carrera? —pregunto, sin saber muy bien por qué le doy conversación. No es que me interese demasiado, pero si sigo mirando el espejo, voy a trastornarme.

—La carrera de cortadoras de césped. Se celebra todos los meses de abril en Saxonburg.

Justo al escuchar esas palabras, oigo las inconfundibles onomatopeyas de alguien que se ha atragantado: la escultura reflejada en el espejo. Yo he conseguido contener la risa, pero él, por lo visto, no lo ha logrado.

Cruzamos la mirada. Parece estar mejor, aunque se nota claramente que lucha por no echarse a reír a carcajadas… y eso hace que a mí también me cueste un gran esfuerzo.

—Concentra a personas de todo el estado —me sigue informando el orgulloso camarero.

—Solo de unos cuantos condados —protesta otro cliente.

—¿En qué consiste la carrera? —pregunta la escultura perfecta en una voz tan sensual, de esas que se escuchan a través de la radio, que hace que me vuelva a estremecer.

El camarero le aporta detalles sobre la forma en que están modificadas las máquinas y el lugar donde se desarrolla. Yo no puedo evitar imaginarme a las sesenta personas que el camarero afirma que participan y tengo que luchar por no soltar alguna carcajada.

Siento su mirada clavada en mí y justo en ese momento el queso del sándwich y una de sus salsas se acumulan en la comisura de mis labios y descienden de una forma… poco elegante. ¡Qué oportuno! Si Ruby estuviera aquí me diría, como otras veces, que tengo un imán para este tipo de situaciones incómodas.

Me apresuro a limpiarme y me animo a devolverle la mirada, pero en ese momento observo como se levanta, paga la cena y desaparece. Me siento algo decepcionada, esa es la verdad, pero se me pasa cuando, antes de salir por la puerta, vuelve a dedicarme una mirada. Es la última. Una que dura tres o cuatro benditos segundos; una que me incendia por dentro.

Termino mi cena escuchando de fondo algunos comentarios sobre la carrera. Yo no puedo dejar de pensar en mi compañero de barra.

Unos veinte minutos después, me despido del amable camarero y me dirijo al pasillo exterior que conduce a las habitaciones intentando mentalizarme de dónde voy a dormir. Sé que no voy a poder, sé que antes o después tendré que enfrentarme a la noticia que he recibido; algo que llevo horas evitando.

Cuando giro la primera esquina, antes del pasillo, veo a la escultura delante de una puerta que permanece entornada. ¿También es un cliente del motel? No sé por qué había deducido que era un cliente de paso en la cafetería. Esta está situada en un lugar estratégico, cerca de la carretera principal que une Saxonburg con Pittsburgh, la segunda ciudad más grande del estado de Pensilvania, a unas cuarenta millas.

Paso por delante de él caminando muy despacio. Al llegar a su altura le miro sin detenerme, pero me impide avanzar. Me sujeta suavemente por el brazo. Nos miramos fijamente, él parece que va a decir algo, pero no lo hace.

Y entonces creo que el mundo se detiene un poquito. El mundo y mi cerebro.

Me sonríe, le sonrío y… ambos nos lanzamos el uno hacia el otro para besarnos con desesperación. Me devora los labios con los suyos, tan perfectos, mientras me sujeta por la cintura y me guía al interior de su habitación.

Seguimos besándonos con un ansia y una brusquedad que hasta resulta dolorosa en algunos momentos.

Sigo sin pensar. Es mejor que no lo haga, de lo contrario me diría que estoy loca. Pero nunca antes me había ocurrido algo así.

No lo conozco de nada, no sé quién es, ni siquiera he intercambiado una palabra con él. No sé ni cómo se llama… Pero estoy haciendo lo que me apetece hacer. Sí, una locura. Estoy tan excitada…

Estoy envuelta en llamas.

Siempre he querido decir algo así…

Pues ya puedo.

Qué variedad de corrientes están pasando por todo mi cuerpo…

Si ahora se marchara corriendo este hombre escultura, creo que sufriría un colapso de algún tipo: uno grave.

Seguimos besándonos, desnudándonos con prisa y con torpeza.

Y cuando ya no nos cubre ni una sola prenda, me sujeta por la cintura, me impulsa en el aire y me estampa contra la pared de círculos coloridos superpuestos. Juega con sus dedos dentro de mí y hace que grite como nunca había gritado antes.

Acabamos en la cama, sobre la colcha de flores. Me abre las piernas e introduce su cara entre ellas y…

Sí. ¡Dios!

Esto…

No puede

Ser real.

Esto… Es…

Increíble…

Síííí.

4

Kyle

Una confesión lleva a otra

Manhattan, Nueva York.

Me está costando localizar a Axel. Me ha dicho por teléfono que el local en el que me ha citado es un lugar tranquilo, pero por lo que estoy viendo hay más personas de las que me gustaría.
«Es un local de moda», me ha anunciado. Con esas palabras debería haber supuesto que no iba a ser muy tranquilo, pero ha estado de viaje por trabajo cerca de un mes y me apetece mucho encontrarme con él, así que no he puesto objeciones.

Entro en *Basics.* No se han esforzado mucho en proporcionarle un nombre algo más original. En cuanto entro, descubro que hace honor a su nombre. Es muy amplio, pero no se han esforzado mucho en la decoración. Lo mejor, es la cantidad de gente que hay en él.

Después de varios intentos, Axel aparece ante mis ojos, sentado en una de las barras más apartadas del local, charlando con un camarero.

—¿A esto lo llamas un lugar tranquilo? —le digo en cuanto me siento frente a él, en un taburete que ha reservado para mí.

—Dejaré de llamarlo así… —me dice mientras nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿No había un lugar más apartado? He tardado un siglo en llegar hasta aquí.

—No tengo la culpa de que vivas en Astoria.

—Soy feliz en Astoria.

—Entonces deja de quejarte. Deberías salir más, últimamente estás muy recluido en tu preciosa casita.

—Creí que volvías la próxima semana —le comento en un intento de cambiar de tema. En cuanto escucho la palabra «casita» se me pone el vello de punta. No es algo que quiera hablar con él.

—Por suerte, ya he terminado. Volví el sábado.

Axel es arquitecto. Creo que lo es desde que nació, o quizás su pasión se deba a que creció rodeado de planos y estructuras. Su padre fundó una pequeña constructora que, con los años, prosperó. Ahora trabaja junto a él, su tío y su primo, centrado en proyectos dentro del estado de Nueva York. Sin embargo, tras un bache económico causado por un impago considerable, la empresa decidió expandirse más allá del estado en busca de nuevos ingresos. Aunque Axel sigue supervisando obras en Nueva York, en ocasiones viaja con su primo a otros lugares; recientemente, ha pasado tres semanas en Massachusetts.

—Echaba de menos Manhattan, la verdad —me dice con pesar.

—¿Y a mí también me echabas de menos? —le pregunto lanzándole un beso y guiñándole un ojo.

—A ti más —me dice echándose a reír—. Y no me digas que tú también me has echado de menos porque el sábado te llamé dos veces y me ignoraste.

—Vi tu llamada, pero no podía atenderte.

—Han pasado cinco días, hoy es jueves... —me reprocha con una sonrisa cínica—. También pasé por tu casa y no estabas o… no quisiste abrirme la puerta.

—Yo nunca haría eso. Simplemente, se me olvidó llamarte, no sabía que estabas aquí.

—Siempre he admirado tu sinceridad… A veces, quedar bien no cuesta nada, Kyle…

—Tenía la cabeza en otro sitio, Axel.

—¿Trabajo?

—No, no se trata de eso, es que estuve fuera el fin de semana.

—Vaya, eso me alegra escucharlo. ¿Has activado tu vida social? Has estado meses recluido. ¿Algo que contar?

Es la segunda vez que lo menciona. ¿Tan desaparecido he estado?

—Recluido no es la palabra, he estado trabajando y estudiando al mismo tiempo, como sabes. Dejémoslo en «ocupado».

—Ocupado y recluido. ¿Ya has terminado el programa? Me dijiste que te quedaba poco.

—Sí, estoy terminando el último tramo —le aclaro cruzando los brazos—. En unos meses habré terminado el programa de especialización y podré optar a una plaza como cirujano en otro hospital. Tengo algunas ofertas, pero de momento estoy centrado en terminar.

Axel me pone la mano en el hombro, sé que es su manera de decirme que está orgulloso, pero la tierna escena se ve interrumpida por la presencia de una mujer que se acerca a nosotros y se detiene justo en medio de los dos.

Me mira con el ceño fruncido y después a Axel, con el ceño aún más fruncido. ¡Da un poco de miedo!

—Creí que volvías esta noche a Boston por una emergencia de trabajo —le recrimina a Axel con una sonrisa algo infantil.

Este adopta un semblante muy serio. Primero me mira a mí, luego a ella y, sin perder la mirada asesina, tarda en contestarle.

—Susan, ¿qué haces aquí?

—Comprobar que me has mentido. Te he seguido, ¿sabes? No es que me sienta orgullosa, pero al menos he podido comprobar que lo de tu viaje es mentira. Ha merecido la pena venir hasta este antro.

Me aguanto la risa. Axel me mira. Se da cuenta y me fulmina con la mirada. No es la primera vez que presencio una situación de este tipo. Hace años que su vida «sentimental» es muy accidentada.

—¿Es que no piensas decir nada? —le pregunta ella acercándose más a él, en un intento fallido de intimidarlo.

—No tengo intención de hacerlo. Si es eso lo que estás esperando…

—Escúchame, Axel, la próxima vez que tú y yo…

—No habrá próxima vez, Susan, de ninguna clase. Y ahora, si nos disculpas… me gustaría seguir hablando con mi amigo.

—Eres un cerdo, un maldito cerdo —le dice antes de marcharse.

Me echo a reír, no puedo evitarlo ante una situación tan incómoda.

—¿Esa es Susan? Creí que os iba bien, ya llevabais unas cuantas citas. ¿Cuatro?

—Cuatro o cinco, no sabría decirte. Y… no nos iba mal, pero hoy he estado con ella en su casa y me ha propuesto que saliéramos a cenar con su hermano y la mujer de su hermano. «Están deseando conocerte», es lo que ha dicho. Y…

—Te han saltado todas las alarmas y te has inventado el viaje. Has preferido estar conmigo.

—Cuéntame dónde has estado tú… ¿Algo interesante?

—Eres muy bueno cambiando de tema.

—¿No querrás seguir hablando de Susan?

—Entonces, ¿se ha terminado?

—No, claro que no —ironiza—. Estaré encantado de llamarla después de que me quiera presentar a su familia, me haya seguido hasta aquí y me haya llamado cerdo… ¿Tienes una historia más interesante tú? ¿Dónde has estado?

—En Saxonburg —le digo riéndome.

—¿Dónde está eso?

—En Pensilvania.

—¿Pensilvania? ¿El fin de semana? Eso está a…

—A unas seiscientas millas.

—¿Una conferencia?

—Es un pueblo de mil quinientos habitantes. No se celebran conferencias allí, pero sí carreras de cortacésped.

—¿Qué? ¿Has ido a ver una carrera de…? ¿Eso existe?

Me echo a reír por la manera en que frunce el ceño.

—No, no he ido a ver esa carrera, claro que no. He estado recluido no poseído. He ido a hablar con un científico, Harold Hartman, amigo de mi padre. El mismo que se ha encargado de darme la noticia de…

—¿De qué? ¿Qué ocurre?

—De su muerte, Axel.

Abre mucho los ojos. Suelta la copa que tiene en la mano y me la apoya en el hombro.

—¡Guau! Eso no me lo esperaba.

—Y ya de paso… —me apresuro a decirle—. Y…, ya de paso, insisto. Me lie con una chica guapísima en un motel de carretera de mala muerte. Una belleza. Una noche fantástica. Se fue de madrugada, sin despedirse, mientras yo dormía…

5

Eve

Un local de moda

Nunca hubiera elegido un lugar como este para quedar con Grayson. Si se ha sorprendido, no lo ha dicho. Pero supongo que sí. No solemos quedar en locales tan alejados de Brooklyn, donde vivimos los dos; mucho menos, en locales que se ponen de moda y están abarrotados de gente durante los primeros meses. Solemos encontrarnos en su precioso apartamento, en mi sencillo apartamento, el mismo que voy a perder dentro de poco tiempo si no encuentro trabajo, o en algún local cercano. Tenemos una lista de tres o cuatro favoritos. Pero esa costumbre la perdimos hace ya algún tiempo…

He elegido este lugar porque necesito un entorno poco íntimo, rodeada de gente. ¿Por qué? No lo sé bien. Quizás porque necesito escuchar el murmullo de otras voces, la música un tanto elevada y un espacio relativamente amplio. Y… un lugar donde sea poco probable encontrarme a alguien que conozca.

El sitio perfecto. Ruby me había hablado de él. Acudió con un amigo cuando lo inauguraron, antes de marcharse de viaje.

He aparcado algo lejos del local. Grayson se encuentra en el interior, así me lo ha indicado con un mensaje.

Los metros que me separan de ese lugar, los mismos que estoy recorriendo lentamente, puede que me sirvan para decidir qué es lo que le voy a decir. Debería haber dedicado más tiempo a pensar en ello, pero, como es compresible, tengo la cabeza en otro lado.

¡Bien! Aún me quedan cien metros para aclararme.

Veamos. Un repaso rápido me vendrá bien…

Grayson es… Grayson es…

Grayson es genial. Es atento, cariñoso, considerado, compresivo, guapo, detallista… Nunca se enfada, siempre está de buen humor, siempre utiliza el mismo tono de voz... Y el sexo con él es dulce, delicado, lento…

¿Lento? ¿He dicho lento?

¡No! No quería decir lento. Quería decir tranquilo… Aunque a veces es rápido, sobre todo al final, cuando le entran las prisas…

¡Dios! ¿Por qué estoy pensando en esto? Sé lo que debo hacer, pero acabo de darme cuenta de algo: aunque siempre me he considerado una persona lanzada, impulsiva, inquieta… llena de energía, también soy cobarde. Al menos, eso creo hoy.

No le hablaré de mi viaje a Pensilvania. No se lo he contado a nadie, excepto a Ruby. Pero Ruby es Ruby. ¿A quién más se lo iba a contar? ¿A Kimberly? Quizás otro día…

¿A…? ¿A quién más?

¡Dios mío! ¡Qué triste! Ruby es mi única opción.

Si me secuestraran, nadie notaría mi ausencia. El fin de semana pasado estuve fuera y nadie se dio cuenta. Tardarían en denunciar mi desaparición. Grayson ni siquiera lo ha notado; desde que me fui, solo hemos hablado una vez. Kimberly… es un caso aparte. Si no la hubiera llamado yo, tampoco habría sabido nada de ella. No tengo compañeros de trabajo y mi casera solo aparece una vez al mes. No conozco a mis vecinos, ni siquiera sé sus nombres, salvo el de la

anciana del piso de arriba, con quien, en dos años, habré intercambiado tres palabras.

¡Qué horror!

Bueno, Ruby se daría cuenta si desapareciera. Normalmente, no está de viaje y, aunque así fuera, solemos hablar por teléfono o enviarnos muchos mensajes.

La idea de que Ruby repararía en mi posible desaparición me consuela. Entro en el local con un poco más de ánimo. Algo es algo.

Me lleva un tiempo localizar a Grayson, a pesar de que me ha indicado con precisión en qué zona se encuentra: hay demasiada gente y es difícil deambular por aquí.

Por fin, lo localizo. Trazo mentalmente el camino a seguir para hacerme paso sin chocar con todo el mundo y sonrío satisfecha cuando lo consigo.

Grayson está sentado frente a una pequeña mesa redonda, baja, que está rodeada de unos asientos en forma de media luna. Solo, como era de esperar. En un rincón, como era de esperar también.

Recorro el último tramo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Me detengo.

Pienso.

Me giro, buscando lo que lo ha provocado, pero no veo nada extraño.

Por un instante, me ha parecido ver un rostro… el del tipo del motel.

¡No! Eso es imposible. Solo me lo ha parecido.

Aun así, escaneo la multitud con la mirada. Juraría que era él, pero entre tanta gente he debido retener alguna imagen y el subconsciente habrá trabajado por su cuenta.

¿Cómo va a estar aquí? ¿En Nueva York? Claro que, no creo que fuera de Saxonburg, al fin y al cabo, estaba alojado en el motel. Seguro que estaba de paso. Y no creo que fuera un participante de la carrera, a juzgar por su reacción cuando nos lo contó el camarero.

Pero ¿en qué estoy pensando?

Continúo mis pasos hasta llegar a Grayson. Puede que esa imagen que se ha colado en mi cabeza sea una señal de… lo que sea. Sí, está claro que si ha aparecido en mi cabeza justo antes de hablar con Grayson es porque «algo» me está guiando a…

Sé lo que tengo que hacer, no puedo seguir dando vueltas y diciendo estupideces.

Tras un beso suave, un cálido abrazo y una copa de *champagne* que me sirve nada más sentarnos, nos enfrascamos en una emocionante conversación.

Me habla de su trabajo, ¿cómo no? Grayson es psicólogo. Tiene una consulta privada en el centro de Manhattan, aunque lleva tiempo queriendo trasladarla a Brooklyn. Cuando termina de hablarme de los nuevos locales que ha visitado, se dirige a mí.

—Eve, dime, ¿cómo estás? Últimamente, nos hemos visto poco. Solo hemos hablado unas pocas veces y brevemente. Supongo que, dadas las circunstancias, necesitas espacio, pero… me gustaría que eso cambiara.

No pienso. Ni siquiera le dedico un segundo a hacerlo. Lo suelto. No está bien, pero la fuerza que me impulsa a ello es imparable.

—Grayson, me he acostado con un hombre. Nada serio, solo una aventurilla de una noche.

Me mira sin pestañear y mueve la cabeza de forma afirmativa. Me mira fijamente.

Espero impaciente su reacción.

¿Se levantará y se marchará?

¿Me tirará el *Champagne* por encima?

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Hablar de ello? —le pregunto molesta porque sé que esa maldita pregunta conlleva uno de esos malditos psicoanálisis suyos.

—¿Fue importante para ti?

—No, solo un lío de una noche. Surgió y… ya está. No voy a volver a verlo —le digo molesta. ¿No es surrealista?

—Bueno… creo que son varios los factores que han podido desencadenar en esa decisión…

—¡Ah!, ¿sí? Cuéntamelos… —le digo enfadada. Mi tono no le ha pasado desapercibido.

—¿Estás a la defensiva, Eve?

—No, en absoluto. Solo quiero saber cuáles son esos factores.

—Eve, cariño, has pasado una experiencia muy traumática con el despido. En él se pusieron en duda aspectos por los que tú has luchado mucho y que te definen como…

—Déjalo, Grayson, por favor. ¡Joder! Te cuento que me he tirado a un tío y te dedicas a analizarlo…

—Intento que superemos esto. No significa que me haya gustado lo que he escuchado, claro está. Pero… dime tú por qué lo hiciste.

—No importa, solo fue un impulso, un calentón.

Lo que no voy a contarle es el motivo por el que fui a Saxonburg. Si lo hiciera me pediría que me acostara en la media luna que tenemos por asiento y que me relajara y le hablara de ello aspirando y expulsando aire lentamente.

—Eve, podemos hablarlo tranquilamente. Yo soy el mayor afectado y estoy intentando ser conciliador y, sobre todo, entenderte. No me lo pongas difícil.

Joder, igual tiene razón. Le estoy diciendo que me he acostado con otro y encima estoy borde. Pero es que su reacción no es normal. Y yo quiero cosas normales, para variar.

Guardo silencio y sigue hablando mientras me coge la mano y me la acaricia.

—Eve, cielo, últimamente nos vemos poco… puede que quizás convenga darnos un tiempo… ¿Qué te parece? ¿Qué opinas de ello?

—Vale —le suelto apartando mi mano de la suya.

—¿Vale? —repite horrorizado.

—Sí, eso he dicho.

—No te mentiría si te dijera que esperaba que te mostraras en desacuerdo con lo que te he propuesto —dice soltando un suspiro, de los de resignación—. Eve, no debemos hacer un drama de todo esto. Lo que hiciste… entiendo que puede haber razones detrás de esa decisión que quizá ni tú misma tengas claras ahora.

—Por Dios, Grayson… —le suelto tan enfadada que estoy a punto de lanzarme a su cuello.

Pero él no se detiene y sigue con su discurso.

—No estoy justificándolo ni tratando de invalidar lo que sientes. Solo… escúchame. A veces, las cosas que hacemos no son simples impulsos. Surgen de heridas que llevan tiempo abiertas. Lo que quiero decir es que esto puede tener que ver con todo lo que has vivido últimamente. El despido, tus conflictos por mantener tu apartamento, incluso cosas de mucho antes que…

—¿De mucho antes? —lo interrumpo con un tono de advertencia.

Grayson inclina la cabeza, midiendo las siguientes palabras.

—Eve, sé que siempre has sentido que tienes que demostrar tu valía. Y cuando perdiste el trabajo… quizás sentiste que perdiste algo más que un empleo. Tal vez sentiste que perdiste una parte de ti misma.

—Grayson… ¡Basta!

—Es importante. Lo que hiciste… acostarte con alguien más… no es algo que yo quiera ignorar, pero tampoco creo que sea algo que defina quién eres o lo que somos.

Me mantengo en silencio, seguramente por qué hoy es el día que más estoy alucinando con él. Observo como se inclina hacia adelante con las manos entrelazadas como si intentara mantenerlas ocupadas para no tener la tentación de tocarme.

—Quiero que sepas que estoy aquí para escucharte, no soy tu enemigo. Esto es un trabajo en equipo. Cambia esa expresión.

—No necesito que me escuches, Grayson. Necesito que actúes como un ser humano, no como un maldito terapeuta robotizado.

Mis palabras lo hacen retroceder un poco, pero no parece muy afectado.

—Es justo. Quizá he estado tratando de procesarlo de la única forma que sé, pero eso no significa que no me duela. Por supuesto que me duele, Eve. Pero quiero que sepas que no voy a culparte ni a cuestionarte. Lo que necesito saber es cómo puedo ayudarte a que esto no sea una carga más para ti.

—Grayson, yo no puedo seguir con alguien que le encuentra una explicación a todo, absolutamente a todo. Que lo justifique de mil maneras, que lo analice, que le encuentre un antes y un después… Yo quiero a alguien que me siga en mi «caos», que tenga su propio «caos», que sea humano, que se equivoque, se enfade y muestre emociones propias de los mortales. No quiero a alguien que encuentre una justificación en mi pasado cada vez que estornudo y que cuando le diga que me he tirado a otro tío casi me anime a que lo haga otra vez o que considere que mi trabajo me ha llevado a ello. No, no fue eso. Me lo tiré porque me dio la gana, porque me apeteció, porque estaba buenísimo y porque no tenía nada mejor que hacer. Así que… Sí, me parece perfecto que nos tomemos un tiempo, uno un poquito indefinido.

Me mira fijamente como si fuera un animalillo herido que necesita ayuda y suelta el aire con fuerza.

—Bien, ya sé lo que quieres, Eve. Creo que es mejor que me marche.

Se levanta lentamente, me muestra una media sonrisa y se aleja lentamente.

¡Genial!

¿Me he pasado?

Igual sí. Al fin y al cabo, la que le ha dicho que me he tirado a otro he sido yo. Pero es que… Si me he liado con otro, señal de que algo no va bien con Grayson. Y si él se lo toma tan bien, señal de que algo va peor.

Seré la mala, seré la injusta, seré poco considerada, pero no podía seguir con él. No sé por qué lo he pospuesto tanto.

¿Es que ni siquiera esto puede seguir un patrón normal en mi vida?

Me termino la copa y miro a mi alrededor. Estoy deseando salir de aquí.

Empiezo a caminar en dirección a la salida, pero algo hace que me desvíe un poquito. No estoy convencida del todo de que antes no fuera el chico de Saxonburg el que he visto.

Lo busco sin esperanza en el mismo trayecto que he hecho al entrar. Nada. En cualquier caso, hay muchas personas a mi alrededor.

Me dirijo a otros rincones por si hubiera cambiado de sitio, pero tampoco lo encuentro.

¿Qué estoy haciendo?

Y si lo encontrara, ¿qué?

«Hola… Tú eres el chico que me tiré en el hotel de mierda de Saxonburg. Encantada. Me llamo Eve», me digo sintiéndome ridícula.

¿Qué posibilidad hay de que se encuentre en este lugar después de haberlo conocido tan

lejos? Alguna habrá, pero no puedo ser tan ingenua.

Además, no debería importarme. Como si no tuviera cosas más importantes en las que pensar.

Antes de tomar la firme decisión de salir de este lugar, me llama la atención un rostro. Y no es el chico de Pensilvania. Es otro chico, uno de Nueva York, más conocido como Jace, el novio de Kimberly.

¡No! ¡No puede ser! No me puedo creer lo que estoy viendo.

Se me acelera el corazón. Me escondo detrás de una piedra gigante de sal con tonos rosados, que huele de forma extraña, y me aseguro de que no estoy teniendo alucinaciones.

Observo con detenimiento. Sé que el hombre que hay cerca de mí está observándome por mi forma discreta de espiar, pero me importa bien poco. Con que se mantenga alejado, me conformo.

Me froto los ojos. Definitivamente es él.

¡Es real!

Está besando, como si hoy se acabara el mundo, a otra mujer que… no es Kimberly. Está claro que no es ella, de lo contrario no estaría aquí escondida, fascinada e indignada.

Es lo último que me hubiera imaginado.

Esa relación es… ideal. Jace es… perfecto.

Joder, ¿por qué? Pobre Kimberly. Si solo tiene vida para él…

Vale, yo he hecho lo mismo, pero no se puede comparar mi relación con Grayson con la de ellos. La mía solo ha durado ocho meses, nos hemos visto poco y hace tiempo que debió terminar si no fuera por esa tendencia mía a no querer ver lo que tengo delante por mucho que saque las garras.

Tengo que salir de aquí, ya no soporto más ver como le come… la boca. ¿Y si le hago una foto? No, no puedo. Demasiado arriesgado. Aparte de la piedra de sal no hay muchos más obstáculos donde esconderme y para hacer una foto necesito menos distancia.

La chica que está con él se levanta y él lo hace también. Parece que se van a marchar, pero no lo hacen. Él la abraza por la cintura, le besa en el cuello y en la boca, hasta puedo verle la lengua, y se vuelve a sentar. Y ella, junto a una mujer que está a su lado, se dirigen hacia otra parte del local entre risas.

Adivino que se trata del baño y las sigo.

No sé qué voy a obtener, pero quiero memorizar el rostro de esa chica.

Cuando entro en el baño, solo hay una de ellas frente al espejo: la amiga. ¡Mierda! No es lo que esperaba. ¿Dónde está la otra?

Finjo lavarme las manos. No llevo ningún lápiz de labios, pero sí un pequeño cepillo de pelo, así que finjo retocarme mi larga melena.

«La otra», la que me interesa, aparece después, saliendo de una de las cabinas donde se encuentran los inodoros. Se animan a hablar las dos y yo escucho encantada.

—Me ha invitado a su casa en Vermont el próximo fin de semana —dice la que se besaba con Jace.

—Pero ¿va en serio?

—Eso parece. No lo sé. De momento, eso es lo que hay.

La amiga se echa a reír y después entra en una cabina, mientras, yo sigo retocándome. Observo a la chica que estaba con Jace. No sé si mi objetividad está comprometida, pero llego a la conclusión de que Kimberly es infinitamente más guapa, y más… todo.

Poco después, ambas abandonan el baño y yo las sigo a cierta distancia hasta que me detengo detrás de la piedra y veo cómo Jace le da la bienvenida de nuevo.

Se me revuelve el estómago, ya no puedo seguir mirando. Me doy media vuelta y abandono el local, no sin antes tener cierta dificultad para hacerme paso entre la cantidad de gente que ha ido llegando.

Cuando salgo del local, me encuentro a Grayson. ¿Todavía está aquí?

Al parecer, ha aparcado cerca de la entrada principal. Está a punto de entrar en su coche y me está mirando fijamente.

Me detengo sin saber muy bien cómo manejar la situación. Hay mucha distancia entre nosotros, y no solo es física.

En los breves segundos que mantenemos la mirada solo veo frialdad. Ya solo somos dos desconocidos, aunque quizás siempre lo fuimos.

No hay duelo. Lo veo en sus ojos y seguramente él lo ve en los míos. Ya solo somos historia con un final patético.

Reanudo el paso cuando él desaparece de mi vista en el interior de su coche.

Debería estar afectada por la situación con Grayson, pero solo lo estoy por la situación de Kimberly.

¿Cómo se lo voy a decir?

6

Kyle

Ella fue lo mejor

Tras acudir al baño, me acomodo de nuevo frente a Axel, que me mira con curiosidad. Le he hecho un breve, muy breve relato de mi viaje a Pensilvania. Hago un esfuerzo por centrarme, pero ahora me resulta complicado.

—Y dime, ¿cómo estás?

—Peor de lo que imaginaba. Con decirte que me ha parecido ver a la chica del motel…

—¿Aquí?

—Sí, cuando entraba en el baño salía una chica… igual que ella. Bueno, eso me ha parecido.

—¿De dónde era?

—No lo sé, no sé ni cómo se llama.

—¿A ese nivel?

—Sí, a ese. La vi en la cafetería. Me fascinó su sonrisa, su pelo mojado y… después la vi en el pasillo de las habitaciones. En realidad, la esperé. El camarero le habló de la habitación, así que supuse que se alojaba allí. Nos miramos y… entramos en la mía.

—¿Ni una palabra?

—Ni una. Algún que otro sonido…

Axel se echa a reír.

—¿Te has colgado de ella?

—No, claro que no. Solo me ha parecido verla aquí y me ha sorprendido.

—Puede que sea de aquí.

—Venga, eso sería demasiado casual. Pero no importa, solo me ha parecido verla. Dejémoslo. No estoy muy centrado.

—Has pasado de estar recluido, sin vida social ni sexual a tener una aventura de lo más excitante con una tía que no conocías de nada… Buen salto.

—No he tenido mucha vida social porque estaba trabajando todas las horas del día para obtener méritos, creo que eso ya ha quedado claro. Y también he estado estudiando para terminar el programa. Pero eso no significa que no haya tenido vida sexual…

—No me lo has contado…

—Esas cosas no se cuentan, no seas vulgar. Solo tú vas presumiendo de polvos… Yo soy más elegante.

Axel se echa a reír y pide dos cervezas más. Sabe que estoy mintiendo, mi vida en los últimos meses ha sido una reclusión total.

—Por la chica del pelo mojado —me dice alzando la botella que rápidamente le han servido. El camarero es la pareja de su primo, el que trabaja en la empresa familiar; tiene una buena relación con él.

—Y ahora dejemos a esa chica y háblame de tu padre.

—¿Qué te puedo decir de mi padre? Sabía que esto pasaría antes o después, Axel. Ya sabes cómo era su vida. Apenas teníamos relación. La última vez que lo vi fue hace un año, y solo hemos hablado un par de veces desde entonces.

—Lo sé, pero también sé que era tu padre y eso te tiene que estar afectando de algún modo.

—Era joven, demasiado joven para que su vida se haya terminado. Su mundo eran los volcanes y ya no va a poder disfrutar más de ellos. Al parecer, esta expedición era muy arriesgada; eso me han dicho.

—¿También ha muerto su mujer?

—Sí, Eleaine también estaba con él, como siempre. Vivían el uno para el otro y para los volcanes. Harold, el hombre que me ha informado, era miembro también de su comunidad científica, aunque se retiró hace muchos años de las expediciones. Eran muy buenos amigos.

—¿Por qué te ha informado él? ¿Así funciona?

—Mi padre se lo pidió. Si le ocurría algo, le pidió que fuera él quien me lo dijera.

—¿Por qué te ha hecho ir hasta allí?

—Porque era un tema delicado. No me lo exigió, solo me dijo que era mejor que habláramos personalmente y me envió los billetes de avión.

—¿Y el funeral? ¿O no hay funeral? Al no haber…

—Cuerpo, ya puedes decirlo. Está claro que sus cuerpos no estarán presentes, pero sí hay funeral. Es un homenaje que le hace la comunidad científica, a parte de una forma oficial de darlos por fallecidos. Eso me contó. En realidad, él quería saber si quiero participar en el homenaje, o el funeral, como quieras llamarlo. O… simplemente acudir a él.

—¿Cuándo es?

—Dentro de nueve días, un sábado.

—¿Tan tarde?

—Hace unos dos meses que desaparecieron y hasta ahora no ha sido oficial su muerte. Eso conlleva unos trámites, aunque en este caso han sido rápidos por las circunstancias en las que se han producido. No hay prisa, quieren organizarlo todo con calma. Querían darme tiempo para que me preparara algo si lo deseaba.

—¿Dices que hace dos meses? ¿Por qué no te avisaron antes?

—Mi padre así lo quiso, que me dieran la noticia cuando fuera oficial, no antes. Harold me ha dicho que, si los trámites se hubieran alargado por alguna razón, me lo habría dicho de todos modos.

—Y… ¿Qué harás? ¿Acudirás al funeral?

—Sí. No voy a participar activamente, no quiero un discurso ni unas palabras especiales, pero creo que debo acudir.

—Haces bien. ¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero estar solo.

—Ese fin de semana tengo previsto viajar a Boston, esta vez es real —me dice riéndose, haciendo alusión a lo que le ha contado a Susan—, pero… puedo arreglarlo, Kyle. Puedo hablar con mi primo…

—No lo hagas. Prefiero estar solo.

—De acuerdo. Si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo. Y… lo siento mucho, Kyle. Sé la relación que tenías con él, pero imagino lo que debes sentir.

—Lo superaré.

—La mujer de tu padre, ¿tenía familia? Creo recordar que algo mencionaste hace tiempo.

—Sí, creo que tiene una hija o… un hijo, ahora no recuerdo bien lo que ha dicho Harold.

—¿Tu padre nunca te habló de ello?

—Cuando se casaron me dijo algo de que Eleaine tenía una hija… o un hijo, no sé. Pero nunca nos hemos visto. En los diez últimos años solo he visto a mi padre tres o cuatro veces, y dos de ellas con Eleaine, aquí en Nueva York.

—¿Nunca antes fuiste a ese lugar? ¿Es allí donde vivían?

—Nunca antes fui. Sé que ese lugar era importante para la familia de mi padre, me lo contó mi tía. Cuando se casó con Eleaine se mudaron allí. No sé si ella también tenía algún vínculo con ese lugar… ¡Sé muy poco de sus vidas!

—Lo sé. Pero… Ahora toca despedirlo.

—Eso haré.

—¿Estás bien?

—No mucho. Tengo demasiados frentes abiertos, ya lo sabes.

—¿Has hablado con Gabriel del dinero que me comentaste?

—Sí, y me ha dicho que me lo devolverá pronto, antes de que tenga que afrontar el pago de la casa.

—¿Necesitas ese dinero para afrontar el pago? No lo entiendo. ¿De qué estás hablando?

—Digamos que… ¡Sí! Lo necesito.

—¿Cuándo tienes que pagar la casa?

—Antes de dos meses.

—Hay algo que no entiendo. El dinero que le prestaste era una cantidad pequeña, ¿no? ¿Qué tiene que ver con el pago de tu casa?

Ha llegado el momento de decirle la verdad. Axel no conoce el tema en profundidad, solo una parte.

—No es una cantidad pequeña: eran todos mis ahorros, Axel.

—¿Has dicho todos tus ahorros?

—Sí, eso he dicho. Mis ahorros de varios años. Eso incluía lo que me dejó mi tía. No era mucho, pero sumaba.

—¿Por qué me estoy enterando de eso ahora?

—Sabía que no te gustaría, Axel.

—¿Qué es lo que me ocultaste? Veamos, lo que yo sé es que Gabriel te pidió una pequeña cantidad para ayudar a su hermano, para variar. ¿Cuánto hace de eso? ¿Seis meses?

—Sí, seis meses.

—Kyle, ¿de cuánto estamos hablando?

Hago una pausa antes de contestarle. Cuando lo hago, se echa las manos a la cabeza.

—Joder, Kyle. Eso es mucho dinero. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque estaba jodido, porque su hermano lo necesitaba.

—Su hermano siempre lo necesita, no deja de meterse en líos. Gabriel se ha pasado la vida salvándole el culo a ese impresentable. Pero tanto dinero…

—Axel, no se trataba de eso. Necesitaba el dinero para pagar la factura médica. Estuvo dos meses ingresado en aquella clínica, ¿lo recuerdas?

—¿La clínica? Eso lo cubrió el seguro médico, ¿no?

—No. Cuando lo hospitalizaron no estaba cubierto por el seguro.

—Gabriel llevaba muchos años pagando el seguro médico, el suyo y el de su hermano.

—Dejó de hacerlo durante un tiempo para poder hacer frente a unas deudas que se le habían acumulado.

—Deudas por culpa de su hermano, claro está.

—Así es. Pero en esa ocasión se trataba de salvarle la vida, Axel. Solo pudo hacer frente a una parte de la factura muy pequeña. La estancia en la clínica se alargó, y el tratamiento, las pruebas, los medicamentos...

Zephyr, el hermano de Gabriel, nuestro amigo, sufrió un fallo pulmonar al inhalar gases

tóxicos en un almacén que se incendió. Un almacén al que él y sus amigos accedieron con el propósito de robar. Requirió de un tratamiento avanzado que solo le podían suministrar en la Clínica Brightmore, lo que supuso un añadido a los costes.

—Joder, Kyle no sabía que se trataba de tanto dinero.

—Todo lo que tenía, Axel.

—¿Y si no te lo devuelve?

—Entonces tendré problemas para pagar la casa y podría perderla. Pero sé que eso no va a ocurrir.

—Sabes que yo podría…

—No acabes la frase. Saldré de esta.

—Yo podría echarte una mano, Axel.

—No. Tú también has pasado tu época mala.

—Pero hemos remontado, Kyle. Podría prestarte ese dinero para que no pierdas la casa.

—No funciona así. Es una casa, no voy a perder la vida. Lo solucionaré —le digo tajante—. Si quieres que te cuente esto, deja de enfocarlo de ese modo o no te hablaré más de ello.

Niega con la cabeza.

—¿Cómo piensa Gabriel reunir ese dinero? Si no lo tenía entonces y estaba lleno de deudas, ¿cómo esperas que lo reúna ahora?

—Ya apenas tiene algunas deudas. Está ultimando unos trámites con su banco, a falta de una firma. Un préstamo.

—¿Le crees?

—Lo hará, Axel. Claro que le creo.

Intento convencer a Axel, pero conforme lo hago, me doy cuenta de que tengo mis dudas.

—A mí no me pidió nada.

—Hace un año que no estáis muy comunicativos. No lo habéis hablado… Os alejasteis sin más.

—Le pedí que se alejara de mi prima Alice. No tenía necesidad de engañarla.

—Está muy arrepentido.

—Nunca me lo ha dicho, de haberlo hecho habríamos tenido una conversación, pero no lo hizo. ¿Quién se distanció?

Axel y yo nos conocemos desde la infancia. Su madre y mi tía eran íntimas amigas y, además, primas lejanas. Mi padre, como hermano de mi tía, también tenía un lazo familiar con ella, pero nunca formó parte de esa relación cercana. Ellas se visitaban con frecuencia, y yo, que me crie con mi tía, solía acompañarla.

Con el tiempo, Axel y yo fuimos juntos al instituto y luego a la universidad, donde se nos unió Gabriel. Compartimos momentos inolvidables y, a pesar de los años, hemos mantenido nuestra amistad. Sin embargo, últimamente nos vemos menos, sobre todo los tres juntos, desde que una discusión distanció a Axel y Gabriel. Yo quedé en medio, aunque, en este momento, siento que estoy más lejos que nunca de Gabriel.

Cuando Gabriel tenía veintiún años, sus padres murieron, y él tuvo que hacerse cargo de su hermano menor, que por entonces solo tenía once. Desde que cumplió quince, no ha dejado de darle problemas. Axel y yo hemos estado ahí muchas veces, apoyándolo siempre que ha hecho falta. Pero me temo que la última ayuda que le ofrecí terminará costándome demasiado, por más que haya sido por una buena causa.

Adoro mi casa, mi barrio y el espacio que he construido en él. Es un sueño hecho realidad… uno que podría perder si Gabriel no me devuelve pronto el dinero que le presté.

7

Eve

Portadora de malas noticias

Ya me advirtió Ruby ayer, cuando le conté lo que presencié en el *Basics*. «Lo enfoques como lo enfoques, estás cubierta de mierda», me dijo con su característica sutileza. «Si se lo cuentas a Kimberly, serás la mala, y si no se lo cuentas… también», añadió.

Razón tiene, no puedo quitársela. Se mire como se mire, ser testigo de la infidelidad del novio de tu amiga, no tiene nada bueno. Saber que tu amiga va a sufrir con lo que le vas a contar, es malo, y callar, es malísimo.

—¿Y qué puedo hacer? —le pregunté a Ruby —. ¿Callar? ¿Cómo voy a seguir hablando con ella, escuchando sus relatos sobre su idílica vida en pareja después de lo que vi? Ella es feliz con Jace, muy feliz. ¿Qué clase de amiga sería si no le contara algo así y dejara que viviera engañada?

—Una amiga prudente. Una que deja que sea la vida la que se encargue de abrirle los ojos — me dijo Ruby.

—¿Tú no me lo dirías?

—A ti sí, pero contigo se puede razonar. Kimberly está demasiado obsesionada con ese tío como para comprender que te has comportado como una amiga. Serás la mala, serás la que trae malas noticias, la que no llevaba gafas cuando presenció la escena, la que interpretó mal lo que viste…

Gracias a esa conversación, he tardado dos días en decidirme a contárselo, aunque también es cierto que no lo he hecho antes porque mi cabeza está algo saturada y necesitaba un poco de descanso.

Y… aquí estoy. Un sábado por la noche, lidiando con las lágrimas de Kimberly, que no cesan desde hace más de una hora. Está hecha un ovillo en el sofá, con el maquillaje corrido y los ojos enrojecidos, mientras aprieta con rabia uno de los quince pañuelos que ha utilizado.

Se lo he contado escogiendo cada palabra con cuidado, si es que eso es posible, y evitando los detalles más escabrosos o desagradables, como el hecho de que le estaba devorando la boca de todas las maneras posibles. *«Besos»*, le he dicho.

Sus reacciones han sido de todo tipo: primero, perplejidad, como si no pudiera procesar lo que oía; luego, dudas, buscando desesperadamente una explicación que lo convirtiera todo en un malentendido. Después, indignación, tan intensa que le ha hecho rechinar los dientes. Y, al final, un llanto desgarrador.

Se ha bebido tres copas de *bourbon*, de uno que dejó su hermano en su casa tras la temporada que vivió con ella, hace varios años. Eso es lo que me ha explicado. Cada vez que le he aconsejado que no bebiera, me ha mirado con los ojos inyectados en sangre y me ha dicho: «No te atrevas a impedírmelo».

El efecto de esas copas hace rato que se ha manifestado. Kimberly no suele beber, mucho menos un licor tan fuerte. ¡Debe saber a rayos! Me llega el olor y me produce náuseas.

Por suerte, Ruby no tenía razón y no me he convertido en su diana ni en la mensajera malvada.

Me da tanta pena verla en este estado…

—Cómo me arrepiento de haberte animado a contarle a Grayson que le habías puesto los cuernos —me confiesa sollozando—. Si no lo hubiera hecho, no habrías ido a ese lugar y no habrías visto a Jace.

Se echa a llorar a lágrima viva, de nuevo.

Es difícil lidiar con una conclusión así. Supongo que, dadas las circunstancias de la noticia y con la ayuda del alcohol, es una reacción comprensible.

Prefiero guardar silencio y que siga desahogándose. Es que no hay forma de animarla…

Kimberly alarga la mano para alcanzar su móvil, el mismo que yo he colocado a cierta distancia de ella para evitar que lo utilizara con intenciones de llamar a Jace. En cuanto le he contado la conversación que escuché en el baño de aquel local, entre las dos chicas, ha tenido claro que Jace estaba en Vermont con la otra, y no de viaje por trabajo en Hartford, Connecticut, como él le ha dicho.

—No, Kimberly, no es algo que tengas que hablar por teléfono —le he dicho con dulzura mientras le acariciaba la mejilla y le recogía restos de lágrimas.

—¿Y si está en Vermont con ella? Esa casa es nuestra… Bueno, es suya, pero la hemos hecho nuestra. Allí pasamos muchos fines de semana… ¿Se ha acostado con ella en nuestra cama?

Sí, eso debe ser lo más probable, pero no se lo digo.

—Es mejor que lo hables con él cuando vuelva, ahora no vas a conseguir nada. Además, has bebido, no estás en condiciones de tener una conversación mínimamente… digna.

No sé si es un buen consejo. No es fácil, dadas las circunstancias, pero sé que probablemente eso sería lo que haría yo y por eso sé que no es una buena idea llamarlo. Voy aprendiendo, aunque lentamente, que hay que reflexionar algo más antes de actuar.

—Seguro que esa… maldita mujer lo ha engatusado. Jace es como un niño a veces, es débil y no piensa las cosas. Esa mujer lo ha engañado y…

—Kimberly… —le interrumpo algo perpleja de sus conclusiones—. No culpes a esa chica…

—Tienes razón…

Esas palabras me alivian. Por un momento, he pensado que su forma de justificarlo podría hacerle tomar decisiones equivocadas.

Aquí estoy, consolando a una amiga cuyo novio le ha sido infiel. Solo una semana después de que yo me acostara con un desconocido que, por cierto, me cuesta apartarlo de mi cabeza. Y solo dos días después de habérselo contado al que era… mi novio. Porque lo era, ¿no? Puede que el hecho de preguntármelo ya haga que la pregunta se conteste por sí sola.

—Tú también te liaste con un tío… —me suelta en un estado que empieza a preocuparme.

—Es distinto, Kimberly. Grayson y yo no… estábamos bien y mi relación con él era distinta…

Estoy buscando las palabras que podría añadir, pero no se me ocurre nada. Entre que hay un límite de explicaciones que le puedo dar, y el estado en el que se encuentra…

—Tienes razón… —repite mientras intenta adueñarse de nuevo de la botella.

—No, Kimberly, no puedes beber más. Te pongas como te pongas, no te lo voy a permitir. Vamos a acabar en urgencias, con coma etílico.

—Tienes razón —me dice mientras se levanta y lucha por mantener el equilibrio.

—¿Lo ves? —le recrimino.

—Quiero dormir… —me dice apoyándose en mí con voz de puro agotamiento.

—Eso es lo mejor que puedes hacer.

Me ha costado mucho meterla en la cama. Sus movimientos eran torpes y no atinaba a hacer nada de lo que le pedía. Desvestirla, ponerle un pijama y lograr que se metiera dentro ha sido una de las batallas más difíciles que he afrontado últimamente.

En nuestra amistad, que ya dura más de diez años, no es la primera vez que nos llevamos la una a la otra —o a Ruby— a la cama después de una fiesta que se nos ha ido de las manos. Pero de eso hace ya mucho, y las circunstancias eran otras.

Me aseguro de que sigue dormida. Solo ha tardado dos segundos en cerrar los ojos.

Antes de salir del dormitorio, la observo fijamente. Me sorprende sentir una lágrima resbalando por mi mejilla. Se ve tan vulnerable en este momento… Sé cuánto va a sufrir cuando despierte y tenga que enfrentarse a esa realidad tan dura.

Cierro la puerta de su casa y me enfrento a una noche demasiado fría para mediados de abril. Corro hasta mi coche y me refugio en él.

Consulto mi móvil y encuentro un mensaje de Ruby.

¿Cómo se lo ha tomado Kimberly?
¿Ha montado un drama o te ha echado de casa?
¿Sigues viva?

Sonrío porque la conozco bien y sé que detrás de esa fría fachada está preocupada por Kimberly.

Nos conocimos en la universidad, aunque cada una de nosotras eligió profesiones diferentes. Hasta que ella conoció a Jace y se alejó un poco de nosotras, éramos inseparables.

Le contestó rápidamente.

Está hundida y se ha emborrachado.

Joder… Vaya asco. Menudo cabrón.

Esa es mi confirmación. Como he dicho, la conozco bien. No sé por qué vuelvo a notar otra lágrima.

Estoy sensible, lo sé. Últimamente lloro con demasiada facilidad. Y aunque motivos no me faltan, todavía no he sido capaz de derramar una lágrima por la muerte de mi madre.

8

Kyle

No podía acabar bien

De todos los planes que se pueden hacer un domingo por la mañana, el peor es aceptar que Axel venga a mi casa dispuesto a «pasar el día conmigo».

Desde que nos encontramos en el Basics, he recibido varias ofertas de su parte, pero las he rechazado todas. Excepto la de hoy: ya no me quedaban excusas.

También ha influido el hecho de que prefería no estar solo. No dejo de darle vueltas al tema de mi padre y al problema con Gabriel, así que una distracción no me vendrá nada mal.

Mientras sirvo dos cervezas, el timbre de la puerta suena. Axel está en el salón. Antes de que pueda decir algo, ya lo escucho caminar hacia la entrada.

Sospecho quién puede ser y por qué ha venido, así que solo me queda rezar para estar equivocado.

Corro hacia la puerta y, en cuanto la abro, mis sospechas se confirman: Sienna se abre paso frente a Axel y entra sin esperar invitación.

—Hola, amigo de Kyle —le dice a Axel con una sonrisa.

—Hola, vecina de Kyle —responde él con calma.

—Y jefa… Vecina y jefa —añade ella, ignorándome por completo.

Tal cual se ha presentado. Sienna es mi vecina y, además, mi supervisora en el hospital desde hace dos años. Ha estado a cargo de mi programa de residencia.

Que seamos vecinos es solo fruto de la casualidad. No comprobé quién viviría a mi lado cuando compré la casa. La sorpresa me la llevé una vez instalado. O más bien, mientras el conductor del camión de la mudanza se enfrentaba a ella por haber pisado una esquina de la entrada a su casa, la única que no está cubierta por una valla. Una muy cómoda para entrar directamente en la mía sin hacer muchas maniobras: la protagonista constante de la discordia.

Axel y Sienna ya se conocen, por ello sé que el juego de saludos que se tienen entre manos solo puede acabar con algún dardo dirigido a mí.

—He venido a decirle a tu amigo que si vuelve a entrar en su casa pisando la esquina de mi entrada, donde tengo plantadas unas preciosas flores, le cortaré en trocitos los testículos. ¿Crees que puedes hacerle llegar mi mensaje?

—Yo no me conformaría con eso, Sienna. Yo le obligaría a hacer guardias durante seis meses los sábados por la noche.

—Eso lo iba a añadir ahora.

Desaparezco del salón harto de sus jueguecitos y sirvo una copa de vino dulce, el que tengo reservado para las ocasiones de emergencia con Sienna.

—No intentes sobornarme —me dice aceptando la copa.

—Llegué ayer por la noche algo cansado, no vi las flores —le miento a modo de disculpa.

—Te dije que eran nuevas y que estoy dispuesta a matar por ellas…

—Iré con cuidado —le digo sonriendo.

Me sonríe satisfecha. Sé que no está enfadada. Aunque antes o después me iba a soltar lo de sus flores, sé que ha aprovechado que Axel se encuentra en casa para saludarlo.

A veces, adoro que sea mi vecina y a veces que sea mi jefa, en muchas otras detesto a las

dos. ¿Cómo se puede ser tan delicada con esas espantosas flores moradas y amarillas? Si hasta dan miedo. Tienen unas manchas blancas que parecen dientes afilados…

Pero nos tenemos cariño a pesar de todo. Una vez salvé a su hija de un pequeño incendio que se produjo en su garaje y podría haber acabado con la joven al inhalar el espantoso humo que quedó atrapado en el interior. Desde ese momento, sé que me quiere más de lo que aparenta.

Conoce mi vida, y yo la suya. Ha sido motivo de conversación en muchas ocasiones en las que su marido, mucho más encantador que ella, ha salido de viaje durante semanas y ha buscado algún momento de mi compañía porque se sentía sola.

El ambiente se relaja. Invitamos a Sienna a sentarse con nosotros y promete hacerlo solo unos minutos. Tiene algo especial en el horno en manos de su marido y no confía demasiado en sus artes culinarias.

Mi teléfono interrumpe el momento. Me sorprende ver el nombre de Gabriel en la pantalla. Miro a Axel y me encojo de hombros antes de contestar.

—Gabriel… —le digo al descolgar.

Escucho sus palabras de angustia. Axel y Sienna me miran fijamente al ver mi expresión de desconcierto.

—Tranquilo, Gabriel. ¿Dónde estás? ¿En qué hospital?

En cuanto escucho el nombre me despido de él.

—Zephyr ha tenido un accidente esta madrugada con la moto —le digo a ambos. Aunque Sienna no lo conoce, sabe que es mi amigo y también conoce parte, solo una pequeña parte de mis problemas con él.

—Vaya, ¿por qué no me sorprende? ¿Qué ha sido esta vez? —pregunta Axel.

—No ha sido culpa suya. Un conductor borracho hizo algo que provocó que él saltara por los aires. Está muy grave.

Axel se levanta meneando la cabeza.

—¿Dónde está? —pregunta afectado.

—En el Presbyterian…

—Está en el mejor hospital —interviene Sienna defendiendo su territorio, que es el mismo que el mío.

Dos minutos después, salimos por la puerta dispuestos a apoyar a nuestro amigo. En este momento, Axel ni siquiera se acuerda del motivo que les distanció y yo... Yo tengo sentimientos encontrados.

9

Eve

Algo no va bien

Algo no va bien. Esa es la frase que lleva sobrevolando en mi cabeza todo el día.

Son las seis de la tarde y no he conseguido localizar a Kimberly. No sé nada de ella desde anoche, cuando la dejé durmiendo profundamente.

Me convenzo de que debe tener una resaca espantosa, de que ha debido despertarse destrozada tras enfrentarse a la noticia que le di ayer, de que no debe tener ánimos para hablar con nadie, de que prefiere estar sola para procesar todo lo ocurrido… Pero, aun así, debería haber respondido al menos a una de mis muchas llamadas o a alguno de los mensajes que le he enviado.

Y lo que más me inquieta es que esta mañana no estuviera en casa… o que haya fingido no estar.

Su teléfono sigue fuera de servicio y los mensajes que le envié siguen sin ser leídos.

Me siento culpable por haberla dejado sola en casa. No dejo de darle vueltas a la cabeza. Debí quedarme a su lado…

Espero que antes de que acabe el día dé señales de vida…

Sin ninguna esperanza, intento comunicarme con ella una vez más.

Para mi sorpresa, escucho una voz masculina. Por un momento, temo que sea Jace, pero es su hermano, Sam, quien atiende la llamada.

—Hola, Eve…

—Sam… ¿Dónde está Kimberly? Llevo todo el día intentando hablar con ella. ¿Está bien?

—Pues… no mucho, la verdad. Estamos en el hospital, pero… no te preocupes, está relativamente bien.

—¿En el hospital? ¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras mi mente busca una explicación. Durante unos segundos me pasa por la cabeza que haya intentado hacer alguna tontería.

—Tuvo un accidente ayer por la noche, con el coche.

Eso, a pesar de lo que significa, me tranquiliza.

¿Coche? ¿Ha dicho coche?

—¿Ayer por la noche? Yo… estuve en su casa ayer por la noche… —Me detengo con prudencia. No sé cuánto puedo contar sobre nuestro encuentro.

—Sí, lo sé, eso sí que lo recuerda.

—Pero… ¿qué pasó? ¿Cómo está? —le pregunto algo desconcertada.

—Está bien, dentro de las circunstancias. Tiene unas heridas en la cara y se ha lesionado un hombro.

—¿En qué hospital está? Voy para allá y hablamos. ¿Puedo verla?

—Supongo que sí…

Tardo poco en salir de mi casa en dirección al Presbyterian, donde Sam me ha indicado que la llevó la ambulancia.

A pesar de que la aplicación del tráfico me ha indicado que no hay incidentes y es fluido, he tardado tres cuartos de hora en llegar, cuando en menos de media hora se puede hacer el trayecto

desde Brooklyn, donde vivo, al hospital, en Manhattan.

Kimberly vive cerca de allí. Desconozco dónde se produjo el accidente, pero a juzgar por el estado en que estaba, no pudo hacer un recorrido muy largo.

¿Qué ocurrió?

Tengo muchos interrogantes que espero me aclare Sam o ella misma. No consigo entender cómo se le ocurrió conducir ni cómo se despertó, estaba casi en coma cuando la dejé.

El hospital es muy grande, así que tardo en llegar a la habitación en donde se encuentra Kimberly.

Al primero que veo es a Sam, que está en la sala de espera contigua.

Tras volverme a explicar que Kimberly se encuentra en buen estado y que tiene una luxación en el hombro de la que deberán intervenirla, aunque es una cirugía menor, y permanecerá tres o cuatro días en el hospital, me habla del accidente.

—Es una locura, Eve. Según nos ha dicho la policía, estacionó en York Avenue —me cuenta Sam, pasándose una mano por el cabello revuelto. Su voz es baja, pero está cargada de una mezcla entre la frustración y el cansancio—. Cuando digo estacionó es porque… eso debió creer que estaba haciendo, pero estaba frente a un semáforo y cuando este se puso verde abrió la puerta del conductor y… un motorista que venía por detrás chocó con la puerta. No tuvo tiempo de frenar y…

Sam hace una pausa, como si las palabras le pesaran demasiado. Sus ojos oscuros buscan los míos, pero evito el contacto, estoy procesando lo que me acaba de decir.

—El impacto fue brutal, Eve. El chico salió volando y terminó estrellado contra el asfalto a varios metros.

Me cruzo de brazos, más por contener el temblor en mis manos que por otra cosa. La imagen que Sam acaba de describir no tarda en formarse en mi mente: York Avenue iluminada por los faros de los coches, el sonido metálico del impacto, el grito de algún testigo, Kimberly aturdida, el motorista…

—¿A dónde iba? —mi voz es apenas un susurro.

—No recuerda nada apenas, solo ha dicho que estuvo en su casa contigo y que bebisteis un poco. Le han hecho las pruebas… Había bebido muchísimo, Eve.

No sé qué decir. No tengo ni idea de cuánto sabe Sam. Desconozco si Kimberly le ha hablado a él o a sus padres del motivo por el que se bebió un barril de *Bourbon*. Sin ser consciente de ello, me protejo:

—Cuando me fui, estaba acostada. Nunca hubiera imaginado que le diera por salir en esas condiciones. Estaba profundamente dormida, Sam.

Veo tristeza en sus ojos.

—El motorista… no ha tenido mucha suerte, Eve, no tanto como ella. Tiene diecinueve años… Tenía…

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás diciendo que el chico…?

—Llegó en estado muy grave y tuvieron que operarlo, pero… esta mañana nos han dicho que no lo ha superado. ¿Sabes lo que significa eso, Eve?

«Que ha muerto un chico porque tu hermana condujo bebida», pienso, pero no lo pronuncio en voz alta. Sé que está muy afectado.

—Lo siento mucho, Sam. ¿Lo sabe Kimberly?

—Sí, se lo ha dicho la policía. Está… en un limbo, no dice nada.

—¿Puedo verla?

—Sí, mis padres se han marchado hace un rato, pero no tardarán en volver.

Me lo plantea como si la presencia de sus padres fuera la condición de que pueda o no verla.

Como si leyera mi pensamiento, me lo aclara:

—Mis padres no quieren que reciba visitas, pero Kimberly quiere verte.

Esa es la explicación. Sus padres siempre han sido muy especiales, más que ella. Especialmente su padre, que jamás lo he visto sonreír.

Cuando entro en la habitación, Kimberly está recostada de lado, con los ojos cerrados.

Lleva un cabestrillo algo aparatoso en un brazo y tiene varios apósitos en la cara y en el cuello, así como alguna herida destapada parecida a un arañazo.

Abre los ojos despacio y me brinda una media sonrisa.

—Estoy jodida, Eve.

Me acerco rápidamente a ella y le beso en la frente antes de sentarme a su lado. Le acaricio la mano del brazo libre del cabestrillo.

—Cuánto lo siento, Kimberly. ¿Por qué saliste de casa? ¿No lo recuerdas?

—Hay algunas cosas que no recuerdo, pero sí por qué salí. Quería ir a Vermont a buscar a Jace.

Me quedo helada, aunque debería haberlo supuesto.

—Te recuperarás. Tu hombro estará bien dentro de poco tiempo. Y esas heridas desaparecerán sin que te des cuenta.

—Lo sé, pero de lo otro no me recupero, Eve. Eso es una tragedia. Lo peor que me ha pasado en la vida.

—Es duro… Era muy joven. ¡Pobre chico! No sé ni qué decirte. Me imagino cómo te sientes…

Escojo las palabras con cuidado. Es un tema delicado como para soltar lo primero que se me pase por la cabeza.

—Me refiero a Jace…

Aún me quedo más helada. Lo que menos esperaba en este momento es que surgiera el nombre de Jace. Todavía debe estar conmocionada por lo ocurrido.

—¿A Jace? Yo creí que hablabas de… —Hago una pausa. Es difícil elegir las palabras adecuadas—. Sam me lo ha dicho. El motorista…

—Yo no tengo la culpa de que haya muerto, no llevaba casco —me dice en el mismo tono de voz que podría haber empleado para contarme el último perfume que se ha comprado.

Solo encuentro una explicación, debe ser un mecanismo de defensa para no enfrentarse a la realidad. Debe ser más duro asumir la muerte de ese chico que la ruptura con Jace, y más fácil de verbalizar.

—Eve, no me dijiste si era guapa… —me pregunta en un tono de lo más coloquial, como si estuviéramos tomando un café tranquilamente, cualquier día, en cualquier lugar.

No sé si seguirle la corriente o darle una bofetada para que aterrice en el mundo real.

—Kimberly, ahora no te conviene pensar en ello.

—¿Era guapa o no? —me insiste molesta por mi respuesta.

—Pues no lo sé, era… normal, guapa… No me fijé tanto.

—¿Qué voy a hacer, Eve? Jace tiene que llamarme dentro de un rato…

—No es el momento para hablar con él. Creo que hay otras cosas más importantes…

—¿Más importantes? —me mira con desprecio—. Tengo un hombro jodido, la cara hecha un mapa y tengo que estar aquí varios días. He tenido que hablar con la policía dos veces y aún no le he contado a mis padres lo de Jace… Y… por supuesto, tengo que asumir que mi novio se ha liado con una puta y se la ha llevado a Vermont. ¿Hay cosas más importantes?

—Sí, las hay —le suelto olvidándome de la conmoción, de la psicología y de todo lo que podría aplicar en este momento—. Hay un chico muerto, Kimberly.

Me empiezo a arrepentir de haber hablado por la forma en que me ha mirado.

—No es culpa mía que no llevara casco. Fue un accidente. Ya se aclarará.

Cuando estoy a punto de decirle que ella iba borracha y que sí es su culpa, se abre la puerta y aparece Sam.

—Eve, mis padres están a punto de llegar. Me han pedido que no la visitara nadie, solo quieren que descanse.

—¡Oh! Claro. Ya me voy —anuncio mirando a Kimberly en espera de una reacción, pero parece estar de acuerdo.

Me despido de ella después de escuchar que mañana me llamará.

Sam me acompaña hasta el final del pasillo en silencio.

—Mañana… me gustaría volver.

—Bien, pero hay que dejarla descansar.

Me marcho con una sensación agridulce. Sam parece actuar de otra manera distinta a como actuaba cuando hemos hablado por teléfono, o cuando he llegado al hospital.

Está afectado. Esa debe ser la explicación.

Durante todo el camino no dejo de pensar en la familia de ese pobre chico.

Joder, es que Kimberly fue una insensata, una loca, una camicace.

Ella no deja de pensar en el impresentable de Jace, y posiblemente su reacción sea propia de la conmoción o de lo que sea que ha vivido por el accidente, pero… es que se cargó a un chaval por ir borracha…

Apreto los puños para descargar la rabia que siento.

Cuando me dispongo a salir del hospital, en el vestíbulo principal, veo un ascensor que está cerrando sus puertas.

Hay un rostro que me llama la atención, pero no puedo observarlo bien porque las puertas me lo impiden.

Estoy empezando a preocuparme. Veo al chico de los ojos como ruedas en todas partes. El que me encontré en el motel, el que me estampó contra la pared y…

Sí…

Joder.

Qué buen recuerdo.

Pero me preocupa verlo por todas partes…

Eso solo puede ser una señal de que mi cabeza necesita un descansillo.

Tengo otras cosas a las que enfrentarme y no encuentro el momento para ello.

Mi madre…

Duele.

10

Kyle

¿Cómo se te ocurre hacer esa visita?

Conozco los motivos por los que Sienna me ha convocado urgentemente en su despacho a través de un mensaje escueto. Antes o después se iba a enterar.

Su convocatoria es demasiado formal. No es su estilo. Cualquier tema que Sienna quiera tratar suele hacerlo en cualquier parte, en cualquier momento. No tiene problemas en plantearme algo en mitad del pasillo, dentro del ascensor o durante la preparación previa a quirófano.

Así es ella.

Sienna es apreciada y querida por muchas personas del hospital. Tras su apariencia dura siempre hay una mujer dispuesta a escuchar, a echarte una mano y darte un consejo. Es mi supervisora en el programa de especialización y he aprendido mucho de ella. Antes, hace años, se dedicó por completo a la cirugía, pero la fue aparcando para dedicarse a lo que hace ahora: evalúa expedientes, organiza reuniones con el equipo, coordina los horarios de quirófano y se asegura de que las evaluaciones de los residentes sean justas y detalladas. Afirma que vive más tranquila de esta manera.

Empujo la puerta de su despacho suavemente, no quiero darle un motivo para quejarse nada más entrar.

Antes de que me siente frente a ella, me suelta en un tono poco conciliador:

—¿Se puede saber en qué coño estabas pensando cuando hiciste eso?

«Eso» no es muy aclaratorio, pero sé de qué está hablando. Tal y como me temía ha llegado a sus oídos.

—Supongo que te refieres…

—A tu brillante idea de entrar a visitar a un paciente que no era tuyo. Foster ha recibido las quejas de ese hombre y ha puesto el grito en el cielo.

—Sienna, es un asunto personal.

—Pues si es personal haber hablado fuera del hospital, lejos del recinto, tomando un café, o en su casa, o en un parque de atracciones, o escribiéndole en sus Redes Sociales, pero no aquí. ¿Es que no te das cuenta de lo que te he dicho?

—No fui en calidad de médico…

—Pero trabajas aquí, Kyle. Llevabas una bata que así te define y estabas dentro de tu horario de trabajo… Eso no puedes hacerlo, no te compete, y lo sabes —sigue diciendo furiosa.

—No pude aguantarme, Sienna.

—Joder, Kyle, esa tendencia tuya a no tener la boca cerrada… Es la segunda vez… La otra vez te salvé el culo cuando te enfrentaste a Sullivan, sin contar con su amistad con Foster. Te salvé el culo a pesar de que me costó y de que tenías que haberte mantenido callado porque no era tu problema.

—Aquella vez apoyaba a un compañero.

—Te he dicho mil veces que abras los ojos y evalúes cuándo debes intervenir y cuando no, si merece la pena o no, a quién te enfrentas y de qué forma te puede perjudicar.

—Ese tema ya está olvidado, Sienna…

—Pero «ese tema» hizo que te colocaras entre las dos cejitas de nuestro director y gerente, el

señor Foster. Y ahora, con tu actitud, vuelves a estar entre sus dos cejitas.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente?

—Ese hombre ha reclamado y ha amenazado con denunciar. Para tu mala suerte, es un amigo de él, o un conocido con el que juega a no sé qué, o alguien a quien le tiene cariño… ¡Lo que sea! Pero suficiente para que este tema no se quede en olvido.

—No sé qué decirte, no pensé que esto llegara tan lejos —le digo intentando ocultar la preocupación que empiezo a sentir.

—¿Y si lleva el tema al comité?

—Eso es una locura. No hay una negligencia ni una falta grave, esto es otra cosa.

—Una locura es que estés a solo dos meses de completar tu residencia y obtener tu especialidad, con dos ofertas prometedoras esperándote, y lo eches todo a perder. Si te abren un expediente disciplinario, quedará registrado en tu historial y puede afectar tanto tu futuro profesional como esas oportunidades.

Esas palabras hacen que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. En ningún momento pensé que esa visita pudiera llegar tan lejos.

—Joder, Sienna, lo siento.

—Ahora me toca salvarte el culo. ¿Sabes por qué voy a hacerlo? Porque tengo ganas de que acabes y te largues de aquí.

—Puedo hablar con Foster…

—No, Kyle, déjamelo a mí —me dice, esta vez con un tono más calmado—. Voy a alegar que estás bajo una gran carga de estrés y que necesitas tomarte un tiempo de descanso antes de finalizar tu residencia. Buscaré la mejor manera de manejarlo.

—No quiero hacer eso, quiero terminar cuanto antes.

—O me dejas gestionar este receso a mi manera, o te lo impondrán de todos modos, pero con consecuencias mucho peores. No tienes opción.

—Joder… —Me levanto y empiezo a caminar por el despacho.

Sienna guarda silencio, sabe que estoy procesando todo lo que me ha dicho.

Si Foster decide tomar medidas disciplinarias, tendré un buen problema. Y eso podría complicar seriamente mi último periodo. Un expediente en mi historial a tan poco de obtener la especialidad podría arruinarlo todo. ¡Maldita sea! No he cometido ningún error tan grave…

—¿Cómo está tu amigo? —me sorprende preguntando. Ha dejado atrás a la jefa y se ha acercado a mí como amiga.

—Mal. Muy mal. Ayer fue el funeral… —le digo dejándome caer de nuevo en la silla.

—Debió de ser duro…

—Sí, lo fue. Solo acudimos los más allegados —Vuelvo a sentarme.

Guardamos silencio.

Sienna se levanta, le da la vuelta a la mesa y se sienta en la silla que está a mi lado.

—Kyle… Entiendo todo lo que te pasó por la cabeza, pero debiste mantenerte callado. ¿Qué has conseguido? Nada, excepto complicarte la vida —Hace una pausa y resopla—. No veas este descanso como un castigo, sino como una oportunidad. Has estado sometido a un ritmo insostenible durante demasiado tiempo y, aunque estás a punto de cruzar la meta, parar ahora te permitirá llegar en mejores condiciones. Ya que has metido la pata… Veamos el lado bueno.

—Mi padre se ha muerto —le suelto sin saber por qué he elegido este momento para anunciárselo.

Sienna me mira confundida y guarda silencio durante un buen rato.

—Tu padre… ¿Cuándo?

—Me enteré hace cuatro días, el sábado.

—Lo siento, Kyle. ¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Bien, entonces… déjame decirte que esa noticia me viene muy bien para reforzar mi propuesta de estrés. ¡Es perfecta!

—Tu delicadeza es abrumadora…

—Mi delicadeza consiste en salvarte el culo. Y ya sabes que hablaremos de ese tema cuando tú quieras.

—No entiendo que esto haya llegado tan lejos…

—Kyle, no puedes hablar con una paciente de la manera que lo hiciste. Sabes cómo funciona. El papá de la nena es un conocido de nuestro querido director. Es un tío con pasta que está dispuesto a tocar las narices porque su nena ha pasado un mal rato con un médico impertinente que la ha hecho llorar.

—La nena estaba borracha y por su culpa un chaval de diecinueve años ha perdido la vida. La nena es mayorcita. Solo le recordé que le había jodido la vida a Gabriel y a Zephyr.

—Es la justicia la que debe encargarse de ello, Kyle. Tienes que aprender a separar lo profesional de lo personal —me indica con un tono que deja claro que ya no habla mi amiga y vecina, sino mi jefa. Incluso sus palabras están lejos de ser cercanas—. No pueden coexistir en el mismo espacio. Cuando entraste en esa habitación, esa chica era una paciente, no la mujer que provocó un accidente en el que murió el hermano de tu amigo. Tu intervención pudo haber afectado su bienestar, y eso va en contra de nuestra ética. Lo difícil es aprender a controlar esas emociones; lo profesional es controlarlas. Sé que es difícil, pero si no lo aprendes, te enfrentarás a dilemas aún más complejos que pondrán en peligro tu carrera y la confianza en tu criterio. ¿Qué habrías hecho si la hubieras tenido en una mesa de operaciones?

—Ese discurso no viene al caso, Sienna, lo estás llevando muy lejos. Admito que fue un error visitarla y que me dejé llevar por la rabia, pero no la tenía en una mesa de operaciones. Nunca la habría tenido, habría activado el protocolo en el caso de conflicto de intereses. Joder, la he cagado, lo sé, pero conozco bien la imparcialidad médica, el conflicto ético, el dilema ético, o como quieras llamarlo. No me des un discurso sobre eso.

—Bien, pues me satisface saber que tienes claro que no debiste irrumpir en su habitación y decirle prácticamente que es una asesina…

—No le dije eso, Sienna. Si eso es lo que ha dicho, miente.

—Eso lo he dicho yo.

—Le pregunté si era consciente de que una persona había muerto porque ella decidió subirse a un coche, borracha —Hago una pausa—. ¿En qué estado se encuentra esa mujer?

—Eso no te importa, no es tu paciente.

—¿Sigue en el hospital?

—Eso te importa menos aún.

—Está bien, dejémoslo, Sienna. Sé que cometí un error.

—Te vendrá bien un descanso, digas lo que digas.

—¿No tengo otra opción? Dos meses me parece excesivo.

—Dos meses es lo que se recomienda cuando hay una persona bajo estrés. Y dame las gracias porque evitaré que te obliguen a seguir una terapia. Lo de tu padre me ayudará. Sé que esto puede sonar algo brusco, pero… de alguna forma tu padre te ha echado una mano. No vuelvas a quejarte de él.

No puedo evitar sonreír, sé que es eso lo que ha pretendido. Ella conoce la historia y sabe

que le permito bromear sobre ello.

—¿Estás segura de que puedes lidiar en esta situación? ¿Tan grave se ha vuelto?

—Sí, pero confía en mí. No voy a permitir que mi mejor cirujano eche a perder su carrera. Pero no vuelvas a cagarla…

Confío en ella plenamente, sé que lo resolverá, aunque me cueste permanecer esos dos malditos meses alejado del hospital.

—¿Cuánto tiempo has dicho que…?

—Dos meses y una semana. Como una condena. Es por razones de calendario… —Sonríe con dulzura.

—¿Cuándo empiezo?

—Termina hoy tu jornada. Hablaré contigo a última hora, pero… yo de ti iría haciendo planes para mañana. Si no se te ocurre nada, yo necesito un jardinero…

—¿Para arreglar esas espantosas flores moradas que dan miedo?

—Sal de aquí, Kyle Bauer —me pide conteniéndose la risa—. ¿Ves como no puedes mantener la boca cerrada?

Me levanto lentamente, sonriendo, y me dirijo a la puerta.

—Kyle... —me dice antes de salir.

Me doy la vuelta lentamente.

—Te vendrá bien un descanso, estás agotado, aunque no quieras admitirlo.

Salgo sin decir nada, no puedo discutírselo, puede que tenga razón. Pero me hubiera gustado descansar en otras circunstancias. No me puedo creer que esto haya llegado tan lejos.

Era consciente de que no debía estar en esa habitación, con esa mujer, pero no pude contenerme.

«Yo de ti iría haciendo planes para mañana», repito en mi cabeza.

Y para los próximos dos meses…

Dos meses… ¿No es excesivo?

¿Qué coño voy a hacer?

De momento, en mi agenda solo tengo anotado acudir al funeral de mi padre, que se celebra el sábado, dentro de tres días.

11

Eve

No me lo puedo creer

«Kimberly me ha pedido que te diga que puedes visitarla». Esas son las palabras que ha pronunciado su madre de forma fría y escueta.

Por fin, se han dignado a comunicarse conmigo. Apenas he sabido nada desde que la visité el domingo por la tarde, y hoy es miércoles.

Solo recibí un mensaje de Sam el lunes, en contestación al que yo le envié a Kimberly, después de que no atendiera mis llamadas, en el que me indicaba que la operación del hombro había sido un éxito y que Kimberly estaba cansada y era mejor que no recibiera visitas.

Por una parte, puedo comprenderlo, sé que estos días ha debido enfrentarse a varias realidades que le deben estar mortificando, pero no creo que apartarme así de su recuperación sea lo más adecuado. Al menos, una llamada, aunque fuera de Sam o de su madre, habría estado bien.

Lo que me sorprende es que el mismo día en que se marcha a casa, me pida que la visite. Sospecho que quiere hablarme de algo relacionado con Jace. ¿Se lo habrá dicho a sus padres? ¿Habrá hablado con él? Antes o después, él se habrá enterado de lo ocurrido.

O quizás quiera desahogarse conmigo por los problemas legales que tendrá que afrontar por la muerte de ese pobre chico. Le espera un duro camino…

Cuando llego a la planta donde se encuentra Kimberly, me sorprendo al ver a Jace en la sala de espera, hablando con un hombre que no conozco.

¿Qué hace aquí? Seguro que hay muchas posibles respuestas y Kimberly me lo aclarará.

Intercambiamos una mirada, pero no me detengo. ¿Qué le voy a decir? O lo que es peor… ¿Qué me va a decir él a mí? No tengo ni idea de lo que han hablado, ni si lo han hecho.

Nada más entrar, me encuentro a Kimberly tumbada en la cama, consultando algo en su móvil. No hay nadie más dentro de la habitación.

Me mira de una forma extraña que no sé interpretar, pero hace que salten todas mis alarmas.

Algo no va bien.

—No hace falta que te sientes, acabaré rápido.

—¿Qué ocurre? —le pregunto molesta por su tono de voz despectivo.

¿Acabaré rápido? ¿Me pide que venga a visitarla para decirme que no hace falta que me siente?

—Te he hecho venir para decirte a la cara que no me esperaba que fueras tan mediocre.

¿¿¿Cómo????

«No saltes, Eve», me digo. Tengo que escuchar un poco más.

—Jace me lo ha contado todo. Él no estaba en ese local, es imposible. Me lo ha demostrado. Incluso ha venido su jefe a aclararme que estuvieron juntos, en una reunión con un cliente. ¿Sabes el trago que ha pasado teniéndole que pedir a su jefe que me lo aclarara? Ha sido humillante, pero lo ha hecho porque no veía la forma de convencerme de que estabas mintiendo. Yo te creí y mira todo lo que ha tenido que hacer el pobre. ¿Sabes lo mal que lo ha pasado por tu culpa?

Me tiemblan las piernas. No me creo que esté viviendo esto. Intento procesar lo que me está

diciendo, pero no puedo entenderlo.

—¿Así que estaba con su jefe? Vaya, vaya. Entonces yo tuve alucinaciones…

—Te lo inventaste, ni siquiera te confundiste. Lo hiciste porque no soportas que me vaya bien con él, que seamos felices. Él no ha pisado ese lugar en su vida, ni siquiera sabía que existía. Pero no soportas que sea feliz porque tú tienes una relación patética con Grayson… Bueno, la tenías, después de ponerle los cuernos te mandó a la mierda —Me lo suelta casi sin respirar, al tiempo que alisa la sábana que cubre sus piernas y en un tono de voz propio del que está contando un cuento. ¿Se puede ser más cínica?

—¿De verdad crees todo lo que estás diciendo?

—Sí, lo creo —prosigue, esta vez el tono es ligeramente más elevado y expresivo—. Es la verdad. Bastante ciega estuve para creerte, pero creía que eras mi amiga. ¿Sabes lo que he sufrido? Por suerte, Jace ha luchado para que esto no nos perjudique, pero podíamos habernos separado por una mentira: la tuya. Tu puta mentira cargada de envidia y de malas intenciones.

La Eve que yo conozco, y la que conoce todo el mundo, en una situación como esta, pondría el grito en el cielo y le diría cuatro cosas bien dichas a esta mujer, pero estoy tan perpleja que apenas puedo hacer algo más que seguir escuchando sus acusaciones.

Me duelen, no lo puedo negar ni evitar. Quizás por eso estoy callada y paralizada.

—Eres la peor amiga que se puede tener. Y encima permitiste que bebiera una copa de más sabiendo que el alcohol no lo tolero bien.

—Un litro de más, Kimberly, no una copa. Hay una puta diferencia. Y te lo metiste tú en la boca, tú solita. Yo no lo hice. Intenté impedírtelo. Claro que, seguro que no lo recuerdas.

Empiezo a despertar, por fin. A pesar de la confusión, la indignación, la presión en el pecho, y el dolor que me producen sus palabras, todavía sigo en pie y pienso seguir estándolo.

Kimberly se levanta bruscamente de la cama y se acerca a mí, aunque manteniendo cierta distancia. Baja la mirada, no tiene tanta fuerza como pretende demostrarme.

En este momento entra Jace en silencio y se sitúa a su lado. Eso le da a ella las fuerzas que necesita para envalentonarse.

—Solo me tienes envidia porque tengo a un hombre maravilloso a mi lado, porque tengo una madre que se ocupa de mí, porque tengo un trabajo del que no me han echado a la puta calle por cometer una negligencia, y una casa que me puedo pagar gracias a mi trabajo y mi esfuerzo. Envidia, eso es lo que tienes.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La rabia de Kimberly me atraviesa con la fuerza de un disparo. Siento el impacto en el pecho, el boquete abierto por sus palabras, la punzada fría y cruel.

Trago saliva, siento que las piernas se me están aflojando, pero no puedo callarme más.

—Pero no me da envidia que te enfrentes a un juicio por homicidio… —le suelto con las pocas fuerzas que siento y toda la dignidad que aún me acompaña.

—¡Lárgate! —me grita encolerizada.

Le sonrío con cinismo, eso sí con mucho esfuerzo; es mi única arma, la única que soy capaz de mostrar después de estar hecha añicos.

—Es mejor que te vayas, Eve —me indica su novio abriendo la puerta, no sin antes haber apretado el hombro de su novia en señal de apoyo.

Me doy la vuelta despacio y atravieso la puerta. De reojo veo que Kimberly ha vuelto a la cama y se ha dejado caer entre sollozos.

—No queremos volver a verte —me dice el muy imbécil acercándose demasiado a mí.

—Yo tampoco. Puede que hasta borre las fotos que tengo de esa noche… ¿O era un vídeo?

—le digo mientras palidece y frunce el ceño—. Lo pensaré…

«¿Por qué no hice fotos?», me torturo mientras salgo al pasillo.

Escucho el sonido de la puerta al cerrarse y me apoyo en la pared contigua para que mis piernas no flaqueen. Una enfermera me mira con curiosidad desde el puesto de mano y yo le sonrío.

Tengo que salir de aquí. El pasillo está despejado. Espero no encontrarme a nadie de su familia, creo que todos piensan como ella.

Pero mi mala suerte no acaba. Su padre está en la sala de espera, sentado. No pienso detenerme. Cuando descubre mis intenciones, se levanta rápidamente y me grita:

—Tú eres la única culpable de que mi hija esté en esta situación. Tú lo provocaste todo… Tú provocaste ese accidente… —Grita.

Ya no tengo fuerzas, no puedo responderle. Empiezo a sentir las miradas de algunos curiosos que se asoman al escuchar el revuelo. Sam aparece de la nada y me mira fijamente antes de coger a su padre del brazo y conducirlo de nuevo al asiento mientras le susurra algo que no puedo escuchar.

Veo en su mirada algo de compasión, quizás es el único sensato en esta familia, pero no pienso quedarme a averiguarlo.

Corro hacia la salida. Elijo las escaleras. No puedo meterme en un ascensor: ¡me falta el aire!

No me puedo creer que la vida me haya puesto en una situación como está. ¿Es que no me ha jodido ya bastante?

Ese ser lleno de rabia y de odio se supone que ha sido mi amiga durante muchísimos años…

Y de repente, aparece él en mi mente.

Es lo último que necesito ahora.

Caleb…

Su imagen se impone recordándome aquella maldita sensación, la misma que tengo ahora. Aquel maldito día…

Otra vez duele como si acabara de ocurrir.

Otra vez tengo aquel sabor amargo, ese tan característico de la traición… Su puta traición.

Tengo que salir de aquí o acabaré convirtiéndome en una paciente más del hospital.

Claro que, podrían tratar mi estado de ansiedad, pero lo más grave, lo que duele de verdad no es posible tratarlo. No hay medicina que lo haga.

12

Kyle

Solo es curiosidad

Dar pena es lo mejor en estos casos. Eso debe haber pensado Sienna cuando ha difundido que mi padre ha fallecido. No sé qué pretende con ello, ni siquiera me ha consultado, pero entiendo que debe formar parte de su estrategia para reforzar mi estado de estrés.

«Lo siento mucho, compañero». Esa ha sido la frase que más he escuchado a lo largo de la mañana.

Es increíble la velocidad con la que se propagan las noticias en este hospital, o más bien en mi planta.

Estoy saturado de esa frase, y de la palmadita en el hombro; de las caras de compasión y de «si en algo te puedo ayudar, no tienes más que decírmelo», o… la mejor de todas: «¿Por qué estás trabajando?».

En realidad, no debo quejarme. Aunque las condolencias no sean muy pertinentes en mi caso, puedo presumir de tener una muy buena relación con todos mis compañeros, excepto con el gilipollas de Sullivan, pero ese se lleva mal con todo el mundo. No se puede intentar ser un buen médico dedicando tantas horas a hacerle la pelota al director general, a todos los jefes de departamento, y hasta a los miembros del comité. Eso desgasta mucho y hace que tus compañeros te miren con recelo.

Pero que tenga tan buena relación con mis compañeros, no quiere decir que tenga amigos íntimos. Solo hay una persona, una enfermera, con la que de vez en cuando salgo a tomar una copa. Nos liamos hace algunos años, pero supimos encarrilarlo en una amistad.

Se me ocurre hacerle una visita a Avery, quiero decirle personalmente que estaré un tiempo ausente.

El único problema es que ella se encuentra en traumatología, en la quinta planta, la misma en la que se encontraba la causante de que yo me tenga que tomar un descanso eterno.

¿Seguirá en el hospital? Sienna no ha querido decirme nada. Siento curiosidad por saber su estado.

Dudo.

No sé si es buena idea dirigirme allí. No quisiera encontrarme con algún familiar de esa mujer… Claro que, solo la paciente me conoce.

Mejor no tentar la suerte. ¿O sí?

Se me ocurre una idea.

Vuelvo a mi despacho a recoger un informe que quiero consultar con el doctor Brandon, traumatólogo, desde hace días. Aunque no es urgente, y ya no me voy a encargar de ese paciente, me proporcionará una excusa perfecta para encontrarme allí, en el caso de necesitarla.

Cuando llego, siento cierta inquietud. Todavía no me he parado a pensar en lo que supone estar dos meses de baja por estrés: es un contratiempo con el que no contaba. Sé que mañana me sentiré mal, muy mal.

Antes de girar hacia la derecha, donde se encuentra el despacho de Brandon, me giro en la dirección opuesta para observar la puerta de la habitación de esa mujer.

¿Se habrá marchado ya?

Cuando siento que la rabia empieza a apoderarse de mí de nuevo al recordar lo ocurrido,

decido marcharme, pero la puerta de la habitación se abre y eso hace que en un movimiento rápido me esconda detrás de un puesto circular de control.

Dos enfermeras que no conozco se encuentran cerca de mí, pero no parecen haberse percatado de que estoy aquí medio escondido.

No quiero problemas. No debería estar aquí…

Asomo la cabeza lentamente asegurándome de que nadie me está observando y veo a una mujer salir de esa habitación y apoyarse en la pared contigua.

Puedo verla con claridad.

¿¿¿Qué???

¡No me lo puedo creer!

Esta vez no tengo dudas.

Esta vez tengo claro que esa chica es la de Saxonburg, la del motel.

Cómo para olvidarla…

Siento cómo se me acelera el corazón.

¿Quién es ella y qué hace en esa habitación?

¿Se habrá marchado la mujer que provocó el accidente y ella está aquí por otro paciente?

¿Qué le ocurre? Parece afectada por algo.

Me muero de curiosidad. No consigo hacerme a la idea de que esa chica esté aquí, en el hospital. Yo la conocí en Pensilvania….

Puede que no fuera tan desencaminado cuando creí verla en el *Basics*.

¿Es de Nueva York?

La chica del pelo mojado…

Así me he referido a ella en alguna ocasión cuando he bromeado con Axel.

Empieza a caminar en dirección opuesta a la mía.

¡Mierda! No puedo dirigirme hacia allí.

¿O sí?

La sigo con discreción fingiendo leer el informe que sostengo en la mano. No la pierdo de vista ni a ella ni a nadie que pueda estar observándome.

Se detiene en la sala de espera, justo cuando alguien, un hombre de mediana edad, se interpone en su camino. Aprovecho para pasar de largo en dirección al pequeño vestíbulo en el que se encuentran los ascensores, pero unas voces me detienen.

«Tú eres la única culpable de que mi hija esté en esta situación. Tú lo provocaste todo… Tú provocaste ese accidente…», escucho gritar.

Esas palabras están cargadas de rabia.

Unos segundos después, ella pasa a mi lado, la chica del pelo mojado, en dirección a las escaleras y desaparece de mi vista.

No puedo quedarme con esta incertidumbre. Avery tiene que contarme lo que ocurre y quién es esa chica. Ella podrá averiguar algo. O al menos intentarlo.

Me cuesta un buen rato convencerla, pero habla con una de las compañeras que se encargan de esa habitación, sin involucrarme, y consigue la información que necesito.

Después de un buen rato escuchando las quejas de Avery y lo mucho que le ha costado obtener la información sin dar explicaciones, averiguo que la chica del pelo mojado es una amiga de la paciente, de la que provocó el accidente.

Increíble.

Una amiga…

Una que, al parecer tiene la culpa de todo. Del accidente y de que esa mujer esté en el hospital. Eso ha gritado ese hombre, que, al parecer, es el padre, el mismo que dio las quejas sobre mí.

¿La culpable de todo?

¿A qué se referirá?

¿Es que no conducía sola?

13

Eve

No tengo planes

—Debí dejar a Grayson el día del charco, Ruby —le confieso a mi amiga en medio de una conversación telefónica que, como las dos últimas, se está alargando por más de media hora.

—¿Qué charco?

—Hace unos meses, al salir de un restaurante, mientras caminábamos en busca del coche, un motorista pasó por nuestro lado a toda velocidad. Pasó por encima de un charco y me duchó. Me quedé empapada. Solté varios insultos en voz alta. ¿Qué habrías hecho tú?

—Probablemente lo mismo.

—Pues Grayson me dijo que debía calmarme. Mientras yo me quejaba y llamaba cabrón e hijo de puta al motorista, él me decía que tenía que aprender a controlar la ira. Antes de enfadarme de esa manera debía respirar hondo, contar hasta cinco y luego meterme en la piel del motorista.

—¿Y eso para qué? ¿Conocías al motorista?

—No, claro que no. Era un capullo de esos que tiene el carril para él solito, pero le gusta acercarse al borde cuando hay charcos y joder a la gente.

—¡Ah! De esos…

—Según Grayson debería haber pensado en que había un motivo para que eso se produjera y con eso encontrar la calma.

—Creí que era psicólogo…

—Y lo es.

—Pues parece un predicador.

Me echo a reír, cuánta falta me hace Ruby.

—¿Puedes imaginarte la situación? Voy caminando tranquilamente por la calle, un motorista se acerca al borde, me pone empapada y yo me detengo, cuento hasta cinco y pienso que puede tener prisa, o que está estresado, o que le han dado una mala noticia, o que su mujer está de parto en el hospital, o que es un conductor novato, o que le acababa de dejar la novia…

—¿Y qué hay de malo en pensar que ese cabrón se divierte tocando las narices a la gente e insultarlo?

—Eso provoca ira, y la ira deriva en frustración, y la frustración…

—¿Por qué no le dejaste el día del charco? —me interrumpe malhumorada—. ¿Hubo más «charcos»?

—Algunos. El que te he contado es de los menos estúpidos.

—Debiste dejarle al primer charco, era una señal y no la viste.

—Llevo meses en baja forma…

—Ya te he dicho varias veces que mi amiga Eve ha sido sustituida por otra y la nueva no me gusta. La de antes habría enviado a la mierda a Grayson al primer «charco» que se hubiera encontrado. Y también habría gestionado de otra forma el tema «Kimberly».

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Entonces, dime… ¿Qué ha fallado con Kimberly?

—Todo, Ruby, todo. La antigua Eve habría hecho un reportaje entero de fotos, tres vídeos, y se habría plantado delante de Jace y le habría preguntado si se estaba divirtiendo.

—Exacto. Y la antigua Eve no habría ido a visitarla al hospital la segunda vez. Llevabas días intentando comunicarte con ella y su familia solo te decía que tenía que descansar. Bien, pues «cuando esté descansada, que me llame». Y la antigua Eve no habría mostrado tanta comprensión cuando, después de haberse cargado a un pobre chico, lo único que le preocupaba era su «Jace». Y la antigua Eve le habría hecho tragar cada palabra que salió de boca, y también al prepotente de su padre.

—¿Dónde está la antigua Eve, Ruby?

—En paradero desconocido…

—¿Volverá?

—Sí, Eve, claro que volverá, pero ahora está asumiendo que últimamente no le van bien las cosas. Está intentando asimilar que se ha quedado sin trabajo, aunque ya lleva unos meses sin él, los mismos que lleva buscando uno nuevo sin éxito; está comprobando que las amenazas de aquel capullo se están cumpliendo; está luchando con su casera para que le renueve el contrato; lidiando con la idea de que su amiga no era su amiga, sino una desgraciada; luchando por centrarse en la idea de que ha perdido a su madre, aunque no fuera una madre al uso…

—Eso suena fatal, Ruby.

—Lo sé, pero es la realidad. Es normal que estés mal, pero no dejes que todo eso pueda contigo. Solo consigues debilitarte y cometer errores como el de Kimberly o el de Grayson, que solo te hacen daño.

—¿Y qué hago?

—Seguir buscando trabajo.

—Me han rechazado las dos últimas solicitudes.

—Habrá más, debes salirte del núcleo de la ciudad de Nueva York.

—Eso es lo malo.

—O incluso del estado… Hasta que todo se calme.

—Mi crecimiento y mi experiencia está en ese lugar, si ellos no me dan referencias buenas, y en cada solicitud me piden referencias… Es como dar vueltas al mismo sitio sin encontrar la salida.

—Hay opciones, Eve, no te desesperes. ¿Y tu casera qué dice?

—Me ha dado un mes, no cede. Si no le presento un contrato de trabajo, no me renueva.

—Sabes que no tendrás problemas para tener un lugar donde vivir. Mi casa es la tuya.

—Lo sé, pero no quiero contemplar esa opción, Ruby. Solo quiero recuperar mi vida.

—Lo sé, y lo conseguirás. En cuanto a Kimberly…, por favor, olvídate de ella, no dejes que te afecte —me dice continuando el repaso de todos los problemas a los que me tengo que enfrentar.

—No lo haré. Hace dos días, como sabes, cuando salí del hospital, estaba muy afectada, me dolía mucho lo que había ocurrido y me sentía muy humillada, pero eso ha ido cambiando. No quiero saber nada de ella.

—Antes o después, Jace asomará la patita por alguna parte, y no tendrá más opción que verlo claro. Se dará cuenta de que la cagó contigo. Además, tiene muchas cosas por las que preocuparse ahora. Se tiene que enfrentar a un juicio muy serio. Nadie sale impune después de conducir borracha y provocar la muerte de una persona.

—Lo sé, y te aseguro que eso me da mucha pena. A pesar de cómo me trató, no querría estar en su piel. No sé si podría vivir sabiendo que he provocado un accidente donde alguien ha muerto…

—Bueno, pues deja la compasión para otras cosas. Ella no se la merece. Que se enfrente a

sus actos. Y… respecto a tu madre…

—El funeral es el sábado.

—¿Irás en avión?

—No, en coche. Esta vez no he aceptado el billete que me ha ofrecido esa mujer, la abogada.

—¿Y dónde te vas a alojar?

—Del alojamiento se encarga ella.

—Dile que te reserve el motel, por si aparece el de los ojos grandes, el que follaba como…

—Me ha reservado una habitación en el hotel del pueblo, esta vez no hay carreras de cortacésped. Dos noches.

—¿Dos?

—Sí, quiere que hablemos después del funeral tranquilamente.

—Eve… igual no debería preguntarte esto, pero…

—Suéltalo…

—Puede que tu madre te haya dejado una herencia… ¿Tenía pasta?

—¿Herencia? No lo creo. En una de nuestras pocas conversaciones, me dijo que todo lo que tenía se lo dejaría a su comunidad científica. No sé qué es lo que tenía…

—¿En serio te dijo eso?

—Sí, pero fue dentro de un contexto, el de siempre: sus volcanes, su amor por su comunidad y por la ciencia… ¡Nada nuevo!

—¿Y su casa? ¿No tenía casa? ¿Vivía en plan nómada?

—Vivía con James, su marido, en una casa pequeña en Saxonburg, cuando no estaba de expedición, pero era una casita alquilada, creo recordar. Ya sabes que apenas hablábamos.

Después de que me haga reír veinte veces, me dé fuerzas y ánimos, y me haga prometer que la llamaré y le contaré todo lo que va sucediendo durante mi viaje, nos despedimos.

Sé que tengo muchas cosas en las que pensar, pero ahora mismo, después de hablar con ella, mi mente se vuelve selectiva y me conduce hacia el chico de los ojos grandes, el mismo que, tal y como ha dicho Ruby, follaba como…

Solo soy capaz de pensar en eso.

Es lo único que no duele.

Es lo único que me proporciona paz últimamente.

¡Qué noche la que pasamos en aquel motel!

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Placer en estado puro.

Mataría por repetirla.

14

Kyle

Era ella, estoy seguro

—¿Qué sentido tiene eso? —me pregunta Axel mientras observa cómo le entrego una de las cervezas que él mismo ha traído a mi casa junto con unas pizzas.

En cuanto le he contado lo que ocurrió ayer en el hospital, ha venido a visitarme.

Nos hemos acomodado en el sofá para degustar la «suculenta» cena, que se ha enfriado.

—Era ella, estoy seguro —le digo refiriéndome a la chica del pelo mojado.

—Os liais en un motel de Pensilvania y después te la encuentras en Nueva York… Hasta ahí podría haber mil explicaciones, pero que después te la encuentres en tu hospital, en la habitación de la mujer que provocó el accidente de Zephyr… Eso ya tiene menos explicaciones.

—Casualidades de la vida, podría ser una, pero a mí también me ha sorprendido.

—¿De verdad que no hablasteis nada cuando os liasteis en el motel? ¿No sabes ni quiera su nombre?

—No sé nada. Solo nos dedicamos a follar, Axel. Solo eso. Cuando me desperté, ya no estaba.

—Bien, pues dejémoslo en casualidades de la vida. No le des más vueltas.

—Se las doy porque ese hombre, que deduzco que era el padre de la conductora borracha, le culpó de todo lo que le estaba pasando a su hija.

—El padre de la conductora, ¿no es el que ha presentado las quejas al director sobre ti?

—El mismo.

—No sé dónde quieres llegar, pero Gabriel no nos dijo que hubiera nadie más implicado en el accidente. Solo mencionó a la conductora. También lo repitió aquel policía que vino después. Al parecer, iba borracha y detuvo el coche en medio de la avenida.

—Sí, lo sé, por eso me sorprendió lo que le gritó ese hombre.

—Debían hablar de otra cosa, Kyle. No tienes toda la información. En cualquier caso, ¿qué más te da? Piensas demasiado en esa chica. ¿Por qué no le hablaste cuando la viste?

—¿Qué se supone que debía decirle? Hola, tú eres la chica con la que follé en Pensilvania, ¿verdad? Tu amiga es la que mató al hermano de mi amigo… ¡Qué coincidencia! Me llamo Kyle, encantado de conocerte.

—No seas bruto, pero podías haberla saludado… de alguna forma que se te hubiera ocurrido.

—Axel, lo último que podía hacer es acércame a cualquiera que tuviera que ver con ese conflicto. Te recuerdo que me va a costar dos meses de baja.

—¿Te va a perjudicar?

—No, creo que no. Sienna lo ha tramitado como una baja laboral por estrés y la han admitido. Esta misma mañana, he firmado todos los documentos. Hasta Foster, que me lo he encontrado, me ha presentado sus condolencias por la muerte de mi padre. ¿No es irónico?

—Lo es. Entonces… ¿La queja de ese hombre no sigue su curso?

—Sienna me ha dicho que me olvidara de eso, que estaba solucionado. Supongo que ese hombre tendrá temas más importantes a los que dedicarse ahora.

—Yo de él contrataría un buen abogado para que intente salvarle el culo a su hija, pero lo tiene complicado.

—Gabriel también va a presentar una demanda civil paralela para exigir una indemnización.

Me lo dijo ayer mismo cuando hablé con él.

Axel cambia su expresión.

—¿Qué ocurre? ¿He dicho algo raro?

—¿Puede pagar un abogado o tendrá que recurrir a otros medios?

Esa pregunta me sorprende: está cargada de sarcasmo.

—¿Dónde quieres llegar?

—No importa, no me hagas caso.

Axel se dirige a la cocina y vuelve con dos cervezas más.

Le observo.

Ha aprovechado el momento para intentar cambiar de tema y de expresión, que era de lo más siniestra. Algo le ocurre y lo voy a averiguar.

—Axel… ¿Qué pasa?

—¿Qué tendría que pasar?

—La forma en la que has hablado de Gabriel, de la demanda…

—No tiene importancia. Es que como te debe dinero, un abogado también le supondrá un problema.

—No sé cómo lo solucionará.

—Puede que te pida más dinero…

—Axel…

—Lo siento, háblame de… tus planes.

—¿Planes?

—¿Qué tienes pensado hacer a partir de mañana?

—Acudir al funeral de mi padre.

—Cierto, se me había olvidado. ¿Lo llevas bien?

—Sí, todo lo bien que se puede llevar.

—¿Dormirás en ese motel?

—He reservado dos noches en un hotel en Pittsburgh, a pocas millas del pueblo. Me niego a dormir allí de nuevo.

—Pues no te fue tan mal…

—Fue la compañía, la habitación era espantosa.

—¿Qué haría esa chica en ese lugar perdido en la faz de la tierra?

—No lo sé. Seguramente estaba de paso. No quiero pensar más en ello.

—¿Y después qué harás?

—Después me joderé, Axel. Tengo que estar dos meses sin hacer nada por culpa de esa estúpida situación.

—¿Y después de esos dos meses?

—Terminaré la especialidad y estudiaré las ofertas que tenga.

—No está mal. Dos meses pasarán volando…

—Si Gabriel me devuelve el dinero, aprovecharé para hacer unas pequeñas reformas.

No es cierto, pero intuyo que hay algo relacionado con Gabriel que se ha quedado en el aire, de ahí que fuerce el tema.

Tal y como esperaba, me mira fijamente y después baja la mirada.

—¿Me vas a decir qué pasa de una vez por todas?

—Kyle, no quería… Bastantes problemas tienes ya…

—Suéltalo, joder. Te conozco y cada vez que nombro a Gabriel parece que te estés abriendo en canal.

—¿Cómo te dijo Gabriel que iba a conseguir el dinero?

—Ha pedido un préstamo y se lo han concedido. Está ultimando los trámites con el banco.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Ayer. Se marcha unas semanas a descansar a casa de un amigo que tiene una casa en la montaña. Ha pedido un permiso en los laboratorios para ausentarse un tiempo y recuperarse. Está mal, muy mal.

—Ya no trabaja en los laboratorios, le despidieron hace unos meses.

No sé cómo interpretar esa información, me he quedado bloqueado.

—He investigado, Kyle —continúa diciendo—. Ahora no me preguntes cómo, ya te lo contaré. No le han concedido ningún préstamo. No tiene ni un céntimo. No te va a devolver el dinero.

15

Eve

Una sorpresa más

Saxonburg, Pensilvania.

Ayer, cuando llegué a Saxonburg, después de cinco horas y media conduciendo, sentí escalofríos cuando pasé por delante del motel donde me alojé la última vez que estuve aquí.

¡Qué recuerdos!

¡Qué noche!

A punto estuve de detenerme y entrar en la cafetería. Puede que el chico de los ojos como ruedas sea un cliente habitual. Puede que sea un camionero que frecuente esta ruta… o unas cuantas opciones más.

No sé de donde será, pero a mí me pareció verlo en todas partes en Nueva York.

¡Qué absurdo!

No sé por qué en este momento, cuando me dirijo al auditorio donde se celebrará el funeral de mi madre, soy capaz de estar pensando en él, en el de los labios perfectos. Quizás porque es lo único capaz de arrancarme una sonrisa.

Es mucho mejor que pensar en lo que ocurrió con Kimberly, o en los mensajes que recibí ayer, durante el trayecto hacia aquí, en los que mis esperanzas de encontrar trabajo desaparecían y se volatizaban por completo; también es mejor pensar en el chico del motel que en la llamada que he recibido esta mañana de la señora Stanton, mi casera, en la me informaba de que disponía de tres semanas para abandonar mi apartamento si antes no le presentaba un contrato de trabajo. Cada vez reduce más el tiempo. Pero no quiere escucharme. O le presento un contrato o le pago un año por adelantado. ¡Qué locura es esa!

Le he dicho que puedo pagarle los próximos dos o tres meses, pero no atiende a razones. Solo quiere un contrato. Y ese contrato es imposible obtenerlo con las referencias que tengo de mi último trabajo.

Me están jodiendo la vida.

Cuando me despidieron creí que las amenazas de ese hombre no podrían cumplirse, que él no podía impedir que me contrataran en otra clínica, pero bastaba con asegurarse de que no obtuviera buenas referencias, sino las peores que se pueden tener en mi carrera… Con eso ya se aseguró de que mi futuro se convirtiera en una pesadilla.

¡Maldito cabrón!

La madre de Ruby, abogada, me propuso emprender acciones legales, pero sería como echarme más piedras. Cometí un error y, aunque no debería haber trascendido de esta manera ni es justo, debo asumirlo. Él no ayudó, no ayudó en absoluto. Ni Caleb tampoco. Él puso la mano en la herida y…

Joder, Caleb, ¿cómo pudiste hacer algo así?

Sigue doliéndome demasiado, no cesa por muchos días que pasen.

Tendré que irme a vivir con Ruby, perder mi preciosa independencia, esa que tanto adoro, y buscar empleo en cualquier sector hasta que mi suerte cambie.

Todavía me quedan dos respuestas. Son mis únicas y últimas salidas, de momento. Que pase

el tiempo, no me favorece en absoluto. No puedo permitirme parar así mi carrera, pero no puedo hacer nada más.

Estoy bien jodida. ¿Qué más me puede pasar?

De momento, estoy intentando no pensar en que dentro de unos minutos empezará el funeral de mi madre. Ni siquiera me he tomado un tiempo para asimilarlo. No puedo pensar en ello, me produce tantas sensaciones; tantas desconocidas, tantas contradictorias…

Al menos, la habitación de mi hotel ha sido acogedora y cómoda. Claro que, de nada ha servido que lo sea si me he pasado la noche manteniendo una lucha sangrienta y dolorosa por intentar conciliar el sueño.

Bien. Llegó el momento.

Estoy aparcando frente al auditorio de Saxonburg.

Si algo está claro es que no voy a ser la única en asistir a este funeral. Al menos, debe haber más de cincuenta coches en las inmediaciones.

Madison me ha indicado, hace tan solo una hora, que podría encontrarme con ella en el edificio anexo al auditorio. Me ha convocado media hora antes de funeral para hablarme de los detalles.

Llego un poco tarde, pero todavía tenemos tiempo de hablar.

Me estoy planteando seriamente volver esta noche a Nueva York, no sé si podré soportar otra noche en este lugar.

El auditorio es bonito. Tiene una forma ovalada y su fachada, de ladrillo rojizo, está casi cubierta por enredaderas bien cuidadas. Me sorprende que un pueblo tan pequeño cuente con un edifico de estas dimensiones.

El edificio anexo al que me dirijo se encuentra en un lateral, me ha resultado fácil localizarlo. Es más pequeño y, según puedo observar desde esta distancia, la puerta está abierta.

Nada más entrar, me encuentro a Madison en el centro de una sala circular iluminada por luz artificial. Está hablando con alguien, así que me detengo a unos metros de ellos para no interrumpir.

—Eve, acércate —me pide haciendo un gesto con la mano en cuanto repara en mi presencia.

Mientras lo hago, la persona que está junto a ella, un hombre alto, se gira hacia mí.

Me detengo de nuevo por el sobresalto.

¡No!

No puede ser.

Es él.

No me puedo creer que se trate del chico del motel, del supuesto camionero, del que tiene los ojos como ruedas…

No es posible.

Sí, sí lo es.

Mientras reanudo el paso, con unas piernas que son poco más que un bloque de mantequilla, hasta creo que van a pensar que tengo una cojera, me esfuerzo por mostrar una media sonrisa y por evitar mirar fijamente al chico del motel.

¿No será el que se encarga de oficiar la ceremonia?

¿No será el pastor del pueblo?

¡Ay! Dios mío. Eso sería demasiado.

Que yo le dije a Ruby que olía a pecado, pero no en ese sentido….

Claro que, no tiene pinta de pastor.

Por fin me atrevo a mirarlo y descubro que su rostro muestra la misma perplejidad que debe mostrar el mío. Como si fuéramos de color verde.

—¿Cómo estás, querida? —me pregunta Madison en un tono de voz distinto al que ha empleado en otras ocasiones. ¿Más cercano?

—Bien, estoy… bien, dentro de las circunstancias.

—No os conocéis, ¿verdad? —Más que una pregunta es una clara afirmación.

—¡No! —decimos los dos al unísono mirándonos fijamente.

No es un buen momento para admitir que pasamos una noche follando en el motel. No, no es muy oportuno.

—Eve, como habrás supuesto, él es Kyle Bauer, el hijo de James —me dice mientras mis piernas se aflojan aún más—. Y ella, es Eve Andrews, la hija de Eleaine.

¿Cómo habrás supuesto? Yo no he supuesto nada. Si hasta creía que era el pastor… Claro que, todavía no puedo descartarlo. Puede ser pastor e hijo de James.

¿Hijo de James?

¡Dios mío! Esto no puede estar pasando.

Creo que a los dos nos ha causado la misma impresión, al menos es lo que siguen reflejando sus ojos que, a pesar de ya tener un tamaño considerado, están abiertos por completo.

—Encantado de conocerte, Eve… —me dice estirando su brazo para estrecharme la mano. Su tono es frío.

—Lo mismo digo —consigo decir en el tono propio de una adolescente tímida.

—Chicos, por fin os conocéis… Sois casi hermanos —dice Madison riéndose.

No sé si pretende restarle tensión al momento, que ya ha debido percibirlo, o es que es así de graciosa. Ya me había dado cuenta de que hablaba en un tono distinto a las otras veces en que la he tratado. Como si hubiera querido deshacerse de los formalismos. Espero que sea más acertada en los siguientes comentarios.

Ni él ni yo nos pronunciamos. Nos limitamos a sonreír sin ganas y a fijar nuestra mirada en Madison.

En este momento, aparece un hombre que, con una sonrisa exageradamente amplia, se detiene junto a Madison. Le golpea cariñosamente el hombro al chico del motel y me tiende la mano también.

—Hola, Eve, soy Harold Hartman, el marido de Madison. También amigo de tu madre y de James. Siento mucho que nos conozcamos en estas circunstancias. Siento mucho que hayas perdido a tu madre.

La perdí hace muchos años y, en realidad, nunca la he encontrado, pero no es algo que deba pronunciar en este momento.

—Gracias —le digo en el mismo tono, como si estuviera asustada por todo.

—La ceremonia, durará aproximadamente una hora. En ella participarán muchos miembros de la comunidad científica, algunas personalidades del mundo de la ciencia, algunas autoridades locales, y miembros de la comunidad de Saxonburg que quieren recordarlos y expresar lo que sienten —nos explica Harold—. Madison me ha dicho que no quieres intervenir. ¿Has cambiado de opinión, Eve?

—No, no he cambiado —confieso incómoda—. No… me veo capaz, lo siento.

—Es comprensible, Eve —me consuela Harold.

Madison es la siguiente en intervenir explicándonos los asientos que nos han reservado y algunos detalles que soy incapaz de escuchar.

—Tengo que hablaros de varios temas importantes, pero estoy segura de que queréis esperar

a mañana, no creo que esta tarde queráis hacerlo…

—Yo no tengo inconveniente en que nos reunamos esta tarde… —interviene el chico del motel.

—Tened en cuenta que antes de que volváis a Nueva York hay varios temas que tenemos que tratar con vosotros. Todo lo que adelantemos ahora será bueno para vosotros —interviene Harold para reforzar la decisión que nos pide su mujer.

¿Nueva York?

¿Ha dicho Nueva York?

Ha hablado en plural. ¿Él es de Nueva York?

Claro, claro, claro…

No tuve alucinaciones, era él el que vi en el *Basics*. ¿Y en el ascensor del hospital? No, no. Lo del hospital fue pura alucinación, estoy segura.

¡Ay, Dios! ¿Esto no es un poco raro?

Por un momento, pensaba que era el pastor del pueblo, por otro, un camionero que está de paso, y ahora me entero de que reside en Nueva York…

—Por mí no hay problema, hasta mañana no tengo intenciones de marcharme— sigue diciendo en contestación a lo que ha comentado Harold, en un tono menos seco que cuando se ha dirigido a mí.

Todos me miran fijamente esperando mi decisión.

—Podemos reunirnos esta tarde si lo deseáis —les comunico con mucho esfuerzo.

—Bien, entonces a las cuatro en un punto en mi despacho, si os parece bien. ¿Recordáis dónde está? —nos pregunta Madison.

Ambos asentimos con la cabeza.

O sea que él ha estado en el despacho de Madison…

Por eso estaba aquel día en el motel…

¿También le dieron la noticia de la muerte de su padre en las mismas circunstancias?

¿Ellos se conocían antes?

¿Qué relación tenía con su padre y mi madre?

No tengo más tiempo para plantearme todas esas preguntas porque Madison anuncia lo que llevo temiendo todo el día.

—Vamos a entrar en el auditorio, ya debe haber llegado todo el mundo. Vamos a celebrar el funeral de esas dos maravillosas personas que teníais por padres.

El chico del motel y yo nos miramos. ¿Cómo ha dicho que se llama? Ahora no lo recuerdo. Solo me ha resultado familiar el apellido, claro está; el que adoptó mi madre al casarse con su padre.

Ese hombre, el del motel, es el hijo del marido de mi madre, de James.

¿No es una locura?

Empiezo a caminar siguiendo a Madison y trago saliva.

Ha llegado el momento de decirle adiós a… mi madre, o más bien a una simbólica madre.

16

Kyle

Es ella

Eve Andrews. Así se llama.

A la luz del día es todavía más guapa de lo que la recordaba.

Hoy sus rizos no están mojados…

La chica del pelo mojado. ¿Cuántas veces he pronunciado ese nombre en mi cabeza en la última semana?

Siento rabia, aunque intento disimularlo apretando los puños mientras los tengo metidos en los bolsillos del abrigo.

Rabia porque esto es demasiado para mí.

Rabia porque me incomoda saber que me lie con la hija de Eleaine.

Rabia porque es amiga de la mujer que provocó el accidente de Zephyr. ¿Sabrá ella el enfrentamiento que tuve con su amiga?

No sé qué sabe de mí. Por su manera de actuar, se ha sorprendido al verme, pero creo que ha sido porque me ha reconocido como el que pasó la noche con ella en el motel, no por otra cuestión.

¿Sabía ella aquella noche que yo era el hijo de James?

Qué absurdo es todo esto. Tantas preguntas y ninguna respuesta, al menos no con sentido.

Ahora comprendo por qué se encontraba en el motel aquella noche: por las mismas razones que yo. Harold o Madison debieron informarle de lo mismo que a mí.

Entramos en el auditorio. No me esperaba que hubiera tantas personas, todas desconocidas. La luz es tenue, y un murmullo casi imperceptible llena el ambiente, como si todos estuvieran conteniendo la respiración.

Madison camina a nuestro lado, avanzando por el pasillo central que se abre paso entre muchas hileras de butacas de terciopelo oscuro. A nuestro paso, los presentes se van levantando en señal de respeto, mostrando un rostro apagado.

Esto no está hecho para mí.

Cuando llegamos al final del pasillo, Madison nos invita a tomar asiento en la primera fila, justo frente a una tarima de madera que se encuentra a un nivel ligeramente más elevado, decorado con un atril en el centro y cientos de flores en los laterales. Puedo sentir el olor que desprenden y me empalaga.

En la pared del frente hay una pantalla gigante que se muestra en blanco.

Harold sube despacio al escenario y se adueña del micrófono que hay junto al atril.

En este momento, antes de que intervenga, aparece detrás de él una fotografía cuidadosamente elegida de mi padre y de Eleaine sonrientes.

Ni siquiera podría determinar en qué fecha se hizo.

Se me hace un nudo en la garganta. Escucho un suspiro que proviene de ella, de Eve Andrews.

Está sentada a mi lado. La miro de reojo. Está rígida, tensa, con la mirada baja. Tiene dificultades para respirar bien, se escucha como el aire sale de forma entrecortada de sus pulmones.

Me mira, la miro.

—Me ha impresionado ver esa foto —me dice con los ojos brillantes.

—Supongo que es normal —le suelto, pero al segundo de hacerlo ya me siento ridículo. No es una forma muy delicada de consolarla, dadas las circunstancias.

Me mira sorprendida por mi falta de tacto, pero pronto fija la mirada en el atril.

Harold presenta a los homenajeados. Tarda poco en pronunciar la palabra «volcán», una que aborrecí hace muchos años, y se centra en destacar la amistad que les unía desde tiempos inmemorables. Y yo no había escuchado hablar de él en toda mi vida…

Durante la siguiente hora, no dejan de sucederse personas en el escenario, destacando la vida de mi padre y de Eleaine, o del "matrimonio Bauer", como los han llamado en varias ocasiones.

El alcalde de Saxonburg resalta la influencia que ambos tuvieron, no solo en la comunidad del pueblo, sino en el campo de la ciencia. «Dos mentes brillantes que dedicaron su vida a entender la Tierra, a explorar lo que la mayoría de nosotros temería siquiera pisar».

Después, suben al atril miembros de SYRV, la comunidad científica que mi padre y Eleaine fundaron hace años. Hombres y mujeres que compartieron expediciones, largas jornadas de investigación y noches sin descanso en campamentos improvisados al pie de cráteres activos. «No solo fueron científicos excepcionales, fueron mentores. Crearon SYRV con un propósito: entender el poder de la Tierra y formar una red de conocimiento que trascendiera generaciones...».

Siguen las intervenciones, esta vez del jefe del distrito de no sé qué, del profesor de geología, de no sé qué universidad… y apenas soy capaz de centrarme en lo que dicen. Me parecen todos los discursos iguales.

La hija de Eleaine no deja de removerse en el asiento, me está poniendo nervioso.

—¿Estás bien? —le susurro, aunque parece más que le esté riñendo y no que me interese por su estado.

—No sé cuánto más voy a poder soportar. Si me levanto, prométeme que me empujarás a sentarme.

No puedo evitar dibujar una sonrisa, aunque me esfuerzo por borrarla con rapidez. Está pensando lo mismo que yo.

Para mí es una desconocida, igual que lo es la relación que tenía ella con su madre e incluso con mi padre.

—Te lo prometo —le vuelvo a susurrar—. Pero si quieres, podemos fingir que estás mal y salir fuera.

—Fíngelo tú y salimos.

—Eres tú la que se está quejando…

—No quiero ser el centro de las miradas.

—Entonces, cállate —le digo en un tono más seco y alto de lo que pretendía. No hay quien la entienda.

Me fulmina con la mirada y abre ligeramente la boca para decir algo, pero se retrae de hacerlo.

A continuación, Madison interviene destacando su amistad con Eleaine y presentando las imágenes que se suceden en la pantalla. Imágenes que acoge con lágrimas en los ojos, igual que Eve, que vuelve a suspirar con ellas.

Aparecen todo tipo de fotografías, todas ellas relacionadas con sus expediciones, y muy pocas sin una imagen relacionada con un volcán a sus espaldas.

—¿Estás bien? —le pregunto de nuevo, aún no sé por qué, cuando veo que se tapa la boca y le resbala una lágrima. Creo que me siento culpable por el tono en el que le he hablado.

—¡Cállate! —me dice devolviéndomela.

Vaya, qué vengativa. No era mi intención que se lo tomara de esa manera. Aunque, a decir verdad, tampoco es que me importe.

Por fin se levantan los presentes.

Me siento aliviado. Necesito salir de aquí. Los discursos se me han hecho eternos: apenas podía concentrarme; mucho menos cuando mi mente se empeñaba en recrear imágenes de aquella noche en el motel…

¿Quién en su sano juicio, en medio del funeral de su padre, puede pensar en ello?

Yo.

Vuelvo a la realidad celebrando que se haya terminado el funeral. Necesito poner a mi mente a salvo.

Pero…

Lo que no esperaba es que Madison nos condujera a una sala contigua. Creía que ya se había terminado. No es un funeral convencional, ni siquiera hay un cuerpo al que despedir… Debería darse por finalizado.

Pero no.

En esa sala, a la que accedemos en silencio, se encuentra un bufete dispuesto a lo largo de la pared. Bandejas de pequeños sándwiches, galletas, café, jarras de limonada. Todo meticulosamente ordenado.

Los murmullos empiezan a crecer, igual que la presencia de todos los que provienen de la otra sala. Es el momento de las condolencias personales. No hay escapatoria.

Algunos de los presentes se acercan a nosotros con lágrimas en los ojos, otros con sonrisas tensas. Un apretón de manos, una palmada en el hombro, frases repetidas en distintos tonos:

«Tu padre fue un gran hombre, Kyle…».

«Lamento mucho tu pérdida…».

«Siempre recordaré a Eleaine. Era brillante».

Eve recibe las mismas palabras, aunque a ella le cuesta más responder. Solo asiente. Tiene las manos cruzadas frente a su cuerpo y la mirada perdida en algún punto de la alfombra.

Nada de esto me parece real.

Estoy plantado en una sala donde se celebra un funeral, sin ataúd, sin cuerpo… Estoy hablando con extraños que me dicen lo mucho que lamentan mi pérdida…

Y… estoy compartiendo el duelo con ella, con esta mujer que me atrae y me produce rechazo a partes iguales.

No puedo apartar de mi cabeza la noche del motel ni tampoco el momento en el que la vi salir de la habitación del hospital de la desgraciada de su amiga… Un choque de lo más agridulce.

Estoy jodido.

Más de lo que ya pensaba que estaba.

—Me voy… —le dice la que ocupa mis pensamientos a Madison—. No… tengo fuerzas para seguir aquí.

—Haces bien, hija. Yo si pudiera también lo haría, pero lo he organizado yo. Vete a descansar, esta tarde nos vemos en mi despacho.

—¿Tú te quedas? —me pregunta con una expresión de angustia que me remueve por dentro.

—Sería lo más apropiado, ¿no crees? —le digo en un tono de reproche de lo más frío.

Me mira algo molesta, supongo que esperaba más apoyo, pero me ignora. Sin decir nada más, se despide de Madison levantando una mano y emprende la marcha para salir de la sala.

Yo también me despido provocando la risa de Madison, que debe haberse sorprendido de mi contradicción, y salgo a toda prisa tras ella.

No sé por qué lo hago, pero lo hago.

La alcanzo camino del aparcamiento y camino a su lado. Me mira de reojo.

Cuando llegamos al punto en el que debemos separarnos en busca de nuestros respectivos coches, se detiene bruscamente.

—¿Has cambiado de opinión? —me dice en un tono conciliador para mi sorpresa. Sonríe, como si quisiera reconducir la situación incómoda que se ha creado.

—Es evidente que sí —le suelto como si fuera puro hielo y pura ironía.

—¿Dónde te alojas? —me pregunta después de expulsar aire. Creo que lo está intentando de nuevo. Tiene paciencia.

—¿Por qué quieres saberlo? —ataco de nuevo con el mismo tono, aunque esta vez con una media sonrisa de lo más cínico.

Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Hasta luego… —me dice con desprecio mientras empieza a alejarse.

Una vez más, me pregunto por qué le he contestado de ese modo.

Quizás porque he evitado decirle que pretendo desplazarme hasta Pittsburgh en busca de mi maleta para anular mi reserva actual y reservar en el hotel en el que ella se aloja, sea cual sea. Supongo que el mismo que me ofreció Madison y rechacé.

Tengo que averiguar cuál es. Creo que solo hay dos.

Espero que haya habitaciones libres…

Y… ya de paso, tengo que averiguar por qué me comporto de esta manera y por qué, en vez de alejarme, pretendo dormir cerca de ella.

17

Eve

Esto no le pasa a cualquiera

Es guapo, increíblemente atractivo, pero es un poco seco y antipático. Un poquito estirado es el chico…

No me ha parecido interesado en entablar conversación y tampoco ha sido muy amable cuando he intentado romper el hielo. Y, que conste que me he esforzado.

Le daré un voto de confianza. Por aquello de habernos conocido en unas circunstancias un poco especiales. Pero, si sigue así, no seré tan considerada, afirmaré categóricamente que es un gilipollas.

Ha debido sorprenderle volver a verme en calidad de hija de Eleaine, pero yo me he llevado la misma sorpresa.

En cualquier caso, la situación no podía ser más absurda.

Follamos en un hotel hace una semana y nos encontramos de nuevo en el funeral de nuestros padres.

¿Qué más se puede pedir?

No diré nunca que mi vida es aburrida. Puedo ponerle muchos adjetivos, pero no aburrida. Esto no le pasa a cualquiera.

Esta vez llego puntual a mi cita con Madison.

Una joven con unas gafas algo exageradas y una sonrisa dulce me conduce por un pequeño pasillo hasta llegar a un despacho.

Nada más entrar, me encuentro que todos están en su interior. Harold y Madison, detrás de una amplia mesa; el simpático, sentado en una butaca, frente a ellos.

—No llego tarde, ¿cierto?

—No, claro que no. Siéntate, querida. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias.

Evito mirar a mi compañero, no tengo ganas de sentir escalofríos raros.

—¿Te ha gustado el funeral, Eve? —me pregunta Madison. Supongo que la opinión de él ya la debe tener. Juego con desventaja.

—Yo… Sí, me gustó. Bueno… No lo sé, era el funeral de unos científicos, no de unos…

Me detengo en seco, debería haber pensado antes lo que iba a decir.

—No de unos padres… ¿Es eso lo que querías decir?

Siento que me arden las mejillas.

—Ha sido muy bonito ver tantas personas hablando maravillas de ellos —Intento arreglarlo —. Por favor, hablemos de otra cosa.

—Claro, Eve. No te preocupes. Hagamos que esta reunión sea lo menos formal posible. Es importante lo que tengo que deciros. A pesar de que no nos conocemos, sería bueno para todos que hagamos esta reunión lo más amena posible. Entiendo lo que podéis sentir y quiero que nos veáis como a unos amigos.

—Claro —me adelanto a decir. Él dice lo mismo con dos segundos de diferencia.

—Tu padre y tu madre —nos dice mirándonos a ambos— partieron a una expedición al volcán Nyiragongo, en la República Democrática del Congo. Partieron hace dos meses y una

semana después nos informaron de su desaparición. No os conté los detalles en la reunión que mantuvimos anteriormente porque no era el momento de entrar en esos detalles.

—Sí, claro. Con conocer la noticia de su muerte era suficiente… ¿Qué ocurrió exactamente, Madison? —pregunto algo compungida. No sé si lo estoy o no.

—Fue una expedición peligrosa, pero planificada hasta el último detalle —Es Harold el que toma las riendas de la respuesta—. Llevaban años estudiando el Nyiragongo. No era la primera vez que se acercaban a su cráter, pero esta vez buscaban respuestas más profundas… y se arriesgaron más que nunca. El volcán es uno de los más activos y traicioneros del mundo. Su lava es la más fluida que se conoce, desciende por sus laderas a una velocidad aterradora y…

—Harold, cariño, no hace falta que entres en ese tipo de detalles —le riñe Madison—. Estoy segura de que solo quieren conocer si algo salió mal en la expedición…

Harold parece descolocado, como si hubieran interrumpido el discurso de su vida.

—Es probable que el suelo cediera o que una fisura liberara gases letales en cuestión de segundos —continúa, aunque no lo está arreglando mucho—. La información que nos proporcionaron conllevaba una proximidad muy peligrosa. Pero quiero que sepáis, tal y como se ha dicho en el funeral, que nos enviaron datos hasta el último momento. Utilizaron drones y sensores que pudieron transmitir mediciones en tiempo real sobre la temperatura, la composición de los gases y la actividad sísmica del volcán. Extrajeron muestras de roca y fragmentos solidificados que llegaron al equipo auxiliar; no hace falta entrar en detalles.

¿Ahora no hace falta entrar en detalles? Por Dios, si nos ha relatado la expedición entera… con su parte macabra incluida.

—Dadas las circunstancias en las que se produjo, pudimos declarar su fallecimiento casi de forma inmediata —continúa el relevo Madison—. Es decir, hace pocas semanas. En un procedimiento normal, se pueden tardar años, pero en este caso, dada la actuación de la comunidad y otros factores importantes, se ha podido agilizar y el juez ha dado su consentimiento. He esperado todo este tiempo para anunciaros su fallecimiento porque así lo deseaban ellos.

—¿Ellos dejaron instrucciones para eso? —pregunto algo descolocada.

—Sí, Eve. Eran plenamente conscientes del riesgo que asumían en cada expedición. Sabían que, si desaparecían en determinadas circunstancias, certificar su muerte podría convertirse en un proceso largo y complicado. No querían que eso ocurriera, así que tomaron medidas para evitarlo. No creo que debamos entrar en detalles, pero debéis saber que en esa expedición no viajaron solos. Su equipo estaba pendiente de sus movimientos hasta que… entendieron que no volverían, ya no era posible.

—James y Eleaine —interviene Harold— hicieron una gran labor. Fueron valientes y dejaron un gran legado a la ciencia.

Trago saliva, sintiendo un nudo en la garganta. No sé si valientes es la palabra adecuada.

Nunca más podrán vivirlo.

Los volcanes eran su vida…

Siento un pellizco en el estómago mientras pienso en ello.

—Ahora os quiero hablar de otro legado, no el de la ciencia, sino el vuestro.

El chico mudo y yo nos miramos. Creo que él está tan sorprendido como yo.

—Como sabéis soy abogada, también notaria. Hace muchos años que me encargo de los asuntos legales de la comunidad científica. Todo ello, a aparte de la amistad que nos unía, contribuyó a que ellos nos nombraran a Harold y a mí albaceas de su testamento. También me

encargaron que me hiciera cargo de todos los trámites testamentarios y relacionados con su fallecimiento. Os leeré ese testamento en cuanto hayáis visto el vídeo que dejaron grabado para vosotros.

—¿Qué? —preguntamos al unísono mi compañero y yo.

—En cada expedición grababan un vídeo por si les ocurría algo. Después lo borraban. Y ahora… es el momento de que veáis el definitivo. James grabó un vídeo para ti, Kyle, y Eleaine, uno para ti, Eve. ¿Queréis verlo juntos o cada uno el suyo propio?

—Yo el mío —se apresura a contestar el simpático.

Yo asiento con la cabeza porque no soy capaz de contestar nada más.

—Dura unos cinco minutos —aclara Harold.

Vaya, es más de lo que duraban nuestras conversaciones telefónicas en los últimos años.

18

Kyle

Tuve que elegir

La imagen congelada de mi padre mostrando la mayor de sus sonrisas, con sus características mejillas sonrosadas, se muestra delante de mí.

Me siento exactamente igual que cuando estoy a punto de entrar en un quirófano. Cuando la vida y la muerte están librando una dura batalla y yo estoy a punto de intervenir con mis armas, dispuesto a hacer todo lo posible para que triunfe la vida.

En este caso, el destino ya está escrito, pero la adrenalina, el peso de la responsabilidad y el deseo de que haya un «final feliz» es parecido.

Lo único que deseo es que, cuando el vídeo termine, la sensación que me quede sea lo suficientemente buena como para no añadir más heridas.

«Que así sea», deseo en voz alta.

Presiono el botón que pone en marcha la grabación y me acomodo en el sofá intentando que mis músculos, tensos como piedras, se relajen lo suficiente para que pueda «disfrutar» de la emisión, tal y como Harold me ha aconsejado que haga.

Se pone en marcha.

La imagen de mi padre adquiere movimiento. La sonrisa se hace más amplia. Se toca la nariz, una enorme que siempre le ha acompañado y que, creo recordar, se sentía orgulloso de ella. «Es grande, como la vida», le escuché decir en alguna de esas escasas ocasiones en que compartimos espacio y tiempo.

Le escucho…

Con cierto temblor en las piernas, y cierta sudoración en la nuca, pero… le escucho.

«Adelante, papá», digo en voz alta.

Hola, hijo. Esto me parece más difícil que acercarme a un volcán en erupción (se echa a reír).

Si me estás viendo es porque te habrán dado la noticia de mi desaparición. Espero que sea esa la palabra que hayan elegido para darte la noticia. Me gusta. Es… lo que quiero que digan cuando se refieran a mí. Se fue, voló, se marchó, quién sabe dónde está…
Yo sí lo sé, hijo. Ahora estoy aquí frente a esta cámara, pero cuando tú lo veas estaré en un lugar muy concreto. En un lugar maravilloso, el mejor, y… el único en el que querría estar: dentro de un volcán.

Hijo, durante años me atormentó la idea de que mi final se produjera en cualquier parte que no fuera cerca o dentro de un volcán. Me atormentaba la idea de sufrir un infarto en plena calle, o en el sofá de mi casa…; de sufrir una enfermedad que me llevara hasta un hospital y que allí se produjera mi final.
Si estás viendo este vídeo es porque mis peores deseos no se han cumplido y he podido terminar como yo quería, formando parte de la naturaleza, esa que tanto y tanto he amado y respetado.

Kyle, hijo mío… (hace una pausa y entrelaza sus dedos). Tuve que elegir entre ser padre y ser científico, en mi caso no era compatible, ni tampoco conveniente. Elegí que «existieras» y eso es imposible lamentarlo. Elegí mi profesión, pero me aseguré de que nunca te faltara de nada. Siempre he estado pendiente de que fuera de ese modo.

Le pedí a tu tía que te cuidara, que te enseñara a amar la libertad por encima de todo y que te ayudara a entender lo feliz que me hacía mi trabajo.
Me consta que fue así, aunque eso no cambia que te hubiera gustado tener un padre con el que pasar más tiempo.

Lo siento, hijo, si alguna vez te herí, pero quiero que me recuerdes como alguien que ha vivido de la manera que deseaba. Y así espero que lo hagas tú. Espero que ames esa preciosa profesión que has elegido tanto como yo amo la mía. Y espero que encuentres a una persona que te haga tan feliz como Eleaine me ha hecho a mí.

Dentro de dos horas saldré del campamento para acercarme al Nyiragongo. Quiero desafiar a ese monstruo enfurecido que protege tanto sus secretos para extraerle toda la información que necesitamos. Será una batalla dura. Es fuerte, inteligente y sabe protegerse, pero ha llegado el momento de arrancarle alguno de sus secretos. Sé que eso me puede costar la vida, pero sé que los que van detrás de mí sabrán utilizar esos secretos en favor de la ciencia y de la vida.

Creo que es un buen momento para decirte que siempre te he querido y que estoy orgulloso de ti. Sé que eres un buen hombre, un buen médico y que has heredado el sentido del humor de los Bauer.

Disfruta de la casa. Sé libre, hijo.
Feliz vida, Kyle.

La imagen de mi padre, de nuevo congelada, da por terminada su intervención.

No soy consciente hasta ahora de que mi cuerpo está temblando ligeramente.

Esto es un adiós.

El adiós a un padre que nunca estuvo.

Él que siempre fue «llamadas» de diez minutos y visitas de dos horas.

Hubo un tiempo en que odié a los volcanes. Sentía que los quería más a ellos que a mí. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Hoy no los odio. Solo espero que ellos lo hayan querido a él tanto como él a ellos.

Hoy le pido a ese volcán monstruoso que… cuide de él.

¡Buen viaje, papá!

Me levanto con pesar al tiempo que me invade una sensación de paz inesperada.

Creo que me ha gustado escuchar que me quería y que estaba orgulloso de mí. Me conoció poco o nada, pero es agradable escucharlo.

Es perfecto para un adiós.

¿Qué ha querido decir con que disfrute de la casa? ¿Qué casa?

19

Eve

Eres fuerte

La imagen es nítida. Eleaine Andrews, mi madre, aparece en pantalla. El fondo parece el escenario de un campamento. Lleva el pelo recogido de cualquier manera y la línea de los ojos pintada de color azul, como siempre.

Su expresión es seria en un principio, pero en cuanto empieza a hablar, su tono es el de siempre: práctico, sin adornos.

Tengo que respirar hondo para seguir viéndolo.

Bueno, nena, si estás viendo esto, yo ya me habré fundido en las entrañas del Nyiragongo a más de mil grados centígrados.

Detengo el vídeo.

¡Dios! ¿Es que ni siquiera en un mensaje de despedida puede ser menos bruta? ¿No podía haberme descrito un paraíso de fuego con angelitos y cascadas de agua?

Respiro hondo de nuevo y vuelvo a reproducir el vídeo.

No suena muy poético, pero créeme, es un final rápido. Me habré desintegrado en cuestión de segundos, así que si en algún momento te has preguntado si sufrí, la respuesta es no. Una muerte limpia, rápida y sin sufrimiento: el final más lógico para alguien como yo. (Hace una pausa, se pasa una mano por la frente y suspira.

No voy a endulzar esto porque sé que no te gustan los rodeos. A mí tampoco, así que no perdamos el tiempo.

Nunca fui una madre modelo. Te criaste con tus abuelos porque era lo mejor para ti. Para las dos, en realidad. No creas que eso significa que no te he querido. Claro que te he querido... Te dejé con alguien que te diera la vida que yo no podía ni quería darte. No me arrepiento, nena, ya lo sabes.

Dicho esto, sé que probablemente en algún momento me odiaste, y te entiendo. Tener una madre que prefiere la lava al parque infantil no debe de ser fácil. Pero espero que con el tiempo hayas entendido que cada quien es como es, y yo soy así. Aunque te cueste creerlo, siempre he estado pendiente de ti, a mi manera. Desde que se murieron los abuelos, ha sido más difícil que nos sigamos la pista, pero algo hemos estado en contacto.

La última vez que hablamos me contaste lo del despido. Y no soy adivina, pero con lo que me dijiste, lo más probable es que sigas sin encontrar trabajo. Injusto, sí. Pero así es el mundo cuando te cruzas con un ser amargado.

Si estás viendo esto significa que has estado o estás en Saxonburg. Si tu vida sigue igual y se te siguen cerrando las puertas en Nueva York, habla con Maya, es amiga mía. Madison te dirá dónde encontrarla. Ella necesita ayuda en la clínica, mucha ayuda. Aquí puedes tener casa y trabajo y así alejarte de esa endiablada ciudad que no creo que te haga feliz. Aunque solo sea una temporada. Si ya has encontrado trabajo… ¡Olvida lo que he dicho! Pero también puedes planteártelo. Esta zona del país tiene muchos encantos.

Aquí he sido feliz, nena, muy feliz. Adoro este pueblo, las personas que viven en él y a James, el hombre más maravilloso del mundo. Es un loco, pero me ha hecho inmensamente feliz. Espero que encuentres a tu «James». Por lo que me dijiste la última vez, ese psicólogo no era para ti. No le conocí, pero la forma en que lo describías me hacía pensar en un tío increíblemente corriente y soso. Eso no va contigo, nena.

Quédate con lo mejor de este vídeo, lo que más te guste, y el resto a la mierda. Y, sobre todo, no pierdas el tiempo preguntándote si me importaste, porque la respuesta es sí. A mi jodida manera, pero sí, mucho.

Disfruta de la casa, es toda tuya. Bueno, es medio tuya. Espero que hayas conocido ya a Kyle. No lo conozco mucho, pero es un buen chico y creo que podríais ser amigos. Es guapo a rabiar, como su padre.

Cuídate, Eve. Haz con tu vida solo lo que te haga feliz.
No volveré a decírtelo nunca más (se ríe), así que lee bien mis labios: te quiero, hija.

«Eras una bruta, mamá, y un desastre cuando quieres resultar graciosa», digo en voz alta mientras me limpio las lágrimas.

Si sumo los días que la vi en toda mi vida, a mis veintinueve años, no sumarían más de cincuenta; si sumo el tiempo que hablamos por teléfono, no sumarían más de trescientos minutos, pero esa jodida loca amante del fuego a mil grados centígrados era mi madre.

Era, joder. Era…

No quiero llorar, detrás de mí hay una sala con tres personas desconocidas que están esperando a que termine de ver este vídeo.

Siento un alivio extraño, como si el adiós fuera oficial de una vez por todas. No como esta mañana, rodeada de desconocidos y sin un cuerpo que poder despedir.

Ahora, en esta intimidad, es más oficial, aunque me sigue produciendo escalofríos creer que se la engulló la entraña de un puto volcán.

Me recompongo cuanto puedo y salgo despacio del salón que Madison ha improvisado para ver el vídeo.

¿Por qué le tuve que hablar a mi madre de mi trabajo la última vez que hablé con ella? ¿También le hablé de Grayson? Ni me acordaba. Pero estaba mal, muy mal y… ese día me desahogué con ella.

¿Quién narices es Maya y de qué casa estaba hablando?

20

Kyle

A partes iguales

—Harold no solo está aquí como amigo de vuestros padres, sino como beneficiario del testamento. Él es miembro y ahora presidente de SIRV. Hace años que dejó el trabajo en terreno, pero también es vulcanólogo —nos aclara Madison con el testamento en la mano, a punto de empezar a leerlo.

Ya hemos pasado el trago de los vídeos y le hemos pedido que lo agilice todo para acabar cuanto antes. Lo he pedido yo, y la chica del pelo mojado me ha respaldado.

Parecía bastante afectada cuando ha terminado el vídeo. Sus ojos todavía brillaban por las lágrimas…

Debería haberle dicho algo agradable, consolador o simplemente correcto, pero no me sale. Cada vez que la miro, cada vez, se mezclan imágenes del motel y del hospital… Eso hace que me bloquee.

Harold se anima a contarnos cómo conoció a mi padre. Describe los años de universidad, y un sinfín de lugares relacionados con la geología y la investigación que no soy capaz de escuchar.

Parece un buen hombre, pero es pesado como él solo. ¿Por qué Madison no le interrumpe de nuevo y le pide que se calle? Si no lo hace él, lo haré yo.

¿De verdad cree que nos interesa esa parte de sus vidas?

No conozco a Eve, pero estoy seguro de que piensa como yo, a juzgar por la manera en la que ha estado jugando con un lápiz hasta que se le ha partido. La ha pagado el lápiz. Si tuviera uno a mano, haría lo mismo.

Por fin Madison le interrumpe y Harold abandona su relato. Eve se remueve en el asiento, parece nerviosa y aliviada a la vez.

Madison empieza a leer el testamento.

Cuando termina, miro a Eve que está igual de perplejo que yo. Es un alivio no ser el único que se sorprende.

—En definitiva —continúa Madison—, a modo de resumen, James y Eleaine le dejan sus ahorros a la comunidad científica, que hoy representa Harold; los equipos de trabajo y las herramientas a Harold a nivel personal, y la casa a vosotros dos. No tenían nada más. Todo está repartido.

—Esa casa… —comenta Eve, aunque no termina la frase.

Al parecer tiene las mismas dudas que yo, pero no termina de reflejarlas.

—Cuando llegaron a Saxonburg alquilaron una pequeña casa en el centro del pueblo, pero años después adquirieron otra. ¿Queréis saber la historia?

«No». Pienso. Pero no me atrevo a decirlo en voz alta, para eso ya está ella que anima a Madison a contarla. Espero que sea breve.

—La casa fue construida en 1854 por Johann Albrecht Weber, un inmigrante alemán que llegó a Saxonburg con su esposa y sus dos hijos en busca de una nueva vida. Ese es el origen de Saxonburg, fue construido por inmigrantes alemanes. Esa casa fue el hogar de muchas generaciones de los Weber, hasta que, a mediados del siglo XX, la familia se trasladó a

Pittsburgh y la propiedad quedó abandonada —Nos relata con calma Madison. Me temo que aún no ha acabado la historia—. Cuando James y Eleaine la encontraron, estaba en muy mal estado y decidieron reformarla manteniendo parte de su esencia. Y en ella vivieron durante los últimos años.

Guardamos silencio.

—Ahora esa casa os pertenece a ambos, a partes iguales.

Madison nos observa con cautela, como si esperara alguna reacción más allá del silencio en el que ambos nos hemos sumergido.

¿Qué se supone que debo decir?

Acabo de heredar una casa que ni siquiera sabía que existía. Bueno, media casa. Y la otra mitad le pertenece a ella, a una mujer que no conozco, con la que pasé una noche de sexo desenfrenado en un motel y que es amiga de la mujer que mató al hermano de mi amigo.

Madison dedica algo más de tiempo a hablarnos de aspectos legales de la casa. Está libre de deudas, y los gastos de su mantenimiento están cubiertos por varios meses. Nos entrega una copia del testamento a cada uno.

—Leedlo con tranquilidad por si os surge alguna duda. Puede que queráis consultarlo con vuestros asesores o abogados. Se formalizará la aceptación en cuanto me digáis, está todo preparado. Pero antes… creo que es mejor que veáis la casa. Si queréis podemos hacerlo ahora.

Eve y yo nos miramos y asentimos.

Siento como si alguien me estuviera tendiendo una trampa.

Una trampa cuidadosamente elaborada por dos personas que, incluso en su ausencia, parecen querer experimentar con nosotros.

Un terreno minado… Eso es lo que siento que estoy a punto de pisar.

21

Eve

Sin palabras

Viajamos en silencio durante todo el trayecto. Harold es el que conduce, muy despacio. Madison va interviniendo en alguna ocasión para señalar algún rincón de Saxonburg que ha creído que podía ser de nuestro interés. No sé ni lo que nos está contando, ya que, desde que hemos entrado en el coche y, el chico de los ojos como ruedas y yo, nos hemos rozado, he sentido un escalofrío del que no logro desprenderme.

Más que a visitar una casa heredada parece que nos lleven a un paredón de fusilamiento. Ambos estamos callados y evitamos mirarnos.

Supongo que él está tan sorprendido y emocionado como yo de ser el propietario de una casa compartida.

¿Qué narices vamos a hacer con una casa a medias este hombre y yo?

El camino privado que conduce a la casa es un espectáculo por sí solo: un sendero serpenteante de tierra rodeado de árboles muy altos, algunos incluso deben ser centenarios, cuyas ramas se entrelazan sobre nuestras cabezas formando un túnel natural.

A medida que avanzamos, tengo la sensación de que vamos a desembocar en una de esas casas propias de las películas de terror, con una enorme reja de hierro, una cadena y un candado oxidado, enredaderas por todas partes, telarañas, y la imagen de una anciana en una de las ventanas. Me imagino a un mayordomo siniestro dándonos la bienvenida…

¡Dios, imaginación no me falta…!

Afortunadamente, esa imagen solo está en mi mente; nada más lejos de la realidad.

Cuando la casa aparece ante nuestros ojos, es imposible no quedarse boquiabiertos. Es impresionante. Se trata de una estructura de piedra y madera que parece sacada de un cuento, con un diseño rústico, pero cuidadosamente elaborado. Es una cabaña gigante, con un techo a dos aguas cubierto de tejas oscuras y una amplia buhardilla con ventanas altas que parecen que nos vigilen.

Nos bajamos del coche. Esta vez sí que miro a mi copropietario y veo en él la misma perplejidad que yo.

Madison, como si nos estuviera mostrando orgullosa su propia casa, se vuelve hacia nosotros.

—Es preciosa, ¿verdad? Eligieron un lugar privilegiado para construirla.

Ambos asentimos con la cabeza. La pobre Madison debe estar harta de que nos limitemos a hacer ese gesto, pero, al menos yo, no tengo palabras.

Esperaba una casa más pequeña, más… sencilla.

Antes de emprender la marcha, observo unas marcas en el suelo, junto al coche. Se trata de unos listones de madera perfectamente colocados. En uno de sus listones aparece una letra confeccionada también en madera: E. A su lado, otros listones que delimitan otra zona con otra letra: J.

—Cada uno tenía su propia zona para aparcar —me aclara Madison que ha observado mi curiosidad.

—¡Ah! ¡Qué práctico! —comento. Aunque, en realidad, me parece algo raro. Aquí hay

espacio de sobra para aparcar una flota de camiones, no entiendo la necesidad de delimitarlo.

Avanzamos hacia la casa. Lo primero que nos encontramos es un poste de madera que sujeta un buzón en forma de volcán, con su lava descendiendo por los laterales…

Si a alguno de los presentes le sorprende, no lo manifiesta.

A la casa la rodea una valla de madera rústica, más decorativa que funcional, delimitando un jardín repleto de vida. Flores de todos los colores brotan entre arbustos muy bien cuidados y enredaderas que trepan por las columnas del porche. Un porche con columnas de madera y unas butacas que prometen ser de lo más cómodas y mullidas.

La casa parece parte del paisaje, como si hubiera estado allí desde siempre.

Conforme me acerco, siento el peso de lo que supone cruzar el umbral.

Respiro hondo. Kyle me observa fijamente, pero se interrumpe en cuanto Madison nos invita a entrar.

Nunca hubiera imaginado que lo que me iba a encontrar desafiara tanto la lógica.

22

Kyle

Dos mundos distintos

Cruzar el umbral de la casa es como entrar en dos mundos a la vez. Nada más poner un pie dentro, la sensación de amplitud y calidez es evidente.

Estamos en el salón. La madera domina cada rincón, desde el suelo hasta las vigas expuestas en el techo, y la luz natural, aunque a estas horas empieza a decaer, se cuela por los enormes ventanales.

Esta casa es preciosa.

Cómoda.

Acogedora.

Con muebles de diseño, pero…

Tardo unos segundos en darme cuenta de que algo no encaja. El salón parece dividido en dos estancias distintas. A un lado, un sofá de cuero marrón oscuro con cojines oscuros bordados con el nombre «James» en una caligrafía curvada y elegante. Al otro, un sofá idéntico, pero en color azul pálido, con cojines floreados que llevan el nombre «Eleaine». En este caso la caligrafía parece hecha con prisas como si alguien los hubiera bordado en medio de una discusión.

Está claramente dividida con dos decoraciones distintas y los cojines llevan el nombre del propietario.

—James y Eleaine eran muy peculiares, incluso para decorar su casa.

—¿Cada uno tenía su espacio? —pregunta Eve sin ocultar su perplejidad.

—Sí. Cuando les preguntabas sobre ello, solían decir que cada uno tenía gustos distintos.

Aunque asiente con la cabeza, debe pensar lo mismo que yo: que es absurdo, pero a Eve parece entusiasmarle.

Entramos en la cocina.

—¡Guau! —exclama la chica del pelo mojado—. Es tan grande como mi apartamento.

Madison, que desde que hemos entrado tiene los ojos brillantes, nos hace una señal con la mano. Es evidente que está emocionada y no tarda en aclararlo.

—Chicos, disculpadme, pero hacía mucho tiempo que no entraba aquí y me están viniendo muchos recuerdos. Necesito un momento a solas. Estaré fuera. Creo que es mejor que la visitéis vosotros solos.

—No te preocupes, le echamos un vistazo y salimos —le digo en un tono comprensivo y cercano.

Harold la acompaña y mi compañera de herencia inspecciona la cocina.

—Pobre Madison, se le ve tan afectada desde que hemos entrado...

—Así es —le digo recibiendo una mirada fulminante por la frialdad en la que me he pronunciado. Es que no puedo estar más incómodo…

—No eres muy hablador, ¿verdad?

—Me alegro de que lo hayas comprobado.

—Vale, vale… Pues sigamos viendo la casa. Es preciosa, ¿no te parece? ¡Mira! —me dice señalando la isla de la cocina formada por dos tipos de material distintos.

Eve se alza como portadora del recorrido señalando todos los lugares en los que observa la división de la casa. Como le he dicho que soy poco hablador, ella habla por los dos. Y por tres…

—Hay dos frigoríficos, dos taburetes distintos, dos despensas, dos mesas… ¡Qué raro es todo!

Yo guardo silencio, cada vez me siento más incómodo.

Ella sigue su relato. Yo la sigo y escucho sus observaciones. Estoy tan perplejo como ella, pero no me pronuncio. Aun así, ella sigue. Estoy seguro de que si ahora me marcho no se da ni cuenta.

Atravesamos el pasillo hasta llegar a una bifurcación. Tomamos el camino de la derecha y nos encontramos con dos puertas, cada una con un nombre rotulado en la parte superior: Eleaine en una, James en la otra. Son sus dormitorios: amplios, con baños enormes y decoraciones completamente distintas.

Eve no deja de hacer comentarios.

—¿Dormían separados?

No le contesto. Ella tampoco insiste.

Regresamos y tomamos ahora el pasillo de la izquierda, mucho más largo. Al final, desemboca en tres estancias. Las dos primeras llevan sus nombres, igual que los dormitorios: son sus despachos.

Entramos y nos encontramos con lo esperado. Uno es clásico, de tonos oscuros y perfectamente ordenado. El otro es más colorido, con muebles modernos y un cierto caos entre los libros y las figuras decorativas.

La tercera estancia no está rotulada, pero su interior mantiene el mismo patrón: una clara división. Es una gran biblioteca con estanterías repletas de libros y, en el centro, dos sillones con sus nombres, ¿cómo no? En la única pared libre de estanterías, un gran proyector domina la sala.

—Es extraño que convivan dos estilos tan diferentes y siga siendo una casa tan bonita.

—Si tú lo dices… —le digo con desgana.

—Vaya, por fin has abierto la boca.

—Ha sido difícil contenerse después de que afirmaras algo así…

—¿Te pasa algo? Entiendo que es una situación complicada, pero a mí me parece que eres un poco…

Se detiene.

—¿Dejas las frases a medias?

Me mira de forma desafiante. Alza una ceja, levanta la barbilla y abre ligeramente la boca, pero parece que cambia de opinión. Me ignora.

Odio que mi cuerpo haya reaccionado ante esa imagen tan provocadora, pero… lo ha hecho el muy traidor.

Al girar para salir del pasillo, notamos un pequeño recodo que hasta ahora había pasado desapercibido. Muestra una puerta algo camuflada, ligeramente entreabierta que nos permite ver el principio de unas escaleras: la buhardilla.

Sube lentamente las escaleras, tanto que debo detenerme tras ella con cada una de sus pausas. Es consciente de ello y debe estar divirtiéndose. Hasta me ha parecido ver de reojo su semblante triunfal.

La única excepción a esta guerra territorial es este lugar: la buhardilla. Cuando subimos, encontramos un único cartel en la puerta: «James & Eleaine». Es el único espacio común de toda la casa que no está dividido ni por nombre ni por estilo.

Está abarrotada de tecnología, equipos de expedición, libros, mapas, ordenadores y toda una sección con herramientas. Es el corazón de la casa, el espacio donde trabajaban juntos sin

dividirse.

—Este lugar me recuerda a ella… —comenta Eve con los ojos llenos de lágrimas—. Este es el reflejo de su vida, de toda su vida.

Sale a toda prisa de la buhardilla. La escucho bajar las escaleras. Juraría que las está bajando de dos en dos.

Me tomo mi tiempo antes de seguirla.

Puede que la entienda.

Desconozco qué ha vivido con su madre, pero todos estos artilugios definen lo que ellos eran, al menos, mi padre: una vida dedicada exclusivamente a la geología, a la vulcanología.

Siento presión en el pecho. Por primera vez, desde que vi el vídeo siento ganas de llorar, y lo haría ahora mismo si estuviera solo.

Bajo lentamente las escaleras, derrotado, abatido, y me encuentro con todos ellos en el salón, de pie junto a la puerta de salida. Eve está de espaldas, y Madison la tiene abrazada por la cintura mientras le acaricia las mejillas.

—¿Todo bien? —me pregunta Harold.

—Sí, todo bien.

—Solo os queda por ver el jardín —dice sin esperar respuesta.

Debería acercarme a ella, preguntarle si se encuentra bien. Sé que me estoy mostrando muy insensible y yo no soy así, pero hay un muro que no consigo derribar. La imagino en el motel y recorre calor por todo el cuerpo, la imagino en el hospital y el calor me sube también, pero en este caso es para quemarme.

Recorremos el jardín junto a Harold y Madison. Es muy extenso, increíblemente extenso y… no está dividido. Solo las hamacas de una zona algo apartada parecen compradas en lugares y épocas distintas, pero no están rotuladas. Estas debían ser la excepción.

Conviven plantas artificiales y naturales, muebles de jardín de buena calidad, figuras decorativas de yeso y de madera…

Y en la parte trasera, una gran cristalera resguarda una piscina cubierta pequeña.

Entramos, pero solo unos pocos pasos; lo suficiente para hacernos una idea de la estancia.

Está decorada principalmente con elementos luminosos que crean una atmósfera íntima y cálida; algo que me sorprende y atrae a la vez.

—Eleaine adoraba esta piscina. Ahora está cubierta por esa lona, pero el fondo está decorado con motivos de la naturaleza—nos aclara Madison con cierta nostalgia.

Salimos en silencio. Cada vez que se pronuncia el nombre de alguno de ellos, se crea un silencio extraño. Incómodo para algunos, cargado de recuerdos para otros.

Ahí termina nuestro recorrido.

—¿Os parece bien que nos marchemos? —nos pregunta Madison mostrando las llaves.

—Sí —volvemos a decir al unísono.

Madison cierra la puerta y se detiene en el porche.

—Chicos —nos indica para llamar nuestra atención en cuanto ha observado que nos dirigíamos a la salida—. Os quiero comentar algo.

Mientras nos acercamos, ella muestra una expresión distinta a la que he visto hasta ahora en ella.

—Mañana, antes de que os marchéis, deberíamos volver a reunirnos. Os propongo a las diez, antes quiero resolver unos asuntos.

Eve me mira, como si esperara a que yo me pronunciara primero.

—Sí, me parece bien —le informo.

—A mí también —continúa ella.

—Chicos, hasta ahora he interpretado mi papel de abogada y albacea de la mejor manera que he podido. Aunque estoy representando a unos amigos, he intentado hacer mi trabajo de la mejor manera, siguiendo el encargo que Eleaine y James nos hicieron. Pero ahora quiero dejar a un lado los formalismos... —Hace una pausa. Se asegura de tener toda nuestra atención—. Esta es la casa, ya la habéis visto, supongo que estaréis de acuerdo conmigo en que es preciosa. Ahora es vuestra, de los dos. No os conocéis de nada, la casa está muy lejos de Nueva York y ni siquiera es una opción para venir un fin de semana en busca de descanso….

»Sé que hoy ha sido un día muy pesado: demasiadas emociones y demasiada información. Vuestra cabeza debe estar hirviendo, pero quiero que, entre toda esa información, añadáis esta otra… Si os planteáis vender la casa, hay al menos dos ofertas para ello, todas ellas buenas. Os informo para que lo tengáis en cuenta y si queréis preguntarme por ello, que lo hagáis con libertad. Todos entendemos las circunstancias de este funeral y de esta herencia y si, antes de marcharos, queréis hablar de ello, no tengáis remilgos en hacerlo. Si queréis venderla, quiero que sepáis que tanto Harold como yo os ayudaremos en todos los trámites para intentar que hagáis los menos desplazamientos posibles. En definitiva, la casa tiene bastante valor, hay compradores interesados y… también debéis saber que en su interior hay algunas piezas de arte de gran valor.

—¿Cuadros? —pregunta Eve.

—Sí, hay una lista detallada en el testamento, podéis consultarlo en la copia que os he entregado. Se trata de algunas pinturas, algunas esculturas y algunos libros.

—Gracias —dice ella—. Tienes razón, es mucha información. Yo necesito un descanso.

—Mañana a las diez en mi despacho lo acabamos de aclarar todo.

Agradezco que hayan decidido dar por terminada la jornada. Ya no aguanto más.

Madison comenta algo relacionado con un sillón de la casa que no alcanzo a escuchar bien.

—Hay un cojín que me ha encantado… —dice Eve entusiasmada.

—¿El de las manchas doradas? —le pregunta Madison entre risas.

—Ese mismo. Es… ¡Impresionante!

Madison sigue riendo mientras Eve se acerca a mí.

—¿A ti también te ha gustado? —me pregunta provocativa.

—Mucho. ¿Quieres llevártelo de recuerdo?

—Por supuesto —afirma haciendo una mueca de triunfo—. Pero no te preocupes, solo me llevaré la mitad, la otra mitad es tuya.

Harold y Madison se echan a reír y ella me vuelve a mirar de forma triunfante.

—¿A qué viene eso? —le pregunto molesto sin que me escuchen los demás, aprovechando que están entrando en el coche.

—Solo quería que te relajaras, chico estirado —me suelta sin más.

¿Chico estirado?

Joder, no se corta ni un pelo.

Entramos en el coche y la miro malhumorado; ella me sonríe de forma irónica, para provocarme…

Y lo hace.

Me parece tan jodidamente atractiva en este momento…

¿He dicho atractiva?

¿Cómo puedo pensar en eso ahora?

Mientras nos alejamos de la casa, me giro para contemplarla desde este ángulo. Se va

haciendo pequeña y me pregunto si esa casa…

No, no me pregunto nada. No puedo pensar en la casa, ya no sé ni lo que digo.

Con todo lo que podría ocupar mi cabeza en este momento solo soy capaz de pensar en la forma en que conocí a Eve.

Aquella noche…

Aquel motel…

¡No! No puedo seguir por ese camino. Debe ser el cansancio.

Voy a intentar pensar en el cojín, en ese espantoso cojín que han mencionado.

Solo así dejaré de pensar en estupideces.

Es una buena terapia. Intentaré pensar en el cojín cada vez que me invada el deseo.

23

Eve

Una oportunidad

«Hijo del cónyuge de su padre o de su madre, con el que no se comparten lazos de consanguinidad». Leo en voz alta.

Esa es la definición de hermanastros.

¿Qué tal esta otra?

«Hijo de uno de los dos consortes con respecto al hijo del otro», leo también en voz alta.

Frunzo el ceño. Es una definición fría, mecánica, que no dice mucho, pero que lo dice todo.

Hermanastros.

El simpático de Kyle y yo, técnicamente, lo somos.

Su padre y mi madre estuvieron casados, así que eso nos convierte en hermanastros.

Me lo imaginaba, pero necesitaba confirmarlo.

No es que eso cambie nada, es solo una forma de entretenerme. Desde que me despedí de ellos, hace más de media hora, no he sido capaz de poner el coche en marcha y sigo aquí, sentada frente al volante, cerca del despacho de Madison.

La idea de volver al hotel no me seduce, especialmente después de haber leído los mensajes que he recibido.

Mis últimas esperanzas de empleo se han desvanecido. De momento, no tengo más opciones.

«Hemos realizado las verificaciones correspondientes en su último lugar de trabajo, y lamentablemente, las referencias proporcionadas no cumplen con los estándares que buscamos para este puesto».

¡Menuda mierda! Ni siquiera recuerdo haberles mencionado el nombre de la clínica. Dejé de hacerlo hace tiempo, no quería que me recordaran que las referencias no eran buenas.

Está claro que esa casa cambia mis planes. De hecho, cambia mi vida…

¿Entonces por qué me siento tan mal?

No quiero volver al hotel, no quiero pasar el resto del día pensando en el funeral, en mi madre, en la herencia y en ese… hermanastro mío.

¡Dios, qué mal suena!

No nos conocemos, no hemos compartido ni una sola comida familiar, no…

Solo… hemos follado, eso sí.

Y ahora somos copropietarios de una casa impresionante.

Si al menos fuera un hombre más agradable…

Ha sido tan antipático, tan seco, tan frío.

¿Era necesario actuar así?

¿Qué problema tiene? Si estaba afectado por el funeral, puedo entenderlo, pero eso no justifica que me hablara de ese modo ni que se comportara de esa forma tan estirada.

Puede que le haya afectado descubrir que se tiró a su hermanastra…

Dicho así, suena fatal. Tengo que dejar de decirlo.

Hay algo que me está rondando la cabeza desde hace rato.

Me bajo del coche. Tengo dudas y quiero aclararlas.

Me planto de nuevo delante de la puerta del despacho de Madison; sé que ella está dentro.

Me recibe con una sonrisa y no parece sorprenderse.

—No quiero molestarte. Es que tengo que preguntarte algo… ¿Quién es Maya? Mi madre la menciona en el vídeo y me pide que hable con ella por un tema de…

—Sé lo que dice tu madre en el vídeo. Entra —me dice apartándose para cederme el paso.

24

Kyle

Solo quiero la verdad

—Has tardado poco tiempo en sacar ese tema… —me dice Gabriel muy ofendido.

—¿Cómo puedes decir eso, Gabriel? —le contesto alterado mientras empiezo a dar vueltas sobre la pequeña habitación del hotel—. Hemos hablado varias veces desde que no está Zephyr y seguro que recuerdas que en todas esas llamadas solo me interesaba saber cómo te encontrabas.

Estoy intentando ser cauteloso. Después de lo que me contó Axel, espero que sea sincero y me cuente la verdad.

—Lo sé… Lo siento —Suspira—. Es que no tengo la cabeza en su sitio. No hace tanto que se fue Zephyr… Kyle, te dije que te lo devolvería y lo haré.

—No me mientas, Gabriel, sé que eso que me dijiste del préstamo no es cierto.

—No sé quién te ha ido con ese cuento, aunque puedo hacerme una idea…

—Gabriel, solo quiero la verdad. Sé que estás pasando un momento terrible, pero sabes que lo necesito.

—¿Quieres la verdad? La verdad es que te lo devolveré, pero…

—Pero ¿qué?

—No puedo darte una fecha, Kyle —me dice casi en un susurro.

—¿Y el préstamo?

—En el último momento, me lo han denegado.

—Joder, Gabriel. Entonces es verdad…

—Sé que ha sido Axel quien te lo ha dicho. Preferiría que se metiera en sus asuntos.

—Es que mis asuntos, también son sus asuntos. Le preocupa que no pueda responder al pago de mi casa porque tú no me hayas devuelto ese dinero.

—Kyle, a mí también me preocupa. Estoy mal, estoy intentando hacerme a la idea de que mi hermano no está, de que no volveré a verlo. Tenía diecinueve años y por culpa de esa desgraciada su vida se ha ido a la mierda —Su voz se quiebra y mi estómago recibe un golpe directo y doloroso—. Zephyr tuvo una época muy mala en la que se metió en muchos líos y eso ha hecho que me endeude por todas partes. Hace muy poco que solventé todas sus deudas. Ahora he empezado a recuperarme. Pronto podré devolvértelo. No solo perder a mi hermano me quita el sueño. ¿Crees que no pienso en lo que te debo?

—¿Cómo piensas devolverlo si te deniegan el préstamo?

—El abogado dice que recibiré una buena indemnización por la muerte de Zephyr. ¿No es simbólico, Kyle? El dinero que me prestaste fue para salvarle la vida y te lo devolveré por lo que reciba por su muerte.

Joder, esas palabras me hacen daño, me atraviesan por completo.

Gabriel sigue hablando. Me cuenta detalles sobre el proceso que se ha iniciado sobre esa conductora. Apenas puedo escuchar lo que me dice debido a que solo me viene a la cabeza la imagen de Eve saliendo de la habitación del hospital de esa mujer.

Axel tenía razón. Me duele saber que está tan mal, pero voy a tardar mucho en ver ese dinero.

Si Gabriel piensa devolvérmelo cuando cobre esa indemnización, estoy bien fastidiado. Ese juicio podría tardar más de un año en celebrarse, y ni siquiera esa indemnización es segura.

—Dame un respiro, Kyle, te lo devolveré. Sé que lo necesitas para pagar tu casa, pero… No sé qué decirte. No puedo hacer nada. Siento haberte puesto en esta situación. Nunca tendré palabras suficientes para agradecerte lo que hiciste por Zephyr, aunque ahora ya no esté.

—Cuídate, Gabriel. Estamos en contacto —le digo afectado por toda la mezcla de temas que hemos abordado.

Continúo paseando por la habitación. No sé cuántas vueltas he dado ya en la última hora.

Ese dinero tardará en llegar. Sé que Gabriel me lo devolverá, pero no será cuando más lo necesite.

En cualquier otro momento, después de esta conversación, estaría subiéndome por las paredes, pero no puedo olvidarme de que mi padre me ha dejado la mitad de una casa. Y esa casa será mi salvación. ¿No es irónico?

Podré pagar mi casa, la que tanto quiero, con el dinero que reciba por la venta de la de mi padre: la que él tanto quería también; dicho por Harold.

No es lo que hubiera elegido, pero hay muchas cosas relacionadas con mi padre, durante toda una vida, que no las elegí.

Puede que la situación no sea tan mala como creía. Esa casa ha salido de la nada, es un regalo y con ella podré seguir adelante. Madison ha dicho que hay varios compradores, así que podremos solventarlo rápidamente.

Esa será mi salvación.

Me acerco a la ventana. Pierdo la noción del tiempo mirando a través de ella. Los pequeños jardines del hotel están bien iluminados y las vistas son agradables.

Dos meses de excedencia por estrés…

Eso es lo que me viene a la cabeza.

Es vidente que tengo que salir de aquí, necesito respirar aire puro o pasaré toda la noche enlazando un tema con otro hasta volverme loco.

Antes de alejarme de la ventana, me llama la atención una figura sentada en un banco del jardín.

Es ella.

No la he visto desde que nos despedimos en la puerta del despacho de Madison. Tampoco la he visto en el restaurante del hotel, durante el horario de cena, que era bastante limitado.

Me dirijo al jardín a toda prisa. Después de la conversación que he tenido con Gabriel, no sé si es un buen momento para enfrentarme a ella, sigo luchando con esos sentimientos encontrados. Pero creo que debo limar algunas asperezas ahora que todo está a punto de acabar. Por algo he cambiado de hotel para estar más cerca…

Decepción.

En el jardín ya no está. Puede que ya se haya retirado.

Quizás sea mejor así, no sé por qué quiero hablar con ella.

Las dudas me asaltan de nuevo.

Cuando estoy casi convencido de que no ha sido buena idea salir a su encuentro, entro en el hotel y la encuentro sentada en una sala del vestíbulo.

Me acerco a ella. Está consultando algo en su móvil.

—Hola —le digo sentándome a su lado, aunque a cierta distancia.

No parece muy contenta de verme.

—Hola —dice antes de seguir mirando su móvil.

No sé qué decir.

—¿Qué te ha parecido la casa?

—Preciosa —me dice muy seca sin levantar la mirada.

—Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que debemos venderla…

Levanta la vista lentamente y me mira con desprecio. Se impulsa para levantarse del asiento.

—¿Ahora si haces frases largas, hermanito? —me dice mientras su móvil emite una melodía algo estridente.

¿Hermanito? ¡Qué graciosa que es!

Se aleja despacio para atender la llamada.

Aunque lo dudo durante unos segundos, salgo tras ella: quiero suavizar esta situación. Debo hacerlo.

Se está dirigiendo a uno de los pasillos que conduce a las habitaciones.

La sigo a cierta distancia, pero ella se detiene.

—¿Kimberly? —la oigo decir claramente.

Ese nombre me resulta familiar. Puede que sea una coincidencia, pero algo me dice que está hablando con la mujer del hospital, con esa desgraciada. O puede que se trate de otra…

—Sí, lo sé —continúa diciendo mientras reanuda el paso—, todo fue culpa mía… Yo provoqué el accidente y también me cargué a ese chico.

Me detengo bruscamente.

Joder.

No puedo seguir con esto. Lo he intentado.

Esas mismas palabras pronunció aquel hombre en el hospital.

Solo pretendía que tuviéramos una conversación normal, pero esta maldita coincidencia me ha recordado que no puede ser.

No puedo con ella.

25

Eve

Culpa mía

—¿Kimberly? —le pregunto a Ruby sorprendida. Me acaba de confesar que ha vuelto a Nueva York y que lo primero que ha hecho al llegar ha sido hablar con alguien que no voy a adivinar.

—Exacto. Y… no sabes lo que me dijo.

—Sí, lo sé. Todo fue culpa mía… Yo provoqué el accidente y también me cargué a ese chico.

—Exacto. Está peor de lo que creía.

—Es lo mismo que me dijo su padre al salir. ¿Y tú qué le dijiste?

—¿Antes o después de que me echara de su casa?

Me echo a reír.

—Antes.

—Que se lo contara al juez. Que le dijera que la culpable eras tú por contarle que su novio le había puesto unos preciosos cuernos.

—Y es en ese momento cuando te echó…

—No, antes de eso defendió a su novio, dijo que era muy leal, que tenían una relación idílica y que tú le tenías envidia. Dijo que tu relación con Grayson había sido un desastre y que por eso le habías puesto los cuernos con el primero que te habías encontrado.

—Tampoco es que vaya desencaminada… —le digo riéndome. Supongo que es una forma de amortiguar el daño que me produce escuchar todo lo que salió de su boca.

—Algo coherente dijo, tienes razón —añade Ruby riéndose también.

Me viene a la cabeza la imagen del «primero que me encontré» y siento escalofríos. Me lo he encontrado hace unos minutos en el vestíbulo del hotel. ¿Qué pretendía? ¿Charlar? Por suerte, la llamada de Ruby y mi orgullo lo han impedido. No puedo olvidarme de la actitud que ha tenido hoy durante todo el día.

—Y dime… ¿Cuándo te echó?

—Cuando le dije que me daba lástima y que no querría estar en su piel. Le dije que se tenía que enfrentar a un proceso muy duro en el que un chico había perdido la vida y que esperaba que su novio fiel estuviera a su lado porque amigas no iba a tener en las que apoyarse; que ella solita se había encargado de sacarlas de su vida.

Ruby guarda silencio. A pesar de sus diferencias con Kimberly, sé que su actitud le ha afectado. Tenemos recuerdos maravillosos. Hemos vivido muchas cosas juntas… Pero eso fue antes de que Kimberly se transformara en lo que es ahora. O quizás es que siempre fue así y no supimos verlo.

Guardamos silencio unos segundos. Supongo que es un pequeño duelo por «aquella amistad», la que un día fue y ha dejado de ser.

—Eve, me pareció que vivía en una nube. Ni siquiera parecía afectada por el accidente y por ese chico. Eso debería tenerla atormentada, pero solo le preocupa que el «tema legal», como ella lo llamó, se solvente cuanto antes. No dejó de atacarme y atacarte a ti… Espero que muestre un poco más de conciencia cuando la interroguen sobre el accidente. Si le dice a un juez que ese chico se lo tenía merecido por conducir sin casco…

—Me da pena. Aunque me duele todo lo que ha dicho, en el fondo me da pena —me

confiesa Ruby.

—Cometió un error —le digo. Siento que tengo que comentar este asunto por última vez—. Se subió a su coche, borracha y se cargó a un chico. No lo hizo con esas intenciones, está claro que no estaba en plenas facultades. Pero no puede culparme a mí de ello. Y en cuanto a su novio… La noticia que le di fue muy dura, pero de ahí a acusarme de inventármela porque le tengo envidia. En otras circunstancias, la habríamos apoyado, habríamos estado a su lado durante el proceso al que tiene que enfrentarse, e incluso con lo que fuera que decidiera respecto a Jace, pero todo ese veneno… Y el de su padre… No quiero hablar más de ella.

—No lo haremos, pero quiero que repases los errores cometidos. Si en tu vida se cruza una nueva «Kimberly»… Primero, no se le cuentan los cuernos de su novio; eso es sagrado. Segundo, por si acaso, se hacen fotos del delito, eso es importantísimo. Te habrías dado un gran homenaje si le hubieras podido restregar las fotos por su preciosa carita. Tercero, no se le visita en el hospital si sus padres y ella misma deciden que no quieren visitas.

—Errores aprendidos —admito con pesar.

—No te olvides que tienes una amiga que te quiere de verdad…

—¿Sí? ¿Quién?

Nos echamos a reír.

—Cuéntame cómo va en ese pueblucho… Sixan… ¿Cómo se llama?

—Saxonburg.

—Saxonburg, Pensilvania… ¡Me da escalofríos!

Me echo a reír. Ruby es la persona más amante del asfalto, de Manhattan y de todos los edificios que pasen de quince plantas.

—Tengo mucho que contarte…

—Empieza.

—Primero, el que me tiré en el motel, «el primero que me encontré» —le digo haciendo alusiones a las palabras de Kimberly—, es mi hermanastro. Segundo, he heredado la mitad de una casa increíble. Tercero, me ha surgido un empleo en este pueblecito.

Por un momento, creo que se ha cortado la comunicación.

—Ruby, ¿sigues ahí?

Ruby no contesta. Debe estar en *shock*.

26

Eve

Estarás de acuerdo

No es propio de mí, nunca lo ha sido, pero llego tarde. La reunión en el despacho de Madison es a las diez y ya pasan diez minutos.

He pasado casi toda la noche dando vueltas en la cama y cuando he conseguido conciliar el sueño era muy tarde.

Mi encuentro con Maya ha sido el culpable. Y también las preguntas que le he hecho a la madre de Ruby sobre el testamento para asegurarme que no había nada irregular.

El testamento es correcto y me conviene firmarlo, según su madre. Y la visita de Maya…

Eso no sé ni si es correcto, absurdo, descabellado o una señal.

Ayer, después de preguntarle a Madison por ella, me propuso visitarla. Acepté sin pensarlo.

Durante el camino, me dije a mí misma que solo tenía curiosidad por conocerla porque mi madre la había mencionado, pero solo me estaba engañando. Fue el contexto en que mi madre habló de ella en el vídeo lo que hizo que sintiera la necesidad imperiosa de conocerla, y solo hay una palabra que pueda definirlo a la perfección: empleo. Esa maldita palabra que tantos dolores de cabeza me está dando.

Y de ello hablamos, no sin antes recibir un abrazo, unas lágrimas, una disculpa por haberse tenido que ausentar del funeral antes de que terminara, y algún que otro relato relacionado con la amistad que mantenía con mi madre.

Maya me ofreció un trabajo en su centro médico. Fue directa. Me preguntó si trabajaba y me informó de que mi madre le había contado mi mala experiencia. Ella está autorizada, junto al alcalde, a contratar a un nuevo profesional para atender el centro. Han pasado varios médicos por él en los últimos años, pero todos buscan oportunidades mayores y se acaban marchando. Lo comprendo perfectamente.

—Si decides pasar una temporada en este lugar, aunque solo sea para adquirir nuevas referencias y alejarte de la gran ciudad, aquí tienes un lugar de trabajo. Saxonburg es sanador para el alma.

Y esas palabras son las que me han quitado el sueño.

Sanador…

Trabajo…

Temporada alejada de la gran ciudad…

Referencias nuevas…

El alma…

Con ellas en la cabeza entro en el despacho de Madison. Hoy no me recibe la secretaría. Es domingo. La puerta está entreabierta.

Los tres, ocupando las mismas posiciones que el día anterior, están riéndose de algo.

Vaya, mi hermanito sabe reír.

Yo solo recuerdo una sonrisilla que una vez en el motel…

¡Basta! «No es el momento, Eve», me riño a mí misma.

Kyle me mira fijamente, pero hay algo distinto en él. Puede que la media sonrisa que me ofrece.

¿A qué se dedicará?

Puede que esté entusiasmado por la herencia. Claro que, a juzgar por su ropa y el coche que conduce, debe estar bien situado económicamente.

Seguro que tener que alojarse en el motel debió llegarle al alma.

Tardamos poco en abordar el tema. Madison lee de nuevo el testamento y nos pregunta si necesitamos más tiempo, o queremos formalizar la aceptación.

Ambos decidimos formalizarla y nos lleva solo unos minutos hacerlo. Ya está. Una firmita y ya soy propietaria, junto al simpático de mi hermanito, de la mitad de una preciosa propiedad valorada en unos muchos miles de dólares.

—Ya sois propietarios de la casa, chicos, aunque todavía tengo que realizar unos trámites: unos registros. Pero es cuestión de pocos días.

Guardamos silencio. Ya es habitual en estas reuniones, así que nadie parece sorprenderse. No sé qué es lo que debería decir. Quizás levantarme y dar saltos porque esta casa ha hecho que vea algo de luz al final del oscuro túnel, no sea lo más apropiado, dadas las circunstancias. Por un lado, se trata de una herencia, lo que implica una pérdida; por otro lado, mi hermanito es agrío y rancio, seguro que me soltaría algo que me haría sentir ridícula.

—¿Y ahora qué, chicos?

Es Madison quien formula la gran pregunta con una amplia sonrisa.

—Estarás de acuerdo conmigo, Eve —se apresura a decir mi hermanito con mucha amabilidad— que lo mejor es… venderla cuanto antes.

Es lo mismo que me dijo ayer en el vestíbulo del hotel: lo tiene muy claro.

Guardo silencio unos segundos. Todos me miran. Soy consciente de que tengo la atención de todos. Debo estudiar mucho las palabras, esta vez no voy a ser impulsiva.

—Pues, no, no estoy de acuerdo contigo, Kyle. En ese «cuanto antes» que has pronunciado no estoy de acuerdo. De momento, no quiero venderla. No tengo prisa —afirmo.

Puede que sí haya sido impulsiva, al fin y al cabo, no he estudiado esa decisión, pero me siento cómoda con mi respuesta.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. Que yo no tengo prisa. ¿Tú sí?

—Yo… —Se detiene y suaviza su expresión—. Hay varias ofertas y no deberíamos desperdiciar la oportunidad. ¿Qué ganamos con venderla más adelante?

—No creo que esas ofertas caduquen pronto, ¿o sí? —le pregunto a Madison.

Ella estudia mucho la respuesta. Estoy segura de que ha visto que se creaba un conflicto y no quiere inclinarse en ningún bando.

—Si os soy sincera, no creo que el interés de esas personas decaiga, no de las dos. En cualquier caso, la opción de venta siempre será una opción rápida. Me consta que hay más personas que podrían estar interesadas.

—Pero… ¿Qué necesidad hay de esperar, Eve? —me pregunta sin perder la amabilidad que hoy, por arte de magia, ha adquirido para que nos comuniquemos.

—Me gustaría pasar algo más de tiempo en esa casa, apenas la he podido disfrutar.

—Pero está muy lejos…

—Nos dijiste que la casa tiene los gastos cubiertos por unos meses, ¿cierto?

—Sí, así es —responde Madison—. Calculo que cinco o seis meses.

—Bien, pues podemos disfrutarla durante un tiempo.

Kyle se revuelve en el asiento. Esta vez se dirige a mí bajando la intensidad de la amabilidad.

—¿De cuánto tiempo hablas?

—Del que necesite, Kyle.

—Pero… es que mi opinión también cuenta y yo quiero venderla ya.

—Pues yo… quizás quiera venderla, pero no «ya».

—No puedes decidir pensando solo en ti, la casa es de los dos.

—Pues entonces, espérate. Quiero conectar con esa casa, con lo que había dentro, con todo lo que tiene relación con mi madre… ¿Puedes entenderlo?

El ambiente se va caldeando y Madison y Harold intercambian miradas.

—Esto es una locura. No quieres venderla ya, quieres esperar, pero no sabes cuánto, y, mientras, se pueden esfumar las oportunidades para que tú «conectes» con la casa «un tiempo indeterminado». Esa casa está muy lejos de donde los dos vivimos…

—Déjame decidir con tranquilidad, Kyle, no me presiones.

—¿Te estoy presionando?

—¿Tú que crees? Te he informado de mi decisión y no dejas de quejarte y de intentar que cambie de idea. ¿Cómo lo llamas a eso? ¿Respetar mi decisión?

—Eso no es presionar, es intentar que los dos salgamos favorecidos, lleguemos a un entendimiento y lo hagamos lo antes posible para evitar trámites largos, desplazamientos… No es tu decisión, es nuestra decisión…

—Te he dicho que esperes un tiempo, solo eso.

La tensión es más que palpable.

—Chicos, entiendo que ahora no vais a llegar a un acuerdo, tenéis mucho que hablar y pensar —interviene Harold.

Ambos asentimos, creo que somos conscientes de la situación tan incómoda en la que los hemos colocado a ellos.

—Me gustaría pasar la noche en la casa, dejar el hotel. ¿Es posible? —le pregunto a Madison.

No voy a volver a Nueva York todavía, tengo que sentarme a decidir muchas cosas, pero no puedo seguir alojándome en el hotel. De ahora en adelante, los gatos irían a mi cargo: no puede pedirle a Madison que me reserve más noches a costa de la cuenta de mi madre.

—¿Qué? ¿No vuelves a Nueva York? —me pregunta como si hubiera afirmado que esta misma noche parto en una misión hacia Neptuno.

—No, todavía no. Estoy de vacaciones, así que no tengo prisa —le contesto con suavidad. Juro que si Madison y Harold no estuvieran delante…

—En teoría, hasta que el registro no esté validado, no deberíais ocuparla, pero… no vamos a aplicar esas normas. Hay dos juegos de llaves, uno os lo puedo entregar. El otro convendría que lo tuviera yo hasta que os entregue las copias del registro y la documentación de la casa. Lo único que no podéis hacer es extraer nada del interior de la casa…

Asiento con la cabeza mientras alargo la mano para recoger las llaves.

—Ya lo has oído —dice Kyle sin ocultar su malhumor—. No se puede extraer nada de la casa…

—Sí, ya lo he oído —replico frunciendo el ceño.

—He leído bien el anexo, el inventario de todo lo que contiene la casa, incluido todo lo que hay de valor —me recalca con un tono de advertencia.

—Pero… ¿Qué coño insinúas? ¿Que me voy a llevar algo?

—No te conozco de nada, Eve, solo intento que todo quede bien claro desde un principio.

—Pues si no te fías, quédate tú también, o contrata a alguien de seguridad…

Niega con la cabeza y resopla. ¡Pobrecillo! Debe estar superándole la conversación.

Madison me explica qué lugar abre cada una de las tres llaves. Sé que está tensa, pero no quiere pronunciarse.

Harold sí lo hace.

—Habéis pasado muchos nervios y tensión. Acabáis de perder a vuestros padres y… todo este asunto de la casa requiere decisiones que deben meditarse, pero debéis pensar en que todo saldrá mucho mejor si ambos tenéis un acercamiento. No quiero meterme donde nadie me llama, pero me siento con la obligación de decíroslo.

Me siento fatal. Es muy triste que nos tenga que recordar algo así, pero este energúmeno estirado que tengo como copropietario no ha puesto de su parte desde que le conocí, sin contar la noche del motel, y eso no ha ayudado.

Sé que puedo ser egoísta al pensar en lo que me interesa solo a mí, pero no quiero precipitarme. El dinero de la casa me hace falta, pero quiero estudiar el tema del trabajo y ver qué es lo que más me conviene. Necesito pensar solo en mí por una vez, y mucho más si él es tan gilipollas como hasta ahora ha demostrado ser.

Sí, que follar, follaba muy bien, pero… el resto de las comunicaciones no se le dan muy bien. Y no me refiero a que sea tímido, reservado, o simplemente pudiera estar hundido por lo que ha pasado, me refiero a ser… borde, antipático, estirado.

El timbre de la puerta suena, no una, sino varias veces seguidas. Quien sea, tiene prisa.

Harold sale del despacho apresurado, y Madison nos lanza una mirada de incertidumbre antes de encogerse de hombros. Finalmente, se pone de pie y lo sigue.

Desde el pasillo se escucha una voz femenina, clara, pero entrecortada, como si hablara con urgencia. No alcanzamos a distinguir las palabras.

Kyle y yo nos miramos por un instante, pero desviamos la vista casi al mismo tiempo. Dos segundos. No más. Eso dura nuestro encuentro visual.

Poco después, Madison regresa. Entreabre la puerta y, con evidente nerviosismo, dice:

—Necesitamos un médico. Ernest, nuestro vecino, se ha caído y su mujer está preocupada. Hoy no está Maya: la doctora Caldwell. No quiere que llamemos a una ambulancia.

Kyle y yo nos levantamos bruscamente.

—Vamos —digo en un tono enérgico dirigiéndome a Madison.

—¿Dónde vas? —pregunta Kyle alterado.

No hay tiempo, así que no me detengo. En cuanto noto que está detrás de mí, le contesto.

—¿Dónde vas tú? Necesitan un médico.

—Pues por eso voy yo. ¿Acaso tú...? ¡No! ¿Eres médico?

—Efectivamente —le respondo confundida—. Tú… ¿Eres médico?

Le miro mientras reanudo el paso y descubro que está tan perplejo como yo. No me responde, no hace falta. La forma en que corre para auxiliar a ese hombre, habla por sí sola.

¿Médico?

No me lo puedo creer.

27

Kyle

¿Quién tiene las riendas?

Ernest, un anciano octogenario, con muy mal genio, en un principio, se ha negado a que le examináramos porque no nos conocía, pero Harold se lo ha llevado a su terreno hablándole de mi padre y de Eleaine.

No es que eso le haya convencido mucho, pero al menos hemos entrado en la categoría de «no desconocidos del todo».

Estaba algo aturdido y fingía no sentir dolor, pero su muñeca está fracturada y requiere atención hospitalaria.

Las pocas fuerzas que tiene las está dedicando a jactarse de haber salido de situaciones peores sin necesidad de ayuda y también a soltar improperios sobre el hielo que le hemos administrado en la muñeca. Aunque él no lo sabe, la ambulancia está en camino, mi compañera de profesión, hace rato que ha diagnosticado la rotura de la muñeca con mucho acierto y no hemos esperado a tener el consentimiento del anciano. Tenemos tiempo para convencerle, la ambulancia tardará, está en otro pueblo atendiendo otra urgencia.

Es lo que tiene vivir en un pueblo de estas dimensiones…

Eve ha tomado las riendas de la situación en cuanto hemos llegado. Ni en un millón de vidas habría afirmado que ella era médica. Antes, habría jurado que era monja. Claro que, pensando en cómo la conocí, esa afirmación no se sostiene mucho.

A pesar del protagonismo que mi compañera necesitaba, no ha tenido más remedio que trabajar en equipo.

—¿Hay forma de acceder a instrumental médico? —le pregunto a Madison, que no se ha separado de la mujer de Ernest.

Eve me escucha y se acerca. Abandona la terapia psicológica de convencer a Ernest para que se suba a la ambulancia cuando llegue.

—¿Por qué? —me pregunta Eve, pero no le contesto.

La miro fijamente y le hago una señal que parece entender. Me acerco a Ernest. No nos ha sabido decir cómo se ha producido la caída, pero sospecho que se ha producido después de un leve desvanecimiento. Hay algunas señales que me llaman la atención.

Lo examino por encima. Lo más preocupante es que está atento, pero ya no se queja. Encuentro evidencias de lo que sospecho qué puede estar produciéndose. Ernest ha dejado de hablar, parece cansado y se queja cuando le presiono las mandíbulas.

Su muñeca ha pasado a segundo plano, aunque debe dolerle.

Eve, que se ha acuclillado a mi lado, me mira fijamente. Creo que es la primera vez que nos entendemos desde que la conocí. O más bien la segunda. Hubo una en la que estuvimos de acuerdo en todo de forma muy rápida.

Asiente con la cabeza.

—Podemos acudir al centro médico y coger todo lo que necesitéis—propone Madison mientras le hace una señal a Harold para que se ocupe de la esposa, que está muy angustiada—. Llamaré a Harrison.

Todos nos ponemos en marcha. ¡Qué buena comunicación!

Es una situación de emergencia.

En el botiquín de Ernest no hay lo que he rezado por encontrar. Ni un triste analgésico, mucho menos el que más necesito.

Madison recibe confirmación del alcalde, el tal Harrison.

—Vamos —nos dice—. Está aquí al lado. El alcalde nos abre el centro.

—Ve tú con ella… —le exijo a Eve—. Tienes que traer…

—Ya sé lo que tengo que traer —dice desapareciendo de mi vista.

No le gusta que le den órdenes. Le ha salido el orgullo profesional. Me pregunto qué clase de médico es. ¿Qué especialidad tendrá?

Espero que, tal y como ha afirmado, sepa lo que tiene que traer.

28

Eve

Trabajar con Dios

Ernest y su mujer acaban de marcharse en la ambulancia. Mi hermanito, el médico, y yo estamos parados en mitad de la calle, como si estuviéramos despidiéndonos de un ser querido que ha venido a visitarnos.

Madison y Harold han entrado en casa de los vecinos para encargarse de algo que la esposa de Ernest les ha pedido.

Estoy algo descolocada, no por el estado de Ernest, que todo indica que se recuperará, sino por todo lo que en pocos minutos he vivido.

—Se pondrá bien —le digo a mi compañero de profesión, pero entiendo que es algo que he dicho en voz alta, sin pretender comunicarme con él.

—Eso creo. ¿Qué especialidad tienes?

—Soy médico de familia —le digo con frialdad. Todavía no se ha instalado la paz entre nosotros. Después de la discusión del despacho, se ha iniciado una nueva cuando he vuelto del centro médico y me ha reprochado que no trajera un aparato para medir la saturación del oxígeno.

«¿No había o no te has acordado?».

No me he acordado, pero él sabe como yo que con todo lo que he llevado y con la ambulancia en camino podíamos tratar el amago de infarto que estaba sufriendo Ernest. Por supuesto, no se lo he admitido.

—¡Ah! Es eso… —me dice en un tono despectivo cuando le confieso mi especialidad.

—«Es eso…» ¿Qué significa es eso?

—No significa nada, pero deberías habérmelo dicho. Te he confiado el instrumental médico y los medicamentos sin saber nada de ti, podías haber fallado.

—¿Fallado? ¿Tú de qué vas? ¿Y por qué no has ido tú a buscarlo?

—Porque era evidente que quien debía quedarse con Ernest era yo. Soy cirujano cardiotorácico.

—Vaya… Ya salió el Dios que todos los cirujanos llevan dentro.

—Esos comentarios son obsoletos, ya nadie hace chistes con eso. Te has quedado anticuada, doctora Andrews.

—¿Nadie dice eso? Será en tu lugar de trabajo, y será delante de ti, porque en el resto del mundo y de hospitales ya se sabe, y es manual básico de cualquier médico, hasta de los estudiantes de primer curso, que los cirujanos se creen que son dioses. Es más, se creen que son el mismísimo Dios, incluso que le superan por momentos.

—Pues no es mi caso —me replica sonriendo con cinismo. En el fondo a estos gilipollas les gusta que les digan eso.

—Pues haber ido tú a buscar el puñetero pulsioxímetro, doctor Bauer. Pero sabes de sobra que no era necesario…

—Qué difícil resulta hablar con un médico de familia en cuanto se le nombra una especialidad…

—¿De qué vas? ¿Crees que no habría podido tratar a Ernest sin tu ayuda? No le estaba haciendo un trasplante, le estaba diagnosticando un infarto… Para eso no es necesario tener tu

especialidad, eminencia.

Sonríe plenamente y yo solo tengo ganas de borrarle la sonrisa, solo que la forma no es la más adecuada.

Madison aparece.

—¿Aún estáis aquí?

—Te estaba esperando. Yo… ya me marcho, si no hay nada más de lo que quieras hablar —le digo adoptando mi tono de voz normal, el civilizado, el que no tiene que tratar con gilipollas como el que hay a mi lado.

—Chicos, gracias por vuestra ayuda. Sé que sin vuestra intervención Ernest habría tenido un gran problema, no quiero ni pensar hasta qué punto. Así son las cosas en Saxonburg cuando Maya y su equipo no atienden en el centro médico. Los fines de semana son así. La vida en un pueblo pequeño conlleva esos riesgos. Por suerte, en general, la ambulancia suele ser más rápida.

—Lo importante es que Ernest se recupere. Todo irá bien. Hemos llegado a tiempo y en la ambulancia lo habrán estabilizado.

—Han dicho que vuestra intervención ha sido crucial.

—La suya —indico—. Él es la eminencia en cardiología, yo solo he actuado como una enfermera.

Tenía que decirlo.

Madison sonríe. Kyle me fulmina con la mirada. Yo guardo silencio, pero me siento satisfecha.

Una hora más tarde, después de recoger mi maleta en el hotel, con las llaves en la mano, me dirijo a la casa de mi madre.

Estoy algo desconcertada. No por el enfrentamiento con Kyle, sino por todo lo que he sentido cuando he entrado en ese centro médico.

El alcalde ha sido muy amable. Nos estaba esperando en la puerta y me ha acompañado en todo momento indicándome dónde podría encontrar lo que necesitaba.

Entrar en ese lugar, así como el poder tratar a Ernest, ha hecho que sienta una emoción que hacía tiempo no sentía.

Desde mi despido.

Solo han pasado dos meses, pero tengo la sensación de que dejé la medicina hace años.

Estoy emocionada, decepcionada y confundida al mismo tiempo.

No he podido evitar confesarle a Madison cómo me sentía, mientras corríamos por las dos calles que nos separaban del centro médico a la casa de Ernest.

—A veces ocurren cosas que nos hacen el camino más fácil, si sabemos interpretarlas bien. Solo hay que escuchar, Eve, cielo.

Puede que tenga razón. La experiencia de hoy puede ser una revelación, una forma de decirme qué posible camino puedo tomar, aunque sea solo provisional.

La idea de volver a Nueva York me atormenta y solo llevo dos días en este lugar.

Una señal…

No suena mal. Sobre todo, cuando se está tan perdida como yo.

Recorro el túnel de árboles antes de llegar a la casa. Está oscureciendo y el aspecto es de lo más siniestro.

No sé si ha sido buena…

Esa casa es tan grande…

Tan rara…

Está tan aislada…

Y hace frío…

Me entran dudas, de las que hacen que me envuelva un sudor frío. No sé si dar la vuelta o seguir.

Lo que veo, hace que frene en seco.

Siento el sonido de la gravilla bajo las ruedas de mi coche y me estremezco.

No me puedo creer que él esté esperando en la puerta.

¿Qué hace ahí plantado el cirujano?

¿Habrá venido a disculparse, a discutir o a atormentarme con su arrogancia médica?

Pronto lo sabré.

29

Kyle

Esta es mi parte

Eve se baja del coche, que ha aparcado de cualquier manera en cualquier parte del jardín. Es evidente que las delimitaciones que marcaron mi padre y su madre no le preocupan.
Salgo a su encuentro.

—¿Qué haces aquí?

—Vaya, ¿no me digas que me he confundido? Creo que esta es también mi casa. Si estoy aquí fuera esperándote es porque te has adueñado tú de las llaves.

—Llaves que me ha entregado Madison porque yo era la que tenía intenciones de quedarme. Solo había un juego disponible.

Me mira con desprecio, recoge su maleta y la arrastra hasta la puerta pequeña, la que conduce hasta el otro lado de la valla, con cierta dificultad.

Las ruedas de la maleta rebotan en la grava del suelo y es casi cómico verla luchar contra ello.

Altiva, entra en la casa y la sigo.

Me enseña las llaves, sonriente, las agita y abre la puerta principal.

Está completamente a oscuras y empieza a deambular de un lado a otro en busca de algún punto de luz.

La sigo. Me estoy divirtiendo, aunque el hecho de estar aquí en vez de camino a Nueva York no es lo que más feliz me hace. Pero tengo que intentar resolver esta situación con ella, a pesar de que lo estoy viendo complicado. Tengo que hacer un esfuerzo. Invocar la paz es lo mejor que puedo hacer y lo más inteligente. —Vale, borra esa sonrisita y dime dónde está el interruptor general —me dice cuando me ve cruzado de brazos contemplándola.

La luz nos ciega por un momento en cuanto pulso sobre el cuadro eléctrico que hay junto a la entrada, uno camuflado bajo un perchero con una base de madera y dos bisagras a un lado.

—¡Qué original! —protesta al descubrir dónde se encontraba.

—Como toda la casa… —le digo con ironía.

—¡Qué frío hace!

—He activado la calefacción desde fuera. Harold me ha dicho cómo hacerlo. Tardará un par de horas en empezar a calentar la casa.

—¿Un par de horas? —me pregunta algo alarmada—. Me voy a congelar.

—¿Quieres un abrazo para entrar en calor?

—No te pega, eminencia. Te va más el papel de estirado.

—Mis abrazos de estirado siguen siendo cálidos.

—El calor que debe emitir ese tronco cuando se quema—dice señalando un lateral de la chimenea donde hay apilada una hilera de leña—mucho más.

La observo mientras hace dos intentos por encender la chimenea.

—Sé que lamentaré haber dicho esto, pero… ¿Tienes una ligera idea de cómo encender esto? Soy de Nueva York, vivo en un apartamento y todas las chimeneas que he visto en mi vida se han presentado encendidas…

—Creo que el secreto está en prender el tronco. Y si en vez de sostenerlo en la mano, lo

introduces en la chimenea… te irá mucho mejor.

—¡Cuánta sabiduría, eminencia!

Sonrío por la forma en que se ha expresado. Por momentos, hay algo en ella que me atrae… Pero debo apartar eso de mi mente, o más bien intentar que se aleje de mi cuerpo, de lo que provoca en él.

Mi cuerpo es un traidor…

Debería ocuparse de protegerme, de no enviarme señales contradictorias, pero no lo hace. Es raro el momento, por tenso que sea, que no reacciona.

Me acerco a la chimenea. Localizo la cesta que contiene todo lo que se necesita para provocar el fuego. Hay astillas de madera, papel arrugado, cerillas…

El proceso me lleva unos minutos, unos que se me hacen eternos porque ni ella ni yo pronunciamos ni una sola palabra.

Nos acercamos a calentarnos las manos y nos miramos de vez en cuando. Yo espero que ella diga algo, ella espera lo mismo que yo, supongo.

Al final, es ella la que rompe el silencio.

—¿Se supone que debo elegir el dormitorio que era de mi madre? —me pregunta con una sonrisilla de lo más seductor. No debería pensar en ello, pero es la justa descripción de esa sonrisa.

—¿Qué tal si seguimos sus normas? Tú, lo de tu madre y yo lo de mi padre. Así no tendremos que estar preguntándonos constantemente.

—No creo que sea constantemente, supongo que te marcharás en cualquier momento.

—Aún no lo he decidido.

—¿Se puede saber a qué has venido? Fue idea mía pasar aquí unos días, tú no tenías ninguna intención. ¿Has venido a comprobar que no robo alguno de los objetos de valor?

—No te creo capaz de hacer algo así. Sé que eres muy consciente de que esta casa es de los dos y de que no podemos sacar nada de su interior hasta que Madison nos entregue la documentación oficial que nos acredite la titularidad.

—Qué bien lo has expresado, ni Madison lo hubiera hecho mejor.

—Eve, he venido a hablar de la casa. Ahora tenemos más intimidad que antes y creo que podemos razonar.

—Estoy de acuerdo…

—Me alegro de que quieras hablar —le comento inocentemente emocionado.

—Estoy de acuerdo en que tenemos más intimidad, no en hablar. Mucho menos de la casa. No hoy, no ahora.

—Entonces… ¿Cuándo?

—Creo que ya lo hemos hablado en el despacho de Madison.

—¿Eso lo llamas hablar? Tenemos que tomar una decisión conjunta, no una que te interese a ti sola.

—Venderla te interesa a ti solo.

—¿Acaso estás interesada en la casa? Bien, ningún problema. Puedes comprar mi parte y será toda tuya. Yo no tengo interés en esta casa.

—No he dicho que quiera comprarla, solo que quiero disfrutarla un poco de tiempo. Tendrás que esperar.

—Es que no quiero esperar. Si fuera tuya, podrías hacer lo que quisieras con ella, pero aún no te has dado cuenta de que no lo es. Y si la quieres, quédatela.

—¿Qué narices te pasa? —me dice con un odio en la mirada que hasta me asusta.

—A mí no me…

—Desde que llegué no has dejado de comportarte como un auténtico estirado y un borde. Desde el primer minuto. A mí tampoco me gustó la idea de descubrir que eras el mismo tío con el que… ¡Es igual! Ya me has entendido. Un error de una noche lo tiene cualquiera.

—¿Un error? Vaya, lamento no haberte dejado ninguna huella mejor. Eso me ha dolido.

—¿Un golpe a tu ego, eminencia?

No sé si reír o llorar. Por un lado, me hace gracia su forma de hablar, pero por otro soy consciente de que esto no lleva a ninguna parte.

—¿Qué te parece si hablamos con más calma?

—Es que a mí no me apetece hablar. Yo me he esforzado estos días por tener una relación cordial, dadas las circunstancias, pero solo he obtenido comentarios de lo más desagradable. Ahora es a mí a quién no me apetece hablar.

—¿Y por eso te niegas a venderla? Porque te he parecido un borde… ¡Es algo digno de estudio!

—¿Es que no te enteras? Te estoy diciendo que te esperes un tiempo.

Guardamos silencio. Creo que ella ha visto la misma necesidad que yo de calmarnos.

—Eve, no quiero discutir. Siento haber sido tan distante, pero las circunstancias me superaban. Quiero que entres en razón, que entiendas que esta casa es de los dos y que tenemos que buscar una solución rápida que nos favorezca a los dos.

—A mí no me favorece venderla ya.

—Ni a mí que no la vendamos.

—¿Es que no puedes esperar unos meses? El tiempo que los gastos estén cubiertos.

—¿Para qué tanto tiempo? ¿Es que piensas venir a esta casa?

—Sí, eso pienso hacer. Quiero disfrutarla un tiempo, ya tendremos ocasión de venderla.

—Perderemos a los compradores.

—Escúchame —me dice acercándose. Parece más conciliadora—. Mi madre y yo estábamos muy unidas, mucho. Puede que tú te encuentres en una situación diferente, lo desconozco, pero tienes que entender que no me resulta fácil desprenderme de esta casa tan pronto. Necesito deambular por ella, estar en contacto con sus pertenencias. Tocar sus cosas, ver lo que ella tanto quería. Para mí es muy importante. La he perdido para siempre, no voy a volver a verla. ¿Es que no lo entiendes? No sé cómo voy a vivir sin ella y no quiero sentir que en seguida me desprendo de algo que ella con tanto amor me dejó como legado. No te cuesta tanto intentar ponerte en mi lugar y comprender por qué quiero pasar tiempo en este lugar…

Se da la vuelta intentando que no vea como se enjuga una lágrima.

—Eve… No sigas esforzándote. No cuela. Es una gran interpretación, digna de una gran actriz, pero no cuela.

—¿No?

—No. Ni siquiera sabias dónde vivían. Ni siquiera habías venido a esta casa, y han vivido en ella seis años. No conocías a nadie de los que acudieron al funeral y no tenías ni idea de lo que les había ocurrido hasta que Madison, como a mí, te llamó dos meses después de que… desaparecieran en esa expedición.

—Digamos que… la distancia fue un problema, pero eso no nos impedía hablar con frecuencia. Y… sí sabía que estaban en El… Congo, me lo dijo mi madre.

—¿Y si estabais tan unidas como es que no te sorprendió que en dos meses no supieras nada de ella?

—¿Tú qué sabes si me sorprendió?

—Harold me ha contado cómo fue todo… Era amigo íntimo de mi padre, conocía su vida y también la de tu madre.

—Ya… —Resopla y se sienta sobre la maleta. ¡Oh, no!

Sé lo que va a ocurrir. Sé lo que conlleva sentarse encima de esa maleta tan…

Y ocurre.

Se cae hacia atrás. Por suerte, uno de los sillones hace de amortiguador.

Se levanta enrabiada, como si yo tuviera la culpa.

—¿Estás bien?

—¿Te importa?

—Solo era una cuestión de cortesía.

—¿Qué clase de conversación es esta?

—Lo sería si no te empeñaras en mentir. Estabas tan unida a tu madre como yo a mi padre.

—Bien, tú ganas, pero no pienso vender la casa ahora. En cualquier caso, que no estuviéramos unidas no quiere decir que no me apetezca estar un tiempo aquí.

—La venderemos, Eve. Tienes unos días para disfrutarla. Harold me ha dicho que esos compradores están dispuestos a hacerlo ya, cuanto antes. Hablaremos con ellos, estudiaremos la mejor oferta e intentaremos solventarlo lo antes posible.

—Adelante. Empieza a hacer los trámites. Pero no olvides que necesitas mi firma…

No puedo con ella. Es que no la soporto.

Al menos, eso es lo que me conviene creer.

30

Eve

¿Eras tú?

Solo quiero pensar con claridad y no puedo. Podría entrar en uno de los dormitorios, pero confieso que no me siento cómoda. La opción de seguir discutiendo con él no es la que más me atrae, pero no se me ocurre nada. Ni siquiera mis argumentos puedo defenderlos a muerte: todavía tengo que tomar una decisión.

Ni siquiera sé por qué no estoy en Nueva York, ¿cómo voy a explicárselo a él?

Me seduce la idea de la venta. Necesito dinero, pero también me seduce poder tener durante un tiempo una casa y un trabajo.

Me ha afectado demasiado el episodio de Ernest. Eso me ha hecho volver a vibrar, y yo quiero seguir vibrando.

No soy capaz de alejarme de la chimenea, hace mucho frío. Elijo el sillón de mi madre y me acomodo en él. Observo los cojines y me entran escalofríos. ¿De dónde sacó esto tan horroroso?

—¿Trabajas en el Presbyterian? —me sorprende con esa pregunta. Se acerca y se sienta en el sillón de su padre.

Parece que quiere conversar.

—No, no trabajo allí. ¿Por qué?

—Me pareció verte un día… No sabía que eras de Nueva York y pensé que me había confundido. Pero ahora que lo sé y… que eres médico…

—Estuve allí hace unos días… ¿Es a eso a lo que te refieres?

Solo pensar en ese momento, me entran escalofríos.

—Sí, hace una semana aproximadamente.

Entonces no me lo había imaginado… Lo vi en el hospital…

—Fui a visitar a una amiga —le contesto con calma.

—Espero que no fuera nada grave.

¿A qué viene ese cambio de tono? Sí, vale, lo está intentando. Quizás sea lo mejor para los dos. Pero… ¿Qué le importa a él cómo está mi amiga?

—No, solo fue un susto. Tuvo un pequeño accidente con el coche.

—Vaya. Entonces tuvo suerte. Los accidentes de coche…

—No fue importante.

Pasa de la arrogancia a las preguntas tontas. ¿No se le ocurre otra forma de entablar conversación? Lo intentaré yo.

—¿Y tú? ¿Trabajas allí?

—El hermano de un amigo se encontraba allí.

—¿Era grave?

No sé de qué me quejo, yo le estoy haciendo las mismas preguntas; igual de tontas.

—No tuvo tanta suerte como… tu amiga.

—Ya… Vaya, lo siento.

¿Qué se supone que le voy a decir? Parece una de esas conversaciones en el metro en las que alguien que se sienta a tu lado decide contarte su vida.

—Escúchame… Kyle. Todo lo que hemos vivido estos dos días ha sido una experiencia…

—Hablemos solo de la casa. Solo me interesa eso —me interrumpe con una frialdad que me

deja clavada al sillón—. Quiero venderla, necesito venderla. Creo que será bueno para los dos. Supongo que tienes tantas ganas de perderme de vista como yo a ti. Piénsatelo. Mañana me marcho a Nueva York y podrás disfrutar de ella hasta que… Tendrás noticias mías.

Se levanta y sale de la casa.

¿Se va ahora?

La respuesta llega cuando vuelve a entrar con su maleta.

Ha ido a buscarla al coche.

Ni me dirige la palabra. Atraviesa el salón y desaparece.

Pero ¿qué le pasa a este tío?

Entabla conversación y luego me corta bruscamente.

Puede que sea mejor así.

Todavía siento el mismo cosquilleo que he sentido cuando me ha ofrecido un abrazo.

Espero que cumpla su promesa y se marche, aunque ha habido un tono amenazador que no me ha gustado nada.

¿Y ahora qué?

¿Qué coño hago en esta casa, muerta de frío, prácticamente sola?

Puede que la mejor opción sea dormir en este sillón, abrazada a estos espantosos cojines, intentando poner algo claro en mi mente y luchando por no pensar en lo condenadamente guapo que es el estirado de su eminencia. Y ya de paso… me dedico a decidir qué hago con mi vida.

Y lo hago.

Caigo rendida.

Una hora más tarde, me despierta el sonido de un mensaje.

Son las doce de la noche…

Solo puede ser Ruby.

Me han ofrecido un puesto en Providence.
Será durante seis meses.
Me han dado la campaña de Brightwave.
Me marcho en una semana. ¿Cuándo vuelves?

Siento terror al leer este mensaje.

Ruby se marcha…

Sé lo importante que es para ella, pero… no puedo evitar sentir un golpe en el pecho al saber que estará fuera tanto tiempo.

Y para rematar el momento, escucho el sonido de una puerta y el de unas ruedas de maleta.

Me hago la dormida.

Mi hermanito sigue avanzando.

Se detiene.

Reanuda su paso, y a continuación escucho el sonido de la puerta de entrada al cerrarse y unos minutos después el sonido del motor de un coche…

Estoy sola.

Es un buen momento para que todas las lágrimas que he contenido se liberen.

31

Kyle

Se quedó dormida

Dormida.

Han pasado tres días desde que salí de Saxonburg y esa imagen, la de ella dormida, hecha un ovillo, sobre el sillón de su madre, me ha perseguido.

En parte, me alegré, no sé qué le hubiera dicho si me la hubiera encontrado despierta.

Tenía que escapar de allí. Ni siquiera fui capaz de meterme en la cama aquella noche.

Su actitud ante el futuro de la casa, los objetos de mi padre abrazándome por todas partes y la bofetada de realidad que sentí al hablar con ella del hospital, hicieron que sintiera ganas de huir.

No sé qué esperaba, pero escucharla hablar así del accidente de su amiga… me lo revolvió todo por dentro. Al menos me quedó claro que no me relacionaba con ella.

Durante estos días me he preguntado si continuaría alojada en la casa. Lo he descubierto hoy, cuando he hablado con Madison. Sigue allí.

Y por lo que me ha dicho, tiene intenciones de permanecer una buena temporada.

¿Cuántas vacaciones tiene esa chica?

¿Qué es una buena temporada?

Tendrá que volver a Nueva York…

Amenazó con querer disfrutar de la casa durante los meses en que los gastos están cubiertos, pero ¿cómo piensa hacerlo? ¿Acudiendo a Saxonburg los fines de semana?

En cualquier caso, voy a volver a verla dentro de poco tiempo, en cuanto llegue a Saxonburg.

Después de prepararme una maleta que me sirva para cubrir mis necesidades durante al menos dos meses, me dirijo a ese pequeño pueblo.

Esa ha sido mi decisión.

Si hasta lo he echado de menos estos días… Y ni siquiera sé cómo es el pueblo. Más allá del auditorio, el hotel, la casa de Madison y Harold y la casa de mi padre, no he visto nada más. Claro que, no parece que haya nada muy interesante que ver.

Vuelvo allí y me siento algo nerviosos por ello.

Mi abogado es el que más culpa tiene en todo esto.

Le puse al corriente del tema de la casa y le mostré la copia del testamento. Estaba dispuesto a tomar medidas legales, si yo así lo decidía, pero me disuadió en cuanto me habló del tiempo que podría alargarse ese proceso.

—Sí, puedes demandarla, pero ten en cuenta que eso puede alargarse más de lo que imaginas —me dijo en la reunión que mantuvimos ayer—. Yo, en tu lugar, optaría por otra vía más práctica y rápida. Intenta acercarte a ella y dialogar. La buena fe, Kyle, esa es la que siempre acaba triunfando por encima de la ley de un tribunal.

Y eso es lo que pretendo. De momento, la demanda está descartada. Voy a intentar un acercamiento con ella para que la tensión desaparezca y podamos hablar de forma civilizada.

Buena fe…

Será la mía, porque ella no parece tener mucha.

Tengo dos meses por delante. Dos meses para convencerla, dos meses para hacer frente al pago de mi casa. Gabriel no me va a devolver el dinero…

Eso me recuerda lo mucho que se enfadó Axel cuando le conté mi conversación con él. Él no le cree, afirma que nunca me lo devolverá, pero yo sé que sí. Gabriel tiene muchos defectos, pero no jugará con eso. No puedo presionarlo más. No puedo poner mi esperanza en él, tengo que recurrir a otra opción. Se llama Eve. Ella es mi solución.

Creo que esas son las palabras que ha utilizado Axel entre bromas. Él me ha apoyado en esta locura, sin embargo, me ha hecho una advertencia que llevo bien grabada en la mente:

—Kyle, ten cuidado. No conoces a esa chica. No olvides que es amiga de la mujer a la que te enfrentaste en el hospital y por la que estás disfrutando de dos meses de baja por estrés. No la cagues. Cuidado con lo que dices. Si el tema se descontrola, puede volver a traerte problemas. Ella puede hablar con su amiga y contarle quién sabe qué; su amiga con su papá, el papá con tu jefe y… No te puedes permitir más problemas a estas alturas de tu carrera. ¿Y si su amiga va a visitarla a ese pueblo? Ve con cuidado, contrólate, que te conozco.

Razón no le falta.

Lo cierto es que la posibilidad de que su amiga la visite y me encuentre allí podría ser un problema… También que esa mujer le haya contado que tuvo un problema con un médico y que le dijera mi nombre, claro que… al menos, el día que le pregunté por su visita al hospital, no parecía estar al corriente. Y si lo estaba, no lo relacionó conmigo.

No… Claro que no. Si ni siquiera sabía que era médico. Se sorprendió tanto como yo cuando atendimos a Ernest.

Está claro que Axel tiene razón y no puedo jugármela más, pero también tiene razón al decirme que debo controlarme. Yo también me conozco y a veces me resulta imposible mantener la boca cerrada.

Por eso no sé si voy a poder con tanto.

Nada de discusiones.

Nada de presiones.

Nada de hablar sobre su amiga, la borracha.

Nada de reproches.

Lo veo complicado, pero tengo que intentarlo.

Necesito el dinero y tengo que convencerla de que vendamos la casa cuanto antes.

Seremos amigos.

En cuanto me desvío hacia Saxonburg, soy consciente de que son las dos y media de la madrugada. No tengo llaves.

Empezamos bien…

32

Eve

¿Qué hace aquí?

Solo han pasado tres días, pero siento que he recorrido medio mundo.

Después de viajar a Nueva York, vuelvo a estar aquí, en esta casa gigante y aislada.

El día después de que Kyle se marchara, tuve mi entrevista con Maya. La necesidad en el centro médico era evidente. Tanto ella como el alcalde han movido cielo y tierra para agilizar mi contratación. No hubo demasiadas preguntas; no hacía falta. Ellos estaban desesperados, y yo, aunque no quería admitirlo, también. Volver a trabajar, lo necesitaba más de lo que pensaba.

Las condiciones son buenas, mucho mejores de lo que habría imaginado en un sitio tan pequeño. El equipamiento del centro es modesto, pero funcional, y la metodología de trabajo me recuerda a los años de residencia: práctica, resolutiva, con un enfoque realista. Aún quedan algunos trámites, pero el alcalde se ha ofrecido a acelerarlos. Lo importante es que puedo ejercer en este estado y que todo se reducirá a mera burocracia.

Empiezo mañana a trabajar.

Eso hizo que partiera a toda prisa a Nueva York.

Tuve tiempo de recuperar todo lo que me podía llevar de mi apartamento, entregar las llaves a la casera y despedirme de Ruby.

Me alegré por ella cuando me contó que había conseguido ese trabajo en Providence, pero la despedida fue más difícil de lo que pensaba.

También su madre tuvo protagonismo en este viaje. La puse al corriente del asunto de la herencia y me aconsejó sobre ella.

—Si quieres ganar tiempo para decidir qué hacer con ella, lo mejor es que vivas allí —me aconsejó—. Si ese chico decide tomar acciones legales, te conviene que la propiedad siga ocupada. Si está desocupada, sería mucho más fácil para él reclamar algo. Es un pequeño elemento que te puede ayudar si inicia un proceso judicial.

No necesito ganar tiempo, sino más bien un tiempo concreto, pero ya que mi hermanito no lo contempla, tendré que arriesgarme a vivir en la casa y esperar a que él dé un paso.

Sé que es algo egoísta por mi parte, pero necesito trabajar en este lugar y también vivir en esta casa. No será mucho tiempo, solo hasta que consiga encontrar trabajo en Nueva York o quizás solo durante unos meses… ¡No pido tanto! Algún día cambiará mi suerte.

Además, no creo que en el resto de mi vida pueda disfrutar de una casa como esta. Aunque la vendamos y obtenga una buena cifra por mi parte de la casa, solo podré comprar un pequeño apartamento en Nueva York.

Me pregunto si mi hermanito, la eminencia, el chico de los ojos como ruedas, la barba más sensual que he visto en toda mi vida y los labios diseñados en ordenador, me demandará o si intentará ponerse en contacto conmigo.

No he vuelto a saber nada de él… Pero no voy a negar que aparece con frecuencia en mi mente, más de lo que me gustaría y más de lo que debería estar. Y pocas veces pienso en él sin recordar aquella noche del motel. Esa imagen es fija. No hay un solo día que no rememore alguna escena de aquella noche, sobre aquella colcha florida, con aquellas paredes repletas de espantosos círculos coloridos…

«Si vuelves a verlo, vuelve a tirártelo», digo en voz alta mientras me parto de risa. Ese ha

sido el consejo de Ruby. ¡Qué bruta es!

Pero no negaré que muchas veces lo he imaginado. Y nada de estar soñando… ¡No! Bien despierta. Es decir que he sido yo la que ha guiado a mi mente para que me muestre las imágenes que quería ver, no el subconsciente. No hay excusa posible.

Vuelvo a taparme con la dichosa manta e intento conciliar el sueño de nuevo. Es la novena vez. Debería estar fresca y descansada para empezar mañana a trabajar en el centro médico.

No lo consigo.

Media hora más.

Una hora más…

Cuando empiezo a entrar en estado de duermevela, el timbre de la puerta hace que dé un salto y me incorpore bruscamente.

El corazón está tan acelerado que temo que me atraviese el pecho.

Me recorre un escalofrío que me deja clavada a la cama sin saber qué hacer.

Estoy muerta de miedo. Soy consciente de que estoy en una casa gigante, asilada, rodeada de árboles, lejos del pueblo…

Vuelve a sonar el timbre. Esta vez con más insistencia.

Espero que no se trate de alguna emergencia médica. Claro que, eso me tranquilizaría… Pero si es un loco en busca de sangre fresca…

Me cubro con la manta mi cuerpo semidesnudo y recorro descalza el salón, rezando para que haya una explicación convincente.

Miro a través de la ventana lateral a la puerta principal muerta de miedo, intentando no ser vista.

No puede ser.

No me puedo creer lo que estoy viendo.

La luz tenue que hay sobre el farol de la puerta muestra claramente un rostro conocido.

Es él.

Kyle…

Me ha visto y me sonríe.

Sacude la mano a modo de saludo.

¿Acaso es más imbécil de lo que creía?

33

Kyle

Volver a verla

La puerta se abre y el aire caliente del interior me reconforta. Me encuentro con un ceño fruncido y unos labios curvados.

—¿Sabes la hora que es?

Esa es la bienvenida de mi querida copropietaria, la mujer que, parcialmente cubierta por una manta, me observa con una mezcla de reproche y cansancio. Sus preciosas y largas piernas asoman de una manera peligrosamente tentadora.

Joder, qué difícil va a ser esto.

—Las dos y treinta y ocho minutos de la madrugada —respondo con una amplia sonrisa.

—¿Por qué sonríes así?

«Igual es algo forzada, Kyle. Mejor sé más natural», me digo intentando suavizarla hasta casi hacerla desaparecer.

—¿Mejor así?

—Pues no. No entiendo qué te hace tanta gracia. ¿Te parece normal venir a estas horas?

—Es que no tengo llaves —le digo controlando la apertura de mi sonrisa—. Lo que sí tengo es frío…

Ella expulsa un suspiro pesado y, con una mirada llena de fastidio, se aparta solo lo justo para que pueda pasar. Me cuelo en el salón sin dudarlo, impregnándome de un aroma nuevo. No era el que recordaba días atrás.

—¿No podías haber esperado a que fuera una hora más normal?

No se rinde. Parece que el tema de la hora le gusta.

—¿Y qué tenía que hacer? ¿Alojarme en un hotel esperando que llegara la hora «normal»? Te recuerdo que esta es mi casa. Haber dejado la llave debajo de la alfombra.

Desvío la mirada, recorriendo sus piernas. Se apresura a atrapar dos pliegues y unirlos como si se tratara de una pinza. Se ha dado cuenta de mi indiscreción.

—Claro. Yo tenía que adivinar que ibas a venir y, además, de madrugada.

—¿Pensabas que no iba a volver nunca?

Eve tarda unos segundos en responder, como si realmente estuviera estudiando bien la respuesta.

—No tengo ni idea, te recuerdo que te fuiste sin decir adiós, prácticamente a hurtadillas…

Se me escapa una media sonrisa mientras apoyo una mano en el respaldo del sofá y la observo con calma.

—Estabas dormida, en el sillón, en ese —Lo señalo—, abrazada a ese cojín tan discreto… Era una escena tan tierna… No quise despertarte…

Ella niega con la cabeza, sin molestarse en responderme. Luego, con un movimiento rápido y determinado, se da la vuelta y desaparece por el pasillo.

Vaya, qué breve ha sido el encuentro. Me hubiera gustado «charlar» un poco más.

En realidad, debería haber ensayado más mi papel. Se supone que vengo en son de paz, a hacerme su amigo, pero en cuanto me ha abierto la puerta, se me ha olvidado.

Algo decepcionado, salgo a buscar las maletas. Las he olvidado en el porche.

Cuando vuelvo a entrar, me la encuentro en el salón. Ha cambiado la manta por una sudadera y un pantalón vaquero.

—Todo ese equipaje es para… —me pregunta sin apartar la mirada del juego de maletas.

—¿Por qué tengo la sensación de ser uno de esos invitados que se presentan sin avisar y te joden el día?

—Porque lo eres.

—No soy un invitado, esta también es mi casa.

—Es la segunda vez en dos minutos que dices que esta es tu casa.

—Por momentos, parece que se te olvida. Repasa el testamento…

—¿A qué has venido?

No hay ninguna intención en ella de rebajar la tensión.

—¿Tengo que contestar a eso?

—Si no es mucha molestia…

—Digamos que estos últimos días, desde que volví a Nueva York, he estado pensando en lo que dijiste: conectar con la casa, disfrutarla…

—¿A eso has venido?

—Exacto.

—No cuela, hermanito —sentencia después de resoplar.

—¿No?

—No.

—Bien. Pues te diré la verdad. Mi jefe considera que debo tomarme un tiempo y descansar para asimilar y aceptar la pérdida de mi padre.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Acaso hay un tiempo establecido para eso? No seas insensible. Un duelo no tiene fecha.

—¿Cuánto? —insiste alzando la voz.

—De momento, dos meses con posibilidad de renovación.

—¿Dos meses? —me pregunta como si hubiera afirmado que hay un ejército de hipopótamos en el jardín.

Sean cuales sean sus planes, se los acabo de joder. Y me estoy divirtiendo con ello.

—Sí, dos meses. Eso opina mi jefe. Cuando alguien es insuperable en su trabajo, y todo lo hace bien… hay que cuidarlo. Él perdió a su padre hace poco y entiende mucho de esto. Si ha dicho dos meses, es porque así tiene que ser.

—Serás mentiroso… Has venido a controlarlo todo, ¿verdad? A comprobar que todo está en su sitio. Sabías que estaba aquí. Has venido a comprobar si me he adueñado de algo que haya en la casa…

—Eso también podría ser un buen motivo para venir, pero no es el caso. En cuanto a adueñarte de algo… ¿Lo has hecho? Recuerda que está todo detallado en el inventario anexo al testamento.

—¿Tú crees? Puede que faltara algo por detallar…

—¿Faltaba algo y te lo has quedado?

—Puede que sí…

—Vaya, vaya. Así que eres de ese tipo de personas cutres… Encima lo admites.

—Eres un…

—Joder —la interrumpo—. He olvidado a Bruce en el coche…

Me dirijo a la puerta.

—¡Eh! Espera —me grita—. ¿Quién es Bruce? ¿No será un gato? Tengo alergia a su pelo,

me provoca conjuntivitis alérgica.

—Ten cuidado con la información que me das… Si eso es cierto, tardo unas horas en conseguir un gato…

—¡Atrévete!

Me echo a reír y me dirijo al coche. Poco después, le presento a Bruce.

Se queda boquiabierta cuando ve la urna de cristal en la que transporto a mi amigo Bruce, mi bonsái.

—¿Un bonsái? —me pregunta perpleja—. ¿Un bonsái que se llama Bruce?

—Es un miembro de mi familia. Me ayuda a relajarme. Su poda es muy minuciosa y me ayuda a trabajar la precisión con las manos. Necesita mucha luz, nada de calor. Mientras le encuentro el lugar adecuado, te agradecería que lo respetases.

—Entonces, si quiero joderte, solo tengo que echarle el café calentito por encima…

—Si quieres joderme, jódeme a mí, él no tiene la culpa de nada.

—Relájate, nunca lo haría.

—Permíteme dudarlo.

—Haces bien.

—Y no le hables, es sensible a las personas que sueltan palabrotas.

—Tú, por si acaso, no lo pierdas de vista. Y ahora… si me disculpas, voy a intentar seguir haciendo lo que has interrumpido con tu grata y maravillosa visita.

—Entonces, ¿no te ha hecho ilusión?

Desaparece sin contestarme.

No es lo que tenía planeado. Mi intención era firmar la paz nada más entrar, pero no he podido. Tampoco me lo ha puesto fácil. Pero me alegro. Me he divertido mucho. No puedo negarlo. No sé qué tiene discutir con ella, pero me gusta.

Son casi las tres de la mañana.

Me siento un auténtico extraño en este lugar.

La casa me parece exageradamente grande y el dormitorio de mi padre se me antoja un rincón olvidado. Como si fuera un desván polvoriento.

No sé si podré dormir…

Igual la manta entreabierta que he visto nada más entrar, la que cubría parte de su cuerpo, impide que lo haga.

Igual esta absurda situación, esta que no tiene sentido y que no sé a dónde me va a llevar, tampoco me deja dormir.

Es un poco tarde para preguntármelo, pero… ¿Qué demonios hago en este lugar?

Puede que tenga un objetivo claro, pero en este momento me parece un auténtico sinsentido.

34

Eve

Es muy extraño

Primer día superado con… éxito, a pesar de no haber estado tan nerviosa como hoy en toda mi vida. Quizás afirmar eso sea algo exagerado, pero, al menos, en lo que respecta a mi profesión, nunca me había sentido tan insegura y con tanto miedo a meter la pata.

Sé que guarda relación con la clínica y con mi despido. Intuía que podía pasar, pero no lo confirmé hasta que atendimos a Ernest, el anciano que se rompió la muñeca, pero que sufrió un amago de infarto.

Espero que esa maldita sensación, una que jamás he tenido en toda mi carrera, desaparezca.

Afortunadamente, al menos hoy, me he ido relajando conforme pasaban las horas y, en parte, ha sido gracias a Maya, que en todo momento me ha animado y ha estado pendiente de mí.

—Relájate, Eve. Te necesitamos como médico, no como paciente. A este paso, si no te calmas, te vamos a tener que atender a ti —me ha dicho con esa particular dulzura que al parecer la caracteriza.

Mis compañeras me han causado una buena impresión, aunque el equipo es pequeño. Solo somos tres: Maya, Madeleine, una enfermera que está aquí todos los días, y otra que viene ocasionalmente cuando hace falta un refuerzo.

También me han gustado mis pacientes, aunque aún no los he atendido en solitario. Me han asignado algunos para dentro de unos días, cuando ya me haya adaptado al ritmo del centro. Algunos se han quejado porque esperaban seguir siendo atendidos por Maya, pero ella se ha encargado de tranquilizarlos, asegurándoles que estarán en buenas manos. La mayoría ha superado los setenta y cinco años hace tiempo… Tendré que armarme de paciencia.

Todo iría bien. Es lo que me repito una y otra vez.

Si no fuera por mi compañero de casa, mi hermanito: el arrogante cirujano…

¿Qué se traerá entre manos?

No me ha parecido que viniera en modo conciliador, al contrario, la ironía y esa arrogancia que le caracteriza estuvieron presentes todo el tiempo.

¿Qué cirujano se ausenta dos meses de su trabajo?

No, eso no ocurre en la vida real. A menos que tenga una lesión que se lo impida. El duelo por su padre… ¡No cuela!

No es que tenga nada en contra de los cirujanos, pero con todos los que he tratado he tenido que lidiar con su ego, del tamaño de dos galaxias. Y este no es una excepción, la forma en que me miró cuando le informé de mi especialidad, lo delató.

¡Dios! El mismísimo Dios.

La vida en mis manos. El destino bajo mi control…

No es que lo diga yo, es algo que se aprende en cuanto pones un pie en la facultad. El primer día. Hay una lista de chistes relacionados con ello que forman parte de la carrera. Sin ellos, no sería lo mismo. Son necesarios. Son preparatorios para que, si en un futuro, optas por otra especialidad, vayas preparándote para sentirte inferior delante de ellos.

Los habrá de otra especie, pero… yo aún no la he descubierto.

A mí eso debería importarme poco, no trabajo con él, pero su presencia sí me importa, y que

se ausente dos meses de su trabajo no encaja. A menos que mienta y no tenga trabajo, o tenga algún problema que desconozco.

Lo dudo…

Ha venido a poner en práctica alguna estrategia con la venta de la casa.

No sé cuál, pero estoy segura de que está relacionado con ello.

Querrá convencerme, provocar alguna situación que su abogado le haya aconsejado, buscar algún conflicto que le favorezca… Querrá hablar con los compradores, obtener algún acuerdo, aunque sea a largo plazo…

Algo trama.

Lo averiguaré antes o después, pero algo me dice que su presencia me va a complicar la vida.

Puede que Madison me cuente algo… Quizás ella lo sepa.

Ayer lo hubiera asesinado lentamente en varios momentos, pero… Joder, es que me lo pone difícil. No por su carácter, que me enerva, sino por ese físico imponente que tanto me hace reaccionar.

Es que es guapo a rabiar…

Y atractivo…

Y gilipollas.

Esto último es lo que debo tener presente, pero me va a costar.

Ya me había hecho a la idea de estar sola. Mis planes consistían en permanecer unos meses en la casa hasta que me marche a Nueva York de nuevo.

Disfrutarla.

Cero gastos.

Ahorro.

Volver a ejercer.

Perder los miedos que adquirí con la maldita clínica y el despido.

Y… después vender la casa y respirar económicamente.

No son malos planes, puede que algo egoístas por no tenerlo en cuenta a él, pero tampoco le pido que me entregue la luna.

Que se espere. Ahora quiero solo pensar en mí y no voy a ceder en nada.

Madison me repitió que la casa se podría vender a un gran precio al menos antes de que pase un año.

Suficiente.

Y si quiere emprender acciones legales, que lo haga. El proceso no es rápido y cubrirá de sobra el tiempo que necesito.

¡Que le den!

Tengo que pensar en lo que necesito yo, aunque solo sea por una vez.

Estoy jodida y necesito algo de luz.

35

Kyle

Todo planeado

Si al menos me hubiera quedado en casa, en vez de haber salido a intentar combatir mi aburrimiento, ahora mismo no me sentiría como un estúpido al que han tomado el pelo.

Claro que, antes o después, me habría enterado, pero, al menos hoy, mi primer día aquí, me habría gustado que fuera más tranquilo.

Me he encontrado con Harold. Era uno de los cinco clientes que se encontraba en una de las tres cafeterías de Saxonburg; al parecer, he elegido la menos concurrida.

Él ha sido el que me ha contado que Eve está trabajando en el centro médico, con la doctora no sé qué, y que hoy era su primer día. Y… lo mejor de todo. Harold estaba emocionado de que Eve vaya a pasar aquí los próximos seis meses.

Sí, eso he dicho.

Seis meses nada más y nada menos.

Por suerte, Harold, que parece vivir constantemente en otra galaxia, no se ha dado cuenta de mi perplejidad, lo que ha servido para que también me cuente que esa contratación tiene su origen en Eleaine, su madre.

Eso no lo he comprendido. No consigo ver la relación que puede tener. Me habría gustado indagar más en el tema, pero Harold no es la persona más adecuada para ello. Lo he intentado, no lo voy a negar, pero es difícil comunicarse con él. Cuando se cansa de un tema, lo cambia de forma drástica, o se evade un rato en sus mundos, como si estuviera en trance. O… le viene un ataque de nostalgia y sale mi padre a relucir. Lo poco que lo he tratado siempre ha seguido ese esquema.

Mi esperanza de ampliar la información se ha dirigido a Madison, a quien he visitado, previo acuerdo telefónico, con la excusa de que me entregue el otro juego de llaves, pero apenas hemos intercambiado cuatro frases debido a que le estaba esperando un cliente.

No sé mucho más de lo que me ha contado Harold, pero es suficiente para darme cuenta de lo que Eve pretende.

Ahora me explico por qué no la he visto en toda la mañana ni en parte de la tarde. Cuando me he despertado, ya no estaba.

Vive aquí…

Trabaja aquí…

Seis meses…

¡Eso es una puta locura!

¿Y Madison? Parecía una mujer sensata. ¿Qué opina ella? ¿Por qué nadie ha mencionado ese detallito nunca?

¡Dios! Qué día más largo.

No solo por no tener nada que hacer, algo que debo plantearme cuanto antes e intentar buscar una solución, sino por todo lo que he descubierto.

¿Qué he hecho en todo el día?

Darle mil vueltas al tema y sacar todo tipo de conclusiones.

En definitiva, mi querida compañera de casa, me ha tomado el pelo.

Por tercera vez, paseo por el jardín. Empieza a refrescar. Es hora de volver al interior de la casa y matarme un poco más de aburrimiento. Si al menos pudiera utilizar la piscina, pero hasta dentro de unos días no vendrán a ponerla a punto. Al parecer, el matrimonio Bauer tenía contratado el mantenimiento.

Enciendo la chimenea, la única fuente de calor que tiene el salón. La calefacción solo cubre el resto de la casa. Harold me ha dicho que mi padre y Eleaine preferían que esta estancia en concreto se caldeara solo de forma natural, sin ayuda tecnológica. Una de las muchas «rarezas» de los dueños de este lugar; de los antiguos dueños.

Me siento frente a la única fuente de calor del salón, intentando combatir el frío que se me ha calado en el cuerpo después del paseo por el jardín. Me acomodo en el sillón de mi padre y cuando escucho el sonido de la puerta, me apodero de una de las muchas revistas que hay por toda la casa, todas ellas científicas, claro está, y finjo leerla.

Quiero que ella me encuentre en un ambiente tranquilo y sosegado, aunque presiento que la conversación no lo va a ser.

Mi intención es la misma con la que llegué, que haya paz, pero me va a costar contenerme después de lo que he descubierto.

Entra como un huracán. Se oyen unas llaves golpeando en alguna parte, seguido de un sonido que no logro identificar, y luego la veo cruzar el salón a toda prisa. De camino, lanza su bolso y su abrigo sobre uno de los pequeños sofás en una esquina.

Además de los sillones junto a la chimenea, en el salón hay dos sofás pequeños más, orientados hacia las ventanas. Al igual que los sillones, tienen cojines con los nombres de nuestros padres incrustados, aunque en este caso son más discretos.

—¿Sabes leer al revés? —la escucho decir mientras se aleja.

Cuando me doy cuenta de que es así como está la revista que sostengo, me sonrojo.

¡Menudo idiota estoy hecho! Y menuda vista tiene…

¿Dónde ha ido? No sé si es habitual en ella entrar de esa forma, pero sospecho que debe tener alguna urgencia por llegar lo antes posible al baño.

Aparece un par de minutos después.

—Hola —me dice sin bajar la guardia. Lo noto en su ceja derecha, siempre alerta.

—Hola. ¿Qué tal tu día? —le pregunto sin poder esperar más.

—Bien, gracias.

Desaparece en dirección a la cocina y vuelve con un refresco en la mano.

—Joder, qué frío —dice en voz alta mientras se acerca a la chimenea.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —le digo casi en un murmullo.

No parece sorprendida por mi pregunta, al menos no muestra ningún gesto.

—¿Planeado? ¿De qué estás hablando?

—De ese trabajo, ¿de qué va a ser?

—Sigo sin entenderte. Seguro que puedes hacerlo mejor…

—Vamos, Eve, deja las ironías y deja de tomarme el pelo. Sé que has empezado a trabajar en el centro médico y, por vueltas que le doy, solo puedo llegar a la misma conclusión: que formaba parte de unos planes que tenías desde hace tiempo y que me has tomado el pelo. ¿Pensabas que no lo iba a averiguar?

Se levanta algo alterada y yo me levanto de la misma manera. Ambos estamos uno frente al otro. Está claro que se avecina un enfrentamiento.

—No tenía intenciones de ocultarlo…

—Se supone que estabas aquí conectando con la casa…

—Se supone… Y es lo que estoy haciendo.

—¿Y qué sentido tiene que trabajes en Saxonburg? ¿Es que no tienes un trabajo en Nueva York? Dijiste que estabas de vacaciones, ¿recuerdas?

—Que yo trabaje en ese centro no cambia nada de lo que hablamos. Te dije que quería permanecer un tiempo aquí y es lo que estoy haciendo. Trabajando estoy más entretenida.

—Sí que cambia. Me has mentido. Tenías tus planes bien estudiados, es evidente. No sé de qué forma ni cómo, pero está claro que los tenías. Incluso me he enterado de que tu madre tenía algo que ver con ese contrato. Teniendo en cuenta que hace más de dos meses que ya no está…

—Podría decirte muchas cosas, pero creo que la más acertada es que te metas en tus asuntos.

—Este es asunto mío. Has pasado de tener vacaciones y querer disfrutar de la casa o conectar con ella, como quieras llamarlo, a instalarte en este lugar con trabajo incluido. Mientras, yo tengo que esperar para que aceptes venderla. Algo no encaja. Esos planes no se hacen en dos minutos.

No se ha pronunciado, ni siquiera ha intentado interrumpirme. Se ha cruzado de brazos como si estuviera esperando a que terminara. Y es lo que hago.

—Si esos son tus planes —continúo diciéndole—, cómprate otra casa con la parte que te corresponda de la venta o alquílala o haz lo que quieras. He intentado comprenderte, acercarme a ti, pero ya veo que solo hay mentiras y egoísmo. Y me parece muy injusto porque… tu madre y mi madre fueron felices, se querían. Es una pena que nosotros tengamos esta mierda de relación por culpa de tus mentiras y tu egoísmo. Ni siquiera has pensado en ello, ¿verdad? Creo que me merezco un poco de sinceridad, un poco de verdad.

Me he desahogado. Ya sabía yo que iba a ser imposible contenerme.

Me mira con un rostro congelado, da un paso hacia mí.

—Ahora me toca a mí decirte lo que pienso, hermanito.

36

Eve

Que quede claro

—Llegué aquí —le empiezo a decir con toda la calma que soy capaz, que no es mucha— y, como era de esperar, no me sentía bien. Mi madre había muerto: esa era la noticia. Acudí a ese funeral y en todo momento me sentí fuera de lugar, rodeada de personas desconocidas que hablaban de ella como una persona maravillosa entregada a su ciencia, a su comunidad y a sus amigos.

»Ni siquiera me nombraron… y a ti tampoco. Estábamos en las mismas condiciones. Podíamos entendernos y apoyarnos en ese momento. Ya sé que no nos conocíamos, que no nos unía nada. En los diez años que estuvieron casados, tú y yo no nos vimos nunca las caras, pero sentía que en ese momento algo teníamos en común porque parecías tan perdido e incómodo como yo. Y lo único que me encontré fue a un tío borde, frío, seco, que solo abría la boca para ser desagradable. Yo sí lo intenté, Kyle, yo sí, pero tu respuesta siempre era la misma.

Hago una pausa en cuanto veo que se deja caer en el sillón. Yo permanezco de pie. Siempre he creído en esa diferencia de alturas a la hora de hablar con alguien.

Sigue en silencio.

—La única vez que construiste una frase más larga de tres palabras fue para hablar de la venta de la casa —continúo—. Te largaste sin despedirte ni siquiera y vuelves días después con esa sonrisa falsa, dos maletas y un puto bonsái a «descansar» una larga temporada porque tienes permiso por el duelo de… tu pérdida.

»Y tienes la cara de decirme que yo soy la culpable de que no tengamos una relación buena, en honor a esa gran historia de amor que tuvieron nuestros padres. Y me hablas de tenerlo todo planeado y de estrategias…

»¿Tú de qué vas? A ti nuestra relación y la historia de nuestros padres te importa una mierda. Tú me acusas de tener planes, pero tú también los tienes. Si hubiera firmado la venta el primer día, no estarías aquí, ni con duelo, ni con permiso, ni con nada en absoluto. Y el homenaje a nuestros padres y nuestra relación te serían indiferentes.

»Y si tanto te preocupa nuestra relación, deberías haberte mostrado algo más cercano o amable el fin de semana del funeral. ¿A qué venía ser tan borde? ¿Tanto te afectó descubrir que era la misma con la que follaste en aquel motel? ¿O es que follaste conmigo porque ya sabías que era la hija de Eleaine? Yo también podría acusarte de tener planes y podría inventarme cualquier gilipollez. ¿O es que creías que a raíz de aquello debías mantener las distancias? ¿Qué pensabas, eminencia? ¿Que te iba a perseguir, que te iba a pedir una nueva cita en el motel, que te iba a decir que desde aquel día suspiraba por ti día y noche?

»No entendí tu actitud y me sentí completamente sola y fuera de lugar. Sigo sin entenderla, pero, francamente, a estas alturas ya me importa una mierda. Si estoy trabajando en el centro es porque tengo mis motivos. Aquí no hay ningún plan previo ni ninguna estrategia. Mi madre está detrás de todo eso simplemente porque conocía muy bien a Maya, la doctora del centro: eran amigas. Y en lo único que te voy a dar la razón es en que puede parecer egoísta mi actitud, pero… sinceramente, me da igual. Quiero permitirme serlo porque lo necesito ser.

»No te he pedido que me regales la casa ni que esperes eternamente, solo que esperes un tiempo. Si lo necesitas con urgencia, pues lo siento por ti, pero como te he dicho, esta vez, por

primera vez en mi vida, solo voy a pensar en mí. Si no te parece bien, recurre a la justicia. Seguro que te da la razón y me obliga a venderla o a comprar tu parte. ¡Adelante! Y si tienes prisa… pues te jodes. Toca esperar.

»¿Quieres que te aclare algo más o prefieres seguir con ese discursito de hermanito ofendido preocupado por tener una buena relación conmigo y ofendido porque yo parezco ser la mala del cuento, la interesada y la estratega?

Guarda silencio. Está acomodado en el sillón como si todo le importara bien poco. No ha dejado de mirarme fijamente, pero esta vez observo un brillo que no sé interpretar. No sé si es odio, si es aburrimiento o si está emocionado.

—No, no quiero que me aclares nada más, no podría soportarlo. Si lo que querías era torturarme, lo has conseguido. No podrás decir que no he sido paciente y educado. Llevas media hora hablando y no he abierto la boca. Dame un respiro…

—Que te den —le digo antes de salir del salón.

Tengo el corazón tan acelerado que me va a costar recuperar el ritmo.

No sé por qué he sido tan estúpida de decirle todo lo que le he dicho.

Estoy dolida, alterada, triste y sobre todo asqueada por sentir que esa maldita sensación de inseguridad vuelve a envolverme.

Su manera de acusarme de mentirosa y de egoísta y su discurso moral sobre nuestros padres han hecho que pierda los nervios…

Por un momento, me he sentido como aquel día…

Me ha recordado a él…

A Caleb.

Me he sentido pequeña, muy pequeña, y eso me ha hecho daño.

37

Kyle

Que la naturaleza siga su curso

Tengo que estar muy desesperado para recurrir a Harold. He aceptado su propuesta de visitar algunos rincones de Saxonburg teniéndolo a él como guía, y de cenar con él en el que él considera el mejor restaurante del pueblo.

Sin duda, es bueno, eso no puedo rebatírselo.

Cualquier cosa era mejor que estar solo en la casa o pasear en solitario. Ni siquiera he llenado el frigorífico… Ya lo haré cuando me sienta con más ánimos. De momento, los restaurantes y cafeterías del pueblo están cubriendo mis necesidades.

La charla durante la cena ha sido productiva. Cuando me he querido dar cuenta, he acabado por desahogarme con él. Sí, eso he hecho: contarle a Harold lo que me preocupa, lo que me escuece, lo que me tiene con los nervios y los ánimos a flor de piel.

Por supuesto, lo he maquillado un poco. No siempre se puede contar todo lo que a uno le cruza por la cabeza, menos a una persona desconocida. Pero es que este hombre, que casi me dobla la edad, que parece vivir en otro mundo eternamente, me sienta bien. No sé si es su calma o qué es. Muchas veces, me desespera. Sus pausas y sus giros en las conversaciones hacen que apriete los puños, exhale aire y cuente hasta diez, pero siento como si lo conociera desde hace mil años y fuera mi confidente. Siento un vínculo con él, a pesar de conocerlo tan poco.

Le he hablado de ella, ¿cómo no?

De Eve…

De mi frustración por su decisión de no querer vender la casa todavía, pero la respuesta de mi nuevo amigo, lejos de consolarme, me ha frustrado más.

—Cuando decidáis hacerlo, tendréis varias ofertas, no te preocupes. Si la ponéis en venta dentro de medio año o un año, te garantizo que la venderéis. Yo mismo os podré hacer de intermediario.

¿Medio año? ¿Un año? No, yo no puedo esperar tanto. ¿Son esos los planes de Eve? ¿Por qué ha mencionado un año? Cada vez se alarga más. Ella no ha precisado, lo único que dijo fue «un tiempo» o «unos meses»… ¿Sabrá Harold algo que yo no sé?

«Cuando decidáis venderla…»

Pero si yo ya la lo he decidido, la que falta es ella. ¿Es que no ha entendido nada?

A estas horas, sigo sin tener respuesta. Aunque lo he intentado, no me ha servido de nada. Ni siquiera sé por qué trabaja en ese centro médico.

Es que no sé nada…

Nada de nada.

Maldita palabra: es la que resume todo lo que rodea en este momento.

Y… en cuanto a mi desahogo con Harold, no se ha quedado ahí. No solo le he hablado de la casa, sino de la mala relación que tengo con ella, algo que no ha parecido sorprenderle. Claro que, nunca se sabe qué le sorprende y qué no. Harold muestra siempre la misma expresión, ya esté contando un chiste, una batalla del pasado, una tragedia o una anécdota. Su rostro está congelado. Por suerte, sus labios siempre parecen estar curvados en una sonrisa, lo que le confiere un aire cercano y entrañable.

Le he contado mi excedencia de dos meses, aunque no por los motivos reales, sino por estrés

y descanso. Le he hablado de las intenciones con las que he llegado a Saxonburg de tener un acercamiento, de mi esfuerzo por hacerlo y de mis «meteduras de pata», porque soy consciente de que las ha habido.

—Kyle, muchacho, la única manera de triunfar es actuar como actúa la naturaleza. Tienes que dejar que todo fluya siguiendo un curso, sin imponerlo ni forzarlo. Todo se regenera y se cura, pero hay que dejar que todo siga su curso natural.

El discurso ha sido interesante, pero he esperado con paciencia cuál era la moraleja de todo ello. Por un momento, he pensado que no iba a pasar de ahí y me he desesperado. Si bien, Harold me ha ayudado a desahogarme, también es verdad que esperaba algo más que una comparativa con el transcurso de la naturaleza. Al final, ha compartido conmigo esa «moraleja», pero he tenido que pedírselo de forma directa.

—¿Dónde quieres llegar?

—Sé tú mismo, Kyle. No fuerces ninguna situación ni seas nadie que no eres. Debes dejar que Eve te conozca por quién eres, tanto si eres una gran persona como si eres un cretino.

—No soy un cretino, Harold —me he defendido, ofendido como si fuera un crío al que han insultado.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Sé tú mismo. Ten paciencia y deja que todo fluya, que siga su curso. Si quieres desviar el curso de un río, podrás hacerlo, pero antes o después volverá a su curso natural, solo que lo hará arrasando con todo lo que encuentre a su paso.

Ha sido una bonita comparativa, pero me pregunto de qué forma tengo que dejar que las cosas fluyan con Eve. ¿Dejando que haga lo que le dé la gana con la casa? Claro. Debo esperar a que la señorita tome una decisión. Si interfiero en ella, estoy forzando las cosas. Si intento mostrarme amable, estoy forzando las cosas, si discuto con ella y le digo lo que pienso, empeoro las cosas y la señorita se enrabia más y me coge más tirria.

Estoy aquí sentado, en el borde de mi cama. No la he visto en todo el día, no la he visto desde que ayer se retirara después de la discusión. Hoy es sábado. ¿También trabaja? Tenía la esperanza de que hoy pudiéramos hablar con más tranquilidad, pero, al parecer, su horario de trabajo es bastante amplio.

Apenas he dormido y lo más interesante del día ha sido hablar con Harold. Y ni siquiera he acabado de entenderlo.

Estoy desesperado. Me estoy planteando marcharme a Nueva York.

En parte, me siento frustrado. Quiero hablar con ella, explicarle por qué me comporté de ese modo cuando nos encontramos en el funeral, pero no puedo.

En ese sentido no puede fluir el curso del río, aunque quisiera.

No puedo indagar en ese tema. Axel tenía razón. No puedo abrir esa puerta porque podría perjudicarme.

No puedo mencionar el dichoso tema del accidente y de su odiosa amiga.

El caso es que lo necesito y confieso que me ha atormentado durante todo el día. A pesar de mi respuesta, la que le di tras su discurso, estaba realmente hundido y afectado. Me partió en dos cuando me dijo que se había sentido de tan sola. No debería importarme, pero es que yo no soy así…

Quizás eso es lo que quería decirme Harold.

Quizás ese sea el sentido de todo lo que me ha dicho con sus comparaciones respecto a la naturaleza.

Quizás sea la clave.

Quizás deba ser yo mismo, y cuando estoy con ella no lo soy.

Quizás deba ser sincero y que todo fluya, como afirma Harold.

Quizás si le cuento por qué estaba tan distante con ella, pueda entenderme y pueda rebajar la puta tensión que se respira en esta casa.

Quizás valga la pena, aunque me la juegue.

Sé que ha llegado hace rato y que debe estar en el salón.

Voy a intentarlo.

«Que el río fluya», me digo tragando saliva.

38

Eve

¿Esto lo estoy viviendo yo?

¿Es normal que un salón tan grande solo se caliente con una chimenea? Una casa que es prácticamente de diseño, con todas las comodidades…

Claro que, no sé por qué me quejo, el problema no es la chimenea, es mi compañero. Si él no estuviera en esta casa, poco me importaría refugiarme delante del fuego, de hecho, es lo que más me gusta. Pero no me relaja la idea de que pueda aparecer en cualquier momento. Hay otras estancias en la casa, y están calientes, pero, esas precisamente, son las que evito: hay tantas huellas de mi madre. Eso me obliga a pensar en lo que no quiero pensar y en lo que no quiero sentir, por eso no deambulo demasiado por ellas. De hecho, ni quiera entro.

El salón, aparte de los cojines con sus nombres, los sofás y algunos objetos decorativos algo extraños, parece el lugar más neutral.

Ya me enfrentaré a las otras estancias, pero para ello necesito un poco más de tiempo y calma. La misma que el energúmeno de mi compañero no me va a permitir tener.

Es un gilipollas. Guapo a rabiar, no puedo negarlo, pero gilipollas, al fin y al cabo.

Me pone nerviosa, hace que mi cuerpo reaccione cuando está delante y que mi mente explote. Lo tiene todo el chico. Es completo.

Presiento que aparecerá en cualquier momento y que acabará con este momento de calma y de calor.

Hoy ha sido un buen día. Maya ha sido muy amable en dedicarme el tiempo de un sábado para ponerme al día con muchos historiales y con el funcionamiento del centro. Ha sido una excepción que he aprovechado al máximo. Y la habría aprovechado más si no hubiera estado acompañada del mal sabor que sentía por culpa del enfrentamiento que tuve con mi amigo el cirujano ayer por la noche. Pero he conseguido dejarlo a un lado por momentos.

Ahora, aquí, en casa, es más difícil no pensar en ello. Mucho menos cuando escucho sus pasos.

Se acerca lentamente y ocupa el sillón contiguo, el de James. Ha entrado en silencio y así permanecemos unos minutos, como si no nos hubiéramos dado cuenta de la presencia del otro.

Estoy terminando de comerme una manzana y finjo estar interesadísima en ella, hasta la miro y le doy vueltas, como si fuera un alimento que acabo de descubrir.

Me pregunto de qué se alimenta él y cuándo lo hace. Su frigorífico está vacío.

—¿Recuerdas cuando te pregunté si trabajabas en el Presbyterian?

—Ajá —le digo, mostrándole todo el interés que tengo en hablar con él.

—Yo trabajo allí, me he formado allí y he realizado allí el programa de especialización.

—Me alegro, es un buen hospital —le digo con el mismo interés que podría tener si me hablara de cómo sacarles brillo a los objetos de plata.

—Resulta…

—No me interesa hablar de tu trayectoria profesional, si es eso lo que pretendes, eminencia. Seguro que es brillante, que eres un referente en tu campo y que tienes un futuro prometedor, pero me interesa más el silencio, el calorcito de esta chimenea y mi manzana.

—No es eso lo que pretendo. Nunca osaría interrumpir ese momento estelar para hablarte de mi carrera.

—¡Ah! Pues sigue, pero sé breve.

—Me lo estás poniendo difícil, Eve… Quiero contarte algo.

Lo miro. Podría contestarle de mil maneras a esa acusación, pero es la primera vez que no veo esa arrogancia característica de él, sino algo diferente.

—Adelante… Te lo pondrá más fácil. Te escucho, que es lo único que te puedo ofrecer. Pero a la mínima gilipollez…

—Hace dos semanas —empieza a decir con mucha calma y seriedad—, acudí al hospital, pero no para trabajar. Un amigo, un gran amigo, me llamó para comunicarme que su hermano había sufrido un accidente y estaba muy grave.

Lo miro algo confundida. ¿Por qué me cuenta eso? Creo que ya me dijo algo parecido cuando me contó que me había visto en el hospital.

—Murió —me suelta—. Tenía poco más de diecinueve años.

—Vaya, lo siento. Una tragedia, sin duda —le digo algo contrariada, aunque con un tono suave, dada la naturaleza de la noticia.

¿Por qué me cuenta eso? ¿Quiere darme pena? Es algo triste, pero no tenemos una relación como para contarnos las tristezas de nuestras vidas. Si yo le contara las mías…

—Una conductora, borracha, detuvo su coche en medio de una avenida, abrió la puerta y el chico chocó con ella y salió volando hasta estrellarse contra el suelo. Conducía una moto…

La manzana se me cae al suelo. Rueda unos pocos centímetros y yo la observo inmóvil, con la boca abierta.

¿Me está hablando de…?

Lo miro a los ojos. El brillo que veo en ellos me confunde. ¿Emoción, rabia?

Me está hablando de Kimberly, del chico que murió.

Me acaba de decir que era su amigo. ¿O ha dicho que era el hermano de su amigo?

No puedo haberlo interpretado mal.

—Un momento. ¿Te refieres a…? Ese accidente que has descrito… Estás hablando de…

—Me refiero a tu amiga. Eso es lo que descubrí cuando te dije que te había visto en el hospital.

—¿Qué…?

—Te vi salir de su habitación. Me sorprendió. No tardé en reconocerte… Como ya sabes, nos conocíamos de antes…

—Y… ¿Dónde quieres llegar? —le pregunto con la mente casi colapsada. ¿De verdad me está contando esto? ¿Es real? ¿Cómo puede ser que su amigo fuera el chico que…?

—Averigüé que eras amiga de la paciente. Cuando te vi salir de la habitación, escuché a un hombre que te gritaba que tú tenías la culpa de todo lo que le había pasado a su hija…

—¿Tú eras el médico de Kimberly?

—No, en absoluto. Ya te he dicho que este tema me afecta por ser amigo del hermano del chico que murió. Cuando te vi estaba trabajando, eso sí, pero no hay ninguna relación directa.

Me levanto lentamente y paseo alrededor del sillón. Me siento tan confundida que no sé ni qué debo decirle.

Las imágenes del hospital, de Kimberly acusándome de todo aquello, de su padre gritándome…

Y él lo presenció todo. Y él es amigo del pobre chico que murió…

No puedo culparme si no soy capaz de procesar todo esto. Es demasiado para mí.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? No sabía que tú y ese chico estabais relacionados. Yo no sabía… Yo… ¿Qué quieres decirme? —Estoy alterada y él lo percibe. Cierra los ojos y se levanta. Se acerca a mí, pero se detiene a un metro.

—Ayer me acusaste de haber sido frío contigo, de haber sido borde. Tenía un motivo para ello, Eve. Cuando te vi en el hospital, me impactó que fueras la misma persona con la que… había pasado una noche. Y también me confundía tanta casualidad. Pero cuando te vi en el funeral, cuando descubrí que eras la hija de Eleaine… no entendía nada. Estaba incómodo, estaba molesto contigo. Te veía saliendo de esa habitación, me acordaba de él, de cómo su vida se interrumpió por culpa de tu amiga… Era una bomba que me estallaba en la cabeza una y otra vez.

—¿Esa es la explicación que me das para justificar tu actitud?

—No pretendo justificarlo, no es el sentido que quiero darle a esta conversación. Solo quiero que sepas que no soy de hielo, que mantuve esas distancias porque estaba confundido.

—¿Y ahora no lo estás? ¿Ahora ya no me relacionas con la muerte de tu amigo? ¿Ahora ya entiendes que hay casualidades que existen, por mucho que nos cueste entenderlas? ¿O es que todavía me tienes que contar una trama de conspiración en la que soy la protagonista?

—Estaba muy dolido y tú eres amiga de esa… mujer, de la que tuvo la gran idea de conducir borracha y detenerse en medio de York Avenue… Era mi forma de reaccionar ante algo que desconocía. No tenía nada en contra de ti, al menos hasta ese momento. Sabía que Eleaine tenía una hija y que ibas a estar en el funeral, me lo dijo Madison. Pero el impacto de descubrir que eras tú…

—Han pasado dos semanas de ese accidente y nos hemos visto muchas veces. Podías habérmelo dicho en cualquier momento. Me preguntaste si trabajaba en ese hospital, fuiste indagando para ver qué te respondía, ¿cierto?

—Es que el tema era delicado para plantearlo directamente.

—¿Y ahora no?

—Ahora he decidido contártelo. Me acusaste de ser insensible y no quiero que te lleves esa imagen de mí, quería explicarte los motivos.

—Pues sigo sin entenderlo… ¿Alguien te dijo que yo conducía ese coche?

—No se trata de eso…

—¿No? Entonces es que alguien te dijo que yo era la copiloto, o que yo le pedí que se detuviera en la avenida, o que yo la emborraché…

—No, Eve, no es eso, pero…

—Pero ¿qué? —le interrumpo indignada. Que me relacione con ello y que no me lo haya contado hasta sentirse obligado me parece detestable.

—Estaba muy afectado por ese tema y que tú formaras parte de él me afectó.

—¿Formar parte de él? ¿Por ser amiga de Kimberly? ¿Es que yo soy responsable de lo que ella hizo?

—¿No puedes entender que me afectara? No me apetecía entablar una conversación ni ser cordial con la amiga de la mujer que mató a mi amigo.

—¿Y ahora sí te apetece? ¿Ahora sí consideras que es el momento de contármelo?

—Sí, ahora sí, quería aclararte esa actitud que me echaste en cara.

—¿Y qué pretendes con ello?

—Que comprendas la situación y dejes de verme como a un borde insensible.

—¿Qué tengo que comprender? Si ahora estás aquí justificándote es porque tienes un interés…

—No es cierto, joder —me interrumpe mientras golpea el brazo del sillón—. Estoy intentando que tengamos una relación mejor, por eso te he contado esto. No se trata de que fueras su amiga es que me afectó escuchar a ese hombre, a su padre, culpándote de todo…

—Su padre me culpó de todo, pero parece que tú también.

—Me sorprendió, Eve. Cuando te veía, solo me venía a la cabeza su muerte…

No puedo con esto. Debe ser que no estoy preparada para discutir sobre este tema, uno que me afecta más de lo que imaginaba.

—¿Por qué te culpaba? —me sorprende preguntándome.

—Escúchame bien. Siento mucho lo que le pasó a tu amigo, a mí también me parece una tragedia que perdiera la vida. Pero no esperes que yo te hable de este tema. Si el padre de Kimberly me culpó de todo, no es asunto tuyo. Ni tengo intenciones de contártelo ni te importa.

—Sí que me importa. Todo lo que tenga que ver con ese tema, me importa.

Le importa…

Claro. Su amigo tiene un proceso judicial muy largo contra Kimberly. Todo lo que pueda sonsacarme puede ser beneficioso para su amigo, que supongo habrá denunciado los hechos a nivel particular también. Es algo que he visto muchas veces en el hospital. Hasta tuve que acudir como testigo a algún juicio en calidad de médico en un caso parecido: un atropello de un anciano.

—Todo lo que necesites averiguar, tendrás que hacerlo por otro medio. Igual que averiguaste que soy amiga de la conductora, tendrás que averiguar el resto.

Estoy alterada, el corazón me late muy deprisa y él… parece resignado, derrotado…

—Espera… —me dice en cuanto ve mis intenciones de marcharme.

Pero no lo hago.

Necesito aire fresco, no puedo seguir encerrada aquí.

Recojo mi abrigo y salgo de la casa.

Hace un frío de mil demonios, pero cualquier opción es mejor que seguir a su lado. Me va a estallar la cabeza. Solo me faltaba un nuevo elemento que añadirle al, ya de por sí, caos que me envuelve.

39

Kyle

Las malas ideas

—No fue buena idea, Kyle —me ha dicho Axel por tercera vez—. No deberías haberle hablado de la muerte de Zephyr. Si ella no lo ha hecho, es porque no te relaciona con ese asunto o porque no tiene interés.

Sabía que me diría algo así, pero necesitaba desahogarme. Llevo todo el día dándole vueltas y ya no podía seguir guardándolo para mí.

—No le hablé del enfrentamiento que tuve con su amiga, no lo enfoqué de ese modo —le he informado en un intento fallido de convencerme de que no era grave.

—Pero ella le puede contar a su amiga lo que habéis hablado, que para eso son amigas. Pueden atar cabos de mil maneras y descubrir que tú eres el médico que la increpó… ¡Qué sé yo! Supongo que su amiga conoce tu nombre… Si su padre quería denunciarte, lo primero que debió aprenderse es tu nombre. No sé cómo exactamente, Kyle, pero eso se puede complicar. Por eso deberías haberte callado y no entrar en ese tema.

Con esas palabras, ha conseguido que se me aflojaran las piernas y sigo sintiéndolas así, una hora después de colgarle. No es que Axel me haya descubierto nada nuevo, pero cuando decidí hacerlo no lo pensé detenidamente.

Axel tiene razón. No he conseguido un acercamiento con ella, que era mi objetivo. Podría tener problemas en mi trabajo… Si Sienna se enterara, me degollaría en el sótano de su casa. Las dos veces que me ha llamado para preguntarme cómo me encontraba y para ponerme al corriente de algún «desastre» suculento del hospital, me ha vuelto a recordar que estoy descansando por ser un «bocazas».

Me arrepiento tanto…

Lo he fastidiado todo. A estas alturas ya debe estar contándole a su amiga todo lo que ha hablado conmigo.

Le dirá que «su hermanito» es amigo del chico que murió. Y le dirá que soy médico y que trabajo allí, y le preguntará mi nombre y… ¡Estoy perdido! Seguro que a estas alturas las dos ya han llegado a la conclusión de que yo soy aquel médico que la increpó, el que su padre quería denunciar. Y eso… podría perjudicarme: sería como involucrarme una segunda vez.

Claro que… ¿Por qué Eve no lo ha mencionado? ¿No lo sabe? ¿Sabe que su amiga tuvo problemas con un médico y su padre puso una reclamación?

Esto es un puto lío de lo más estúpido.

¡Dios mío! No puedo seguir torturándome así. No debí sacar el maldito tema, pero ahora ya no puedo hacer nada.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué creí que eso nos acercaría?

Esa mujer es de hielo, no sé cómo me acusa a mí de serlo. Podría haberse intentado poner en mi lugar. ¿Cómo habría reaccionado ella?

En este momento, todo me parece negro, gris, oscuro… Una vez más, me pregunto qué coño hago aquí y qué narices estoy haciendo, intentando acercarme a ella.

La casa…

La venta.

La puta deuda de Gabriel…

Por suerte, Axel hoy no me lo ha recordado. Para eso ya está el banco, que no tardará en hacerlo. Se aproxima la fecha y no tengo cómo cubrir ese maldito pago.

Y no tengo forma de entretenerme. El aburrimiento sigue en aumento…

¿Qué voy a conseguir estando aquí? Si ni siquiera veo a Eve más de unos minutos…

Hoy es domingo y no la he visto en todo el día. Son casi las seis de la tarde y no ha regresado de donde quiera que haya pasado el día. ¿Seguirá trabajando? Si es así, no lo está haciendo a puerta abierta. He pasado varias veces por delante del centro y, como era de esperar, estaba cerrado.

He hablado con Madison. Se ha interesado en saber cómo me encontraba y me ha recriminado que no la haya visitado en estos días. Me ha invitado a cenar en su casa el martes, dentro de dos días. He aceptado, no me ha quedado otra opción. Pero lo he hecho a ciegas; no me he atrevido a preguntarle si yo era el único invitado.

Tengo que salir de casa…

Y lo hago.

Dos horas después, regreso. He cenado en un restaurante del centro de Saxonburg, el único restaurante que los domingos permanece abierto, además de ofrecer una buena cocina.

Descubro, para mi alivio, que el coche de Eve está aparcado. Como siempre, en cualquier parte.

Entro sigilosamente en la casa y no escucho nada que me permita localizar dónde está.

Me acerco a su dormitorio, pego la oreja en la puerta y el sonido del agua de la ducha desvela su paradero.

No sé si son imaginaciones mías, pero su voz empieza a escucharse de una forma… chirriante, desordenada. Es como si siguiera con mucho esfuerzo algún acorde.

Pego la oreja más fuerte, casi podría atravesar la puerta.

Se oye una música de fondo.

Está cantando, por llamarlo de algún modo.

Solo una hora después, yo también estoy completamente listo, después de una larga ducha, para hacer lo más emocionante que hay en esta casa: sentarme frente a la chimenea. Podría acudir a la sala de lectura, ver la televisión o alguna cosa más, pero ninguna me seduce. Sé que este es el único lugar donde coincidimos y pretendo que sea así.

Sigo esforzándome, aún no me he rendido.

Cuando estoy a punto de perder la esperanza, aparece en el salón.

Va vestida de una forma distinta a la que la he visto en otras ocasiones, algo más informal.

Me fijo en su recogido, que esta vez parece haber recibido más mimos y más tiempo, y en sus pantalones holgados. Aunque lo que más me llama la atención es su camiseta entallada y su ¿bufanda?

No es que sea una prenda muy acorde a su indumentaria, pero diría que le queda estupendamente.

Está guapa, joder, muy guapa y muy atractiva. Y mi cuerpo, como siempre, reacciona.

Y huele a limón…

Se sienta a mi lado, como es habitual. Abraza un cojín en silencio y me devuelve la mirada.

—¡Hola! —le susurro.

—Pasé aquella noche con Kimberly, en su casa. La noche del accidente. Ella… bebió.

Hace una pausa y coge aire. No me atrevo a interrumpirla, casi estoy a punto de levantarme y dar saltos de alegría cuando veo que está dispuesta a hablar del tema en un tono tan

conciliador.

—Cuando me marché de su casa, ella… estaba acostada. Yo misma la llevé hasta la cama, la desvestí y me aseguré de que dormía. Era lo que necesitaba. Al día siguiente la llamé una y otra vez para saber cómo estaba, pero su teléfono estaba apagado. Por la tarde, fue su hermano quien me habló del accidente. Fui a verla a toda prisa y entonces me enteré de lo que había ocurrido, tanto a ella como a ese pobre chico… tu amigo, o el hermano de tu amigo —Hace una pausa y cierra los ojos por unos segundos—. No volví a visitarla hasta dos días después. Tardé porque sus padres no querían que recibiera visitas, insistían en que debía descansar. Son un poco… especiales. Pero ella me pidió que fuera, así que volví al hospital. Supongo que ese es el día al que te referías. Al salir de su habitación, su padre me culpó de todo.

—¿Por qué?

—Porque había bebido y… la dejé sola, acostada en su cama. Debí quedarme con ella.

—No eres su niñera, ¿o sí?

—Es su padre, supongo que necesitaba a un culpable. Es el camino más fácil. Es mejor culpar a alguien que asumir lo que había pasado.

—¿Por qué bebisteis tanto? ¿Celebráis algo?

—No, yo no bebí, sino ella.

—¿Ella sola? ¿Una fiesta?

—No, estábamos solas ella y yo en su casa.

—¿Tiene problemas con la bebida?

—No, Kyle, no los tiene, al menos hasta ese día.

—No lo entiendo… ¿Por qué si estaba acostada cuando la dejaste, después…?

—Ya te he contado bastante. Estamos en paz.

—No me deje así, Eve. Ayúdame a entender qué pasó.

—Yo no puedo ayudarte en nada de eso. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Todo. Hay algo que no encaja, es un relato un poco flojo.

—Lo que no te he contado no es relevante, es íntimo y no tienes por qué saberlo.

—Puede que eso me ayude a entenderlo. De momento, solo puedo pensar en una irresponsable, en una borracha que se llevó por delante a mi amigo.

—Pues sigue pensándolo.

—No lo acabo de entender. ¿Tu amiga hace eso con frecuencia? ¿Dices que no bebe? ¿Y si lo hace, pierde el control? ¿Por qué ella bebió y tú no?

—Ya está bien, hermanito —me dice levantándose. Lo habitual, vaya. Ya es un clásico en nuestras «conversaciones».

—No pretendo agobiarte…

—Escúchame bien. Si pudiera volver el tiempo atrás, te aseguro que ataría a Kimberly a la pata de la cama, o simplemente me quedaría con ella si con ello pudiera salvarle la vida a ese chico… Pero no puedo hacerlo. Puedo comprender que quieras saber más, pero no voy a seguir hablando de ello. Hay abogados por medio, hay un juicio y yo no quiero entrar en esto. No quiero contarte nada que no deba y que tú se lo cuentes a tu amigo.

—Yo también te conté cosas…

—Por eso no te preocupes, yo no hablo con ella, ni lo haré.

Me deja boquiabierto.

¿No habla con ella?

«Ni lo haré…».

Eso ha sonado a sentencia.

Se dispone a marcharse.
—Eve, esto se está convirtiendo en una costumbre. Te molesta algo y desapareces.
—He aguantado justo lo que soy capaz de soportar a tu lado, no te quejes.
Se va.
Otra puta noche solo frente a esta chimenea…

40

Eve

Empieza una nueva etapa

Primer día de una nueva etapa.

Me he preguntado durante todo el día qué clase de contacto tendríamos su eminencia y yo, después de la charla de anoche.

Lo compruebo en cuanto llego a casa, después de un largo día en el centro y me lo encuentro sentado en la isla de la cocina, leyendo un periódico.

—Mañana vendrán a hacer el mantenimiento de la piscina —me informa con una sonrisa de oreja a oreja; una que borraría de todas las maneras posibles: todas sádicas.

—Ajá —le suelto con indiferencia.

—¿No te alegras de la noticia?

—Sí, claro que me alegro, pero me alegraría más si me hubieras dicho que te largas…

—Tendrás que conformarte con la piscina. ¿Qué tal tu día?

—¿Te importa? —le dejo clara cuál va a ser mi postura en adelante.

—Tengo mucha curiosidad por saber qué clase de pacientes tienes. ¿Qué has tratado hoy? ¿Dolor de espalda? ¿Algún resfriado estacional? ¿Alguien que se ha dejado las lumbares podando las flores?

Será arrogante y repugnante…

—Principalmente hemorroides.

—Vaya, si eso ha sido lo principal… ¿Por eso tienes mala cara? —me pregunta mientras observa cómo me siento en mi parte de la isla, después de apoderarme de un refresco.

¡Que empiece la acción!

—No, la mala cara ha sido por tenerte delante. Hasta que te he visto estaba bien.

—¿Por qué me atacas? Te he preguntado por tu día. Entiendo que después de tantos años de estudios te afecte tener que diagnosticar una hemorroide, pero no tengo la culpa. Es lo que tiene ser médico de familia en un pueblo de mil y pico habitantes.

—Esas conclusiones las sacas tú, eminencia, que te crees que estás por encima de todos los que hemos estudiado esta especialidad. Ese complejo de Dios no es un mito, no hay más que oírte.

—No me malinterpretes, yo respeto mucho tu trabajo. Es… medicina en estado puro. ¿Qué más da hacer una valvuloplastia mitral en un quirófano, que diagnosticar una hemorroide?

—Pero, ¿cómo se puede ser tan prepotente y arrogante?

—Estoy bromeando…

—¿Y quién coño te ha pedido que bromees? Es que me exasperas…

Me levanto del taburete bruscamente mientras observo su sonrisita, que no se desprende de ella.

—Venga, cuéntame más diagnósticos, no te enfades… Solo bromeaba.

Antes de salir, me detiene su comentario.

—Te he cogido prestadas dos manzanas.

—¿Por qué narices abres mi frigorífico? —le pregunto con el ceño tan fruncido que casi no le veo. Además, me acerco despacio a él, para imponerle más, pero parece que le hace gracia.

—¿Tu frigorífico? Entonces… ¿Está todo dividido?

—Pues claro, quedó claramente establecido.

—Pues no lo recuerdo. En el testamento no se recoge así.

Si no borra la sonrisa, me lanzo hacia él y le muerdo.

—No vuelvas a abrir mi frigorífico —le ordeno con un tono que hasta a mí me repudia.

—Tú también lo haces.

—¿Yo? Si está vacío, no hay nada. ¿Para qué quiero yo abrir tu frigorífico?

—¿Cómo sabes que no hay nada si no lo has abierto?

—La próxima vez que quieras manzanas, ve al supermercado. Hay dos, uno en el centro y otro en la entrada oeste. Son estupendos, venden de todo, incluidas manzanas.

—Te las he robado antes de ir: ya he hecho la compra.

—¿Me las has devuelto?

—¿El qué?

—Las manzanas. Si has hecho la compra, me las habrás devuelto.

—¿Cómo se puede ser tan miserable? Pues claro que te las he devuelto. Pero que conste que, si tú me las hubieras robado, yo te las habría regalado.

—Yo no —le digo mientras compruebo si dice la verdad. Sé que esta situación es la más absurda del mundo, la más infantil, pero no pienso dejar el tema de las puñeteras manzanas sin resolver. Después de un día tan largo en el centro, necesito algo de chispa.

—Faltan mis manzanas —le acuso.

No tengo ni idea de cuántas tenía, pero estoy segura de que no me las ha devuelto. Tampoco es que las necesite, pero puestos a jodernos…

—¿De verdad las cuentas?

Se levanta de mala gana y abre su frigorífico.

¿Qué ha hecho? ¿Comprar para un mes? Está tan repleto que no habría sitio ni para un huevo.

Escarba entre las repisas y se apodera de dos manzanas.

Me tira una y la cojo al vuelo.

¿Cómo puede ser alguien tan idiota?

—Ni se te ocurra… —le advierto cuando adivino lo que va a hacer con la otra.

Hace ademán de lanzarla al vuelo también, pero en vez de eso, se acerca a mí rápidamente, me coge la mano, me coloca la manzana en ella y yo…

Ese…

Contacto…

Me estremece…

Hago el esfuerzo más grande de mi vida por evitar que se dé cuenta, pero me quedo con la duda. La sonrisita sigue dibujada en su rostro.

Tengo que marcharme de aquí.

Salgo a toda prisa, con las dos manzanas en la mano, ni me he detenido a guardarlas.

Me escondo en mi dormitorio, me siento en el borde de la cama y me riño por ser tan tonta.

«Es que es muy guapo», me digo para justificarme.

«Es que aquel día en el motel…», me digo también con un poco más de énfasis.

«Pero es un completo idiota, y un borde y un interesado…», añado mientras me convenzo.

«Pero es que es tan… guapo», sentencio antes de acudir a la ducha.

41

Kyle

Me gusta la nueva etapa

Primer día de una nueva etapa, tras haberla sacado de quicio.

Ver su cara cuando me convertía en la arrogancia médica en persona me ha encantado. Y el robo de las manzanas, mucho más.

Es mejor que discutir. Y es que el aburrimiento es muy peligroso.

Me pregunto qué está haciendo. Lleva más de una hora encerrada en su dormitorio.

He escuchado la ducha, y después le he perdido el rastro.

No puedo salir al jardín otra vez, ni leer de nuevo el periódico.

Estoy deseando de que pongan a punto la piscina.

Pero mientras…

¡Se me ocurre algo mejor!

Me dirijo al cuadro eléctrico, el que está camuflado bajo el perchero.

Solo un «clic» y empezará la acción.

Vuelvo rápidamente al salón.

Uno, dos, tres…

—¿Qué ha pasado? —la escucho gritar desde su dormitorio.

—Eso quisiera saber yo. ¿Has tocado algo?

—No, claro que no —se defiende mientras noto que su voz se va acercando.

Entra despacio, orientada por la linterna que contiene su móvil.

Contemplo el reflejo de la luz de la chimenea en su rostro y trago saliva. No debería estar pensando en eso.

—Espera —le pido fingiendo malestar por la interrupción eléctrica.

Me acerco al cuadro eléctrico y finjo pulsarlo varias veces, cuando en realidad estoy haciéndolo con uno que pertenece a una iluminación del jardín que está siempre desactivada.

—Esto no funciona. No me lo puedo creer…

—¿Qué pasa?

—Debe haber alguna sobrecarga eléctrica, ¿qué estabas haciendo?

—¿Yo? Estaba trabajando en mi ordenador portátil.

—Pues algo ha pasado y me temo que no vamos a poder arreglarlo. Esta palanca está correcta, debe venir de algo ajeno a la casa, quizás un fallo de suministro…

Se acerca a la ventana.

—Las farolas del camino están iluminadas —observa intentando encontrar una explicación.

—Pues hacemos noche ahí…

—Serás idiota.

—¿Qué tal si esperamos un poco? Debe ser algo que afecte a todo el pueblo, no solo a nuestra casa.

Se acerca a su sillón y reaviva la chimenea.

—Qué mala suerte —digo fingiendo estar muy molesto.

—¿Y ahora qué? —pregunta angustiada—. Mi ordenador apenas tiene batería… No puedo seguir trabajando.

¿Así que era eso lo que estaba haciendo? Esta mujer es adicta al trabajo.

—Pues tendremos que charlar un rato a la luz de las velas, o de la chimenea… ¡Qué inconveniente!

No sé qué expresión tiene, apenas hay luz, pero sé que me está mirando y juraría que lo hace de forma escéptica, a juzgar por su siguiente movimiento.

La veo correr delante de mí, con el móvil en la mano en modo de linterna.

Escucho el sonido del perchero al abrirse y…

Llega la luz.

Se acabó la fiesta.

—Eres muy gracioso. Funciona perfectamente.

—Pues será ahora…

—Has sido tú. ¿Con esto te diviertes? ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho?

Se va acercando a mí mientras me suelta la reprimenda. Cada vez está más molesta.

—Pero ¿es que sigues pensando que he sido yo? —le digo haciendo un esfuerzo por no reírme—. Esto es el colmo.

—No cuela.

—¿Qué gano yo haciendo eso?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no tengo la mente de un gilipollas.

Sale del salón a toda prisa. Sé que si hubiera podido me hubiera hecho tragar el cuadro eléctrico, con la percha en forma de pata de búfalo incluida.

Me siento decepcionado. Se acabó el entretenimiento.

Aguanto veinte minutos en la misma posición, pero me rindo y me dirijo a mi dormitorio completamente desarmado.

Esto empieza a preocuparme.

Al pasar por su dormitorio, escucho su voz a través de la puerta. Pego la oreja a ella con sigilo y me dejo llevar por la emoción.

Su voz es clara. No sé con quién habla, pero tardo poco en descubrir que habla de mí.

—Te juro que no lo aguanto, Ruby. Si sigue así, yo no voy a soportar estar en esta casa. La vendemos y… me largo de aquí.

¿Quién es Ruby?

¡Qué más da! El caso es que lo que ha compartido con «Ruby» es muy interesante. No necesito escuchar más.

Quizás la estrategia correcta no era acercarme a ella, sino hacerle la convivencia imposible…

42

Eve

Un desayuno saludable

Segundo día de una nueva etapa, después de descubrir que mi compañero es más imbécil de lo que pensaba.

Hoy, por primera vez en todo el tiempo que hemos convivido juntos: cinco días, es la primera vez que coincidimos en el desayuno.

Está sentado frente a la isla de la cocina, junto a una taza de café y un plato a rebosar de fruta cortada en pedacitos.

A juzgar por su atuendo, ha salido a correr.

Me he preguntado varias veces a qué se dedicaba durante todo el día, aparte de cuidar ese estúpido arbolito que continuamente está cambiando de lugar.

—¡Buenos días! —me dice mostrando esa odiosa sonrisa.

—¡Eso espero!

—¡Qué negativa estás! ¿Se presenta algún caso complicado hoy? ¿Te inquieta? Ayer olvidé decírtelo, pero si en algún momento necesitas un diagnóstico preciso, no dudes en llamarme. Estaré encantado de ayudarte.

—Lo haría encantada. No sabes qué tranquila me quedo ahora que puedo contar con tus amplios conocimientos. ¿Tengo tu teléfono?

En realidad, solo pretendía seguir el absurdo juego de la conversación, pero se lo ha tomado en serio.

Me pide que anote su número directamente en la lista de contactos de mi móvil. Lo ignoro. Insiste. Me dedico a llenar una taza de café. Insiste.

Le lanzo mi móvil con la lista de contactos abierta y se encarga de grabarlo él mismo.

Cuando me lo devuelve, me lo guardo en el bolsillo mostrándole mi mejor cara de desprecio.

—Estás utilizando una taza de mi padre —me reprocha.

Observo la taza. Indica una «J» y no sé si reírme o echarme a llorar.

—¿Estás hablando en serio?

—Fuiste tú la defensora de hacer las divisiones, ¿recuerdas?

—Es una taza, una simple taza.

—Pues cógela del armario que pertenecía a tu madre.

Resoplo y me preparo unas tortitas.

Por fin cinco minutos de silencio.

Me siento frente a él con desgana y finjo consultar mi móvil mientras riego mis tortitas con sirope de chocolate.

—Ese desayuno no es muy saludable, doctora. Empiezas mal el día.

—Es mucho peor empezar el día si tienes a un imbécil, arrogante y egocéntrico cerca. La tortita es infinitamente más saludable.

Se echa a reír. Es algo que me sorprende porque hasta ahora hemos compartido muchos tipos de risitas y sonrisas, pero todas ellas cínicas, irónicas…; del tipo que te sacan de quicio.

Me quedo embobada y, cuando soy consciente de ello, engullo la tortita rozando el atragantamiento para salir cuanto antes de la cocina.

—Por cierto, te agradecería que prestaras más atención a tus prendas, a las que colocas en el cesto de la ropa sucia. Hay dos cestos, ya sabes, el de tu madre y el de mi padre. Es que ayer me encontré una prenda tuya en mi cesto. Ahora voy a lavar mi ropa, ¿quieres repasarlo por si ha vuelto a suceder? Yo lo considero grave.

No me puedo creer que el nivel de gilipollez aumente tanto, claro que, en el fondo sé que no es real, que solo quiere provocarme.

El chico ha cambiado de estrategia.

Perfecto.

Se acabaron los dramas frente al fuego y los reproches por no vender la casa. Ahora parece decantarse por una convivencia incómoda.

Que así sea.

—Claro, no te preocupes, ahora mismo lo repaso, no tengo nada mejor que hacer —le digo abandonando la cocina.

Termino de prepararme y escucho su voz en la puerta de mi dormitorio. La he dejado abierta, algo que procuro que no suceda nunca.

—La lavadora está en marcha. Espero no encontrarme sorpresas.

Le ignoro cerrándole la puerta en las narices.

Diez minutos después, cuando me dispongo a abandonar mi dormitorio, se me cruza una idea por la cabeza.

Localizo lo que busco y salgo a toda prisa.

Por los sonidos que me llegan, él se encuentra en el salón.

Perfecto.

Me cuelo en la habitación de la colada, detengo la lavadora e introduzco un calcetín en su interior. Uno rojo que transformará el color de su preciada ropa.

Listo.

Paso por delante de él con la cabeza bien alta.

—Que tengas un buen día, doctora Andrews…

—Que te jodan, doctor Bauer.

—Qué poca sensibilidad… Y qué lenguaje…

Después de cerrar la puerta, lamento tener que ir a trabajar. Lo que daría por ver su cara cuando acceda a su ropa recién lavada.

Esto es infantil, lo sé, pero es divertido. Joder a ese capullo es divertido.

43

Kyle

La cena

Segundo día de la nueva etapa, después de descubrir que mi compañera también está invitada a la cena de Madison.

He disfrutado mucho cuando Eve me ha visto sentado a la mesa. No lo sabía, igual que yo, pero estoy seguro de que a ella le ha fastidiado más. En cualquier caso, los dos nos hemos comportado de forma educada, como si tuviéramos una buena relación. Solo ella y yo sabemos que lo que nos hemos dicho era forzado y falso. Eso me ha hecho llegar a la conclusión de que no ha puesto al corriente a Madison de nuestra «buena relación».

Llevamos un buen rato disfrutando de todos los manjares que el matrimonio nos ha servido. Al parecer, es Harold el encargado de la cocina. Se le da muy bien. Está todo realmente delicioso y no hemos dejado de alabarlo.

Madison nos ha hablado de la documentación que nos entregará los próximos días para oficializar la titularidad de la casa. Ni ella ni yo nos hemos pronunciado, pero sí nos hemos mirado de forma fulminante. Es inevitable, la tengo justo enfrente.

—¿Cómo te va el trabajo en el centro, Eve? —le pregunta Harold. Hoy parece más centrado que otros días, solo se ha evadido un par de veces en la hora que llevamos frente a la mesa.

—Bien. Estoy encantada con Maya y con Madeleine. Y también con los pacientes.

Deduzco que la tal Madeleine debe ser enfermera. Algo más que conozco de la vida de mi hermanita.

—No creo que lo estés con todos, cielo —le dice Madison—. Sé sincera… O quizás es que es demasiado pronto. En Saxonburg hay algunas personas insufribles. ¿No has conocido a ninguna de ellas?

—Hace unos días una paciente me acusó de «mirar» demasiado a su marido, que la acompañaba. Me dijo que estaba más pendiente de él que de ella, que era la enferma. Se enfadó, me dijo que llevaban muchos años casados y que era una descarada.

—La señora Chambers… —dicen al unísono Madison y Harold.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunta la doctora.

—Acusa a todo el mundo de lo mismo. Cree que su marido sigue levantando pasiones entre todas las mujeres —aclara Madison.

—¿Y es verdad? —le pregunto sonriendo a la doctora—. ¿Levanta pasiones? ¿Es cierto que lo mirabas demasiado?

—Pues sí, no me quedaba otra opción. Se estaba hurgando en la nariz de una manera escandalosa, era inevitable… —me suelta con sarcasmo, provocando las risas del matrimonio.

—Bien, pero aparte de esa manía tan fea, ¿levanta o no pasiones? ¿O eso ya te ha echado para atrás?

—Tiene ochenta y nueve años, Kyle —me dice Madison muerta de la risa.

La sonrisa triunfante de Eve me atraviesa el pecho.

—Bueno, yo desconozco los gustos de Eve, no sé cómo le gustan los hombres.

—Silenciosos —se apresura a decir la aludida—. Me gustan calladitos, con cierto nivel de madurez emocional.

Madison y Harold no son ajenos a nuestros dardos, pero no dicen nada; eso sí, ambos sonríen.

—Cuéntanos más anécdotas, Eve —la anima Madison.

—Hoy, sin ir más lejos, ha venido una mujer que me ha acusado de no tomarla en serio.

—Vaya… —me apresuro a intervenir—. Llevas cuatro días y ya recibes ese tipo de reclamaciones…

—Me ha dicho —continúa diciendo, ignorando mi comentario—, y cito textualmente: «Doctora, creo que estoy poseída por el demonio».

—Esa es la señora Holloway. —De nuevo, el matrimonio lo pronuncia al unísono, muertos de risa.

No puedo evitar reírme, especialmente por las muecas que hace Eve, como si estuviera reviviendo el momento.

—Esa mujer no está bien, va afirmando que el demonio es el culpable de todo lo malo que le ocurre —aclara Madison sin dejar de reír—. ¿No te ha avisado Maya?

—No, me lo han contado después. Ha sido una especie de novatada.

—¿Y qué le has recetado, Eve? ¿Un exorcismo? —pregunto clavándole la mirada.

—No, le he dicho que no era necesario. La he invitado a cenar a «nuestra» casa, le he dicho que vivo con Dios y que, en cuanto su demonio lo tenga delante, saldrá huyendo.

Madison suelta una carcajada que contagia a Harold. A mí no me hace tanta gracia, especialmente por la cara de triunfo que tengo que observar en mi querida doctora.

El resto de la velada transcurre con normalidad, pero es cierto que, a la mínima oportunidad, la doctora me lanza algún dardo. Es ella la que ha seguido atacando, yo me he comportado.

Harold y Madison se han mirado de forma cómplice varias veces. Es evidente que nuestra disputa no les ha pasado inadvertida. Si bien, al principio, podría parecer una situación divertida, llena de bromas, a medida que ha avanzado la noche era más que evidente que la tensión era real.

Nos hemos despedido de ellos y, en silencio, nos hemos dirigido a nuestros respectivos coches.

Ella ha llegado antes que yo a casa, un minuto, el suficiente para desaparecer en el interior de su dormitorio.

Yo he hecho lo mismo.

Una hora después, al unísono, como las intervenciones de Harold y Madison, hemos abierto la puerta para salir de nuestro escondite. Nos hemos detenido al vernos.

Ambos nos hemos mirado, yo con arrogancia, ella con más arrogancia.

Hemos permanecido unos segundos fulminándonos con la mirada.

Y entonces ha ocurrido algo inesperado.

44

Eve

Aquella noche

Segundo día de la nueva etapa, después de la cena.

Estoy clavada al suelo. Me está mirando fijamente. Está más atractivo que nunca y me da rabia verlo de esa forma.

Durante toda la cena hemos jugado a ver quién soltaba el dardo con más veneno, pero ahora… Ahora no parecemos interesados en las palabras.

Quizás ha habido demasiadas.

Soy consciente de lo que está pasando, o de lo que podría pasar, pero no hago nada por impedirlo.

Solo un paso, un solo pasito y habré salido victoriosa de esta situación que amenaza con convertirse en peligrosa.

Es absurdo, lo sé, pero ahora mismo me siento como uno de esos volcanes que ha mencionado Harold en la cena.

Solo un paso.

Tengo que dar un paso y salir de aquí.

No puedo seguir delante de este capullo al que le sienta tan bien la camisa que ha elegido para la cena. Ni esa barba… Ni esos ojos redondos como ruedas que me están atravesando el alma.

No, no debo seguir aquí.

Debo… marcharme.

Parecemos estatuas de cera y ya llevamos así un minuto, ¿o son dos?

Doy un paso. Decidido. Pero… lo doy en la dirección equivocada. Debería haberlo orientado hacia la derecha y no al frente.

Él hace lo mismo.

Estamos más cerca.

¿Qué hago? Aún estoy a tiempo de huir.

Nos lanzamos el uno contra el otro. El choque es inevitable, pero no duele, más bien promete.

Siento sus labios sobre los míos con tanta fuerza que me arranca una sonrisa y un grito.

Un beso en el cuello, una mano en la nuca, una lengua ansiosa y un empujón hacia la pared.

Una patada en la puerta de su dormitorio, un vacío que llenamos mordiéndonos los labios y el rebote en un colchón.

Unas manos que se deshacen de mi ropa.

Dos cuerpos desnudos y muchísimo calor.

Y una mano que se hace paso entre mis muslos.

Y…

Sigue…

Jugando…

Sí…

Eso es lo que quiero…

45

Kyle

Un paréntesis

Tercer día de la nueva etapa, después de una noche inesperada.

—Tengo que llevar una colada entera a la tintorería… Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —le comento con tranquilidad en cuanto entro en la cocina y me encuentro con ella.

Está sentada en su parte de la isla, frente a uno de sus desayunos saludables, consultando algo en su móvil.

El corazón me late muy deprisa, aunque me esfuerzo por aparentar que estoy completamente tranquilo y relajado.

Son las primeras palabras que salen de mi boca desde la cena de ayer; a menos que los gemidos y otras onomatopeyas cuenten.

Después de lo que vivimos en mi dormitorio, se marchó en silencio al suyo. No esperó ni un minuto.

Hasta ahora…

He ensayado de qué manera dirigirme a ella esta mañana, pero ha sido difícil decidirlo. Desconozco cuál será su reacción. No tengo ni idea si me encontraré una sonrisa, me lanzará un plato a la cabeza o me ignorará como si fuera un jarrón de los muchos que adornan el salón.

La respuesta me llega rápidamente.

—¿Por qué tendría que saberlo? —me dice frunciendo el ceño mientras levanta la mirada lentamente.

Volvemos a las andadas. Me quedo más tranquilo.

—Porque metiste un calcetín rojo en mi colada…

—¿Un calcetín rojo? —me pregunta forzando una mueca de sorpresa—. ¡Oh! ¿No me digas que lo has encontrado…? Si supieras lo mucho que lo he buscado…

—Claro, es tan bonito que me imagino que no podrías vivir sin él.

—Esos calcetines son especiales para mí, me los regaló alguien que… lamentablemente ya no está. —Se levanta ofendida mientras recoge los restos de su desayuno.

—Pues «el alguien que ya no está» tenía muy mal gusto…

—Me los regaló mi madre. Es el único regalo que tengo de ella —me dice cerrando los ojos y llevándose la mano al pecho—. No lo encontraba y te aseguro que me ha dado mucha pena. Si se ha colado en tu lavadora, lo siento, pero no te burles de esos calcetines, que tienen un valor especial.

—No cuela, Eve.

—¿No? —me pregunta liberando su mueca fingida.

—No. Sé que tu madre tenía un gusto «llamativo» a la hora de decorar, ya lo hemos comprobado; pero ni siquiera ella te regalaría unos calcetines rojos con limones.

—Me los regaló una amiga, tienen un significado especial. Son como una especie de «talismán».

—¿Y metes tu talismán en mi colada?

—Era la única prenda que tenía en la que indicaba «Lavar por separado. Destiñe».

Sonrío con cinismo y asiento con la cabeza.

—¿Qué amiga te lo regaló? ¿Kimberly?

Soy un bocazas, Sienna tiene razón. No sé por qué narices he nombrado a esa mujer. Con lo tranquilo que yo estaba después de que me dijera que no hablaba con ella…

—No te importa, hermanito.

—Después de lo de anoche… llamarme «hermanito» resulta algo incómodo, ¿no crees?

—Ya que lo mencionas… Lo de anoche no puede volverse a repetir —sentencia en una actitud altiva.

—¿Qué es lo de anoche? ¿La cena? Bueno… si nos vuelven a invitar, no podemos ser tan desconsiderados…

—Muy gracioso. No tengo ningún problema en que finjas que no te acuerdas, yo también quisiera olvidarlo. Pero acabas de pedirme que después de lo de anoche no te llame hermanito. Te contradices… Eres malo improvisando.

—Nos contradecimos… Los dos. No es exclusivamente mío, hermanita.

Sale de la cocina con esa ceja levantada que tanto me provoca.

—Te pasaré la factura de la tintorería… —le digo cuando se aleja.

—No pienso pagártela, pero siempre tienes la opción de denunciarme.

—Espero —le digo saliendo de la cocina para que me escuche bien— que el calcetín no sea tan importante como has afirmado. No olvides que ahora lo tengo yo…

Se detiene. Debe estar pensando en lo que le he dicho. Espero que me suelte algún comentario ingenioso de los suyos, pero, para mi sorpresa, reanuda el paso.

El calcetín le importa poco, de lo contrario, si fuera un talismán, habría peleado un poco más.

Necesito un café. Necesito despejarme más de lo que estoy. Quizás, con una buena dosis de cafeína, acabe por despertar de esta extraña sensación de aturdimiento.

Las imágenes de anoche me persiguen. Y su cabello mojado, como la primera vez que la vi en el motel.

Y su forma de serpentear en la cama y de gemir y… de volverme loco de deseo.

«Lo de anoche no puede repetirse», me ha dicho.

¿Por qué esa frase me deprime tanto? Se supone que lo de anoche fue un paréntesis en esta extraña disputa que pienso seguir manteniendo…

Tengo que levantar mi ánimo y pensar en la siguiente manera de sacarla de quicio.

Tengo una idea…

46

Eve

¿Aquí también?

Tercer día de nuestra nueva etapa, después de una noche que quiero y no quiero olvidar.

Me riño a mí misma por no estar centrada en lo que tengo que estar. La señora Kirkland está narrando con todo lujo de detalles su mejoría nocturna en sus piernas: ya no siente la misma pesadez y hormigueo que días atrás, antes de seguir el tratamiento que le administré la semana pasada.

Si bien, es difícil concentrarse cuando lo está narrando por segunda vez, también es cierto que el chico de los ojos como ruedas, arrogante, prepotente y con una sonrisa cínica que me saca de quicio, ocupa la mayor parte de mis pensamientos hoy.

Me ha alegrado comprobar que nuestra disputa continúa. No sabía cómo enfrentarme a él esta mañana.

Qué noche…

Qué sensaciones…

Es que no recuerdo haber sentido tanto placer en toda mi vida. Bueno, sí, la noche del motel.

Su aroma, su forma de tocarme, de provocarme, de acariciarme, de morderme, de chuparme… ¡Dios! ¡Qué noche! ¡Qué bendita noche!

Pero cuando salí de su dormitorio, ya estaba arrepentida. ¿Cómo puedo explicar que me acosté con él con todas las disputas que tenemos?

Sí, sé que la respuesta es el deseo. Ese tan raro, tan fuerte, tan intenso que me nubla la mente y hace que me lance hacia él como si al mundo le quedaran dos minutos de existencia… Ese que no he sentido en mi vida con esa intensidad…

Ese que hace que me entregue a un hombre con el que no me llevo bien, que lo único que quiere es que firme la venta de la casa y que disfruta fastidiándome, y se cree que es Dios.

Joder, he venido aquí a poner paz en mi vida. A trabajar, adquirir experiencia y referencias, a descansar, a alejarme de todo lo que me oprimía en Nueva York; a estar en contacto con lo que queda de mi madre…

No he venido a estar de los nervios cada cinco minutos y a tirarme a un tío que me crispa cada vez que lo tengo delante…

Respiro hondo. No volveré a acostarme con él y seguiré con mi plan de vida. Incluso no pienso seguirle el juego cuando me provoque… Si quiere fastidiarme, que lo haga, pero ya se cansará. Espero que se harte y se marche a Nueva York. Solo necesito un tiempo, espero que lo entienda y se desaparezca.

Después de despedir a mi último paciente, me acerco a la recepción para ponerme al día con Madeleine. Ya no hay nadie en la sala de espera, así que deduzco que Maya debe estar a punto de terminar. Necesito hablar con ella. Quiero saber si se ha mirado el expediente del paciente que le entregué esta mañana. Es un tema que no consigo quitarme de la cabeza.

Ojalá pudiera desprenderme de todos estos temores, pero no puedo. Desde el episodio de la clínica, desde el despido, siento que hay una inseguridad en mí que antes no existía.

Empezó aquel día…

Aquella tarde…

Cuando llegué a Saxonburg, el día del funeral. Cuando atendimos a Ernest, el anciano que sufrió un amago de infarto…

—Está en su consulta —me contesta Madeleine en cuanto le pregunto por ella—. Está con Kyle Bauer.

Se me cae el techo encima.

—¿Con… Kyle? ¿Como paciente?

—No, claro que no. Ha venido a visitarla.

¿A visitarla? ¿Se conocen? La información que yo barajo es que no se conocen. Maya me ha hablado alguna vez de James y hasta me ha preguntado por Kyle en alguna ocasión, pero no de una forma cercana. Hasta creo que ha llegado a decir que tenía ganas de conocerlo.

—Bien, pues… entonces ya me marcho —le indico a Madeleine, que me mira sorprendida.

—Están en su consulta —insiste, como si no comprendiera que no me una a ellos.

No es un secreto que vivimos juntos, pero sí que no nos soportamos… y que nos acostamos. Eso no podría entenderlo nadie, ni siquiera yo lo hago.

—Es que estoy muy cansada…

—Ya, te entiendo. Yo estoy muerta… Esta tarde…

Me espero a que termine su explicación, pero solo por educación; necesito marcharme cuanto antes. No quiero coincidir con él.

Aliviada de que los problemas de Madeleine con un proveedor se hayan solucionado y dé por terminado su eterno relato, vuelvo a mi consulta a toda prisa para recoger mi abrigo y mi bolso.

Cuando estoy a punto de salir de la zona peligrosa, escucho la voz de Maya.

—Eve… ¿Ya te marchas? Ven un momento. Estoy con Kyle, por fin le conozco.

Me acerco de mala gana y me encuentro con el rostro sonriente de mi querido hermanito y compañero de cama. ¡Qué mal suena eso, por Dios!

—Hola, Kyle. ¿Tú por aquí? —le comento con una sonrisa tan forzada que hasta me siento ridícula.

—Sí, he venido a visitaros… A Maya no la conocía…

—Hemos hablado tanto de James y de Eleaine… —aclara Maya—. A ti te lo he dicho muchas veces: los adoraba. Una vez más, aprovecho que estáis los dos para deciros que siento mucho no haberme quedado al bufete después del funeral… Surgió una maldita emergencia…

—No te preocupes, Maya, es comprensible —le dice él en un tono tan amable… A mí no me ha hablado así desde que le conozco. Si no hay detrás un comentario sarcástico, nunca lo hace. Claro que yo, tampoco.

«Pero yo lo intenté», me digo a mí misma, aunque no sea el momento para pensar en ello.

—Kyle se ha ofrecido a echarnos una mano cuando estemos desbordadas, ¿qué te parece?

Una auténtica barbaridad, aberración y mierda…

Pero no se lo digo.

—Nos vendrá bien tener un aliado.

—Ya sabes que puedes contar conmigo. Estaré un tiempo en Saxonburg, estoy disfrutando de un descanso, así que para mí será un placer. Y… las cirugías menores, las que me has comentado, también.

—Hablaré con el alcalde, pero estoy seguro de que nos dará el visto bueno. Piénsatelo bien antes de ofrecerte, Kyle, seguro que abusaré de tu generosidad —le dice Maya con esa dulzura que la caracteriza.

Sí, que se lo piense bien porque solo me faltaba tenerlo en el centro también.

Se me revuelve el estómago. Esta conversación me está superando.

—Ayer, sin ir más lejos, envié a un paciente a Pittsburgh. Es un hombre de avanzada edad y requería unos puntos muy precisos que no podíamos…

Maya le explica el caso del anciano que ayer se partió el labio en tres partes… Requería las manos de un cirujano por la naturaleza y la ubicación de la lesión, pero enviarlo al hospital le supuso un problema, dada su avanzada edad y su aprensión a salir de Saxonburg.

—Me tengo que marchar… —decido decir por fin. No aguanto más esta situación.

—Bien, nos vemos mañana, Eve. ¿Has tenido una buena tarde?

—Sí, todo ha ido bien, gracias. Hasta… luego, Kyle.

—Luego nos vemos en casa, Eve.

Es vomitivo el papelazo que acabamos de hacer.

Claro que, preguntarle qué coño hacía aquí, y decirle que esa frase: «luego nos vemos» es lo peor que me puede pasar para acabar el día, no era lo más correcto. Mejor finjo naturalidad.

Esto es sexo y odio.

¿Habrá un término que describa lo que tengo con su eminencia?

No le soporto, pero follar con él es lo mejor que me ha… ¡Lo mejor! Dejémoslo ahí.

Discuto y me siento mal.

Follo con él y me arrepiento.

Lo veo hablando con Maya y se me revuelve todo…

«Sexodio». Esa será la palabra que buscaba.

«Mal de la cabeza», esa sería la que mejor me describiría a mí.

47

Kyle

Objetivo conseguido

Tercer día de nuestra nueva etapa, después de disfrutar con la visita al centro médico.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —me pregunta Eve mientras me siento en la isla a observar cómo coloca el contenido de unas bolsas en el frigorífico. Ha debido hacer la compra de camino a casa.

—No, estoy de vacaciones.

—¿Por eso has ido al centro médico? ¿Te aburres?

—¿Por qué tengo la sensación de que no te ha gustado mi visita?

—Probablemente la tienes porque no me ha gustado.

—¿Y a qué se debe?

—Ya tengo bastante en aguantarte aquí como para verte también en mi trabajo.

—Trabajo que… en algún momento vamos a compartir.

—Yo no voy a compartir nada contigo.

—Me he ofrecido a ayudar… Ya lo has oído. Y Maya está encantada con ello.

—Pues la ayudas a ella, a mí no hace falta. ¿Para qué coño has ido al centro, Kyle?

—Si no me llamas eminencia, no seguimos hablando.

—No te soporto… —me dice cerrando el frigorífico de mala gana.

—He ido a visitar a Maya porque Madison me dijo que tenía ganas de conocerme. También era amiga de mi padre.

Guarda silencio. Sé que mi respuesta no la ha convencido, pero ya está cansada de discutir, la voy conociendo.

Habrá que animar la tensión o se va a perder.

—La verdad es que Maya es encantadora. ¿Sabías que estudiamos en la misma facultad? Ella cursó dos años antes que yo, pero…

—Si me vas a contar la historia —me interrumpe—, te la puedes ahorrar. No me importa.

—Entonces, ¿qué te cuento?

—¿Qué tal si estás calladito o te vas a otra parte? ¿Hoy no cuidas a ese arbolito tuyo?

—¿A Bruce? Claro que lo cuido. Pero hoy ya ha recibido su dosis diaria.

—Adoras a ese bonsái, ¿verdad?

Me sorprende la pregunta, no sé a dónde quiere llegar.

—No podría vivir sin él…

—Es bueno saberlo…

—¿Por qué?

—Porque cada vez que lances un dardito, piensa en él…

—No te atreverías…

—Si estás convencido de ello…

—Ojalá fueras como Maya, ella me ha dicho que adora los bonsáis…

Me mira estupefacta. La entiendo. El hilo de la conversación no puede ser más tonto.

—Qué bien, así tenéis más cosas en común, aparte de la facultad.

—Es muy guapa… Y muy atractiva…

Se gira y me sonríe con cinismo.

—Lo es, eminencia. No sé por dónde vas, pero ten en cuenta que tiene pareja.

—Pues no lo ha mencionado cuando hemos quedado para cenar.

Me mira como si le hubiera dicho que estoy embarazada.

—¿A cenar?

—Sí, hemos quedado pasado mañana. ¿Algún problema?

—No, a mí qué puede importarme con quién cenes. Al contrario, me alegra perderte de vista. Ojalá hubieras quedado hoy para cenar.

—¡Ah! Me alegra que no te importe. Después de lo de ayer por la noche, no quería que… tuvieras conceptos equivocados.

El efecto de mis palabras es fulminante. Se acerca a la isla y me mira furiosa.

—¿Conceptos equivocados? Pero, ¿qué clase de problema tienes tú? ¿De verdad crees que, porque follamos anoche, me importas en otro sentido?

—Era una broma… —le digo riéndome, pero ya nada la detiene.

—Sí, fue un puto error, un calentón para combatir el aburrimiento y me arrepiento muchísimo. La verdad es que no mereció la pena, pero que creas que me importas a ese nivel… Es el colmo. Para tu información, cada vez te soporto menos.

Me trago el orgullo, ese que ha herido tanto despreciando así la noche de ayer, y me encaro con ella. Igual es mejor dejar esta absurda disputa. Empiezo a dudar de que esto de sacarla de quicio sea buena idea.

—¿Y si firmamos la paz? Puede que como amigos no nos vaya mal.

—Ni yo quiero ser tu amiga ni tú mi amigo. A ti solo te importa la casa.

No sé qué me sube por el cuerpo, pero no es bueno. Ya no puedo contenerme:

—¿Y qué te importa a ti, Eve? Creo que la casa también, solo que tú te has instalado en ella sin tener en cuenta que no solo te pertenece a ti. Tú has buscado aquí tu lugar, tu trabajo y no has pensado más que en ti. Ni siquiera has pensado en la posibilidad de buscar un comprador, establecer un preacuerdo y una fecha. No, nada de eso. Ni siquiera has tenido la consideración de ser sincera a la hora de determinar cuánto tiempo tienes pensado «retrasar» la venta. «Un tiempo…», eso es lo único que dices. Un tiempo… Pero, ¿cuánto? ¿El que dura tu contrato? Sé que son seis meses. ¿Ese es el tiempo que piensas mantener la casa congelada para disfrutar de ella? ¿El tiempo que la necesites?

—El tiempo que la necesite, tú lo has dicho.

—Eso no es justo y hasta tú, que parece que todo esto te importe poco, lo sabes. Puede que yo esté tocándote las narices todo el tiempo, lo admito, pero creo que es mejor eso, o quizás un poco menos cutre y egoísta, que mentir constantemente o contar verdades a medias. Ni siquiera pudiste ser sincera cuando me contaste lo de tu amiga…

—¿Qué es lo que no te conté de mi amiga?

—Me contaste solo parte de esa historia. Te pregunté por qué salió de la cama y condujo un coche, por qué había bebido ella y tú no. Alegaste que había un tema judicial por medio y que no hablabas con ella. Todo a medias. Te aseguro que ese tema me importa, no por el puto tema judicial, sino porque el que murió era mi amigo…

—Pues dedícate a llorar la muerte de tu amigo, pero déjame en paz con ese tema. A mí no me importa en absoluto…

Esta vez siento que el dardo me atraviesa. Lo ha lanzado con tanto desprecio…

Me alejo de ella en silencio.

48

Eve

La verdad

Tercer día de nuestra nueva etapa, después de sentirme como un gusano.

Está sentado frente al fuego. Por fin ha salido de su dormitorio. He estado a punto de pedirle que saliera, pero no me he atrevido.

No sé por qué me he mostrado tan insensible, ni siquiera he dicho lo que sentía.

En algunas cosas tiene razón. Mi comportamiento respecto a la casa es egoísta, pero solo quiero ganar tiempo. Si la vendemos ahora, me fastidia todos los planes, y quiero ser egoísta un poco más. No parece que esté necesitado. Su coche, su ropa de marca… Es cirujano, no debe ganarse mal la vida, seguro que puede esperar. Y… sí, tengo razón en quejarme de su comportamiento, es pesado y cínico y me molesta. Disfruta sacándome de quicio… Pero el tema del accidente es otro asunto.

Me acerco lentamente. Está sentado mirando el fuego, con las piernas cruzadas, con una copa de vino en la mano.

Me siento a su lado con el temor a que se levante y se marche, pero no lo hace.

Para mi sorpresa, me mira.

—¿Quieres? —me pregunta levantando la botella que ha alzado del suelo.

Asiento con la cabeza. Se levanta. Por un momento, temo que me haya tomado el pelo, pero vuelve con una copa y me sirve vino en ella.

—Gracias.

—De nada.

Trago saliva. Le doy un buen trago, que está delicioso, y doy el paso que he venido a dar.

—Cuando te dije que, si pudiera, daría marcha atrás para cambiar lo que pasó aquella noche, no te mentía. Antes… no sentía lo que decía.

Me mira. Me escucha. Sé que no tiene intenciones de interrumpirme.

—Unos días antes del accidente, acudí a un local nocturno de Manhattan, en Meatpacking. Antes de marcharme, me llamó la atención una persona que se encontraba allí. Era el novio de Kimberly. Estaba con otra chica. Estaba… bueno, estaba liado con ella, era más que evidente. Me quedé observándolos porque no me lo creía. Él y Kimberly llevaban dos años saliendo y eran la pareja «ideal». Eran la pareja más empalagosa que te puedas imaginar, pero se amaban con locura, al menos eso parecía —Hago una pausa. Me ha parecido ver una ligera sonrisa en su rostro y no sé por qué, me anima a seguir con más confianza—. Seguí a la chica que estaba con él hasta el baño y la escuché hablar de él con otra chica. Le decía que la relación iba en serio y que él la había invitado el fin de semana a pasarlo en su casa de Vermont. Estaba claro que ahí había algo más que un simple calentón de un rato. El caso es que se lo conté a Kimberly, aunque tardé un par de días en decidirme a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque esperaba el momento adecuado, el momento en que su novio no estuviera. Y ese momento llegó cuando Kimberly me dijo que estaba sola porque él pasaba el fin de semana fuera, en un viaje de trabajo. Yo ya lo sabía porque tenía claro que lo iba a pasar en Vermont con aquella tía.

—Entiendo…

—Se lo conté todo y, como era de esperar, fue un golpe muy duro. Bebió bastante mientras lloraba y maldecía y… ¡Lo normal en esos casos! Intenté impedírselo, ojalá hubiera insistido más, pero se mostró muy agresiva. Al final, lo conseguí, pero ya estaba bastante borracha. A petición suya, la llevé a la cama. Se quedó acostada y dormida profundamente. Me marché. Al día siguiente la llamé, pero, como te conté, no supe lo ocurrido hasta la noche. Cuando me fui de su casa, no sé cómo, pero decidió ir a buscar a su novio a Vermont y… ocurrió el accidente.

»La visité dos veces en el hospital, como te dije. La primera, estaba muy confundida. La segunda, me culpó de lo ocurrido.

Evito decirle que en la primera visita me encontré a una persona totalmente despreocupada por lo que le había ocurrido a ese chico. Eso debe doler mucho.

—¿A ti te culpó? ¿Por qué? ¿Por marcharte aquella noche?

—Me acusó de haberme inventado que su novio le había sido infiel. Él estaba en el hospital cuando llegué. Al parecer, le negó haber estado en ese local y hasta hizo que su jefe la visitara para confirmarle que ese día estaba con él, que no podía haber estado en ese local. Me insultó, me culpó de todo, me dijo cosas terribles y me echó de la habitación.

—¿Su novio lo negó? Entonces ¿no era él?

—Claro que era él, pero él se lo negó y ella le creyó.

—¿Cree que le mentiste?

—Sí, eso cree. Lo que él le contó tuvo más peso. Y «mi mentira» fue la causante de que ella bebiera, se emborrachara y saliera a buscar a su novio: por eso yo tengo la culpa. Y eso mismo me dijo su padre al salir.

—Joder… Ahora lo entiendo todo.

—¿Por le ibas a mentir en algo así? ¿hace poco que os conocéis?

—Hace muchísimos años. Y si le mentí es porque tengo envidia de su relación. Esas fueron sus palabras.

—Un poco retorcido, ¿no?

—Un poco absurdo, o quizás bastante…

—¿Por qué la dejaste sola?

—Porque estaba durmiendo y estaba bien, solo estaba borracha, pero no al borde de un coma etílico. ¿Nunca has acompañado a su casa a un amigo que ha bebido de más?

—Sí, aunque de eso hace muchos años…

—Ojalá me hubiera quedado. Tu amigo seguiría con vida…

—No es culpa tuya, Eve.

—Lo sé, no es culpa lo que intento reflejar. Al principio lo hice, pero no solo de marcharme, sino de habérselo contado.

—Era tu amiga, ¿cómo no se lo ibas a contar?

—No, no era mi amiga, solo que no supe verlo en ese momento. Kimberly había cambiado mucho desde que estaba con ese tío. Ruby, mi mejor amiga, me lo advirtió. Me dijo que no me metiera en eso, que acabaría salpicándome. Y así fue.

—¿Por eso dijiste que ya no hablabas con ella? —me pregunta volviéndome a servir vino.

—Sí, no he vuelto a saber nada de ella, ni quiero.

—Es comprensible…

—Ya sabes la historia completa. No quise contártela por los motivos que te dije. A pesar de no tener relación con ella, y de sentirme muy dolida por lo que pasó, no quería proporcionarte información que le pudieras transmitir a tu amigo, y que su abogado utilizara en su contra. No sé

cómo funcionan esos juicios, ni entiendo de derecho, pero no quería meterme; prefería mantenerme al margen.

—¿A pesar de todo lo que te dijo, la proteges?

—A pesar de todo. Para eso ya están sus abogados, el juez y quien quiera que participe en ese juicio.

—¿Y ahora no crees que se lo pueda contar a mi amigo?

—Claro que lo creo, pero ya no me importa. No te he mentido. Me ha dolido más haber pronunciado esas palabras que lo que puedas hacer con esa información. No sé por qué, pero no quiero que pienses que soy tan fría como me he mostrado. Siento lo que le ocurrió a ese chico, de verdad. ¿Cómo está tu amigo?

—Ha cuidado siempre de su hermano. Un chico que siempre se ha metido en líos, pero que parecía que empezaba a estar centrado. Está roto, ha perdido a la única familia que tenía.

—Joder… lo siento, de verdad.

Me levanto del sillón. Tengo el corazón roto, o revuelto, o hecho añicos, ya no lo sé.

Tengo tantas cosas dentro y tan desordenadas que ni siquiera sé cómo se llama lo que siento.

Me siento tan mal que mataría porque me siguiera y me abrazara.

Ese deseo es el que más debería preocuparme.

49

Kyle

El fuego

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de un desayuno accidentado.

Entro en la cocina a toda prisa: el olor a quemado es intenso. Mi querida compañera está luchando contra una llama que crece descontrolada en una sartén.

Está intentando sofocar el fuego con un trapo, pero es inútil; el trozo de tela es demasiado pequeño para contener el desastre.

Sin perder más tiempo, me dirijo al pequeño extintor que cuelga en la pared, un modelo que expulsa polvo seco.

Lo descuelgo a toda prisa, le quito el seguro y apunto directamente a la base del fuego.

Pero, en un movimiento absurdo e inexplicable, mi compañera se interpone entre el polvo del extintor y la sartén, justo cuando presiono la palanca. La nube blanca le cubre toda la espalda y parte de la cabeza.

La aparto con un movimiento brusco y me ocupo de la llama.

—Pero ¿qué haces? —dice tosiendo. Seguro que ha inhalado parte del polvo.

—¿A quién se le ocurre ponerse en medio?

—A alguien que no sabía que tenías un extintor en la mano…

—Pues será que no es llamativo, listilla.

—No te estaba mirando, listillo.

—¡Noooo! —le grito cuando veo que se acerca una mano a los ojos—. No te toques los ojos… ¿Dónde te dieron el título de medicina?

—Tú lo has dicho, imbécil —dice con un ojo enrojecido que ha empezado a lagrimarle—. Soy médico, no bombero.

—Pero es de sentido común… No te toques el ojo —le digo intentando acercarla al grifo de agua.

—No me toques tú a mí. Si hubieras ido con más cuidado…

—Yo no he provocado un incendio.

—No era un incendio, solo un pequeño incidente culinario, una llamita sin importancia.

—Pues esa llamita, ha dejado la extracción de humos chamuscada…

Se acerca y mira hacia el desastre.

—Joder… Se ha quemado…

—Es lo que tiene el fuego, que quema.

—Me voy para no discutir contigo —me dice llevándose la punta de un trapo mojado al ojo —. Pero revísate la vista. ¿Es que no has visto que estaba delante de ti?

—Pero… ¿A mí me echas la culpa?

—Seguro que lo has hecho a propósito. Claro, es la única explicación. Vale, pues si quieres seguir con esta estúpida guerra, que así sea…

Se va de la cocina y me quedo clavado al suelo. No sé ni qué decir.

Para una vez que no soy culpable de provocarla…

Vaya, no esperaba esto. No había hablado con ella desde la noche de las confesiones. La verdad es que ayer intenté evitarla a toda costa. No solo me conmovió la forma en que me contó

la historia de esa supuesta amiga, sino que sentí tantas ganas de abrazarla que hasta me asusté.

Todo se ha complicado.

Yo no tenía intenciones de seguir con esa guerra…

Pero si no hay más remedio. Ya no tengo ninguna esperanza en que haya estrategia alguna que la haga cambiar de opinión respecto a la casa. Ya… solo queda la opción de divertirme. Y, mientras lo hago, evito pensar en ella de una forma que no puedo permitirme.

Estaba tan guapa con la espuma en la cabeza…

«Ya basta, Kyle», me riño a mí mismo severamente.

50

Eve

Si no discutimos me siento vacía

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de haberle declarado una nueva guerra.

¿Cómo no se me iba a prender la sartén si estaba pensando en lo que no debía? No se puede tener una sartén en el fuego y quedarme embobada pensando que hoy tiene la cena con Maya.

Dijo «pasado mañana», lo que significa que es hoy, esta noche.

¿Se habrá anulado?

No puedo dejar de pensar en ello. Solo me lo he quitado de la cabeza cuando he pasado consulta. Entre una y otra, como ahora, vuelve a aparecer.

Por más que intenté sonsacarle ayer a Maya lo de la cena, no lo conseguí. Tendría que habérselo preguntado directamente, pero no tengo ese nivel de confianza. Lo más íntimo que he compartido con ella es lo que me ocurrió en la clínica y la relación que tenía con mi madre, pero porque ya conocía ambas historias o parte de ellas.

Solo he escuchado palabras elogiando la amabilidad de Kyle por ofrecerse a ayudarnos. Ayuda que, el alcalde ha autorizado.

Está claro que Maya le gusta a Kyle o Kyle a Maya. Pero no lo entiendo. Maya tiene novio…

Claro que, es gracioso que lo diga yo, que me lie con él en aquel motel saliendo todavía con Grayson.

¿Y qué le vi yo a Grayson?

No era así al principio. Su obsesión por analizar hasta el motivo de que una piedra se encuentre en una banda de la calle y no en otra, no surgió hasta que me despidieron. Ahí empezó a analizarlo todo y yo… quizás no era el momento de prestarle atención a ese detalle.

En cualquier caso, Grayson me importa poco, no he vuelto a saber de él. Y ahora que lo pienso… Tampoco de Ruby. Hace días que solo recibo un mensaje en el que me cuenta lo bien que se lo pasa con un compañero de su nuevo destino…

¿Qué le cuento yo si la llamo?

¿Que me siento insegura en el trabajo a la hora de diagnosticar?

¿Que me he vuelto a acostar con Kyle?

¿Que me molesta que cene con Maya?

¿Que rezo para que Maya sea fiel a su novio?

¿Que me saca de quicio y me atrae a la vez?

¿Que si no discutimos me siento vacía?

¿Que aún no me he atrevido a entrar en una habitación de la casa por miedo a enfrentarme a todo lo que más amaba mi madre? ¿Y a enfrentarme a su recuerdo?

Mejor no la llamo.

Esta tarde es inusualmente tranquila, ojalá tuviera más pacientes que atender, así mi mente descansaría. Pero solo espero dos, que llegarán un poco más tarde.

Salgo de la consulta para estirar las piernas y me encuentro de bruces a Kyle avanzando por el pasillo.

—Hola, doctora… —me dice con su sonrisita. Es su grito de guerra, está claro que la batalla

continúa.

—Hola —le digo con frialdad.

—Ha venido el técnico de la piscina. Ya está lista.

—Me alegro —suelto con frialdad.

—Y… también te gustará saber que Harold está en casa arreglando los desperfectos de la extracción de humos…

—¿Harold? —le pregunto sorprendida.

—Se ha ofrecido él cuando le he pedido que me recomiende un técnico que arregle el desastre. Yo tenía asuntos que atender aquí y… se ha quedado en casa solucionándolo…

—Me alegro también.

—No te olvides de llamarlo para darle las gracias…

—Que te jodan… —le digo acercándome a él, susurrándole esas palabras para que nadie me escuche.

Se echa a reír mientras se aleja en dirección a la consulta de Maya.

Una hora después, cuando estoy a punto de marcharme del centro, todavía no han salido de la consulta.

Debería interrumpirlos. En realidad, necesito hablar con Maya. Todavía no me ha comentado nada de las pruebas de un paciente que le comenté y ese caso me tiene algo inquieta.

Me acerco a la puerta de la consulta. Escucho una carcajada que proviene de la garganta de mi hermanito.

Desisto de llamar a la puerta. Mañana hablaré con ella.

Se están divirtiendo. ¿Para qué interrumpir?

Salgo a toda prisa, pero Madeleine interrumpe mi huida con una sonrisa que nunca había visto antes.

—Tu hermano está en la consulta de Maya.

—No es mi hermano, Madeleine… Y ya lo sé, me lo he cruzado antes en el pasillo.

—Es verdad, no es tu hermano. —Se echa a reír.

Esta es mi oportunidad.

—Me marcho. Quería comentarle unos temas a Maya, pero esperaré a mañana.

—¿Es por las pruebas de Arthur Stein? Aún no me ha dado el visto bueno para solicitarlas… Si es eso lo que quieres comentarle a Maya.

—Sí, es eso, pero puede esperar a mañana. No quiero interrumpirlos. —Suelto el cebo para ver si pica.

—Al parecer se llevan muy bien… —dice con una risita de complicidad.

Perfecto. Es lo que buscaba.

—No te rías, Madeleine —le riño de forma cariñosa—, parece que estés insinuando otra cosa… Solo son colegas… Kyle es encantador y es muy agradable tratar con él.

—Sí, ya lo sé —vuelve a afirmar con la risita.

—Además, Maya tiene novio… —Pruebo con un nuevo cebo.

—No, ya no —me dice muy seria, como si el tema le afectara—. Han roto.

Pum.

—¡Ah! Vaya, eso no lo sabía —le digo sintiendo un escalofrío muy molesto.

—Es muy reciente, por eso no ha dicho nada.

Espero. Quizás me dé más información, pero, como es habitual en ella, sonríe y continúa recogiendo todo lo que hay amontonado en su mesa. Madeleine es de pocas palabras. Bueno, a

veces tarda una hora en contar algo que se puede resumir en dos palabras, pero no es lo más habitual.

Salgo del centro completamente abatida.

¿Puedo ser más estúpida y contradictoria?

51

Kyle

El bonsái

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de una nueva guerra declarada.

Vuelvo a casa dispuesto a estrenar la piscina. Todavía tengo bastante tiempo antes de cenar con Maya.

Confieso que no me apetece en absoluto, pero no he encontrado una excusa adecuada para anularla. No quiero contrariarla, el acceso al centro médico me divierte y me entretiene.

Confieso que me sorprendió que me propusiera esta cena, pero no he visto nada en su actitud que me indique que pretenda algo más que charlar un rato. Sé la amistad que mantenía con Eleaine y con mi padre y… también sé que los echa mucho de menos. Quizás hablar conmigo le sirva de terapia en ese duelo.

No quiero problemas. Muchas veces llegan de la manera menos esperada, y menos justa también.

Cuando llego a casa, Eve está preparando algo sobre la encimera de la cocina. Está de espaldas a mí.

—Hola, doctora.

—Hola, doctor —me dice con frialdad.

—¡Eh! Lo de eminencia, me gustaba…

Me ignora.

No parece tener ganas de un duelo verbal.

De repente, veo algo en el alfeizar de la ventana que me sorprende.

—¿Dónde está Bruce? —le pregunto angustiado.

Se gira sujetando un cuchillo en la mano. Da algo de miedo.

—¿Tu bonsái?

—Ese mismo. Cuando me he marchado estaba ahí, en el alfeizar de la ventana.

—¡Oh! ¿Se habrá marchado? En la cocina es donde más discutimos, puede que sea sensible a los conflictos.

—Hablo en serio, ¿dónde lo has puesto? Estoy seguro de haberlo dejado ahí.

Se da la vuelta moviendo la cabeza y me ignora.

Salgo de la cocina en busca de mi chico, pero tardo en localizarlo.

Se encuentra en el salón, sobre la mesa principal.

No. No me lo puedo creer.

Su tiesto rectangular, hecho a medida, está partido y él está inclinado hacia delante, con algunas hojas caídas a su alrededor.

¿Cómo ha podido?

Entro en la cocina con mi malherido Bruce en la mano.

—¿Cómo has sido capaz?

—¿Qué? —me pregunta observando a mi pobre Bruce—. ¿Capaz de qué?

—Es evidente, ¿no? ¿No te parece un poco ruin tomarla con mi bonsái? ¿Tanto te ha molestado lo del polvo del extintor? ¿A esta guerra te referías?

Se desprende del cuchillo y se cruza de brazos en actitud defensiva.

—Yo no he tocado tu precioso arbolito…

—Claro que no, se habrá roto solo. Estaba bien colocado en el alféizar de la ventana, la superficie es bastante grande… Estaba intacto cuando me he marchado… Y ahora aparece en el salón, con el tiesto partido y hecho un asco… Y lo niegas… Al menos, ten la valentía de admitirlo.

—La tendría si se me hubiera ocurrido hacer algo así, pero no es mi estilo. Yo no lo he tocado —alza la voz.

Tendría que matarla para que lo admitiera, y ni siquiera así lo conseguiría.

—¿Qué te ha molestado? ¿Qué visite el centro médico? —le reprocho muy alterado—. No te gusta verme por allí, ¿verdad? ¿Y te dedicas a fastidiarme el bonsái? Eso es muy infantil, doctora… ¿Qué has hecho? ¿Tirarlo al suelo? Dime…

—Eres un gilipollas, eso es lo único que pienso decirte.

—¿Eso es todo? ¿Me insultas?

Pasa por mi lado a toda prisa y sale de la cocina.

Joder, está hecho un asco. Me llevará tiempo reparar estos daños.

No me esperaba que fuera capaz de algo así…

Me siento en el taburete completamente desanimado. No estoy así por los daños de Bruce. Se reparará. Pero el hecho de que haya caído tan bajo… Creo que es decepción lo que siento.

El juego de los dardos puede ser entretenido, pero esta línea me parece abusiva.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y me anuncia una llamada.

Harold.

Instintivamente, miro en dirección a la campana extractora de humos, aún no he tenido tiempo de revisarla.

—Harold, ¿cómo estás? Ya he visto que has hecho un gran trabajo. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Falta colocar un filtro, pero aguantará hasta que lo consiga.

—No quiero que te tomes tantas molestias, dime que…

—No son molestias. Siento lo de tu bonsái. Lo he empujado con el soporte metálico al colocarlo en la parte superior. No lo he visto y se ha caído… He visto que los daños no son muy grandes, pero lo lamento.

Me quedo sin habla, sin respiración.

¿Cómo no se me ha ocurrido que Harold ha estado en casa esta tarde?

—No te preocupes, Harold, no es nada, ya lo he arreglado. Bastante has hecho como para lamentar que se haya roto algo…

—Bien, pues ya podéis disfrutar de la cocina de nuevo. Cuando tenga el filtro iré a sustituirlo. La piscina creo que también está lista para que la disfrutéis…

—Sí, así es. Creo que la voy a estrenar ahora mismo.

Cuando cuelga, no tengo claro si ha añadido algo más o simplemente ha dado por terminada la conversación. Harold es muy especial.

Me siento muy mal. He metido la pata hasta el fondo.

52

Eve

Disculpas

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de que el cirujano meta la pata hasta el fondo, y antes de que la vuelva a meter.

—Eve, por favor, sal un momento, necesito decirte algo…

Es la tercera vez que me lo pide. Está al otro lado de la puerta y, de momento, me niego a abrirla.

—Deja de golpear la puerta, ¿aún no te has dado por aludido? No me interesa nada de lo que tengas que decirme.

Sé de lo que quiere hablarme, acabo de hablar con Madison, pero no se lo pienso poner fácil.

—Es importante.

—No me interesa, estoy ocupada y tengo mejores cosas que hacer que escucharte.

—Por favor, abre…

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿No cenabas con Maya?

¡Mierda! ¿Por qué se lo he dicho? Es lo último que hubiera querido pronunciar esta noche. Debe creer que estoy pendiente de ello y se supone que no me importa y que ni siquiera debería acordarme.

—Eso será después, antes quiero hablar contigo.

Después…

O sea que sí hay cena…

Pues ya no le abro la puerta.

—Por favor, Eve…

—Di lo que tengas que decir y lárgate.

—Eve, siento haberte acusado de romper el bonsái. Lo siento mucho. Sé que no has sido tú la responsable…

—Vale, ya lo has dicho, ahora lárgate.

—No lo haré hasta que abras.

—Tienes una cita… Lárgate…

—Pues tendré que posponerla, no pienso moverme de aquí hasta que me abras.

—Pero si ya te has disculpado, ¿qué más quieres? Juguemos a lo de «¿me perdonas, Eve?», «te perdono, Kyle». ¿Eso quieres?

—Vale, me parece un buen juego, pero quiero decírtelo a la cara, no con una puerta que me impida mirarte a los ojos.

Guardo silencio.

Me doy cuenta de que solo estoy pensando en lo que ha dicho respecto a posponer la cita…

¡Dios mío! ¿De verdad me está pasando esto?

Se llama «sexodio»… ¿Por qué me importa esa cita?

Abro la puerta. Es mi manera de luchar contra mi dignidad. Un tema entre yo y yo.

Eso creo…

—Siento haberte acusado de romperlo, sé que fue Harold, me ha llamado. Me he portado como un cretino.

—Sí, eso has hecho. He bromeado muchas veces con ello, pero siempre te he dicho que no soy tan mala persona como para pagarlo con un pobre arbolito, por muy… planta que sea. Y mucho menos en concepto de venganza, como me has acusado. Si quiero joderte, Kyle Andrews, tengo mucho ingenio, mucha imaginación y muchos recursos para hacerlo, de hecho, con no moverme de esta casa en mucho tiempo, ya lo estoy haciendo. No necesito pagarla con una planta.

Sé que esas palabras, las referentes a la casa, le han llegado al alma, si es que tiene. Y sí, que lo considere una venganza, por acusarme de algo que no he hecho.

Le aparto con la mano y salgo del dormitorio, ya no aguanto más tiempo encerrada aquí.

—Y ahora, si me disculpas, voy a seguir preparándome la cena, una que has interrumpido para acusarme de algo que no he hecho.

—Ya me he disculpado. Pero no era necesario que en tu alegato de defensa mencionaras ese «detallito» de la casa.

—Tampoco era necesario acusarme de romper algo sin una puñetera prueba.

—Es más grave lo tuyo. Yo te he atribuido algo que nos has hecho, y no está bien, debería haberme cerciorado antes, pero presumir de que me estás jodiendo con el simple hecho de permanecer aquí…

—Es la verdad, eminencia —le digo dándole la espalda, sabiendo que me está siguiendo.

Al llegar a la cocina deja de hacerlo.

Debe tener prisa por marcharse a cenar.

Un minuto después, su voz resuena desde algún punto del salón con unas palabras que me dejan paralizada.

—Maya me ha mostrado un expediente de uno de tus pacientes… Un tal Arthur… no sé qué.

Se me cae el cuchillo al suelo y el corazón me sube a la garganta.

Salgo a toda prisa a su encuentro. Está apoyado de espaldas a la mesa, con los pies cruzados a la altura de los tobillos. Su expresión no me resulta conocida en él.

—¿Cómo has dicho?

—Solo me ha consultado aprovechando mi visita. No pretendo meterme en nada que…

—Pues no lo hagas. Maya no tenía ningún derecho, ninguno, a hablarte de uno de mis pacientes ni a consultarte nada… —Me cuesta respirar, este tema me ha llegado como una flecha que me ha atravesado.

—Tranquilízate, no tiene ninguna importancia. Me ha dicho que tenías muchas dudas y que eso le ha hecho dudar a ella también… No sé por qué le has pedido que solicite una RMC en Pittsburgh. Está claro que no se trata de ninguna patología cardíaca estructural ni funcional. La ecocardiografía y el electrocardiograma lo dejan claro. No hay signos de insuficiencia, isquemia ni alteraciones en la conducción que justifiquen esa RCM.

Kyle sigue hablando sobre mis dudas y mi diagnóstico hasta reducirlo, de forma muy profesional, a una paranoia mía.

Me molesta escucharlo, me duele, pero sé que tiene razón. Y no puedo culparlo, no está utilizando su particular tono para sacarme de quicio; esta vez no.

Ya ni siquiera me importa que Maya lo haya comentado con él, aunque no debería haberlo hecho.

Verlo ahí apoyado, con esa seguridad, recordándome lo evidente… me hace sentir tan pequeña, tan frágil…

Una fragilidad de la que no consigo desprenderme.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando ve que una lágrima resbala por mi mejilla.

Yo también me sorprendo y me apresuro a apartármela suavemente.

—Solo quería asegurarme de que no tenía nada más… —intento justificar mi metodología —. Y no quiero que te metas en los asuntos de mis pacientes y… Ella no tiene que consultarte nada que tenga que ver conmigo, con mi trabajo —Me voy rompiendo sin darme cuenta conforme voy hablando.

—Eve…

—Yo… Es mi paciente, ¿entendido? Es mi puto diagnóstico y son mis putas dudas…

Las lágrimas ya corren descontroladas y yo solo quisiera que la tierra me tragara.

—Eve, ¿qué te ocurre? Maya solo quería asegurarse de…

Dejo de escucharle. Ahora su voz es lejana. Salgo corriendo.

53

Kyle

Más confesiones

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de ver una reacción en ella de lo más preocupante.

—Eve… —le digo cuando consigo alcanzarla, antes de que entre en su dormitorio.

La detengo sujetándola de un brazo. No entiendo nada de lo que ha pasado.

Al principio se intenta soltar de mi brazo, pero se rinde antes de lo que esperaba.

Cuando consigo que me mire a los ojos, su expresión es la de una persona abatida completamente.

—¿Qué ocurre?

—¡Déjame! Solo quiero estar sola. —Su voz es suave, como si estuviera agotada.

—No, Eve. Quiero saber qué te ocurre. La forma en la que has reaccionado, esas lágrimas… Siento que te haya molestado tanto, pero Maya solo quería despejar las mismas dudas que tú le has transmitido…

—Tú lo has dicho, las que yo le he transmitido…

—¿Qué quiere decir eso?

—Vete, Kyle, necesito estar sola.

—Y yo necesito que me lo cuentes.

—¿Contarte qué?

—¿Qué hay detrás de esa angustia y de ese dolor?

Su respiración es algo agitada. Hay algo que ha desencadenado todo esto… Si estuviera molesta con Maya o conmigo, habría reaccionado de otra manera. No la conozco tanto, pero sé cómo se defiende y cómo ataca.

Le cojo de la mano. Me mira al hacerlo, pero no se resiste.

La conduzco hasta el rincón de las confesiones. Se sienta en el sillón de Eleaine y yo a su lado.

Le ofrezco elegir entre un vaso de agua o una copa de vino. Elige el vino.

—Voy a buscarlo.

De camino a la cocina, llamo a Maya para anular la cena. Le digo que tengo que ocuparme de un tema importante que ha surgido y que no puedo acudir a su casa.

Noto que no le ha hecho mucha gracia. La entiendo. Seguramente haya preparado la cena, y solo la he avisado media hora antes, pero no le he mentido: me ha surgido algo importante de lo que quiero ocuparme.

Cuando vuelvo con el vino y las copas, Eve levanta la mirada.

—¿Por qué has hecho eso? —Su voz es apenas un susurro.

Sé que se refiere a la conversación con Maya: ha debido escucharla.

—Te he preguntado si querías vino o agua… —bromeo para sacarle una sonrisa.

Consigo que la dibuje, pero apenas se mantiene unas milésimas de segundo.

—No me refiero al vino…

—Si te refieres a Maya, lo he hecho porque he querido hacerlo. Es así de simple la respuesta.

—Kyle, te agradezco que hagas… —Se detiene—, lo que sea que estés haciendo, pero estoy bien. Esto no nos pega. Esto no tiene sentido y…

—Eve… —la interrumpo apoyando una rodilla en el suelo, acercándome mucho a ella—. «Lo que sea que estoy haciendo» es querer escucharte. Cuéntamelo… Hagamos que nos pegue…

Guarda silencio y decido animarla un poco.

—Con lo grande que es la casa y esta es la zona que más hemos desgastado. La voy a llamar rincón de las confesiones, ¿te gusta?

—No está mal. Suena algo siniestro, pero se ajusta a la realidad.

—¿Por qué te ha impactado tanto lo que te he dicho? No estabas enfadada, estabas herida. Ni Maya ni yo pretendíamos…

—No se trata de eso —le interrumpo—. Me ha traído recuerdos, me ha confirmado algo con lo que llevo días conviviendo…

—¿Qué te ha pasado, Eve?

—Es una larga historia…

—Empieza a contármela, me interesa.

—La resumiré, Kyle.

—No resumas, cuéntamela entera.

Me mira durante unos segundos y temo que se arrepienta, pero no lo hace. Inicia su relato con la misma voz de derrota que ha admitido que algo le ocurría.

—Estudié en la NYU, en la Universidad de Nueva York. Después cursé la residencia en el Langone Health. Parte de la residencia la hice en una clínica afiliada, la Brighmore, en Manhattan.

Siento un escalofrío cuando escucho el nombre de esa clínica. Sin duda, es una gran clínica, de mucho prestigio, pero no es por ese motivo que la conozco, sino por Gabriel. Pero decido no interrumpirla, no es un tema que ahora tenga sentido tratar. Además, no le he hablado de ello antes. Ella ni siquiera sabe por qué tengo tanto interés en vender la casa.

—Allí aprendí muchísimo al lado de todos los especialistas, incluso me fui haciendo un hueco en el equipo de medicina familiar, junto a un médico que me lo enseñó todo. Trabajé como su asistente prácticamente toda la residencia, compaginándola con las rotaciones.

—Eso te debía dejar poco tiempo libre.

—No mucho, pero me gustaba, era lo que deseaba. En cuanto obtuve la titulación, me dieron un puesto, pero no tenía mis propios pacientes. Hace tres meses, el jefe de mi equipo me anunció que tendría mi propia cartera de pacientes, ya era oficial. Salí a celebrarlo con mi amiga Ruby. Estaba pletórica. Eran las tres de la mañana y me llamaron de la clínica. Yo no estaba en el servicio de guardias, pero recurrieron a mí. En esa clínica hay algunos pacientes con mucho dinero y… también mucho poder en muchos campos. La hija de uno de ellos acudió a urgencias y como estaba en mi cartera, me llamaron.

—No es el procedimiento habitual.

—No, pero estaban algo desbordados esa noche y según a quién, intentaban prestarle el mejor servicio.

—Entiendo…

—Debería haberme negado, no estaba obligada y además llevaba horas de fiesta con Ruby: no estaba en mi mejor momento, pero cometí el error de aceptar porque consideré que acababan de darme una cartera y podría estropearlo todo. La chica había bebido, se quejaba de un dolor abdominal, pero no le encontré nada. Vomitó en el suelo, y apenas hablaba con claridad. Tenía veinte años y lo que más le preocupaba era que se enterara su padre. Era algo prepotente. Más que pedir, exigía, igual que la amiga que la acompañaba. No sé si el alcohol suyo o… el mío enmascaró el diagnóstico, pero le sugerí que se marchara a casa y durmiera. Concluí que había

bebido mucho. Eso fue todo.

—¿Y qué pasó?

—A las pocas horas, cuando yo ya no estaba, volvió en un estado bastante peor. Tenía un apéndice perforado y la tuvieron que intervenir de urgencia. Fue una intervención de riesgo.

—Ya… ¿Y eso tuvo consecuencias para ti?

—Sí, su padre exigió mi despido y me juró que se aseguraría de que no pudiera trabajar en todo el estado. La clínica no quiso perderlo como paciente. Habría más intereses, por supuesto, pero los desconozco. El día que llegué a trabajar, después de ese episodio, me informaron de lo ocurrido y me entregaron el despido. También, me contaron que… mi amigo, Caleb, mi compañero, con el que compartí mis años de facultad y el resto de formación, había afirmado que cuando llegué a la clínica me encontraba en un estado «lamentable». Se escudó alegando que me pidió que me marchara.

—¿Y era verdad?

—No, claro que no. Ni llegué en ese estado ni me pidió que me marchara. Lo vi cuando llegué a la clínica aquella noche y le conté lo sucedido, como siempre hacíamos con todo lo que nos ocurría. Le dije que había salido con Ruby a celebrarlo, de hecho, él lo sabía. Era mi confidente. Él estaba cubriendo una guardia voluntariamente para ganar un dinero extra aquella noche y por eso lo encontré allí. Lo comentamos entre risas. Incluso me dijo que, si él hubiera podido ocuparse, habría impedido que me llamaran. Pero no fue eso lo que contó en su declaración.

—¿Hubo juicio?

—No, me refiero a su declaración interna.

—¿No hablaste con él?

—Sí, lo hice y no lo negó. Me dijo que era su obligación decir lo que vio, incluso me dio un discurso moral. Era como si le hubieran lavado el cerebro, como si fuera otra persona. Fueron muchos años como compañeros. Le ayudé en muchos momentos y él a mí, pero aquella noche, no solo no lo hizo, sino que mintió. Yo no llegué en un estado lamentable, eso era completamente falso. Solo bebí una copa, Kyle, una puta copa. Mi error fue contárselo. Y… bebérmela, eso también lo asumo. Y no negarme a acudir a la clínica. Debería haberles dicho que estaba en la otra punta del estado o cualquier excusa que se me hubiera ocurrido, pero tuve que ir…

—¿Por qué hizo eso tu amigo? ¿Por qué no te intentó echar una mano? Aunque fuera no mencionando lo de que habías bebido.

—Ocupó mi puesto unos días después. Llevábamos tiempo luchando por lo mismo, pero nunca creí que eso pudiera hacerlo cambiar así.

—Joder, qué gran compañero.

—Y desde ese día he recibido muchísimas respuestas rechazando mis solicitudes. Mi experiencia está allí, todo está allí. Eso también fue un error: centrarlo todo en un solo lugar. Si el informe no es favorable, no tengo nada que aportar a un trabajo. Cuando piden referencias… me rechazan.

—Eso es denunciable en muchos aspectos. Empezando por la forma en que te avisaron, el despido, las amenazas… No soy abogado, pero he visto muchas cosas en el hospital.

—No quise entrar en ese pleito. No tenía nada que ganar, Kyle. He estado dos meses muy jodida, recibiendo rechazo tras rechazo. Cuando vine a Saxonburg, mi madre, en su vídeo, me dijo que si me encontraba en la misma situación y quería cambiar de aires… que hablara con su amiga Maya.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre. Aún no sé por qué, pero la última vez que hablé con ella, poco antes de que partiera al Congo, estaba tan hundida que me desahogué con ella y le conté lo que me había ocurrido. No te confundas, es una excepción, ni mi madre sabía nada de mi vida, ni yo de la suya. Solo fue casualidad.

—¿Y por eso tienes un trabajo aquí?

—Sí. Fui a visitar a Maya y hablé con ella. Fue después del funeral, después de abrir el testamento.

—Entiendo…

—Me ofreció el trabajo, estaba al corriente de lo sucedido. Y acepté porque me pareció que era la única manera de estar en contacto con la medicina, al menos, de momento.

—Por eso no querías vender la casa…

—Ni siquiera sabía que había una casa. Llegó todo junto y quise aprovecharlo. No pretendo quedarme aquí, pero lo considero un paréntesis necesario para seguir. No tenía nada cuando llegué, nada. Kyle.

—¿Y qué relación tiene con lo que te ha pasado hoy?

—Que desde el día que atendimos a ese anciano, a Ernest, me siento insegura. Nunca fue así antes. Ese día, cuando fui al centro médico, me bloqueé, ni siquiera sabía qué debía buscar. Pensé que era un bloqueo momentáneo, después desapareció, pero me ocurre con frecuencia. Siento miedo de fastidiarlo todo otra vez. Me da pánico no acertar en un diagnóstico. Todo lo que atiendo aquí, son pequeñas dolencias, enfermedades comunes, nada que requiera una atención específica. Pero ese hombre, Arthur, no deja de quejarse de dolor en el pecho, en la mandíbula, en todas partes. Las pruebas son claras, pero tengo miedo de estar equivocándome.

—Por eso estás a punto de matarlo de tantas pruebas que quieres hacerle…

—Por eso. Se lo comenté a Maya y ella vio lo mismo que yo, pero he insistido tanto que he debido crearle dudas, incluso a ella, que conoce bien a ese paciente. Mi carrera se ha ido a la mierda, Kyle, de todas las maneras posibles…

Cuando afirma eso, oculta su rostro entre sus manos y escucho su llanto.

Me rompe verla así.

Me levanto a toda prisa y la levanto del sillón.

—No, Eve, eso no es cierto —le digo mientras la abrazo.

Se aferra a mi cuerpo y llora.

Nunca olvidaré lo que sentí en ese momento.

Habría matado por protegerla y por evitar que se sintiera así. Y eso jamás me había ocurrido antes con nadie.

Permanecemos abrazados tanto tiempo que temo dejarle marcados mis brazos en su espalda…

54

Eve

El agua

Quinto día de nuestra nueva etapa. Cuando estrenamos la piscina.

Siento el golpe del aire fresco en la cara en cuanto salimos al exterior. Un leve escalofrío me recorre la espalda, aunque no sé si es por la temperatura o por lo que acaba de pasar.

Kyle no ha dicho nada después de que me rompiera en sus brazos. Solo me ha cogido de la mano y me ha guiado a través del jardín, como si supiera exactamente lo que necesito sin necesidad de explicaciones.

Es tan extraña la situación… Me siento como si estuviera flotando y me dejo llevar. El contacto con su mano hace que me estremezca a cada paso.

—¿Piensas ahogarme? —le pregunto con una mezcla de cansancio y sarcasmo cuando Kyle abre la puerta de cristal que da acceso a la piscina cubierta y me hace pasar antes que él.

Siento un vacío extraño cuando nuestras manos se separan. Ya no siento frío, pero no sé si se debe a la temperatura del recinto o a mi propio cuerpo.

Estoy fatal, lo sé. Esto es preocupante. Pero prefiero pensar que después de romperme emocionalmente, no puedo actuar con claridad. Ese es un buen argumento para convencerme de por qué siento toda esa extraña mezcla de emociones.

—Aún no lo he decidido… No tientes la suerte —me responde con una sonrisa mientras se encoge de hombros.

La escena que se presenta ante nosotros me desconcierta: es una escena íntima, sin duda, y no consigo asimilar cómo encajamos aquí él y yo.

«Solo es una piscina», me digo. Pero sé que hay algo más.

Hasta hace un par de horas estábamos discutiendo en la cocina, y en el pasillo, y en el salón… Y ahora estamos frente a un pequeño paraíso: una superficie iluminada de forma tenue, con una decoración floral a lo largo de todo el perímetro y un ligero vaho que sobrevuela la superficie del agua.

Y silencio…

La humedad del lugar se pega a mi piel. El aire huele a cloro y a madera. Y mi cerebro está colapsado.

—¿Un baño? —me pregunta.

—¿Ahora? —Hago una mueca de sorpresa, como si en ningún momento me hubiera pasado por la cabeza que hemos venido hasta aquí dispuestos a bañarnos.

—Ahora, doctora Andrews. En tu estado, es recomendable.

—¿Cuál es mi estado, eminencia?

—Pura confusión… Pero no te preocupes, yo siento lo mismo, así que… Lo mejor es dejarse llevar.

Se acerca a mí lentamente. Es una escena tan seductora que tengo que abrir los ojos para cerciorarme de que esto está pasando.

Él…

Yo…

Y una preciosa y romántica piscina por delante…

Esto es de locos, pero lo último que querría es salir de aquí.

—No —le contesto tajante a su propuesta—. No me baño.

Kyle me observa, ladea la cabeza y se echa a reír.

—Sí te bañas. Elige: desnuda o vestida.

Le lanzo una mirada asesina y se echa a reír. Antes de que pueda reaccionar, empieza a quitarse la camisa. Me quedo paralizada por un segundo. No es la primera vez que lo veo sin camisa, pero hay algo diferente esta vez. Quizás es que hay más luz, o que el vapor le proporciona un color brillante a su piel, o la forma en que sus abdominales se marcan con las luces azuladas del techo. No está haciendo nada que no haya visto antes, pero, joder, lo odio un poco por ser tan guapo.

—Estás muy callada, Andrews. Empiezo a preocuparme —me dice con una ceja arqueada mientras se desabrocha el botón de su pantalón.

Eso me saca del trance.

—Veo que estás dispuesto a bañarte desnudo, eminencia, pero no cuentes conmigo. Si quieres te miro, creo que eso te gusta… —le digo volviendo a recuperar mis ganas de batalla.

Se desnuda por completo. Yo mantengo la mirada en su cuerpo. Lo recorro. Disfruto y… sé que de esta manera lo provoco.

Estoy esperando su siguiente paso. Sé que vendrá a quitarme la ropa y lo espero con ansia. Seguro que él lo sabe. Es un juego, pero ambos estamos extrañamente disfrutando.

En menos de un segundo, siento cómo me levanta del suelo.

—¡Kyle! —grito mientras me aferro a sus hombros, pero él ya está corriendo hacia la piscina conmigo en sus brazos.

El impacto con el agua es tibio. Nos sumergimos juntos. Cuando salgo a la superficie, jadeando, me aparto el cabello de la cara y le dedico una mirada de odio que lo único que provoca en él es una carcajada.

—Imbécil —le suelto empujándole el pecho.

Por suerte, tocamos el suelo, no estamos en la parte más profunda, si es que la hay.

—Estás preciosa con la ropa pegada al cuerpo —me provoca sin dejar de reír.

Me dirijo hacia una esquina de la piscina. La ropa me pesa y me impide moverme con naturalidad.

Ahora que estoy más despejada, que ya no floto ni tengo sobre mí el peso del cóctel de emociones vivido en el salón, debería salir de aquí. Ya no estoy hipnotizada, el agua me ha despejado de golpe el entumecimiento, pero es lo último que pienso hacer.

Se acerca, demasiado. Me acorrala contra la esquina de la piscina y acerca sus labios lentamente a los míos. Saben a cloro y a placer puro.

Su mirada ya no es desafiante ni provocativa, hay algo en ella que me estremece.

—¿Qué estás pensando? —me sorprende preguntando cuando separa sus labios.

—No quieras saberlo.

—Venga, solo una palabra… Una que me guíe sobre lo que hay dentro de esa preciosa cabecita…

Apoya sus brazos sobre el borde de la piscina, sobre mi cuello, como si fueran un collar.

—Una vez… —le empiezo a decir—, hace unas semanas… le conté a mi amiga, a Ruby, lo que ocurrió en el motel… Era antes de saber que eras… quien eres.

—Ajá… —me dice besándome el cuello.

—Me preguntó que por qué lo había hecho…

—¿Tenía que haber una razón?

—Sí, no suelo ir follando con el primero que me encuentro en un bar…

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿Y qué hizo que yo fuera tan afortunado en que rompieras tus reglas?

—En primer lugar, el motel era cutre y quería olvidarlo.

—Buen motivo —me dice mientras apoya su frente en la mía—. ¿Qué más?

—En segundo lugar, me pareciste atractivo…

Asiente con la cabeza.

—Te entiendo, yo opino lo mismo de mí…

Le golpeo en la espalda con la poca libertad de movimiento que tienen mis brazos.

—Y, en tercer lugar, y no menos importante… Tu olor.

—¿Mi olor? ¿Te gustó mi perfume?

—Aquella noche me pareció que olías a pecado… —le suelto como el que habla de la buena temperatura que tiene el agua.

Me mira fijamente con una expresión muy seria. ¿He dicho algo malo?

—¿Y hoy? ¿A qué huelo hoy? —me pregunta mientras me desabrocha los botones de la blusa.

—A cloro…

Suelta una carcajada.

—¿Te gusta el cloro, Eve, o te gusta más el pecado? —me pregunta, pero ya no puedo responderle. De nuevo, me besa, pero lo hace con una ternura y un ritmo que me descoloca.

No sé dónde están aquellos mordiscos, aquel frote de cuerpos ansiosos y torpes que chocaban y buscaban saciar el fuego con rapidez.

—Eve… —me susurra al oído, y el sonido de mi nombre me desarma.

Me desnuda a toda prisa, me besa lentamente.

Me impulsa con un movimiento brusco y me sienta en el borde de la piscina. Sale de un salto y estira de mí, sujetándome de la mano.

Me conduce hasta la alfombra de hierba artificial y se tumba sobre mí.

Me retira todos los restos de cloro que pueda tener con la lengua mientras yo serpenteo sobre la alfombra de hierba, notando cómo me rasca la espalda.

Se abre paso entre mis muslos.

Su lengua…

Sus dedos…

Y…

Entra…

Dentro…

De mí…

Sí…

El grito que sale de mi garganta rebota en las paredes del recinto, como un eco.

Sonreímos.

Más besos.

Y esta vez, no huyo, no desaparezco a toda prisa.

Es que esta vez… ¡Joder! Esta vez ha sido diferente.

Es más que pecado…

55

Kyle

Tiempo

Quinto día de nuestra nueva etapa, después de estrenar la piscina.

—¿Por qué es tan importante ese bonsái para ti? —me pregunta desde el otro lado de la cama, mientras los dos miramos al techo.

Después del «momento baño» y el «momento hierba», hemos optado por uno menos húmedo: mi cama. No sin antes secarnos frente al fuego, prepararnos una cena fría y rápida y bebernos una copa de vino mientras el tema principal de la conversación era la decoración de la casa y algunas anécdotas sobre la vida de estudiantes de medicina.

Paz.

Eso es lo que se ha respirado en las últimas horas. Y una complicidad en la que prefiero no pensar.

Después, la llama se ha vuelto a encender, de ahí que ahora miremos el techo de mi dormitorio, tumbados el uno al lado del otro como momias, buscando un tema de conversación. El bonsái ha sido el elegido.

—Perteneció a mi tía. Fue como una madre para mí, me crie con ella.

—¿Por eso lo quieres tanto?

—Es más que eso. Cuando mi tía murió hace cuatro años, lo conservé porque me recordaba a ella. No sé cómo sobrevivió, la verdad es que apenas lo cuidaba, pero aguantó. Lo regaba de vez en cuando, y poco más. Tenía mal aspecto, pero estaba vivo —Hago una pausa y le paso la mano por encima de la cabeza para acercarla a mi cuerpo. Necesito esta intimidad, y ella no pone resistencia—. Aunque no te lo creas, los dioses y las eminencias también cometemos errores…

—¿En serio? —me pregunta de forma muy teatral.

—En serio. Acabo de confesarte algo muy importante, no lo compartas con nadie. Somos perfectos, tocamos el cielo con cada intervención, nunca nos equivocamos… Le damos la mano a Dios cada día, al menos tres veces, pero… a veces, solo a veces, también aparece esa forma humana que conservamos, y nos equivocamos.

—Vaya, eso debe ser duro… Pero por suerte, son pocas, ¿no?

—Sí, son pocas, pero jodidas.

Se echa a reír.

—Un día, hace dos años —continúo—, se presentó un caso poco frecuente que me interesaba mucho e hice todo lo posible para que me permitieran participar en la intervención. Mi tutor, al que admiraba y respetaba, me preguntó varias veces si me sentía preparado, y la respuesta fue afirmativa una y otra vez. Hubo una incisión de poco menos de un milímetro errónea que provocó una hemorragia que casi le cuesta la vida a un paciente, por suerte no fue así. Estaba rodeado de un gran equipo y se pudo solventar con éxito, pero le compliqué mucho la vida al paciente y al equipo. Cometí un error de principiante. No había dormido en toda la noche. Mi amigo Gabriel había tenido un problema y acudí a ayudarlo. Dormí dos horas y cuando llegué a quirófano, la pregunta que siempre se hace antes de entrar: «¿Te sientes en condiciones de dirigirla?», contesté que sí. Y a todas las preguntas previas que nos hacemos, también. «¿Descansado?», «¿Puedes con esto?».

—Pero no lo estabas…

—No. Solo mi ambición estaba intacta.

—¿Hubo consecuencias?

—No, yo era residente, ya sabes que funciona de otra forma, pero perdí la confianza de mi tutor que, a base de insistencia, acabó por hacerme confesar que no estaba preparado aquel día. Aquello me creó una inseguridad que me hizo retroceder mucho en mi formación.

—¿Cómo recuperaste la confianza?

—Con el bonsái. Un día, decidí darle vida. Crecí con las frases de mi tía: «Tú puedes», «Nunca te rindas», «Plántale cara a los errores». Y ese tipo de ánimos constantes. Mi tía era así: una luchadora. Ella fue la que me empujó a estudiar medicina recordándome mi pasión desde pequeño y también la que me animó en la especialidad cuando tuve millones de dudas.

»Por eso decidí dedicarme a cuidar a Bruce: era como un homenaje a ella. Estudié cómo podarlo, regarlo y todo lo que necesitaba el pobre árbol. Lo reviví. La poda es tan meticulosa y tan precisa que me ayudó a volver a creer en mí. Convertí sus hojas en una obra de arte, y mientras lo hacía, me relajaba y dedicaba horas a convencerme de que era un buen cirujano. Una mezcla entre precisión, pulso, meditación y ánimo. Le puse Bruce, en honor a aquel paciente. Y ahora lo sigo cuidando. Me recuerda a mi tía y me recuerda que hay que seguir luchando, aunque se cometan errores.

—Entonces préstamelo, es justo lo que yo necesito, excepto la precisión y el pulso.

Le levanto la barbilla para que me mire.

—Eve, lo que te pasó en esa clínica fue injusto. Sí, cometiste el error de acudir sin estar en condiciones, pero también era culpa de la clínica. Ellos nunca te dieron la confianza de sentir que podías negarte sin consecuencias. Tu amigo no ayudó y ese señor de tanta pasta simplemente luchó por su orgullo, su ego, su hija y la rabia que tendría de saber que, a pesar de un apéndice en mal estado, también iba borracha como una cuba. Pero debes pensar que trabajar en esa clínica mientras eres residente, no es algo que muchos consigan y tú lo hiciste. Conozco compañeros que hubieran matado por hacerlo.

»Volverás a creer en ti, solo búscate un «bonsái» que te recuerde quién eres y qué quieres. Y en cuanto a las oportunidades… Tendrás más cuando vuelvas a Nueva York. Y si no es así, yo puedo presentarte a alguna persona que podrá ayudarte…

Eve, me mira con los ojos envueltos en lágrimas. Asiente con la cabeza y me dedica la mejor sonrisa que he visto hasta ahora en su rostro.

Conozco su conflicto. Eso me une más a ella porque hemos vivido algo parecido.

Eso me da un poco de miedo, la verdad.

—Pero deja al pobre Arthur en paz, no lo tortures con más pruebas…

Me da un codazo y la tensión vuelve a desaparecer para dar paso a una guerra absurda y divertida de almohadas.

Joder, qué guapa está con el pelo revuelto y los ojos aún brillantes por las lágrimas.

56

Eve

Acuerdos

Primer día después de firmar la paz definitiva.

Mientras observo mi triste frigorífico y soy consciente del poco tiempo que le he dedicado a hacer la compra, abro el de la eminencia. Lo hago sigilosamente.

Cuando me he levantado, dormía profundamente. Yo llevaba más de una hora dando vueltas en la cama, pensando en todo lo que ocurrió ayer y preguntándome qué es lo que ocurrirá hoy.

No he encontrado respuesta. ¿Cómo voy a encontrarla?

—¡Eh! Te he pillado. Por eso quería hablar contigo.

Escucho su voz a mi espalda. Severa, fría…

Me doy la vuelta lentamente y lo observo con atención, intentando ver en su rostro alguna pista que me ayude a saber qué me voy a encontrar hoy.

—Solo quería… —empiezo a justificarme con timidez.

—No, no te justifiques, estabas a punto de robarme.

Alzo una ceja, me cruzo de brazos y se echa a reír. En cuanto quiero darme cuenta, me alza en sus brazos y me sienta en la isla.

—Quiero hablar contigo —me dice abriéndome las piernas y haciéndose paso entre ellas.

Está muy cerca. Está muy serio. No sé qué esperar.

—¿De qué quieres hablar?

—Quiero saber qué nos espera… ¿Volvemos a las discusiones, con algún insulto de por medio y acusaciones despiadadas? ¿Volvemos al «momento motel»? ¿Al «momento piscina»? ¿Seguimos con las confesiones? ¿Tú, tu lado de la casa y yo el mío? ¿Tú, tus horribles desayunos y yo observando cómo maltratas tu organismo? ¿Tú, tu frigorífico y yo el mío, sin robar? ¿Tú la doctora, yo la eminencia? ¿Seguimos recurriendo a la chimenea como el lugar de las confesiones? Hay que establecer las condiciones de convivencia.

—Ya… Tienes razón. Habrá que establecerlas.

—Siempre la tengo, eso no es nada nuevo.

—¿Hay que elegir entre todas esas opciones?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué tal un poco de todo? El momento motel está bien, el momento piscina, no está mal… ¡Relaja! Discutir contigo no es algo a lo que vaya a poder renunciar, así como así. Eres un gilipollas muchas veces y creo que callarme va a ser difícil. Y las divisiones de la casa me parecen justas. Tú, tu sillón, yo el mío. No toques mi cojín, yo no tocaré tu bonsái. El desayuno… Estaré encantada de probar uno saludable si te ofreces a hacerlo, si no… me prepararé el que me dé la gana y te mantendrás calladito. En cuanto a los insultos… Me comprometo a no hacerlo si dejas de ser un gilipollas al menos un setenta por ciento menos de las veces. Y… el rincón de las confesiones está bien… Establezcámoslo como el lugar oficial donde ser sinceros.

—Eres buena negociadora, me parece justo. Pero no has incluido lo de robar comida…

—Eso me comprometo a no hacerlo, recurriré a tu caridad cuando no tenga que echarme a la boca…

—Bueno, si me lo suplicas debidamente…

—Lo haré.

—¿Nada de calcetines rojos en la colada?

—Nada de eso. Pero aún no me lo has devuelto.

—¿Quién te lo regaló?

—Ruby, para hacerme reír. Sigamos negociando.

—Procura que el cojín esté a la vista lo menos posible… Hace que el cerebro sufra. Somos médicos, debemos anteponer la salud a cualquier otro elemento emocional…

—Me parece justo. Lo guardaré en el baúl que hay junto a la chimenea.

—Eso es… —Finge estar emocionado—. Eso es un gran gesto por tu parte… No es cualquier cosa renuncia a esos hilos dorados, con esas manchas plateadas y todos los colores del arcoíris en su máxima intensidad… Y los bultitos de color rosa…

—Son flores hechas con lana.

—Eso no puede formar parte de nuestro salón. Va en contra de la naturaleza…

Le golpeo en el brazo de forma cariñosa y niego con la cabeza. Menudo payaso…

—Bien, hemos llegado a un consenso de convivencia… —Añado cruzándome de brazos.

—¿Deberíamos estrecharnos la mano para establecer el acuerdo?

—¿Qué tal si lo hacemos por escrito?

—¿Qué tal si lo sellamos con un «momento motel»?

Finjo estar pensando…

—Me parece justo, eminencia.

Y así es como acabamos encima de la isla, destrozándonos la espalda y las rodillas.

Sí…

Esta es…

La mejor…

Manera…

De sellar un acuerdo…

Esa lengua…

57

Eve

El rincón

Primer día de paz después de los acuerdos.

Salgo de la ducha dispuesta a reencontrarme con mi «nuevo» compañero, deseando comprobar qué me voy a encontrar en esta nueva etapa de paz.

Hay mucho silencio en la casa: debe encontrarse en el jardín, es la única explicación. Porque mi hermanito es de todo menos silencioso. Si está dentro de la casa, a menos que esté durmiendo, su presencia siempre se hace notar.

Lo localizo, para mi sorpresa, en la única parte de la casa que no frecuentamos. Es la del pasillo más largo, la que desemboca en las tres habitaciones que mi madre y su padre dedicaban a su vida profesional: los dos despachos y la sala de lectura y proyecciones.

Está delante del que fue el despacho de su padre. No ha entrado. Tiene la puerta ligeramente abierta y sostiene el pomo.

Me acerco lentamente.

Se gira y me ofrece una media sonrisa.

—No soy capaz de entrar, ¿te lo quieres creer? —me confiesa, con una voz entrecortada que delata cierta angustia.

—Yo tampoco —le confieso. Me mira como si le sorprendiera y después vuelve a dirigir su mirada al interior de la estancia. Esta vez suelta el pomo y empuja un poco más la puerta. La luz está apagada, pero en el techo hay una apertura que deja entrar un pequeño hilo de luz.

—¿Crees en el destino, Eve?

—No. ¿Por qué?

—Porque creo que todo esto debe ser obra del destino, ¿cómo explicarlo de otra forma? Todo lo que ha pasado… Tú… Yo… La forma en que nos conocimos… Todo lo que había detrás. Los dos vivíamos en Nueva York, el motel, el día que te vi en el hospital, tu vinculación con la mujer que provocó el accidente; la conversación con tu madre hablándole de tus problemas con el despido… Maya… La herencia de la casa, ese trabajo que necesitabas… Mis dos meses de descanso…

—¿Dónde quieres llegar?

—De no existir todo eso, tú y yo habríamos venido al funeral y habríamos llegado a un acuerdo para vender la casa y… ahí habría acabado la historia.

—Sigo sin entenderte, Kyle…

—Es que mi teoría es algo rebuscada, pero creo que ha sido el destino, Eve. Creo que él es el encargado de orquestar todo esto para que los convirtamos a ellos en padres, aunque solo sea por un tiempo. Para que hablemos de ellos, nos conozcamos y lo que nunca fueron, lo sean por un pequeño tiempo. Vivimos en su casa, con sus cosas, conociendo parte de su historia… Les hemos dado vida en ese papel que tan mal ejecutaron: el de padres. De otra manera, este lugar sería historia y también ellos…

Guardo silencio. Su relato me está removiendo todo lo que llevo dentro, puede que por esa razón nunca antes haya tenido valor de atravesar este pasillo.

—Eve… —me dice cuando se gira y ve las lágrimas descender por mis mejillas—. Yo… Lo

siento, no pretendía…

Me acerca a su cuerpo y me abraza regalándome un bálsamo al que podría acostumbrarme.

—Salgamos de aquí… Lo mejor es que vayamos a las confesiones.

—¿A las confesiones?

Me da la mano y tira de mí hasta llegar al salón. Suponía que se refería a los sillones que hay frente a la chimenea, pero no esperaba que encima de ella hubiera un cartel escrito a mano con una letra impecable que indicara «Rincón de las confesiones», como nos hemos referido en alguna ocasión.

¿Un cartel?

¿De verdad?

Suelto una carcajada.

—¿Te gusta?

—Es lo más hortera que he visto nunca, pero me gusta.

—Eso es porque tú también eres una hortera. He descubierto que me parezco un poco a mi padre. Esa manía de rotularlo todo, de colocar iniciales por todas partes… Esto es como un homenaje, ¿no te parece?

Nos sentamos frente al fuego, que él se encarga de avivar. No me explico cómo a principios de mayo la temperatura puede seguir siendo tan baja en la casa.

—Hablemos de ellos… —me propone.

—No sé si es buena idea, Kyle, yo no tengo mucho que contar. Cuéntame tú cómo… —Me detengo—. Me hablaste de tu tía… ¿Te criaste con ella? ¿Y tu madre? ¿Murió?

—Mi madre no existió nunca. Es decir que me gesté dentro de un útero, no en un laboratorio, pero… no era una madre como tal. Era un vientre que contrató mi padre.

Eso me deja helada.

—¿Naciste de un vientre de alquiler?

—Sí. Quería tener un hijo y decidió tenerlo de ese modo… —Se cruza de piernas—. Cuenta la leyenda que, en mi primer año de vida, mi padre, que todavía daba clases en la universidad, ejerció como padre y me dedicó tiempo, pero después llegó el mundo de la investigación y la observación y su vida se trasladó a Hawái, Alaska, Yellowstone… Nuestra relación consistía en varias llamadas al año, una para el cumpleaños, otra sin motivo, algún día de Navidad y alguna visita de uno o dos días. Mi tía cuidó de mí. Ella y mi tío no pudieron tener hijos, así que me acogieron con mucho entusiasmo. Mi tío murió dos o tres años después y ella me crio sola. Mi padre se ocupó de mi manutención, eso sí. Nunca me faltó de nada. Siempre fue muy generoso a la hora de cubrir mis gastos. Siempre he sospechado que… lo del vientre de alquiler fue un regalo para ella… Como no podía tener hijos…

—¿Qué? Eso es muy rebuscado. Si ella hubiera querido, lo habría hecho ella misma…

—No, ella nunca lo hubiera hecho. Quería un hijo, pero nunca se atrevió a adoptarlo, mi tío era algo reacio a ello. Sin embargo, un sobrino caído del cielo… bebé…

—Eso es terrible. Kyle. ¿Estás seguro?

—Es lo que creo, Eve. Mi padre y mi tía siempre estuvieron muy unidos, hasta que desapareció con su mundo de volcanes. Una vez se lo pregunté a mi padre y se echó a reír, ni siquiera se molestó en negarlo.

—¿Y a tu tía? ¿Se lo preguntaste a ella?

—No, sabía que eso le dolería. La quería mucho, era… mi madre —Hace una pausa. El recuerdo de ella le ha emocionado—. Un día, hace diez años, creo, mi padre me dijo que se había casado y que se trasladaba a Pensilvania, a sus orígenes. Como te dije, él era descendiente de los

alemanes que llegaron y fundaron Saxonburg… Eso es todo. Fuimos hablando de vez en cuando y nos vimos alguna vez. Fin de la historia. ¡Ah! A su favor, diré que alguna vez me había dicho que estaba orgulloso de que fuera médico y me animaba a ser feliz con mi trabajo. Era lo más profundo que podíamos hablar, lo demás siempre era muy superficial. Fue siempre un desconocido.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Hace dos o tres meses, no lo recuerdo bien, tendría que buscarlo. Me habló de esa expedición. Pero fue una conversación más. Diez minutos, creo. No estaba nada mal, normalmente eran más breves.

—¿Qué sientes por él?

—Mi tía me educó respetando su trabajo e intentando que lo comprendiera. Te mentiría si te dijera que nunca eché de menos un padre, pero estaba acostumbrado. Hoy, entiendo que es una forma de vivir, que cada uno elige la suya, pero… yo nunca tendría un hijo para no poder estar a su lado. En cualquier caso, si algo tengo claro es que hizo lo que más quería y vivió como quería vivir. Te toca…

Cuando me invita a hablar, me pregunto si yo tengo algo que añadir que no haya dicho él ya…

Las historias son parecidas.

Pienso en eso que él ha llamado destino y me pregunto de qué forma, si existe, ha pensado en nosotros dos. De momento, él solo se ha referido a él para enfocarlo sobre nuestros padres.

¿De verdad estoy pensando en él y en mí y en el destino?

58

Kyle

De destinos va la conversación

Primer día de paz, después de hablarme de su padre.

—Cuéntame tú ahora cómo fue la relación con ella, con tu madre. Háblame de tu padre… —le pido deseando que sea su turno.

—No existe mi padre. La explicación de que yo viniera a este mundo es que durante un tiempo que pasó en Boston, para trabajar en un proyecto de investigación, se acostó con varios tíos y se quedó embarazada. «No sé cómo ocurrió, pero ocurrió», me dijo cuándo me lo contó. Siempre me habían dicho que mi padre había muerto en un accidente durante su embarazo, pero empecé a hacer preguntas cuando era adolescente y mi abuela le pidió que me lo contara, aunque debió pedirle que lo hiciera de otra manera, claro está. Podía haberle puesto algo de glamour, pero me soltó tal cual.

—No me extraña que fueran felices, eran tal para cual. Al menos sabes que parte de tus orígenes son de Boston… Ya sabes más que yo. No tengo ni idea de dónde era la mujer que él contrató para gestarme.

Me echo a reír.

Mientras lo hace, mientras me deleito con esa sonrisa que tan pocas veces he visto, me dirijo a la cocina y vuelvo poco después con dos cervezas.

—Brindemos por ellos…

Alzamos las botellas y ambos sonreímos de una forma distinta, quizás con algo de nostalgia.

—Desde que estoy aquí, me cuesta hablar de él… Creo que soy consciente de que es el final… Nunca antes me había ocurrido —le confieso algo sorprendido de mis conclusiones.

—A mí me ocurre igual, por eso no he podido entrar en ese cuarto. Sé que me voy a enfrentar a algo que me va a doler.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—Poco antes de marcharse a esa expedición del Congo. Ese día estaba desesperada, como te conté, y le hablé de mi despido, de cómo me sentía. Me desahogué con ella.

—¿Nunca le habías contado nada personal?

—No, tenía la misma relación que tú has descrito. Alguna llamada, alguna visita, algún regalo que llegaba por Navidad mediante un mensajero y alguno que trajo personalmente… Cumpleaños, Acción de Gracias y solo unos cuantos, ni siquiera todos —Hace una pausa y se le escapa un suspiro entrecortado—. Lo más íntimo que compartí fue aquel día, aquella última llamada.

—¿Qué te dijo?

—Que todo iría bien, que confiara en ello. Solo eso.

—¿Y aun así no crees en el destino?

—No, no creo en él…

—¿Y cómo llamas a todo lo que ha pasado? Tantos hechos juntos, tantas historias que acaban por unirse…

—Casualidades, así las llamo yo.

—Casualidades… ¿No son demasiadas?

—Sí, lo son, lo que lo convierte en… demasiadas casualidades.

—O sea que, según tu teoría yo… y todo lo que comporto, soy una casualidad.

—Mi peor casualidad.

—¿Tu peor casualidad? —le digo ofendido—. ¿Eso crees?

—Lo creí durante un tiempo…

—¿Y ahora?

—Ahora también, solo que antes me caías muy mal y ahora… un poco mejor.

—Eso que acabas de decir me ha hecho añicos —Me levanto sobreactuando de forma exagerada—. Kyle… ¡Mi peor casualidad! Eso es muy duro, muy duro… No me lo esperaba…

Se echa a reír y vuelve a hipnotizarme.

—¿Dónde vas? —me pregunta divirtiéndose cuando ve que tengo intención de alejarme.

—Me voy, solo espero que seas consciente de que me has hecho pedazos con ese espantoso título que me has dado. Espero que recapacites, que seas consciente del daño que has hecho y que vengas a buscarme y… me compenses.

—Está bien… —me dice resoplando—. ¿Dónde puedo encontrarte si decido compensarte?

—En la piscina… Compénsame allí. Estaré… desnudo.

Escucho su risa mientras salgo de la casa en dirección al recinto cubierto que ayer convertimos en una especie de paraíso.

Cumple su palabra y aparece minutos después.

Estoy desnudo.

Ella sobre mí, acariciando mi erección con la boca.

Ya no puedo pensar…

Sí, si puedo.

Quiero que deje de llamarme casualidad y me llame destino. Porque eso es lo que quiero ser.

Y…

Esto…

Cuesta…

Entenderlo…

Sigue… Sí, sigue…

59

Eve

Tus manos

Tercer día de paz, cuando hay que volver al trabajo.

—Ven, corre, tienes que hacer algo antes de irte a trabajar.

—Quedan dos horas… ¿Por qué me has despertado? —le digo mientras intento luchar por seguir hecha un ovillo bajo las sábanas.

—Lo que vamos a hacer requiere tiempo —me anuncia mientras tira de mí y me conduce hacia el baño.

—¿Qué estás haciendo?

—Date una ducha, tienes que estar despejada —me ordena antes de desaparecer.

Estoy aturdida y no tengo fuerzas ni para preguntarle ni para discutir sus órdenes. Hago lo que me pide y veinte minutos después me encuentro en la isla de la cocina disfrutando de un «desayuno saludable».

Después de iniciar una batalla sobre unas tazas que tenían dueño y unos platos que no lo tenían, nos hemos dirigido al salón, donde él había improvisado un pequeño rincón de jardinería sobre la mesa.

—Tienes que observarlo —me indica después de que me siente frente a su bonsái.

Me abraza con una mano por la cintura y siento su calor en mi espalda, mientras con la otra me muestra las pequeñas tijeras de podar y las acerca a mi mano. No me da opción a retroceder, pero tampoco quiero hacerlo.

Guardo silencio.

No sé si es por el bonsái, que me impone, o porque tengo a Kyle demasiado cerca, pero siento un leve temblor en los dedos.

—Tranquila —susurra, con una voz que hasta podría convencerme de que saltara por la ventana.

—¿Qué debo hacer?

—No te lo voy a decir. Obsérvalo. Déjate llevar por el instinto, pero sin dejar que solo sea él el que intervenga. Busca la lógica, busca el sentido…

Algunas ramas sobresalen entre las redondeadas hojas, y otras parecen haber perdido el rumbo. Me concentro en encontrar el primer corte perfecto, pero mi pulso me traiciona.

—Tranquila, sigue…

Lentamente, acerco las tijeras hacia una rama. Antes de proceder al corte, observo que hay otros cortes en sentido transversal e imito la técnica.

—Eso es —murmura junto a mi oído.

Contengo el aliento.

—Otro más —dice, mientras siento su aliento en mi cuello.

—Esa es tu carrera, Andrews… —me susurra otra vez.

Corto otra rama. Luego otra.

—Bien —dice, y su tono tiene una nota de aprobación que me arranca una sonrisa.

Corto otra y pellizco una hoja que queda algo destartalada.

Suelto un pequeño grito.

—No pasa nada… Vivirá. Solo tienes que encontrar la forma de remendarlo. ¿Qué debes hacer? Observa, piensa, intuye…

—Crecerá de nuevo, no voy a tocarla…

—Eso es. La has dejado un poco coja, pero saldrá adelante. Lo estás haciendo muy bien, pero no puedo pretender que entres en el club de los dioses… Para tu nivel está bien.

Le doy un codazo en las costillas y se queja.

Retiro la silla de la mesa y él se aparta para que pueda liberarme.

—¿Por qué haces todo esto?

—Porque sé lo que se siente cuando dejas de creer en ti, es lo peor —me dice abrazándome por la cintura, después de darme un suave beso en los labios.

Esta intimidad me está descolocando.

—Hace días, Harold me dijo que hay que dejar que todo fluya, como lo hace la naturaleza. Me dijo que, si desvías un río de su curso por la razón que sea, antes o después volverá a su curso natural, pero lo hará arrasando con todo lo que haya a su paso. Te desviaron de tu curso porque cometiste un error, pero te juzgaron de forma muy dura, te traicionaron y te hicieron pagar por ello porque había más intereses por medio. No dejes que te desvíen, vuelve a tu curso natural y si tienes que arrasar con todo, hazlo, pero hazlo tú.

Otra vez me siento frágil y delicada. Tanto que una lágrima asoma por mi mejilla, pero esta vez es él quien se encarga de apartarla.

—¿Cómo lo hago?

—Dejando que todo fluya.

—Gracias, Kyle…

—Ya te pediré compensación por los consejos y por el privilegio de tocar a Bruce…

Le golpeo en el brazo suavemente y pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué te dijo eso Harold? Era por alguna de sus…

—¿Evasiones? —me interrumpe—. No, no estaba poseído por las fuerzas del universo en ese momento. Me lo dijo porque le conté que me sacabas de quicio, que no sabía qué hacer contigo, que no conseguía que entraras en razón… Estaba intentando definir una estrategia y no lo conseguía.

—¿Le contaste eso a Harold?

—Puedes imaginar lo desesperado que estaba…

—¿Y te habló del curso de un río? —le digo soltándome de él suavemente.

—Era su forma de decirme que fuera yo mismo, que no forzara nada y dejara que fluyera.

—Entonces ya tienes clara tu estrategia…

—No, Eve, no vayas por ahí… No es lo que pretendía decirte. No quiero hablar de estrategias, ni de objetivos.

—¿De qué quieres hablar?

—Del mes y medio que tengo por delante para disfrutar de esta casa y… de ti…

Se acerca a mí, me besa con una intensidad que me desarma.

Por un momento, ha sido como una llamada a la realidad. Era como si alguien nos dijera que estábamos volando un poco alto y que debíamos rectificar la trayectoria.

Detrás de estas risas inesperadas, este giro en nuestra forma de actuar y detrás de toda la intimidad a la que le estamos dando acogida, hay una estrategia y un objetivo.

Él lo sabe, yo lo sé.

Pero si él considera que hay un mes y medio para disfrutar de la casa y… de nosotros, no seré yo la que se lo impida. Es lo que deseo y no quiero analizar nada más.

Que fluya, como el río…

60

Kyle

Orgullo herido

Séptimo día de paz.

—Eso duele, eminencia —me dice Eve partiéndose de risa mientras recorremos el último tramo hasta entrar en la casa. Cómo me arrepiento de habérselo contado.

—Estás muy equivocada, Andrews —le digo intentando tragarme mi orgullo.

En toda la semana no había aparecido por el centro médico. No quería enfrentarme a Maya. Después de dejarla plantada el día de la cena, no sabía a qué me exponía. Hasta hoy.

Hoy he acudido, atendiendo a una petición de Maya para que le echara una mano en una pequeña cirugía que requería más puntos de los que entran en su jurisdicción. No quería enviar al paciente a Pittsburgh y me ha pedido que me encargara de ello.

Y, como era de esperar, me ha comentado el plantón.

—Kyle, me da la sensación de que has estado evitándome… Si es por la cena del viernes pasado, no te preocupes. No pretendía nada, si es eso lo que te ha asustado. Estoy en un proceso de ruptura con mi novio en el que aún no tenemos claro si vamos a darnos o no otra oportunidad, y en medio de ese proceso me pareció buena idea distraerme. Por eso te invité a cenar. Por eso y porque quería hablarte de tu padre, si es que te interesaba —me ha dicho mediante una mezcla de seguridad y dulzura que me ha estremecido. Me he sentido ridículo.

No se ha equivocado en que pensé que pretendía algo, no puedo negarlo.

Mi error ha sido contárselo a la doctora que está a mi lado en este momento disfrutando mucho.

—Yo ya había hablado con ella de ese tema, se confesó conmigo.

—¿De verdad? ¿Y no me lo contaste? ¿Por qué has hecho eso?

—Porque era divertido escuchar tus teorías sobre el interés de Maya por ti.

—No he pasado en toda la semana por el centro evitando un encuentro con ella…

—Por eso tampoco te lo dije. Hemos estado muy tranquilitas…

—Hasta que me habéis necesitado…

—Yo no te he necesitado, eminencia. Ha sido Maya la que ha pensado en ti…

—¿Qué te dijo?

—Que te había invitado a cenar, que le habías plantado y que esperaba que no hubieras malinterpretado su invitación, que no tenía interés en ti en esa línea. Y me habló de su complicado momento sentimental.

—Has sido una traidora… Debiste contármelo.

—Debí…

—Supongo que te sentiste aliviada…

—¿Por qué?

—Porque yo no era el único al que le preocupaba esa cena…

—¿Qué insinúas?

—Que sentías celos… Y lo entiendo, pero debes admitirlo. Entiendo que quisieras toda mi atención, al fin y al cabo, no todos los días se conoce a alguien como yo…

—¿Tanto crees que me importas?

Las risas dan paso a otro de esos momentos de tensión, como el que tuvimos días atrás, uno incómodo.

Ella se da cuenta y se levanta para encender la chimenea.

Yo… Entre dolido por pensar que puedo no importarle tanto, y dolido también porque eso me preocupe…

Reacciono. Me agacho junto a ella y la ayudo en la labor de darle vida al fuego.

—¿Te importo, Eve?

Me mira sorprendida e incómoda a la vez.

—¿Te importo, Kyle? —me contesta clavándome una mirada brillante.

Suelta el atizador, los pedazos de madera y todo lo que tiene en la mano para atender el beso que me he lanzado a darle.

Y una vez más la tensión desaparece.

Las preguntas se quedan sin respuesta.

Nos importamos, eso es verdad. La prueba está en la forma en que nos estamos entregando el uno al otro. Pero somos incapaces de decírnoslo con palabras.

61

Kyle

Aire fresco

Una semana después, siguiendo la línea de paz.

Llevo más de veinte minutos sentado en el borde de mi cama. He llorado, he reído, he suspirado… He mezclado tantas emociones que estoy agotado.

Me acaba de llegar la confirmación del banco de lo que ayer me anunció Axel. Me han pospuesto el pago de la casa siete meses. Antes de que acabe el año, deberé hacerlo efectivo.

«Solo un buen cliente del banco con muchos años de negociaciones con ellos podía conseguirlo: mi padre», me dijo ayer Axel.

Mi cabeza va a explotar, llevo más de una hora al teléfono con el directo de la sucursal, además de otra hora más formalizando documentos vía mail, pero… estoy contento. Me habría gustado resolverlo de otro modo, pero tal y como me ha dicho Axel, contaba con poco tiempo para poder hacerlo sin ayuda.

Nunca pensé que me habría encontrado en una situación así. Cuando compré la casa lo tenía todo perfectamente planeado para atender los pagos…

Suspiro de forma tan sonora que hasta me retumba en los oídos.

Mi teléfono vuelve a sonar y rezo porque al director del banco no se le haya olvidado nada más que firmar.

Se trata de Axel.

—Está todo formalizado —le digo nada más descolgar.

—Eso quería saber. Cuánta conexión hay entre nosotros —dice de forma sobreactuada…

—¿Te he dado las gracias?

—Unas diez veces y es suficiente. Somos amigos.

—Y primos…

—¿Primos? —protesta—. Tu madre y mi tía eran primas lejanas…

—Pues tú y yo somos primos un poco más lejanos, pero primos, al fin y al cabo. No me quites la ilusión…

Nos echamos a reír como esos dos niños tontos que a veces rememoramos.

—Es lo que hacen los amigos, Kyle… —me dice en un tono más serio. Presiento dónde va a ir a parar. Lo conozco bien—. No como otros…

No me he equivocado, sé de quién quiere hablar.

—Antes o después, me lo devolverá, Axel. Está muy jodido, no puedo presionarlo, no voy a obtener nada con ello.

—De eso quería hablarte. He estado investigando sobre el proceso judicial de Gabriel.

—¿Investigando? Joder, recuérdame que no tenga secretos contigo.

—Te lo recordaré.

—¿Y qué has averiguado?

—Están intentando llegar a un acuerdo en la demanda civil. El padre de la chica quiere negociar una compensación económica para que retiren la denuncia en ese ámbito.

—Pero el proceso penal sigue en marcha… ¿Ni siquiera la detuvieron?

—Sí, pero salió bajo fianza. Me han contado que está alegando problemas con el alcohol y

se está sometiendo a una terapia de desintoxicación. Mi abogado, que me ha informado de todo, dice que, si la fiscalía acepta el acuerdo, podría conseguir una sentencia reducida con trabajos comunitarios y libertad condicional. En el peor de los casos, recibiría una condena mínima que podría cumplir en régimen de libertad supervisada. Tu amigo está satisfecho, está negociando la cantidad para cerrar la demanda civil.

—Eso fue lo que me dijo, que esperaba una buena indemnización.

—Kyle, te considero un hombre inteligente… Así que deja de creer que vas a ver algo de ese dinero.

—¿Crees que no me lo va a devolver?

—Sinceramente, no, y deberías creerlo tú también. ¿Acaso sabes algo de él?

—Se ha refugiado en una casa de montaña con un amigo de…

—Está en Nueva York, te lo aseguro. En cuanto cobre la indemnización, sea del importe que sea, desaparecerá en las montañas, pero ahora está pisando el asfalto de Nueva York.

Esa información me revuelve el estómago. Sé que Gabriel me ha mentido, pero es como si no quisiera creerlo…

—Abre los ojos, Kyle, Gabriel no es el que conocimos hace años… Y abre los ojos también con tu hermanita.

Esa frase me produce escalofríos y me devuelve a la realidad de forma brusca.

—¿Qué quieres decir?

—¿Habéis establecido alguna fecha para la venta de la casa? Kyle, deberías plantearte demandarla.

—¿Qué? Ya te expliqué que tenemos una buena relación. Solo hace unos días que hemos firmado la paz. Tenemos que hablar de ello, pero…

—¿Y si te va dando largas? Ella no parece tener prisa, podría alargarse tiempo. Si la demandas ahora, antes de que tengas que cumplir con el plazo, un juez podría obligarla a comprar tu parte o a vender. Pero si esperaras, si esto se prolonga, no tendrás tiempo de reacción. Será tarde.

—No voy a demandarla, Axel. Hablaré con ella, pero como te he dicho, hace poco que hemos empezado a tener un acercamiento.

—Espero que no sea como Gabriel… Si después de contarle la situación que tienes con tu casa, no ha querido ayudarte… y ni siquiera te ha propuesto una fecha para la venta, o un periodo concreto…

Evito decirle que nunca le he contado mi situación financiera y el motivo de mi necesidad de vender la casa. Es algo complicado de explicar y Axel no lo entendería. Me cuesta hasta a mí.

—Axel, acabo de recibir una buena noticia en cuanto al asunto del banco, y todo gracias a tu ayuda y la de tu padre. Tengo unos cuantos meses por delante para solucionarlo y lo haré. Ahora mismo, ni siquiera yo quiero abandonar la casa. Cuando vuelva a Nueva York, habré llegado a un acuerdo con ella.

—¿Por qué no quieres venderla ahora?

—Lo creas o no, este lugar hace que contacte con mi padre de alguna forma. Es como una despedida…

—Sí que te creo, y para eso tienes más de un mes por delante, pero no dejes que pase el tiempo ni confíes en nadie, Kyle. Yo jamás hubiera pensado que Gabriel podría hacerte algo así…

—Claro que hablaré con ella, pero justamente estamos comportándonos como dos seres civilizados, ya no discutimos y… Bien, todo va bien. Es buena chica, me cae bien ahora.

—Te la estás tirando, ¿verdad?

—No, eso fue alguna vez, ya te lo conté —digo tragando saliva.

—Te la estás tirando…

—Sí.

—¿No te estarás… pillando… de…?

—No, joder, solo son calentones que improvisamos.

—No te interrogo más, pero estás muy raro, cuando quieras hablar abiertamente, llámame. Y… ten cuidado.

—Lo tendré —le digo antes de colgar.

No le falta razón. Él ha hecho lo posible por sacarme del problema con el banco y yo debo hacer lo mismo para garantizarme la venta. El asunto de Gabriel no es ninguna garantía de nada, mucho menos en fechas.

Durante estos diez días de paz con Eve había conseguido olvidarme hasta de la casa. Pero la voz de Axel, la de la conciencia o la del sentido común, me ha recordado que no puedo olvidarme de ese tema.

La estoy esperando, no creo que tarde en llegar.

Hoy es el momento de volver a sentarnos frente al rincón de confesiones. Necesito como respirar, observar su reacción.

Ahora lo necesito más que nunca. Y no quiero pensar en lo mucho que me importa porque eso solo me mete en un caos emocional del que cada minuto que paso con ella intento salir.

62

Eve

Más verdad

Siguiendo con la paz. Esa misma noche.

Me dejo llevar cuando tira de mi mano y me conduce hasta la chimenea.

—Tengo algo que confesarte. Algo que no te conté en su momento —me ha dicho nada más llegar.

Estoy algo inquieta.

Rincón de las confesiones…

Miedo me da.

Mientras se toma su tiempo para servir una botella de vino que yo misma he traído, regalo de un paciente, descubro lo mucho que me afectaría si ahora me dijera que tiene que marcharse y que nuestros días de «paz» han llegado a su fin.

¿Tanto me importa? Me pregunto como una tonta que se está engañando.

No quiero que note mi desconcierto, así que me esfuerzo en hacer desaparecer la tensión.

—Estás casado… ¿Es eso? No te preocupes, podré vivir con ello… —le digo sonriendo.

Pero mis palabras no provocan el efecto deseado.

—¿Qué no me preocupe? ¿Si fuera eso lo que quisiera decirte no te preocuparía?

—Pero… ¿En serio estás casado?

—Lo has dicho tú…

—¿Yo? Pero solo bromeaba. Doy por hecho que no lo estás, que no eres tan cabrón de llevar mil años acostándote conmigo mientras estás casado…

—Entonces, ¿por qué bromeas con eso?

—Porque me da la gana, no se me ha ocurrido nada mejor para que cambies esa cara de fantasma degollado que tienes… Si hasta das miedo…

—¿Fantasma degollado? ¡Oh! Dios… Solo a ti se te ocurren esas comparaciones tan…

—¿Qué coño es lo que tienes que confesarme? —le digo más alto de lo que hubiera querido.

Se sienta con total tranquilidad, le da un sorbo a su copa y me mira de una forma que me hace temblar de nuevo.

—Quiero hablarte de mi amigo Gabriel.

—Gabriel… ¿Es el hermano del chico que murió?

—Sí, el mismo.

—¿Ha pasado algo?

—No. Es algo del pasado, de un pasado reciente, anterior al accidente.

—Ya… ¿Qué ocurre?

—Su hermano estuvo muy enfermo: una afección pulmonar.

—¿Se trata del mismo chico que murió en el accidente?

—Sí…

—Vaya…

—Le llevó dos meses salir adelante y el coste de la clínica fue muy elevado. No podía pagarlo.

—¿No le cubría el seguro?

—No, no le cubría. Gabriel se vio obligado a dejar de pagarlo unos meses antes por otros asuntos.

—Joder… Pobre chico.

—Me pidió el dinero. No había opciones, no se podía esperar y necesitaba un tratamiento muy específico. Hubo muchas pruebas, algunas complicaciones…

—Se recuperó, supongo. Si es el mismo chico que…

—Sí, se recuperó. Al final la muerte le llegó de otra manera.

Ese comentario me duele y aparece en mi mente la imagen de Kimberly. Se me revuelve el estómago.

—¿Y qué ocurrió?

—Le pidieron adelantos y tuvo que pagarlos. Estaba desesperado y las opciones eran pocas.

—¿Y se lo prestaste?

—Sí, pero aún no ha podido devolvérmelo.

—Vaya… Supongo que debía de tratarse de mucho dinero.

—Sí, mucho, justo el que tenía reservado para pagar mi casa. Me compré una casa en Astoria, vivo allí. Un pequeño sueño. Tenía que hacer frente a uno de los pagos dentro de un mes y por eso estaba tan desesperado por vender la casa.

—¿No te ha dado una fecha para devolvértelo?

—No creo que lo haga en mucho tiempo. Tiene algunas deudas. En cuanto pueda… Lo está pasando muy mal.

—¿Y él sabe lo de tu casa?

—Sí, y se ha comprometido a devolvérmelo. Pero no puedo presionarlo: es evidente que está viviendo un mal momento.

—Pobre hombre. Y encima ha perdido a su hermano… —Suspiro de forma entrecortada—. Kyle… ¿Por qué no me lo contaste al principio?

—¿Habría cambiado algo?

—Nos llevábamos mal, pero… lo habría entendido. Me presionabas para venderla, pero no mencionaste que lo necesitaras. ¿Has dicho un mes? ¿Ese es el plazo que tienes para pagar tu casa? Yo… me gusta estar aquí y…, sinceramente, no tengo ningún lugar a donde ir, pero… podemos hablar con Madison y ya buscaré algo en Saxonburg… Solo será un tiempo…

—¡Eh! —me dice acercándose a mí. Se arrodilla en el suelo y me mira desde arriba. Joder, qué alto es—. He conseguido posponerlo unos meses. Por un tiempo está solucionado. Llegado el momento…

—Vendemos la casa. Yo tampoco puedo estar aquí eternamente, ni siquiera son esos mis planes. A mí también me interesa venderla. En Nueva York no tengo nada. Dejé mi apartamento, pero Ruby…

—¿Lo dejaste?

—Me obligaron a hacerlo. La casera solo me renovaba el alquiler si le presentaba garantías de trabajo o le pagaba un año por adelantado. No podía… Sin trabajo, no podía desprenderme de lo poco que tenía. Me costó tiempo tener unos ingresos constantes y… dignos.

Kyle me mira de una forma que me incomoda.

—No me mires así —le digo molesta.

—¿Cómo?

—Con compasión.

—Solo… siento que te encontraras en una situación tan delicada.

—Podía haber buscado trabajo en otro campo, y podía vivir con Ruby, no estaba al borde de

la indigencia…

—No lo he pensado…

—Pues mírame normal…

—Lo haré —me dice haciendo una mueca muy cómica— ¿Así?

—Así está bien.

—Pues los dos estábamos jodidos…

—Kyle, podemos vender la casa en cuanto quieras. Hablemos con Madison. Seguro que podemos solucionarlo en poco tiempo.

—Tengo algo más de un mes de vacaciones. Voy a seguir aquí. Yo también quiero seguir en este lugar. Quisiera reunir el valor para entrar en el despacho de mi padre… Necesito hacerlo.

—¿Por qué te concedieron dos meses de vacaciones? No es lo habitual.

—Dos meses y una semana para ser precisos. Mi jefa creyó que necesitaba un descanso. He vivido a un ritmo un poco frenético y… al coincidir con lo de mi padre… Ha podido justificarlo.

—¿Lo necesitabas de verdad?

—Más de lo que creía.

—Tu jefa parece buena persona…

—Lo es. Y además somos vecinos. Pero eso ya te lo contaré en otro momento.

—De acuerdo. Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—De lo que no quiero hablar es de la casa, de esta y de ninguna otra casa. No lo hagamos en un tiempo, o… quiero decir que…

—Vamos a cerrar ya de una vez por todas esta barrera de la puñetera casa. Cuando vuelvas a Nueva York estudiamos la mejor opción. Antes o después habrá que venderla —le digo como si fuera un soldado al que están dando órdenes.

—De acuerdo —me dice haciendo la señal militar en la cabeza.

A pesar de que nos reímos y a pesar de mi ímpetu al pronunciar esas palabras, se me han atragantado.

No pensaba que el hecho de que él volviera a Nueva York podría afectarme, pero estoy comprobando que sí. Más de lo que debiera, más de lo que quisiera.

—Quiero disfrutar de ti todo este tiempo… —me dice mientras se sienta en su sillón y tira de mí para que me siente sobre sus piernas.

—¿De cuánto tiempo hablamos, eminencia?

—Me quedan cinco semanas de vacaciones. Ya he cumplido el primer mes, me queda todo ese tiempo. ¿Le parece suficiente?

—Me parece bien… Si me harto, te lo digo.

Se echa a reír y luego me besa lentamente.

—Me siento confundida, rara… —le confieso.

—Yo también.

Nos quedamos callados.

—Me alegro de habértelo contado, no quiero que la casa sea una nueva disputa entre nosotros.

—¿Y ahora de qué vamos a discutir? Y… ¿Has pensado que ya no tienes que estudiar ninguna estrategia para convencerme? Te vas a aburrir.

—Ahora tengo que estudiar una nueva estrategia para convencerte de otra cosa.

—¿De qué?

—De que el destino existe.

—¿Por qué quieres que crea en el destino?

—Porque quiero que dejes de considerarme tu peor casualidad.

63

Kyle

Mi peor casualidad

Dos semanas después. Se cumplen veintiocho días de paz.

—¿Te gustan? —le pregunto mientras se parte de risa.

—Eres un hortera, eminencia…

Le acabo de presentar los sillones con su nuevo rótulo a la altura de la cabeza. En el mío indica: Kyle, mi peor casualidad y en el suyo: Eve, mi mejor casualidad.

—Eso es chantaje emocional —me acusa con aires despectivos.

—Dejaré de presionarte cuando cambies esa maldita frase.

—Lo haré cuando no seas tan insistente y tan rematadamente pesado.

Esas son nuestras pequeñas disputas. Son constantes, no hay ni un solo día que un plato, una sartén o cualquier objeto de la casa no se convierta en motivo de disputa. Si no la tenemos, la creamos. Es algo necesario. Ella alza su ceja, me provoca, me vuelve loco, me hace reír y acabamos en la cama. Yo la saco de quicio, se enfada, la provoco y acabamos en la cama. También paseamos, hablamos, cocinamos juntos, vemos películas, salimos a correr y exploramos Saxonburg a pie y en coche.

Esas son nuestras rutinas en las dos últimas semanas.

La paz llegó hace tiempo y se ha mantenido.

Si tuviera que definir estas dos semanas, sería mediante la palabra «intensas». Ni siquiera tengo la sensación de que hayan sido dos semanas, me parece llevar a su lado meses y meses.

Hoy se cumplen veintiocho días de paz…

El tiempo se me ha escapado de las manos… Esa es la sensación. Esa maldita sensación efímera que a veces nos regala el paso del tiempo, especialmente cuando deseas que se detenga.

Me quedan tres semanas exactas de vacaciones y cada vez que lo pienso, cada vez que resto un día, se me va retorciendo el estómago un poco más. Es como si fuera una tuerca que va girando y cada día presiona un poco más.

No hemos vuelto a hablar de la casa ni de la venta y tampoco hemos sido capaces de explorar las habitaciones de nuestros padres. Sé que los dos tenemos el valor de hacerlo, pero creo que sabemos que ese momento va a doler de una u otra manera y ambos lo posponemos.

Tenemos heridas que hemos descubierto aquí y sabemos que todo lo que está relacionado con ellos nunca podría cambiar. Es un final, es una despedida y ya llegará el momento de entrar en esas habitaciones para decir adiós a esos dos desconocidos que fueron tan felices juntos.

No hay nadie en Saxonburg que no nos haya hablado de ellos en esas circunstancias. Su trabajo, su amor… Eso eran ellos. Dos almas que se encontraron en lo que se suponía iba a ser el ecuador de sus vidas para amarse con locura y compartir el amor por su trabajo.

Hemos encontrado algunas notas que ellos intercambiaban en diferentes lugares de la casa, como la cocina o el interior de algunos cajones del salón. Todas ellas empalagosamente románticas, pero que dejaban claro lo mucho que se amaban.

«Te amo tanto como el magma ama romper la corteza terrestre… con urgencia, con fuerza y con una necesidad imposible de contener», fue la nota que encontró Eve en un cajón de una vitrina que decora el salón. Estaba firmada por mi padre.

Cuando la descubrimos, nos miramos con una mezcla de horror y de ternura.

—Te amo tanto como la lava ama descender por la ladera de un volcán… inevitablemente, con furia y sin posibilidad de retorno —leyó una segunda Eve, esta vez firmada por su madre.

—¿De verdad escribían estas cosas? —preguntó ella muerta de risa.

—Parece que sí… y lo peor es que creo que lo decían en serio. Y, fíjate, todas tienen un símbolo de fuego en la esquina.

—Definitivamente, eran un caso perdido —sentenció Eve con lágrimas en los ojos.

—Más allá de lo ridículo, hay una certeza absoluta, Eve: se amaban de verdad —le susurré al oído.

En ese momento, nos miramos de una forma que recordaré el resto de mi vida, pero guardamos silencio los dos, para variar.

64

Eve

Un argumento de película

A tres semanas de finalizar sus vacaciones.

—Cuando se marche tu hermanito, te morirás de pena en ese pueblo, Eve. Me preocupa. Ahora estás muy entretenida con él... —me dice Ruby con un tono real de preocupación. Si algo puede ser grave para ella es vivir alejada de una gran ciudad.

—No me moriré de pena, solo me aburriré un poco más.

—Porque él solo es un entretenimiento, ¿cierto?

—Sí, claro que lo es. Hemos llegado a un punto de buena relación, ya te lo he contado. Él vuelve a su trabajo dentro de tres semanas y yo seguiré con el mío… —Me detengo bruscamente y me llevo las manos al pecho donde he sentido una punzada de dolor.

—Tres semanas… —repite Ruby: el dolor, lejos de desaparecer, se intensifica.

Me recompongo e intento seguir con la conversación de la forma más natural que en este momento soy capaz.

—Supongo que nos veremos en Nueva York cuando yo vuelva, y seguramente durante el proceso de la venta también.

—Ya… ¿Y por qué no vuelves a Nueva York cuando él se marche? Te dijo que te ayudaría a encontrar un trabajo.

—Aquí tengo un compromiso, Ruby… Cuando lo termine, ya pensaré qué hago.

—¿Y dónde vas a vivir si vendéis la casa?

—Hay casas preciosas en alquiler en este pueblo, solo será un tiempo…

—Lo tienes todo muy bien pensado…

—No sé cómo interpretar esa frase. ¿Es un halago o…?

—Es una duda. Dime… ¿Él solo es un entretenimiento que folla bien y te hace reír?

—Yo no lo hubiera definido de esa manera, pero… más o menos esa es la idea. Nos divertimos.

Ruby guarda silencio y lo agradezco, me está costando mostrarme natural con esta conversación.

—¿Sigues ahí? —le pregunto, dispuesta a terminar la pausa.

—Esto es un proceso, Eve. Primero tienes que enfrentarte a ti misma y dejar de engañarte. Luego estarás preparada para verbalizarlo y contárselo a tu mejor amiga, o sea, yo. Cuando llegue ese momento, me llamas.

—Ruby… —Me detengo. La conozco y sé que es un buen momento para hacerlo o el tema se complicará en exceso—. Vale, eso haré.

—Bien, pues entonces déjame que te cuente las novedades en el «caso Kimberly».

—¿Novedades? No sé si me apetece hablar de ella…

—Te lo tengo que contar. Me he enterado de que está asistiendo a una terapia de desintoxicación de alcohol.

—¿Qué has dicho? ¿Alcohol?

—Sí, no sé de qué te sorprendes, recuerda que iba borracha cuando provocó el accidente…

—No lo acabo de entender, hablas de terapia…

—A eso se ha sometido. En un principio, creí que era una estrategia para defenderse en el juicio, pero… al parecer sí que tiene algún conflicto con el alcohol desde hace un tiempo.

—Eso no es posible. Hemos salido con ella muchas veces y apenas ha bebido —protesto confundida.

—No hemos salido tantas veces, Eve. En los dos últimos años, solo una vez al mes y ya sabes que se marchaba pronto. Y muchas veces lo anulaba… Después de la cena, desaparecía.

—Aun así, me cuesta creerlo.

—Pues aún te va a costar más creer que Jace y ella habían roto semanas antes del accidente.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso? No tiene ningún sentido.

Estoy sudando. Esa noticia me ha dejado algo descompuesta.

—Me lo ha contado Jace. Me lo encontré hace dos días, cuando volví a Manhattan, el fin de semana, en un local de West Village.

—¿Hablaste con Jace? Vaya, eso que sí que es una sorpresa —le confieso sabiendo lo mucho que se detestaban mutuamente—. ¿Te dijo él que habían roto? No entiendo nada.

—Sí, se confesó conmigo. Ya sé que es raro, pero ese día parecía otra persona distinta. Tenía mucho interés en sonsacarle información, así que me esforcé mucho y lo conseguí. Escúchame atentamente, es un guion de película.

No me cuesta imaginarlo, cuando Ruby se propone algo…

—Él la dejó porque los celos de Kimberly se habían convertido en un problema. Le hacía la vida imposible y estaba muy agobiado.

—Ya… ¿Y el viaje? Fue justo antes del accidente.

—Ese viaje lo tenían planeado, pero no llegaron a hacerlo. Él la dejó antes. Le pidió que se tomaran un tiempo para reflexionar. Lo de tomarse un tiempo, es un recurso fácil. Es una manera de suavizarlo, pero Jace no tenía intenciones de volver con ella. Así me lo contó, con esas palabras. Y ella… se lo tomó al pie de la letra, se aferró a ello creyendo que podrían salvar la relación.

—¿Por eso no nos dijo nada? ¿Por eso nos hizo creer que estaba de viaje? ¿No es absurdo?

—Hizo el paripé del viaje y siguió en su línea simplemente porque la pobre es así de estúpida, no le busques más sentido.

—Ya… ¿Y el numerito de aquella noche cuando se lo conté? ¿Y el hospital? Eso no encaja, Ruby.

—Sí encaja. Si lo piensas detenidamente, encaja. Yo te llevo ventaja. Tú le dijiste que lo habías visto con otra y a ella se le cayó el mundo encima. Te creyó, claro que sí. Se emborrachó contigo porque el alcohol ya era su aliado en ese proceso de ruptura e incluso antes, y decidió presentarse en Vermont, donde tú le dijiste que él se encontraba con la otra.

—Cuando fui a visitarla al hospital, solo se lamentaba de los cuernos de Jace…

—Para ella fue un trauma, era real. Estaba convencida de que volverían a estar juntos. Tu noticia la hundió.

—¿Y qué hacía Jace en el hospital?

—Ella lo llamó, le contó lo del accidente y él acudió en seguida.

—¿Y por qué me echó de la habitación? ¿Y su padre por qué me acusó de tener la culpa?

—Nadie en su familia conocía la ruptura, se enteraron poco después. Cuando Jace llegó, ella le habló de lo que tú le habías contado, pero él no creyó que fuera el momento más indicado para hablarlo: ella estaba muy alterada. Jace lo negó, le dijo que tú debías haberte confundido con otro y ella… supongo que quiso creerlo, era lo que más le interesaba. Les contó lo mismo a sus padres, que tú la habías envenenado contándole mentiras sobre Jace y que eso provocó su

necesidad de ir a buscar a Vermont a Jace. Toda una telenovela orquestada por alguien que se negaba a ver la realidad.

—¿Y lo que me contó de que el jefe de Jace había ido a visitarla?

—Eso era mentira. Él no había oído hablar de eso.

—Entonces, ¿por qué Jace participó de aquel numerito? Me pidió que me marchara de la habitación de malas maneras, y escuchó cómo su padre me acusaba de tener la culpa…

—Se mantuvo discretamente al margen y le siguió el rollo. Jace estaba tan descolocado que no sabía qué hacer. Me contó que aquellos días fueron muy difíciles. Se dio cuenta de que sus padres no sabían nada de la ruptura, de que había muerto un chico en aquel accidente, de que ella seguía creyendo que iban a estar juntos. Estaba desbordado.

—Yo le hablé de unas fotos para vacilarle y palideció.

—Sí, de eso también me habló, pero no le dio importancia. Creo que le importaba un bledo si tenías o no fotos. Solo estaba intentando salir de esa situación. Él le tenía cariño a Kimberly. Fueron dos años de relación y no quería que ella sufriera, pero todo se complicó. Cuando salió del hospital, la detuvieron. Pasó un día en un calabozo.

—¿En serio?

—Sí, pero salió pagando una fianza. Jace me ha dicho que están intentando negociar una indemnización con la parte contraria, con el amigo de tu hermanito.

—Ya… ¿Y eso la libraría de otra pena?

—Mi madre me ha dicho que son procesos distintos y es más complejo de lo que parece, pero podría librarse de la cárcel, incluso del juicio, si llegan a un acuerdo con la fiscalía. Puede cumplir la condena en régimen de condicional. Supongo que asumirá su culpa, alegará la adicción al alcohol como culpable de lo que hizo, alegará la terapia a la que se está sometiendo y le impondrán trabajos comunitarios, retirada del permiso de conducir…

—Su padre pagará la indemnización y un buen abogado la librará de la cárcel. Y ese chico… a ese nadie le devolverá la vida.

—No pisará la cárcel, pero es evidente que está jodida por todas partes. Se obsesionó con un tío y… mira en lo que ha convertido su vida.

Cuando cuelgo el teléfono, después de recibir todos los besos y bromas que Ruby me ha regalado, aparte del recordatorio de que la llame cuando quiera hablar de Kyle, me siento derrotada, como si fuera yo la que hubiera seguido el tortuoso camino de Kimberly.

Descubro unas lágrimas recorriéndome las mejillas. Sé que proceden de muchas emociones juntas.

No es un lamento por la que fue mi amiga… Es una forma de expresar que hay algo dentro de mí que me está doliendo y necesito expulsarlo.

Sé que desde que he hablado con Ruby, al principio de la conversación, y le he dicho que Kyle vuelve a su vida dentro de tres semanas, tengo el corazón encogido.

No es nada nuevo, pero siento como si no hubiera tomado conciencia de ello hasta ahora.

Estoy sacudida por toda la información que he recibido, por todos los recuerdos que se han agolpado en mi cabeza. Estoy más sensible de lo habitual y las lágrimas corren con facilidad por mi rostro.

Debe ser eso…

La otra opción es que me esté enamorando de él y la idea de que se marche me parta en dos.

«Podría enamorarme de ti, Eve», me susurró ayer al oído, pero no le contesté. Por suerte, me sumergió la cabeza bajo el agua e iniciamos una de nuestras habituales batallas en la piscina. El contexto en el que me dijo esas palabras estaba cargado de humor, en respuesta a una vulgaridad

que yo había soltado, pero… me gustó escucharlo.

Todo lo que hemos vivido estas semanas ha sido tan intenso que me asusta. Es imposible no sentir, es imposible no querer más… Pero nunca hablamos de «mañana», ni siquiera hay palabras cariñosas. Solo gestos, caricias, pero faltan palabras. Las suyas y las mías.

Y es que me resulta difícil no pensar que el enfoque de lo que estamos viviendo es diferente para él y para mí.

Corro al salón para encontrarme con él. Quiero compartir todo lo que Ruby me ha contado. Así, la tristeza que siento, creerá que se debe a todo lo que he removido en esa conversación.

Necesito un abrazo de él.

Necesito sus besos.

Necesito que crea que estoy jodida por lo que he descubierto de Kimberly y no porque tengo claro que me he enamorado de él.

Necesito cualquier cosa que esta noche quiera darme porque estoy hundida de verdad.

65

Kyle

Descubrimientos

A dos semanas de finalizar mis vacaciones.

—¿Sabes que eres lo mejor que me ha pasado en…? —Se detiene antes de acabar la frase y a mí se me detiene el corazón. Necesito que me diga que soy lo mejor que le ha pasado en la vida. Que se muere por mí, pero la frase no puede acabar de peor forma.

—Lo mejor que te ha pasado en… — la animo a seguir con un gesto despreocupado.

—Desde que llegué a este pueblo —suspira—. Bueno, también el trabajo, y… la herencia.

Estar entre ese grupo me emociona.

—¿Para eso me has interrumpido? —le suelto sacándole la lengua—. Sigue trabajando, estás intentando distraerme para que abandonemos la búsqueda.

—Es que no creo que encontremos algo aquí, Kyle. Es la segunda vez que registramos este cuarto. Tenemos que probar en la biblioteca y en la buhardilla.

Suspiro, me esfuerzo por acabar de reponerme del impacto de su «romántica» frase y vuelvo a concentrarme en el contenido del cajón.

Tal y como ella ha afirmado, es la segunda vez que nos dedicamos a registrar el despacho de mi padre, después de haberle dedicado una tercera sesión al despacho de su madre.

No era la forma en la que teníamos planeado entrar en sus despachos: lo habíamos planeado de una forma más emotiva, pero nos vimos obligados en cuanto Eve llegó hace dos días del centro médico, contándome que un paciente le había hablado de la enfermedad de mi padre.

—Debo decirte que me alegré de que su final fuera en sus volcanes, su enfermedad le habría dado un final más duro— le dijo a Eve.

Eve se arrepintió de haberse bloqueado y no haberle intentado sonsacar más información, pero la noticia le impactó.

Recurrió a Maya, quien negó la existencia de una enfermedad, pero su rotundidad y su nerviosismo hicieron que Eve sospechara que había algo más.

La segunda alarma llegó cuando en uno de mis paseos con Harold, concretamente cuando le acompañé a la sede de SIRV para conocer el trabajo de la comunidad científica que él ahora preside, dejó una frase a medias mientras me hablaba de la última expedición.

—Espero que sea consciente, esté donde esté, de lo que ha supuesto su última expedición para la comunidad… —le digo después de escuchar a algunos miembros alabar los hallazgos y toda la información que obtuvieron de esa visita al volcán.

—Para nuestra comunidad y para la vulcanología, Kyle —me dijo con nostalgia—. Él no hubiera puesto su vida en peligro en el Nyiragongo si no…

El hecho de que no terminara la frase, no llamó mi atención, mucho menos en alguien como él que se evade constantemente, pero nunca antes había visto el pánico en su rostro como en ese momento ni tampoco la forma en que intentó justificar lo que había pronunciado.

—Me refiero a que no habrían acudido a esa expedición si no hubieran considerado que era importante… ¿Quieres que te enseñe los premios que recibieron?

Quizás, sin la información de Eve, no habría dado importancia a esa conversación, pero mi intuición, y también la de Eve nos decía que había algo más.

La imposibilidad de acceder al historial desde el programa del centro médico también nos extrañó. El acceso se debe conservar al menos seis meses desde la fecha de defunción.

Cuando estamos a punto de rendirnos, nos encontramos con una evidencia.

Eve emite un pequeño gemido al descubrir dentro de un libro de minerales una de esas notas que solían intercambiarse, de las empalagosas. Pero esta es algo distinta.

Está firmada por mi padre y también tiene dibujado el símbolo del fuego en una esquina.

Me mira con el ceño fruncido, como si acabara de tocar algo sagrado, y me hace una señal con la mano para que espere. Sostiene la nota con cuidado, como si el papel pudiera deshacerse, y recorre con la mirada las líneas una y otra vez. Lo hace en completo silencio, mientras su expresión se transforma.

Respira hondo y, con la voz algo entrecortada, la lee en voz alta: «No quiero dejar de respirar en una cama fría, consumido por un final lento y sin fuego. Quiero arder, amor mío, quiero que el volcán nos reclame antes de que esta enfermedad me convierta en la sombra de lo que fui. El final es inminente y quiero que sea como hemos vivido: en llamas, juntos, desafiando al mundo. No habrá despedida entre nosotros porque donde el fuego nos lleve, iremos de la mano, como siempre lo hemos hecho. Plantémosle cara a ese demonio africano. Gracias por no dejarme solo en este viaje».

Cuando Eve termina, sus labios se entreabren, como si quisiera decir algo, pero no encuentra las palabras.

Yo sí las encuentro y las pronuncio en voz alta.

—No fue un accidente…

Ella niega con la cabeza lentamente y suelta la nota.

Gatea por el suelo hasta llegar a mí y busca consuelo en mis brazos.

—Tenemos que hablar con Madison y Harold.

66

Eve

Nuestras manos

Un día después del descubrimiento.

Madison nos recibirá dentro de una hora. Ayer por la noche, después de descubrir la nota, la llamé.

—Madison… tienes que contarnos la verdad sobre su muerte —fue lo que le dije en cuanto descolgó.

—Mañana es domingo. ¿Os parece bien venir a casa? ¿Queréis un ambiente dramático o hacemos una barbacoa?

Kyle, que estaba escuchando la conversación a través del altavoz de mi móvil, se echó a reír.

Yo me quedé sin palabras y él condujo bien la situación.

—Una barbacoa, Madison. Nada de dramas —le indicó Kyle.

—¿Ambiente dramático? —repetí en cuanto terminó la llamada.

—Creo que por eso eran tan amigos… Son algo raros todos —afirmó Kyle consiguiendo que yo también acabara riendo.

El día ha llegado. Confieso que estoy nerviosa y que no he logrado concentrarme demasiado en el trabajo.

A pesar de ser domingo, Maya me pidió que pasara por el centro un par de horas para ayudarla con la reasignación de unos nuevos pacientes. En toda la semana ha sido complicado por el volumen de trabajo que hemos tenido y por todos los casos domiciliarios que Maya ha tenido que atender. Aunque para ella es sagrado descansar el fin de semana, y así está acordado con el centro médico más próximo, hoy hemos decidido hacer una excepción.

Hace unas semanas, varias familias se instalaron en unas casas de reciente construcción en las afueras de Saxonburg. Son, en su mayoría, parejas jóvenes con hijos pequeños que han llegado desde pueblos cercanos.

—Sangre fresca —ha dicho Madeleine, que también se ha sumado a la causa laboral extra.

—Y joven —he añadido yo, provocando sus risas debido a la escasez en Saxonburg.

Para mi sorpresa, Kyle me ha dicho que vendría a buscarme al centro antes de ir a la casa de Madison. Hoy me ha traído en su coche y así nos marcharemos también.

Nuestra «relación», en el sentido más íntimo, se ha mantenido en absoluto secreto. Apenas nos dejamos ver juntos en Saxonburg, salvo en contadas ocasiones en las que Maya le pide que pase por el centro para consultarle algo o pedirle ayuda. Aunque participamos mínimamente en la vida social del pueblo y de vez en cuando cenamos en algún restaurante, preferimos la discreción. Pasamos la mayor parte del tiempo en casa o, cuando queremos salir sin miradas curiosas, nos trasladamos a Pittsburgh, donde nadie nos conoce y podemos movernos con más libertad.

Maya me ha hecho preguntas algo indiscretas en alguna ocasión, pero todas las he esquivado. No estoy preparada para hablar de Kyle en esos términos porque ni siquiera sé qué clase de relación tenemos.

Sí, somos como un matrimonio, como afirma Ruby, pero sobre nuestras cabezas sobrevuela constantemente el cártel de «temporal», «Nueva York», «vacaciones», «venta de casa» y nunca nos enfrentamos a ello verbalmente.

Cada vez me da más miedo despedirme de él. Sus frases, aparte de sacarme de quicio y provocarme constantemente o hacerme reír a carcajadas, también se han ido transformando en algo más cercano. «Me vuelves loco, Eve». «Eres lo mejor». «Cuánto necesitaba estar contigo hoy». «¿Qué me has hecho?».

Confieso que esas frases me atraviesan el alma y seis capas más, pero yo soy incapaz de pronunciarlas. Si alguna se me escapa, la convierto en algo cargado de humor.

Es miedo, lo sé. Miedo a que haya proyectos distintos en nuestras cabezas. Miedo a que él mire hacia el norte y yo hacia el sur.

Su carrera está en el punto más alto, a punto de volar en solitario. Su carrera es infinitamente más fuerte que la mía. Su vida está en Nueva York o en el hospital que le haga la mejor oferta, que las hay, según me ha contado, aunque no ha especificado nada. Sé que en esos primeros años no sería raro cambiar de centro en más de una ocasión.

Miedo a que él tenga claro que hay un principio y un final y yo solo un principio.

Todavía me niego a estar enamorada, solo que me lo niego después de admitirlo varias veces. ¿No es de locos?

Salimos las tres del centro por la puerta trasera. Kyle está esperando, apoyado en su coche, a pocos metros.

Está especialmente guapo. Se ha vestido para la ocasión «barbacoa» y lleva una camiseta de manga corta, algo inapropiado para esta temperatura, pero habitual en él. Aunque estamos a primeros de junio, todavía no hace calor. Y lo mejor son sus pantalones vaqueros desgastados: esos en particular consiguen excitarme mucho, especialmente si le veo de espaldas.

Se acerca a nosotras para saludarnos. Tras varios comentarios superficiales nos despedimos anunciando que somos invitados de Madison y Harold.

Para mi sorpresa, cuando nos dirigimos a su coche, me da la mano. Sé que las miradas de Maya y Madeleine estarán puestas en ese gesto. Lo compruebo en cuanto me doy la vuelta y veo a dónde apuntan.

—¿Por qué has hecho eso?

—Me hacía ilusión, nunca le he dado la mano a una chica en plena calle.

—¿Nunca? —le pregunto sintiéndome halagada. Es que me muero por sus huesos, ya no merece la pena que me contradiga a mí misma.

Eso sí, me esfuerzo por disimular mi entusiasmo. Aunque me vaya la vida en ello, no pienso demostrarle que me ha hecho feliz con ese gesto.

—¿Te molesta? —me dice deteniéndose.

—¿Y si me molestara…?

—Entonces te beso. Esas dos no dejan de mirar.

Me echo a reír y me meto en el interior del coche.

—No es un secreto, ¿no? —pregunta despreocupado.

—Ni es un secreto ni lo deja de ser… —le digo fingiendo estar distraída con el cinturón.

—¿Tú si le has dado la mano a un tío por la calle?

—Sí, a Grayson.

—¿Quién coño es Grayson? Hace seis años que te conozco y nunca lo habías mencionado.

—Se me ha olvidado hacerlo en estos «seis» años, eminencia. Grayson era una pareja que

tuve durante un tiempo.

—¡Ah! ¿Y se acabó?

—No —le digo girándome hacia él—. Sigo follando contigo cada día y él me está esperando en Nueva York hasta que me harte de ti.

Se acerca a mí.

—Nunca te vas a hartar de mí —me susurra sonriendo—. Díselo a Grayson.

Niego con la cabeza.

—Acabó hace tiempo.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

—Es que nunca he tenido pareja, me gusta aprender sobre los motivos de ruptura.

—¿Nunca?

—Bueno, si pareja se considera una duración superior a tres días… No, no he tenido nunca.

—¡Ajá!

—¿Qué te pasó con él?

—Le confesé que le había puesto los cuernos —le digo mientras emprendemos la marcha hasta la casa de Madison—. Lo comprendió y lo dejé.

Frena el coche en medio de la carretera.

—¿Qué?

—Ya te lo contaré en otro momento, Kyle.

—Pero, ¿es verdad o mentira?

—Es verdad, pero tiene sus matices la historia.

—Anticípame alguno, quedan tres minutos para llegar.

—Era psicólogo y lo analizaba todo. Era insufrible.

—Pero, ¿le pusiste los cuernos o no?

—Sí, contigo, en el motel.

Me mira y rápidamente vuelve a mirar hacia la carretera. Se mantiene callado hasta que llegamos.

Nos bajamos del coche.

—¿Yo tuve que ver en tu ruptura?

—Sí. Le confesé que me había enamorado de ti y que me iba a casar contigo. Le dije que fue amor a primera vista y que el destino nos había unido.

Sonríe de forma cínica.

—No cuela.

—Claro que no tuviste nada que ver. Solo te utilicé para que descarrilara el tren…

—Cuánta frialdad… —me dice dándome un cachete suave.

Cuando estamos delante de la puerta de Madison, me coge la mano. Intento soltarme, pero él aprieta más. Madison nos recibe cogidos de la mano y sonríe.

Me suelto y entro en la casa. Él me sigue y me susurra al oído:

—No le mentiste a Grayson. El destino nos había unido, doctora.

Siento un escalofrío por la espalda y sigo caminando por el amplio pasillo hasta llegar a la terraza, donde Harold nos recibe con una sonrisa y un delantal con motivos volcánicos.

67

Kyle

La verdad del fuego

El mismo día.

—Desconocía esta nota —nos dice Madison leyéndola entre lágrimas—. Disculpadme, pero todavía me cuesta hablar de ellos sin emocionarme.

—¿Qué ocurrió, Madison? ¿Por qué no nos lo has contado antes?

—Porque solo sigo sus voluntades. Para estos imprevistos tengo que improvisar. Maya me dijo que habías preguntado por su enfermedad por algo que te dijo el bueno de William, ¿cierto?

—Sí, eso nos alertó —le confieso, impaciente por escuchar el relato que hemos pospuesto hasta terminar la barbacoa.

Estamos sentados frente a una mesa, en su jardín, degustando algunos licores caseros que ella misma elabora.

—¿Qué es lo que te pidieron respecto a nosotros? ¿O fue para todo el mundo en general?

—Para todo el mundo, pero especialmente para vosotros. Esta historia no es fácil de entender. Es breve, pero no sé si podréis comprenderla. Había que conocerlos bien para ello.

—¿Qué más da nuestra comprensión? Es su historia… —le animo para que arranque cuanto antes con el relato. Me está poniendo de los nervios.

—James supo que estaba enfermo dos meses antes de partir. Fue algo repentino. Comenzó con fuertes dolores de cabeza y, aunque al principio intentó restarles importancia, Eleaine y Maya lograron convencerlo de que se hiciera unas pruebas. El diagnóstico fue devastador. Tenía un tumor cerebral, y el pronóstico no dejaba mucho margen de esperanza.

»Su médico le habló de un plazo de pocos meses, pero también le advirtió que su vida podría cambiar… Creo que no necesitáis muchos detalles, ambos conocéis la medicina. Si queréis detalles… le pediré a Maya que os muestre el historial que conserva.

Ambos negamos con la cabeza.

—Pidieron una segunda opinión en Philadelphia y el resultado fue el mismo.

Madison está afectada y toma el relevo Harold. Eso me acojona, espero que el relato no se alargue dos horas con sus pausas características.

—Quiso evitar ese final y empezamos a trabajar duramente para preparar la expedición a ese demonio africano, como él lo llama en esa nota. Era un reto, un imposible para cualquier vulcanólogo. Su furia no permite obtener datos sin jugarse la vida y él quiso hacerlo. Eligió ese final: las entrañas del volcán y así poder dejar su huella en la ciencia que tanto amaba.

Guardamos silencio. Ambos hemos imaginado que ese era el desenlace, pero escucharlo por boca de Harold impone.

—¿Y mi madre?

—Ella… —empieza a decir Madison mientras mira a Harold— No soportaba la idea de vivir sin él.

—¡Dios mío! —exclama Eve levantándose y llevándose las manos a la cara.

Me levanto y la abrazo.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando decide separarse.

—Sí, es que… resulta muy impactante.

Eve se vuelve a sentar.

—Eve, hija —interviene Harold—, sé que cuesta entenderlo, pero ellos no podían estar separados. Si los hubierais visto en su vida diaria, lo comprenderíais. Eran almas gemelas, inseparables y tu madre decidió morir con él porque de no haberlo hecho, habría muerto de todas formas, aunque de otra manera. Dedicaron su vida a la ciencia, a la geología, a los volcanes y decidieron acabar su paso por este mundo abrazados entre ellos y por uno de los volcanes más furiosos del mundo. Hay un vídeo poco antes de que perdiéramos la conexión con ellos. Si algún día queréis verlo, os lo mostraremos encantado. Veréis que están felices, que se despiden cogidos de la mano antes de dirigirse a un punto en el que… no habría retorno. Aun así, pudieron motorizar muchos datos que nos llegaron de forma inmediata.

—¿Por qué nos lo ocultasteis? Nos lo contasteis como una expedición peligrosa que salió mal, a pesar de conocer los riesgos.

—Porque así nos lo pidieron ellos. Nadie conocía su enfermedad. Su equipo le advirtió del peligro y creyeron que serían más cautos a la hora de pisar algunos puntos que no debían, pero no sabían los planes que había detrás. Para la ciencia fueron héroes o quizás valientes. Para nosotros dos amigos que se amaban con locura y quisieron morir de la mano. Eso es lo que nos pidieron que os trasmitiéramos, simplemente la verdad.

—No grababan un vídeo cada vez que se marchaban de expedición, ¿verdad?

—No, eso os lo dije para hacer la historia más fuerte. Solo grabaron esos que visteis porque sabían que era la única oportunidad que tenían para hablar con vosotros.

—Pero… ¿Por qué no se despidieron en persona? Aunque hubiera sido sin decirnos la verdad…

—Eso no entraba en sus planes. Aunque siempre han sido unos padres desaparecidos, os querían. A su manera, pero os querían. Y eso era demasiado doloroso. Estaban felices de poder dejar este mundo juntos, no estaban asustados ni vivieron momentos dramáticos. Os aseguro que los peores momentos fueron cuando les dieron el diagnóstico, pero una vez que tomaron la decisión, se sintieron entusiasmados y aliviados. Eran así…

—Murieron felices… ¿Qué más podemos pedir? —comento en voz alta lo que estoy pensando.

—Y decidieron dejarnos la casa y el vídeo… —comenta Eve.

—Sí, lo arreglamos todo en pocos días. James mostraba signos de cansancio y adelantó la expedición diez días. Redactaron el testamento y grabaron el vídeo. Y me pidieron que custodiara vuestra amistad.

—¿Qué significa eso?

—Tu madre me dijo que habían cometido el error de no presentaros nunca, de no mantener una reunión los cuatro y que erais la única extensión de ellos. Me pidió que hiciera lo posible porque coincidierais y tuvierais un buen comienzo.

Eve y yo nos miramos algo impactados por la revelación.

—Mi madre en el vídeo me dijo que Kyle era tan guapo como su padre.

Nos echamos a reír los cuatro.

—Creo que quería que ligaras conmigo… —añado provocando más risas.

—Me lo pusisteis complicado, chicos. Cuando vi el trato que os dispensabais en el funeral y después de él…

Eve y yo nos miramos sonrojados, es una situación algo incómoda.

—Ahora os lleváis mejor, ¿cierto? —pregunta Harold algo ausente.

—Pues claro, querido, es evidente… —dice Madison mirándonos las manos, como si

todavía las tuviéramos cruzadas.

Madison y Harold son buenos interpretando el papel que se les pida.

Mis paseos con Harold, no solo me han servido para entretenerme y exasperarme a partes iguales, sino también para confesarme con él con todo lo que estaba viviendo con Eve. Pero ha sabido disimular. Y si él lo sabe… Madison también, es evidente.

—¿Estás bien? —le pregunta Madison a Eve.

—Sí, es solo que estoy impactada y emocionada. Ella nunca estuvo presente en mi vida, al menos en los momentos que más la pude necesitar. Siempre creí que no la necesitaba, pero ahora entiendo que me habría gustado conocerla mejor, compartir más momentos con ella, aunque hubieran sido pocos. Me habría gustado conocer mejor a James, al hombre que la hizo tan feliz. Me habría gustado entrar en su casa y no tener que imaginar cómo vivían, sino haberlo visto con mis propios ojos. Me habría gustado verla el día de mi graduación, o el día que oficialmente me convertí en médico. Me habría gustado acompañarla a algún volcán pequeñito, de esos que están inactivos… o ver lava con ella desde una distancia prudente. Pero, sobre todo, me habría gustado darle un abrazo que pudiera recordar, porque no recuerdo cuándo ni dónde le di el último.

Eve termina su relato con los ojos envueltos en lágrimas. Madison lleva rato enjugándoselas y Harold tiene los ojos enrojecidos. Y yo… yo tengo los ojos igual que Harold, conteniendo las lágrimas, pero con el corazón hecho añicos.

Harold llena las copas con el licor de manzana y propone un brindis por ellos.

—Por su historia de amor —consigo decir alzando mi copa.

—Que siga, estén donde estén…

Todos chocamos las copas, pero Eve y yo nos miramos. Juraría que en esa mirada hay el mismo fuego que abrazó a los homenajeados antes de morir.

Estoy enamorado de ella… Estoy enamorado de esta loca con mal genio, que cuando lleva el pelo mojado me vuelve loco.

No solo hay una historia de amor entre James y Eleaine.

68

Eve

Recta final

A una semana de que terminen sus vacaciones.

Hoy, por primera vez desde aquel día que acordamos no hablar más de la venta de la casa, él lo ha mencionado. Ha sido esta mañana.

—Se me acaba el permiso, Eve, voy a tener que volver pronto a Nueva York… Dentro una semana debo incorporarme de nuevo al trabajo…

Por suerte, estaba de espaldas a él, limpiando un plato, cuando lo ha mencionado y he podido ocultar la mueca de dolor que debía reflejar mi rostro en ese momento.

—Qué pronto pasa el tiempo —consigo decir con el mismo tono que emplearía si habláramos de la temperatura que hay en el exterior.

—Lo que significa que… debería marcharme dentro de cinco días, con algo de margen… —insiste en seguir hablando del tema.

—Claro, no se puede apurar hasta el final… —Mantengo mi tono despreocupado, a pesar de tener un nudo en la garganta.

—Y… aún no hemos hablado de… nada —insiste con un tono que me parece algo cohibido.

—¿De qué quieres hablar? ¿De la casa?

Tarda en contestar. No sé por qué he comentado ese tema, pero algo me decía que se refería a ello.

—Por ejemplo… —titubea.

¡Aleluya!

Su teléfono suena e interrumpe nuestra profunda conversación. Si pudiera, besaría el móvil de lo agradecida que estoy.

Atiende la llamada rápidamente y se aleja. Parece que tiene confianza con quién le ha llamado porque bromea con algo relacionado con unas plantas.

Le sigo sigilosamente. Necesito saber más.

—Si se alarga… ¿Me puede perjudicar? —le pregunta a alguien.

¿Qué es lo que se alarga? ¿Perjudicar?

—Es lo que quisiera… —sigue diciendo.

—¿Cuánto tiempo crees que podría ser? —Esa pregunta la formula de forma angustiada.

Se aleja más y no consigo escuchar el resto, sería demasiado arriesgado si sigo acercándome, mucho más después de escuchar la puerta de su dormitorio al cerrarse.

Consulto mi reloj. Es demasiado pronto para salir de casa en dirección al centro, pero necesito salir de casa.

Escribo una nota rápida en la que le indico que me ha surgido una emergencia en el centro y salgo a toda prisa.

Cuando entro en el coche, siento que mis pulmones se han relajado.

Esperaba que me dijera que teníamos que hablar de nosotros, pero ese «por ejemplo», me ha dejado destrozada.

Yo no le he planteado nada, pero no soy yo la que tiene que marcharse. Es él el que da un

paso hacia otro lugar...

Hemos compartido momentos muy íntimos y cercanos en los últimos días…

Desde que Madison nos informó de lo que ocurrió con nuestros padres, he sentido un dolor extraño por su muerte, como si me hubieran dado la noticia de nuevo.

Y él ha estado a mi lado en todo momento para hacerme reír o para hacer más fuerte la teoría de su muerte feliz.

Hemos vuelto a entrar en sus despachos de una forma distinta. He llorado mientras manoseaba sus objetos y hemos bromeado sobre todas las excentricidades que hemos ido descubriendo entre sus pertenencias.

Ayer le permitimos a Harold que se llevara todo lo que había en la buhardilla, todo lo que ellos le dejaron en su testamento. Cada objeto que salía de la casa me hacía llorar. Y él, me consolaba en cada uno de esos instantes.

He derramado unas lágrimas que ni siquiera sabía que podían existir para ella, pero me he vaciado de años y años de silencios y ausencias que se habían ido acumulando sin que lo notara. Como si cada lágrima fuera un recuerdo que estaba guardado en algún rincón, esperando su momento para salir.

Kyle estuvo a mi lado, batallando también con su propio duelo, encontrando la forma de calmarme, de darme un respiro en medio de todo ese caos. A veces, con solo unas pocas palabras, lograba hacerme sentir comprendida.

Y ahora tengo que lidiar con su marcha.

Por momentos, creo que las lágrimas de ayer no solo estaban dedicadas a mi madre o a ellos dos, creo que algunas se colaron disimuladamente con mi otro duelo: el de verlo partir. El que llevo en silencio, como llevé el de mi madre.

Se acaba el tiempo…

Madison interrumpe mi drama con una llamada inesperada; me alegro de ello. La línea de mis pensamientos es destructiva y duele.

—Eve, he supuesto que estarías levantada.

—Sí, he salido antes de casa. Voy a tomar un café en la cafetería de Daniel —le digo improvisando lo primero que se me ha ocurrido.

Diez minutos después estoy frente a su casa. Me ha convencido para que me tome el café con ella y me olvide de Daniel.

—Tengo poco tiempo… —le anuncio nada más entrar.

—Solo quería hablarte de las ofertas que han salido de la casa… —me informa mientras me ofrece una humeante taza de café.

—¿Las ofertas?

—Sí. Dos personas se han interesado por la casa. Una de ellas es familiar de Maya, es una buena familia que vive en la entrada este. Y la otra proviene de un vecino de Harrisville —me indica refiriéndose al pueblo vecino, a solo cinco millas de Saxonburg.

—Ambas son muy generosas y deberíais estudiarlas —continúa diciendo al ver que yo no reacciono.

Me indica las cifras que están dispuestos a ofrecer y, efectivamente, son buenas ofertas. Más de lo que podría haber aspirado en siglos a tener.

—Lo hablaré con Kyle…

—Él ya lo sabe.

—¿Lo sabe? No me ha dicho nada.

—Me pidió que fuera yo quien te informara.

—¿Por qué?

—No lo sé. Igual que se lo conté a él, me pidió que te lo contara a ti.

—Bien. ¿Y te pidió algo más?

—No, solo eso —me contesta algo sorprendida de mi pregunta.

Madison dedica un buen rato a pedirme que me lo plantee bien porque son buenas ofertas y pueden no repetirse. Las anteriores son inferiores. También me ofrece posibilidades de alojamiento en varias casas de alquiler o incluso me ofrece que me quede en su casa si lo necesito y me apetece el tiempo que desee.

—Kyle se marcha dentro de poco, te sentirás muy sola en esa casa. En cualquier caso, los trámites siempre se alargan un poco, así que no pienses que en caso de venderla tendrías que salir corriendo —me consuela entre risas.

Corriendo…

Eso es que lo que necesito hacer ahora mismo. Salir corriendo y no parar hasta sentir que todo deja de doler.

Salgo algo descolocada de la casa de Madison y me dirijo al trabajo con los ánimos por los suelos.

Hasta Madison sabía que él se marchaba pronto. Y… le ha pedido que me hable de las casas, y seguramente también que me recalque que son buenas ofertas. Estoy convencida de que lo que él pretendía era que me animara a venderlas. Por eso le pidió que me lo contara, de ese modo ella me hablaría de las ventajas desde una postura más neutral. Es su manera de empujarme.

Sé que acordamos venderla y que él tiene un plazo para pagar sus deudas, pero en este instante me aterroriza que ese sea el único tema que le importe o que siempre haya sido el único y yo no haya sabido verlo. ¿No confía en mí para hablar de ese tema?

69

Kyle

Tomando decisiones

A siete días de mi supuesta vuelta a Nueva York.

—Veo que lo tienes claro —me comenta Axel cuando le informo de mi conversación con Sienna —. Ayer, cuando me llamaste, pensé que hoy me dirías que has cambiado de opinión, sinceramente. No me pareciste muy seguro.

—Porque me preocupaba que pudiera perjudicarme en la finalización del programa, pero después de hablar con Sienna he comprobado que puedo hacerlo. Se ha comprometido a gestionar los dos últimos meses aquí en Pittsburgh. Ese hospital es como su casa.

—¿No era el hospital que tenías como opción desde hace tiempo?

—Sí, tenían dos opciones. Uno era este, el que estamos hablando, el de Pittsburgh, el UPMC Presbyterian, donde se formó Sienna antes de aterrizar en Nueva York. Y el otro, el Cleveland Clinic, en Ohio.

—Joder, ¿no tienes más opciones? ¿Una cerquita de tu pobre amigo?

—Esas son importantes en mi especialidad.

—¿Y Nueva York? ¿No hay opción aquí?

—Para ello tengo que rotar un poco más e inflar un poco más mi trayectoria, Axel. Eso será dentro de unos años. La mayoría de opciones de Nueva York no me interesan de momento en mi especialidad, y las que me interesan, todavía no son accesibles.

—¿No te parece mucha casualidad que uno de esos hospitales esté cerca de donde estás ahora? Nunca me acuerdo del nombre del pueblo...

—Saxonburg. Puede que sí lo sea. De hecho, cuando me lo ofrecieron, hace meses, pensé que si lo aceptaba podría visitar a mi padre alguna vez… Es curioso…

—Lo siento, Kyle.

—No te preocupes, ya hemos hablado de ello. Estoy bien.

—De lo que no hemos hablado es de «ella». Es evidente que esa es la razón por la que le has pedido a Sienna una extensión de tu baja por «estrés», y ya de paso que gestione el final de tu programa en el hospital de Pittsburgh…, ese que… está a unas pocas millas de donde «casualmente» te encuentras ahora, ¿cierto? ¿O lo vas a negar? —Hace un repaso para recalcar mis planes de forma irónica.

—No lo voy a negar, Axel. A estas alturas ya no tiene sentido que te lo niegue. Ella es el motivo de le hubiera pedido a Sienna una prolongación de la baja por estrés de todos modos, pero es cierto que no habría intentado finalizar el programa si el hospital no me hubiera interesado. Todavía conservo un equilibrio mental, aunque me haya enamorado.

—Lo admites… Y no me has llamado para contármelo… Eso acordamos —me dice riéndose —. O sea que yo tenía razón y te estás colado por ella…

—Ha sido una lucha dura conmigo mismo, no era tan fácil admitirlo, Axel. Esto es nuevo, inesperado, rápido…

—No quieres separarte de ella…

—No estoy preparado para alejarme de ella ahora. ¡Ahora no! Necesito más tiempo.

—Pero ella también tiene planes de volver a Nueva York algún día, ¿cierto?

—Pero aún quedan cuatro meses para que acabe su contrato aquí y… eso es mucho tiempo. Hace dos meses que la conozco, Axel, y han pasado muchas cosas… Sé que puede parecer demasiado intenso para el tiempo que hace que nos conocemos, pero es algo que me hace sentir diferente en todos los sentidos.

—No sé si lo que me cuentas es una locura…

—¿Qué sabrás tú de enamorarse?

—Cierto, no sé nada. Pero tampoco esperaba escucharlo de tu boca. Creo que a ti te duraban menos que a mí las aventuras…

—Eso es imposible.

Nos echamos a reír y bromeamos con ello.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Aún no se lo he dicho, no quiero hacerlo hasta tener la confirmación definitiva de Sienna, que ya debería haberme llegado.

Esa pregunta me produce malestar, como si Axel me hubiera recordado algo que no puedo obviar. Llevo un par de días gestionando este asunto, pero cuando le he comentado a Eve el tema de mi marcha, esta misma mañana, parecía despreocupada...

Ha habido algo en su actitud que me ha deprimido.

Ha deducido que yo quería hablar de la casa…

Es cierto que no pensaba contarle nada de lo que estoy planeando todavía, pero la he tanteado esperando encontrar alguna señal que me indicara que le dolía que me tuviera que marchar, pero ha seguido limpiando un plato como si tuviera que presentarlo a un concurso de limpieza…

Me doy cuenta de lo poco que hemos hablado de nosotros y de «mañana»…

—Kyle… —Me llama la atención. Ha debido percibir que me he desconectado de la conversación.

—Disculpa… ¿Qué me estabas diciendo?

—Te decía que esperaba verte pronto en Nueva York, pero ya que las circunstancias han cambiado…

—¿Qué quieres decir?

—Puede que muy pronto nos veamos. Estoy dándole vueltas a una idea, a un viaje…

—¿Vas a venir a visitarme? ¿Te vas a tomar todas esas molestias?

—Lamento decirte que no es el propósito principal del viaje, pero puede que me desvíe un poco para hacerlo. Tenemos un proyecto en Youngstown, Ohio. En un principio, es mi primo el que debería viajar hasta allí, pero me ofreceré a hacerlo yo: estará encantado. Así puedo visitarte. Está a unas cien millas de donde estás tú, del pueblo ese.

—Eso sería genial. ¿Cuándo tienes previsto hacerlo?

—Más pronto de lo que crees. Si quiero aprovechar ese viaje, puede que sea mañana mismo. Te lo confirmaré. Primero pasaría a visitarte y de ahí partiría al día siguiente hacia Youngstown. ¿Te parece bien? ¿Estropeo algún plan?

—Claro que no, es perfecto, te espero con los brazos abiertos.

—No me hagas llorar y cuéntamelo todo sobre esa chica que ha puesto tu mundo del revés.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo.

—¿Todo? Es posible que nos veamos mañana…

—Ayúdame a entender tu decisión antes de que nos veamos, por favor. Quiero ir preparado.

Y es lo que hago, contarle por qué he decidido alargar tres meses mi estancia en Saxonburg.

Un mes destinado a prolongar mi baja por estrés y dos meses más para terminar el programa en Pittsburgh, cerca de aquí, cerca de ella…

Lo que no le cuento es que espero no estar equivocándome. No quiero mostrarle mis dudas, esas que me están invadiendo de una manera que no esperaba.

Ya es tarde para eso. La decisión está tomada.

70

Eve

Dudas

Se van restando los días para su marcha. Puede que sean solo cinco.

Madeleine lo ha notado y me lo ha dicho varias veces:

—Estás ausente…

Lo ha repetido cada vez que nos hemos subido al coche para visitar a un paciente. Hoy me ha tocado a mí atender a los que no pueden desplazarse, y ella me ha acompañado. En el centro apenas había consultas, y Maya ha querido adelantar trámites burocráticos.

Cuando llegamos al centro, este permanece cerrado, pero el coche de Maya y el de Kyle se encuentran en el aparcamiento.

¿Qué hace él aquí?

Madeleine se despide de mí y entro sola por la puerta trasera. Lo hago sigilosamente, intentando que nadie me escuche, como si intuyera que debo ocultar mi presencia.

La consulta de Maya tiene la puerta cerrada. Me acerco a una distancia prudente y escucho sus voces, pero no puedo entender lo que hablan.

Me dirijo a mi consulta algo decepcionada por no poder saber de qué trata su conversación.

Entro en mi consulta con desgana, pero me quedo parada antes de saber qué hacer. Debería marcharme.

Mi cabeza empieza a torturarme.

«Si se alarga… ¿Me puede perjudicar?», son las palabras que me vienen a la cabeza; las que él ha pronunciado esta mañana cuando hablaba con alguien por teléfono.

Y el asunto de Madison…

Pedirle que sea ella la que me hable de esas nuevas ofertas de compra… ¿A qué viene eso? ¿No se atreve a hablarme de su interés por vender la casa? ¿No es absurdo?

«Por ejemplo…», esa es la frase que ha pronunciado cuando le he preguntado si quería hablar de la casa…

Y… Ahora que lo pienso. ¿No tendrá nada que ver su visita al centro con que uno de los compradores sea familiar de Maya?

¿Será esa la razón de que esté con ella en su consulta?

Él sabía que yo hoy no iba a estar en el centro en todo el día…

Además, ayer por la noche estaba muy raro. No dejaba de mirar su móvil una y otra vez. Apenas hablaba y me observaba de forma extraña.

Estuvimos jugando al gato y al ratón toda la noche hasta que me quejé de un horrible dolor de cabeza y me metí en la cama más pronto de lo previsto.

Tenía tantas dudas que no sabía cómo comportarme.

Y esta mañana apenas hemos hablado. Ha estado hablando con alguien mientras yo desayunaba sola. Después me ha dicho que hoy llegaba su amigo Axel a visitarnos…

¡Qué oportuno!

Le quedan pocos días para marcharse e invita a un amigo a venir a Saxonburg…

Me estoy alterando demasiado.

Decidida, dirijo mis pasos hacia la salida, pero un sonido me detiene.

Escucho pasos avanzando por el pasillo paralelo, alejándose hacia la recepción. Unos segundos después, vuelven a sonar, esta vez regresando en dirección al despacho de Maya, como si alguien hubiera salido un instante para volver de inmediato. Debe tratarse de Maya. Ha debido ir a la recepción en busca de algo.

Asomo la cabeza. Sus voces se escuchan con mayor nitidez. Me sorprende, pero compruebo que se debe a que esta vez no han cerrado la puerta.

Me acerco con prudencia, serpenteando la parte del pasillo por la que no pueden verme y que me permitiría improvisar en caso de ser descubierta.

Están hablando de unas salas adecuadas para algo. No parece interesante.

Ahora hablan de un periodo de dos meses, pero no especifican.

No parece interesante.

Cuando decido dejar de jugar a los detectives, algo que, en cierto modo, me hace sentir ridícula, su conversación gira y capta mi atención.

—Yo solo puedo recomendarte que aceptes esa oferta, pero puede que no sea la opinión más objetiva. Tienes dos, te aconsejo que las estudies bien. La otra la desconozco, no puedo darte informes, pero siempre es bueno estudiarla.

¿Ofertas? Las dos ofertas…

Las de la compra. Claro, están hablando de la venta de la casa. Del familiar de Maya, por eso no puede ser objetiva.

—Lo tengo decidido, pero antes quería conocer tu opinión. Nadie mejor que tú para darme referencias.

—Yo solo puedo hablarte bien y recomendártelo. Y también te aconsejaría que no lo prolongaras más. Cuanto antes te lo quites de encima, mejor. Tienes algunos trámites que hacer, no te creas que es tan rápido. En cualquier caso, haré esas llamadas esta misma tarde para echarte una mano.

—Gracias, Maya.

Me quedaría, pero creo que ya debería marcharme…

Parece que se van a despedir y pueden sorprenderme. ¿Y si me meto en mi despacho?

—No comentes nada de esto con Eve, por favor… Aún no he hablado con ella.

—¡Oh! Pues me alegro de que me lo hayas dicho. Soy única metiendo la pata. Se me podría haber escapado en cualquier momento.

Se echan a reír y yo aprovecho para desaparecer.

No sé qué se trae entre manos, pero es evidente que está tramitando la venta de la casa. Me parece bien, pero no es necesario que lo haga de esta manera hablando a mis espaldas con Madison, con Maya, y con quien fuera que hablara ayer…

«No lo hables con Eve», le ha pedido el muy estúpido.

«Háblalo con Eve», le ha pedido a Madison.

Tengo ganas de llorar y en cuanto me meta en el coche y me pierda en alguno de esos campos camino de casa, pienso hacerlo. Y pienso estar un buen rato, hasta hartarme.

Esos campos son preciosos…

Hemos paseado alguna vez por ellos…

Pero se va, y lo único que le importa es tramitar la venta.

71

Kyle

Más sorpresas. La visita de Axel.

Ya no hay cuenta atrás.

Axel está encantado con la casa. Se la he mostrado por completo, y en cada estancia ha encontrado algo que comentar. No me ha sorprendido. Ayer, como me pidió, le hablé de mi relación con Eve desde que hicimos las paces, y hoy ha ido recordando anécdotas que le conté, vinculadas a distintos rincones de la casa.

Me habría gustado que Eve hubiera llegado ya: tengo muchas ganas de que se conozcan, pero ha debido tener un día complicado. Hoy tenía que hacer visitas domiciliarias y seguro que ha surgido alguna emergencia imprevista.

En cualquier caso, la visita de Axel no parece haberle entusiasmado mucho cuando se lo he comentado. Quizás debería haberle dicho que solo piensa pasar una noche. Puede que haya imaginado algo más.

En cuanto se marche Axel, hablaré con ella.

Está muy rara, y todavía tengo la esperanza de que el hecho de que crea que me marcho en pocos días, sea el motivo.

¿Y si le importa una mierda que me marche?

Esa idea me atormenta.

He puesto mi vida profesional patas arriba para poder estar con ella mientras sigue trabajando en Saxonburg.

¿Y si la idea no le entusiasma?

¿Y si está triste por la venta de la casa? ¿Le habrá hablado Madison de ello?

Ya es un hecho. Me quedo aquí un tiempo.

No puedo seguir suponiendo tantas cosas. Hablaré con ella, le contaré mis planes y también lo que he tramitado con Harold; sé que le gustará. Mi idea es gestionar la venta de la casa de manera que podamos seguir disfrutándola por un tiempo sin que eso nos perjudique económicamente. Podemos negociar con uno de los compradores un plazo determinado para permanecer aquí. Es un proceso más complejo, pero con la ayuda de Harold, será posible.

Cuántos planes…

Prolongaré mi baja durante un mes y a continuación me incorporaré al equipo del hospital de Pittsburgh. Sienna lo ha arreglado, a falta de unos pocos trámites que tendré que hacer presencialmente en el hospital, para que pueda terminar mi programa en él. Y después… Después me plantearé lo que más me convenga.

Maya me ha hablado maravillas de ese hospital. Ella se formó allí y hasta hace poco tiempo trabajó en ese hospital; antes de hacerse cargo del centro médico.

Harold fue el que me informó de que Maya tenía vinculación con ese hospital. De ahí que haya acudido a ella para hablarle del tema y de las ofertas que contemplaba en cuanto terminara el programa; una de ellas, la de Pittsburgh.

Es curioso.

Hace tiempo, cuando conocí esa opción, desconocía lo que este lugar podía significar para mí…

Estoy algo desbordado con todo lo ocurrido en los últimos días, pero la llegada de Axel me ha animado.

Estamos en la biblioteca. Aquí nos hemos detenido para que observe las maravillas que contienen las estanterías. Axel es un gran amante de la lectura.

—Debo decirte algo que no te va a gustar —me suelta mientras consulta un libro de esos que llaman la atención por su solapa envejecida—. Se trata de Gabriel.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—He seguido las averiguaciones que empecé hace tiempo.

—Ya… ¿Y qué has descubierto esta vez?

—Que te mintió cuando te pidió el dinero para Zephyr.

Se me hiela la nuca y lo miro con desconcierto. Axel suelta el libro y se sienta en uno de los sillones y me hace un gesto con la mano para que haga lo mismo en el sillón que queda al lado.

—Explícate.

—Zephyr tenía un seguro médico que le cubrió todo el tratamiento. Te mintió cuando te dijo que había dejado de pagarlo. Estaba cubierto y bien cubierto.

Necesito un tiempo para procesar lo que me está contando.

—Me mostró la factura final. Él solo pagó los mil primeros dólares.

—Él no pagó nada. Esa factura es la que cubre la aseguradora. Lo he investigado todo, Kyle. Dejó de pagar el seguro médico, pero fue después, mucho después, cuando se quedó sin trabajo. Hasta ese momento él y su hermano han estado cubiertos. Te pidió el dinero porque vio una oportunidad en ello. Estaba hasta arriba de deudas. Siempre hemos creído que sus deudas se debían a todos los líos en los que se metía su hermano, pero no siempre era así. Él tiene un problema muy grande de juego y apuestas.

—Joder… —Me levanto y golpeo el borde de una estantería, provocando que algunos libros tiemblen.

—Es un cabrón sin escrúpulos.

—Debí cerciorarme de todo, debí investigarlo yo mismo, debí ser menos estúpido, joder…

—Tú no tienes la culpa. El que ha jugado sucio es él.

—¿Estás seguro, Axel? —le pregunto sabiendo la respuesta. Axel tiene muchos contactos en muchas partes debido al negocio de su padre y sé que se ha informado bien antes de contármelo.

—A menos que haya otro Zephyr Featherstone que haya estado ingresado en la clínica Brightmore… A menos que Gabriel tenga otro hermano con ese nombre… Sería una casualidad…

—Sí, lo sería… —admito con decepción.

—Y… hay más. ¿Recuerdas que te conté que llegaría a un acuerdo para recibir una indemnización por el accidente?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues ya es un hecho. Han llegado a un acuerdo y recibirá una buena cantidad, pero no sé cuándo será efectiva.

—¿Y el juicio penal se ha resuelto?

—No tengo más datos, solo lo que te conté sobre la terapia y todo eso. Ya te dije que esa tía no iba a pisar la cárcel, como mucho estará bajo la condicional, seguro. La muy hija de puta…

Permanezco callado unos minutos. Axel no dice nada más. Estoy tan sorprendido y asqueado que no soy capaz de pronunciarme.

Escucho un sonido que proviene de fuera de la biblioteca. Giro la cabeza. Eve aparece en la

puerta con una sonrisa de oreja a oreja. No la he escuchado llegar, pero me gusta ver esa preciosa sonrisa.

—Tú debes ser Axel… —dice decidida, acercándose a él.

72

Eve

¿Dónde he escuchado yo ese nombre?

Diez minutos antes de entrar en la biblioteca.

Ya he llorado bastante. Por hoy se ha terminado. He tenido tiempo de desahogarme, esperar a que desaparezcan las marcas en mis ojos y también a darle una y otra vez vueltas a lo mismo. Ya me he cansado.

Si quiere vender la casa, o está tramando algo, que lo diga claramente. Él se va, no yo. Es él el que tiene que dar el paso.

Estoy enfadada, dolida, triste y muerta de pena, pero voy a entrar con mi mejor sonrisa y con mi mejor actitud.

Aparco frente a la casa y, antes de bajar, observo otro coche estacionado unos metros más adelante. Debe ser el de Axel. Ya sabía que venía, pero verlo ahí hace que se me acelere el pulso.

¡Mierda! No me apetece lidiar con una visita.

Joder… ¡Qué mala suerte!

Salgo con cuidado del coche, cierro la puerta sin hacer ruido y rodeo la parte delantera para dirigirme a la entrada.

¿Por qué estoy tan sigilosa hoy?

Meto la llave en la cerradura y la giro despacio. La puerta se abre sin rechinar, y entro con paso suave, sosteniéndola para que no golpee el marco de la puerta al cerrarse.

Desde el recibidor no escucho nada, pero sí cuando entro en el salón. Es un eco lejano, pero sé que están en la zona de despachos, al final del pasillo lateral. Avanzo despacio, como si algo me indicara que no debo anunciar mi presencia.

Menudo día llevo. Ahora me dedico a espiarlo en todos los rincones donde lo encuentro… Esto es demasiado para mí.

Pero necesito hacerlo. Es como una intuición. O simplemente estoy muy condicionada por lo que he escuchado en el despacho de Maya.

A mitad de camino, capto el sonido de sus voces, aún amortiguado por la distancia. Me detengo, contengo la respiración y doy dos pasos más, pegándome a la pared. Ahora las palabras llegan más claras. Están en la biblioteca, como suponía.

Kyle habla primero, su tono es bajo pero firme. Axel le responde con algo que no logro captar del todo, pero que me llama la atención. Aprieto los labios y me acerco otro poco, con cuidado de no rozar los muebles del pasillo.

Si me descubre en esta posición me moriré de vergüenza.

Desde aquí puedo escucharlos mejor. Bendito recodo que conduce a la buhardilla. Me quedo quieta, alerta, sintiendo la adrenalina correr por mi cuerpo mientras espero a descubrir de qué están hablando. ¿Será de mí?

—¿Estás seguro, Axel? —pregunta Kyle. Parece angustiado.

—A menos que haya otro Zephyr Featherstone que haya estado ingresado en la clínica Brightmore… A menos que Gabriel tenga otro hermano con ese nombre… Sería una casualidad…

—Sí, lo sería…

—Y… hay más. ¿Recuerdas que te conté que llegaría a un acuerdo para recibir una indemnización?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues ya es un hecho. Han llegado a un acuerdo y recibirá una buena cantidad, pero no sé cuándo será efectiva.

—¿Y el juicio penal se ha resuelto?

—No tengo más datos, solo lo que te conté sobre la terapia y todo eso. Ya te dije que esa tía no iba a pisar la cárcel, como mucho estará bajo la condicional, seguro. La muy hija de puta…

Cuando llega el silencio, espero.

Estoy temblando.

¿Kyle conocía el proceso de Kimberly? ¿Desde cuándo? Se lo conté todo cuando me informó Ruby y él parecía sorprendido.

«¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Se enteró antes o después de que yo se lo contara a él?

Pero eso no es lo que más me llama la atención.

Es ese nombre…

¿Dónde lo he escuchado antes?

Sí, yo conozco ese nombre… Zephyr Featherstone.

¿De qué me suena tanto?

¿En la clínica? Sí, estoy segura. Además, la han nombrado.

Han nombrado la clínica donde trabajé…

Ese nombre me resulta tan familiar…

¿El hermano de Gabriel? ¿Ese es el chico que murió en el accidente? ¿El que estuvo enfermo y Kyle le prestó dinero para cubrir la factura médica?

Me suena tanto… Pero Kyle nunca antes lo había nombrado por su nombre. Siempre ha sido «el hermano» de su amigo.

Algo está ocurriendo y no tengo tiempo de pensar ahora. Tengo que averiguarlo, pero antes tengo que entrar ahí y ofrecer mi mejor sonrisa.

73

Kyle

Ha llegado el momento

Después de despedirme de Axel.

No pensaba que me pudiera afectar así decirle adiós a Axel. He sentido como si fuéramos a pasar años alejados el uno del otro. Creo que estoy demasiado sensible. Eso es lo que me ha dicho Axel bromeando cuando le he dado un abrazo que casi lo desmonto. Pero sé que él también pensaba lo mismo.

Ha prometido hacerse cargo de la obra de Youngstown que hoy ha ido a visitar para poder visitarnos con frecuencia, y también hemos acordado que pronto iré a Nueva York. Tengo que ocuparme de algunos asuntos si pretendo estar tres meses alejado de mi casa.

Sienna se encarga de supervisarla y de mi pequeño jardín, pero me gustaría poder ir acompañado de Eve. Espero que pueda pedir algún permiso adicional en el trabajo. Con un solo fin de semana apenas tendríamos tiempo para estar un día completo.

Axel ha quedado deslumbrado con ella.

Durante la cena, que decidimos encargarla en un restaurante del centro del pueblo, se mostró algo tímida al principio, pero poco a poco fue entrando en el juego de Axel, que se empeñó en contarle algunos de mis más oscuros secretos de adolescente.

Las risas no faltaron, pero, para mi sorpresa, se retiró pronto alegando que estaba muy cansada y que nosotros tendríamos mucho de lo que hablar.

Axel ha dormido en mi cama, en la de mi padre.

Cuando entré en la de Eve, tras unas horas charlando en el salón con Axel, estaba profundamente dormida y pasé horas observándola. Quizás solo unos minutos. Confieso que pudo conmigo el tema de Gabriel: su maldita mentira y su maldita puñalada.

¿Cómo pudo engañarme así?

¿Cómo pudo humillarme de esa manera y jugar conmigo con tanta facilidad?

—La deuda es la misma, empleara para lo que empleara el dinero —me ha dicho Axel.

Tiene razón, lo mismo da que se lo gastara en juego y apuestas que en pagar la factura de su hermano en la clínica, pero eso solo es a efectos prácticos. A nivel emocional es muy duro y me asquea cada vez que su cara aparece en mi mente.

Le presté mis ahorros para liquidar deudas de juego…

¿Desde cuándo tenía problemas con el juego?

Nos contó tantas mentiras en poco tiempo. Los problemas con su hermano no eran reales.

Me duele tanto…

Sé que tardará en cerrarse esa herida, ni siquiera tengo la sensación de haber podido afrontarlo de frente como me gustaría. Es como si esa noticia hubiera llegado en medio de otros asuntos que me importan mucho más.

Por suerte, amortiguan un poco el golpe.

Ella lo amortigua todo…

Estoy deseando hablar con Eve en cuanto llegue a casa.

Ya estoy en condiciones de hablarle de mis planes. Y solo espero que los acoja con

entusiasmo.

¡Mierda!

Me invade de nuevo el temor a que algo no funcione bien.

Tengo una sensación rara con ella desde hace un par de días.

Está, pero no está.

Es ella, pero no lo es.

Se comporta de una forma… diferente. No es por la presencia de Axel, incluso se animó a provocarme de vez en cuando consiguiendo hacerle reír a carcajadas, pero ella era distinta. Su mirada, su forma de expresarse…

Sí, ahora lo sé.

Creo que evitaba mirarme y no sé por qué.

Incluso cuando Axel alababa la casa hizo algún comentario que me sorprendió, como si no le importara…

Todavía quedan dos horas para que llegue. Ni siquiera la he visto marcharse hoy.

La he llamado a media mañana, pero me ha enviado un mensaje indicándome que estaba muy ocupada.

En cuanto entre por la puerta, se lo suelto todo.

Quiero celebrar que esa maldita cuenta atrás para volver a Nueva York se ha detenido.

74

Eve

Más verdades

Después de descubrir la identidad de ese chico.

—¿No tienes ninguna duda? —le pregunto a Haley Dason.

He pasado todo el día esperando su llamada después de pedirle un favor en honor a los viejos tiempos en la clínica. Ella y Caleb eran con quienes más trataba, pero a diferencia de él, nunca me traicionó. Aun así, cuando me despidieron, estaba tan hundida que apenas atendí sus llamadas y, con el tiempo, dejó de insistir.

Hoy me ha costado llamarla, no porque no supiera cómo encontrarla, sino porque temía su reacción. Pero en cuanto ha tenido un descanso, me ha llamado. Entre disculpas, le he pedido que acceda al historial de Zephyr Featherstone. No es un nombre fácil de olvidar, y anoche, después de darle vueltas, conseguí recordarlo.

No fue paciente mío ni pertenecía a mi departamento, pero recuerdo que requirió máquinas de presión muy precisas que la clínica había adquirido hacía poco tiempo, así como ventiladores especializados debido a la gravedad de su fallo pulmonar tras inhalar gases tóxicos en un incendio. Me interesé por el funcionamiento de esa tecnología y el doctor Newman, mi supervisor y mi jefe, a pesar de no ser de mi competencia, me facilitó el acceso en alguna ocasión.

Estudié su caso como parte de mi constante formación y recuerdo perfectamente que tenía cobertura médica en su totalidad. Y lo recuerdo porque aquellos ventiladores eran exclusivos en el estado de Nueva York y solo los tenía la clínica; su coste era muy elevado.

Haley, aparte de ser mi único contacto en la clínica, tiene acceso a la información que necesito.

—No, Eve, no tengo ninguna duda. No me has pedido ningún dato clínico al que me haya costado acceder, sino su situación de cobertura… No me lo has puesto difícil —me dice echándose a reír.

—Entonces, ¿tuvo cobertura total?

—Sí, así es, no tengo ninguna duda. ¿Por qué te interesa tanto?

Me esperaba esa pregunta, así que salgo victoriosa después de contarle una historia sobre unas coberturas médicas que me habían recordado al caso de ese chico debido a la tecnología empleada.

Le cuento que vivo en otro estado, le cuento cuatro mentirijillas sin importancia para salir del paso y espero paciente a que me diga lo mucho que lamentó lo que me ocurrió. Creo que todavía necesito escucharlo.

Lo bueno de esta llamada es que también me ha aportado información sobre Caleb. Ya no trabaja en la clínica, se ha marchado a Washington aceptando una mejor oferta.

Tantas molestias que se tomó en acabar con mi puesto de trabajo para marcharse unos pocos meses después…

Cuelgo el teléfono completamente abatida.

Los recuerdos se me han agolpado tras escuchar a Haley, los peores recuerdos del despido y

de aquella dolorosa traición. Pero hay algo que me duele más. Las heridas de la clínica, por mucho que hoy se remuevan, van cicatrizando, pero las mentiras de Kyle son frescas. Esas duelen hoy, ahora y… duelen mucho.

Hasta ayer desconocía el nombre del chico que murió en el accidente que provocó Kimberly, no recuerdo que nadie lo mencionara. Pero ayer lo descubrí, y con ello también que Kyle me ha mentido.

No le prestó dinero a su amigo para pagar las facturas de la clínica porque ese chico estaba cubierto. Coinciden las fechas que él mencionó y también la afección pulmonar.

Coincide todo. Utilizó ese caso para conmoverme. Es todo mentira. Solo era una estrategia para vender la casa.

No sé si estoy en condiciones de enfrentarme a él, quizás debería estar más calmada…

¿Qué más da?

Le quedan dos o tres días para volver a Nueva York y yo no soy capaz de interpretar un papel absurdo hasta que se marche.

No puedo.

Tengo que decirle todo lo que pienso.

¿No era él el que decía que no se debe desviar el curso del río? Pues yo ya no puedo hacerlo más. Que fluya… que se dirija hacia donde tenga que dirigirse. Que arrase con lo que tenga que arrasar.

75

Kyle

Mentiras. Sentencias.

Después de esperar su llegada durante todo el día.

¡Por fin! Nunca antes me había emocionado tanto al escuchar el motor de su coche, el sonido de las llaves girando en la cerradura y el «silencioso» portazo que acostumbra a dar antes de entrar y mostrarme esa sonrisa que a estas alturas ya me tiene loco, hipnotizado y completamente agilipollado.

Pero hoy no hay sonrisa.

Su rostro es sombrío, como si hubiera tenido el peor de los días o hubiera recibido la peor de las noticias.

Estoy sentado en el rincón de las confesiones. Es aquí donde he preparado mi *show*, el que quiero ofrecerle para hablarle de mis planes.

—¿Estás bien?

—Lo estoy —me contesta con frialdad—. ¿Confesiones? Hace tiempo que no nos confesamos nada… ¿Te ha quedado algo por confesar, Kyle? No creo que estés ahí para calentarte. Ya no hace frío.

—Quiero contarte algo… ¿Seguro que estás bien?

—¿Qué quieres contarme? —Sigue parada a pocos metros de mí.

—No sé si es un buen momento… —le digo levantándome del sillón, sin acercarme a ella.

—Es un buen momento, siempre que lo que me cuentes sea verdad o… «La verdad». Yo ya tengo una idea clara de tu verdad, pero quizás escucharla de tu boca sería un bonito regalo.

—¿De qué verdad hablas?

—De la nuestra, de la tuya. De todo lo que hay detrás de ti desde el día que decidiste venir a esta casa y disfrutar de tus «vacaciones».

—¿Y qué verdad es esa? Me encantaría escucharla. Así podría entender de qué coño estás hablando —le digo harto de esa mirada inquisitiva y esa frialdad.

—¿Sabes? Cuando venía hacia aquí, estaba enfadada, furiosa… Pero conforme me acercaba, me he dado cuenta de que era absurdo sentirme así. Lo mire como lo mire, ha estado bien lo que hemos vivido. Me hubiera gustado que fueras sincero y me dijeras que lo único que te ha importado en todo este tiempo es la venta de la casa, pero lo hemos pasado bien, así que creo que compensa.

—¿A qué viene eso ahora? —le pregunto tan confundido que hasta me siento mareado.

—Me ha jodido enterarme de que me mentiste con ese chico, con Zephyr Featherstone. Lo recuerdo perfectamente. Estuvo ingresado en la clínica, en la que yo trabajé, ¿recuerdas? La que te mencioné en alguna ocasión. No hacía falta que me contaras todo ese rollo, podrías haberme dicho que le habías prestado dinero a un amigo, a cualquier amigo, para cualquier cosa. Pero supongo que mencionar a ese chico le aportaba un drama extra al tema. Así podías hacerme partícipe de tu gran problema al no recuperar tu dinero, el que le prestaste a tu pobre amigo para pagar una factura inexistente. Ese chico estaba cubierto, tenía sus costosos tratamientos completamente cubiertos por la compañía.

No me puedo creer que me esté hablando de este tema, pero no por el contenido, sino por la

forma en la que lo está haciendo.

—¿Has investigado?

—Eso he hecho. No ha sido difícil, supongo que no contabas con ello. Lo demás ha llegado solo, no ha hecho falta tomarme muchas molestias.

—Ilústrame, ¿qué es lo demás? —le digo a la defensiva. Tendré mi oportunidad de hablar, pero necesito escuchar todo lo que hay en su cabeza porque todavía estoy intentando entender dónde coño quiere llegar.

—No hacía falta que le pidieras a Madison que me hablara de esas ofertas, podías hacerlo tú mismo, pero sabías que ella le añadiría una pequeña narración sobre las ventajas de esos compradores, la oportunidad y otros temas que recalcó: los mismos que debió comentarte a ti. No hacía falta, Kyle, podías hablarme de la casa sin tanta estrategia. Y tampoco hacía falta que hablaras con Maya del tema. Ya sé que una de esas ofertas es de un familiar suyo. He escuchado lo que hablabais en su consulta.

—No me puedo creer lo que estás diciendo… —le digo completamente consternado—. ¿Aparte de investigar, también escuchas detrás de las puertas?

—Ha valido la pena, créeme, aunque no es algo de lo que me sienta orgullosa. Pero se ha presentado la ocasión. He escuchado cómo le hablabas de las ofertas y cómo ella te daba su opinión sobre una de ellas. Supongo que la mejor es la de su familia… Lo entiendo. Y también he escuchado cómo hablabas con tu amigo. También he escuchado a escondidas, puedes ahorrarte el comentario.

»Le hablabas de Zephyr, ahí descubrí su nombre. Y también del proceso judicial de Kimberly. Lo conocías bien. Yo te lo conté en cuanto Ruby me proporcionó datos. Te hablé de Jace, de sus problemas con Kimberly, del alcohol… Y tú me consolaste… Te proporcioné toda la información que conocía para compartirla contigo, pero tú… ya debías estar al tanto de todo. «Tal y como te conté…», creo que fue eso lo que te dijo Axel. No sé qué hay detrás de esos comentarios, ni de esa indemnización, ni qué interés tienes, pero no quiero ni saberlo. Lo único que te importaba desde un principio era la puta venta de la casa.

»Y para eso te inventaste ese préstamo que no te devolvieron y… seguramente el pago de tu casa de Astoria también sea mentira. Pero no importa, Kyle porque lo hemos pasado bien. Nos hemos entretenido, hemos follado, hemos disfrutado de muchos momentos y nos hemos reído. Creo que has pasado unas buenas vacaciones y yo también. Pero no hacía falta tanta mentira ni tanta estrategia.

»Yo no tenía donde caerme muerta cuando llegué aquí. Llegué con un despido traumático, un apartamento con los días contados, y unos ahorros mínimos. Me cayó del cielo esta casa, he disfrutado de ella, tengo un trabajo y encima he follado durante dos meses contigo y me he divertido. Saxonburg ofrece pocas posibilidades de diversión.

»Tu objetivo está cumplido. Ayer me dijo tu amigo que era una pena que tuviéramos que vender la casa «Ya», con lo bonita que era. «Ya». Lo recalcó varias veces, y lo hizo cuando no estabas delante. Era como una presión añadida, que no conseguí entender. Pero era innecesaria. ¿Se lo pediste tú? ¿Vela por tus intereses? ¿Todavía tenías miedo de que me negara? No voy a ponerte ninguna objeción en la venta, ni una sola. No hace falta que me cuentes dramas ni mentiras, que hables con Madison, con Maya o que le pidas a tu amigo que me tantee.

Guardamos silencio, un eterno minuto en el que no sé si salir corriendo, echarme a llorar o estrangularla. Pero no puedo, tengo un dolor en el pecho que empieza a preocuparme. Podría decir tantas cosas. Me estoy desinflando, desarmando, haciendo pedazos…

Me armo de valor, solo de un poco, con la esperanza de escuchar algo distinto, algo que me

diga que vale la pena luchar.

—Me han faltado preguntas en ese discurso tuyo… Las he echado en falta.

—¿Preguntas?

—Sí, preguntas, Eve, no sentencias. Es lo que has hecho. Ni una sola puta pregunta, ni una sola duda. ¿Las tienes? Todavía albergo la esperanza.

—Sí. Tengo una. ¿Ha merecido la pena? Aunque también puedo darte la respuesta.

—Ilústrame de nuevo. Contéstate tú misma…

—Yo creo que sí. Llegaste con un objetivo claro y fuiste trabajando tu estrategia. Has sido torpe, algo descuidado y has trabajado en exceso, pero lo has conseguido. Nos hemos divertido, hermanito.

—¿Tú crees que me ha merecido la pena? Todo ese esfuerzo por mentirte y conspirar ha sido agotador —le suelto con un sarcasmo que me asfixia y me corta la respiración.

—Te repondrás en cuanto tengas los beneficios de la mitad de la casa. Y ahora… Dime. ¿De qué querías hablarme? Tengo curiosidad. ¿Era una verdad, una mentira, una estrategia…?

—De mi vuelta a Nueva York… —le digo sintiendo que no me corre sangre por las venas.

—¡Ah! De eso… ¿Quieres que hagamos una despedida? Yo no soy tan buena interpretando como tú. Habría sido bonito llegar a casa hoy y sonreír, como hice ayer cuando me encontré a tu amigo, después de todo lo que había ido descubriendo. Pero no he podido, Kyle, hoy ya no he tenido fuerzas. Habría sido más bonito fingir que no sé nada, dejarme envolver por tus brazos y follar en la piscina, como tantas veces. Decirte adiós con la mano mientras se aleja tu coche, después de haber hablado de «la próxima vez». Habría sido más bonito y más digno seguir fingiendo que creía en esta preciosa «historia de amor». Siento haberte estropeado el final. Solo te quedaba el esfuerzo de unos pocos días.

»No debiste tomarte tantas molestias. Con menos, habrías alcanzado el mismo objetivo. La casa está en venta. Ponte en contacto con Madison, o pídeselo a tu abogado. Yo me marcharé en cuanto esté todo gestionado. Puedes custodiar las obras de arte y hacer lo que consideres. Tengo tiempo de despedirme otra vez de esta casa y de mi madre y de esa preciosa historia de amor que vivió junto a tu padre. Aunque… ahora… —Me mira furiosa con los ojos brillantes— me resulta imposible dejar de pensar que… Si no hubiera conocido a tu padre, todavía estaría viva…

Ese golpe me parte en dos. Me abre en canal, es demasiado para mí. ¿Cómo puede decirme algo así?

Se marcha. Se va. Ni una sola palabra más. Escucho la puerta de su dormitorio al cerrarse.

Eso es lo único que soy capaz de retener en mi mente: una puerta cerrada.

Jamás antes me había sentido tan desarmado, tan incapaz de defenderme.

Me dirijo a mi dormitorio.

Observo su puerta cerrada.

La sigo observando. Puedo ver cada veta de la madera, cada poro… Solo tengo que golpearla, gritarle desde esta parte lo mucho que se equivoca, pero soy incapaz de hacerlo.

Sigo creyendo en el destino, y esta vez me está diciendo que esa puerta debe seguir cerrada.

Me refugio durante dos horas en mi dormitorio. Estoy mirando el techo, intentando que al menos una sola imagen de las que pasan por mi cabeza lo haga con algo de calma, sin doler, sin romperme más.

Es demasiado intenso y eso me alarma cada vez más.

Escucho sus pasos dirigiéndose hacia el exterior. Después… el sonido de la puerta al cerrarse. Después, el motor de su coche.

Recuerdo cada palabra que ha salido de su boca y me retuerzo de rabia y de dolor. Ni una sola duda… No tenía ni la más mínima duda. Ha alzado el puto martillo y ha dictado sentencia sin ni siquiera formular una puta pregunta.

Observo mi móvil. Medito dos minutos, no necesito más.
Consulto mi reloj. Las nueve de la noche.

Marco su número de teléfono.
—Hola, Kyle…
—Hola, Sienna. Solo quiero hacerte una pregunta…
—Que sea rápida…
—¿Aún estás a tiempo de anularlo todo y dejarlo como estaba? Quiero volver a Nueva York.

76

Eve

Era el final

Después de pasar horas conduciendo.

Cuando descubro que su coche no está aparcado, siento algo de alivio. De alguna forma, temía encontrármelo en el salón al llegar.

Lo que queda de mí entra en casa lentamente. Ya me he despojado de la rabia y de todo el dolor que sentía con él, pero ahora tengo que pedirle cuentas a la vida y esa tarda más en consolar.

He pensado en la posibilidad de pasar unos días en un hotel hasta que se marche porque no voy a ser capaz de volver a verlo.

Maldita sea, me he enamorado de él de una manera que no me va a dejar vivir en paz el resto de mi vida.

Esto es demasiado intenso…

Sabía que él podía sentir de otra forma, que estaba apretando el acelerador, pero perdí el control y ahora no sé qué hacer con esta sensación de haber sido utilizada.

Solo veo en mi cabeza a Caleb, a Kimberly, a mi jefe, a mi madre… a todas las personas que una vez me hicieron daño.

Y a él… con esa actitud fría que ha mantenido en el salón.

Son las tres de la madrugada…

Me dirijo a mi dormitorio completamente exhausta. Cada paso lo siento más pesado que el anterior, como si la fatiga no solo se alojara en mi cuerpo, sino en el mismísimo aire que estoy respirando. Quiero cerrar los ojos y apagarlo todo por unas horas, olvidar lo que ha pasado.

Pero entonces, al pasar junto a su puerta entreabierta, algo me llama la atención.

Desde aquí puedo ver que ni siquiera se ha acostado. La cama sigue intacta, sin una sola arruga. Me quedo inmóvil, sintiendo un escalofrío que me recorre la espalda.

Doy un paso hacia adelante, como si una fuerza invisible me empujara. Asomo la cabeza y la imagen que encuentro me atraviesa el pecho. Todo está inusualmente recogido. Excesivamente ordenado.

Vacío, diría yo.

Sin pensar, cruzo la habitación en un par de zancadas y abro el armario.

Vacío.

El impacto es inmediato, un golpe seco en el estómago. Mis ojos recorren el espacio en busca de algo, cualquier cosa que me haga pensar que me equivoco, que no ha hecho lo que creo que ha hecho. Pero solo quedan perchas desnudas.

Abro los cajones con manos temblorosas. Nada.

Camino hacia la mesita de noche, con la absurda esperanza de encontrar su reloj, su cartera, cualquier rastro de él. Pero el cajón también está vacío.

Mi pecho sube y baja rápidamente, como si el aire en la habitación se hubiera vuelto irrespirable.

Entro en su baño.

Nada. Vacío.

En el armario hay varios frascos, entre perfumes y cosméticos, a punto de agotarse.
Me acerco a uno de ellos y aspiro su aroma.
Pecado…
Y me rompe.
Kyle se ha ido.
Y con él, su aroma a pecado.
Y con él, parte de mí.

77

Kyle

Una nueva etapa

Nueva York. Recién llegado.

—¿Por qué no se lo aclaraste? Podías haberle aclarado todo —me dice Axel después de que, veinticuatro horas después de llegar a mi casa, he tenido fuerzas para explicarle lo ocurrido.

—¿De verdad crees que merecía la pena? ¿Crees que, ante toda esa rabia, esa desconfianza, esas absurdas acusaciones, podía molestarme en aclararle que se estaba equivocando?

—Te entiendo, pero… si algo está claro es que ha sacado conclusiones equivocadas.

—Le di un giro a mi vida, Axel. Le pedí a Sienna que me alargara la baja, que me tramitara el programa en otro hospital. Le di la vuelta a todo para estar con ella porque no soportaba la idea de separarme de ella. Y me encontré a un témpano de hielo acusándome de ser un estratega interesado en vender una casa. Todo lo que le he dicho, lo que hemos vivido, lo que hemos pasado juntos… ¿Para convencerla de que venda una casa? ¿Esa es la mujer por la que quería cambiar mi vida? ¿La que ni siquiera se permite tener una duda, ni hacerme una mísera pregunta y desconfía de mí reduciéndome a un cutre interesado en el dinero que voy a obtener por la venta de mi herencia? Ni tenía fuerzas, ni valía la pena. Me he equivocado y se acabó.

—Lo siento, Kyle. Te entiendo, yo soy igual de orgulloso que tú y…

—¿Orgulloso? No es una cuestión de orgullo, Axel. Que me he enamorado de ella, que la quiero, que solo hemos estado dos meses juntos, pero…

Me rompo. Ya no puedo más. Tengo que colgar.

Lloro y lloro descontroladamente.

Es como si ahora la rabia que sentía y que me ha acompañado desde que abandoné la casa, se hubiera despejado para dar paso a algo que aún duele más: saber que se ha acabado.

Que la he perdido.

Que la voy a echar de menos cada minuto.

Que mis pequeños sueños se han ido a la mierda.

Que no voy a poder volver a tocarla más dentro de esa bendita piscina.

78

Eve

Mi nueva vida sin él

Dos días desde que se marchó.

Ayer fui incapaz de acudir al centro médico. Por suerte, hoy es sábado y no tengo que dar explicaciones. Un simple dolor de estómago fue la excusa que le di a Maya y también a Madison, que debió enterarse de la noticia en pocas horas, como todo lo que ocurre en Saxonburg, y me ha llamado para preguntarme por mi estado.

No sé si conocen la noticia de su marcha, si es así no me han dicho nada.

Ruby ha sido mi compañera durante todas las horas libres que ha tenido.

Ha maldecido conmigo, ha despotricado, lo ha insultado y también me ha recriminado que me haya involucrado tanto. Supongo que es su forma de decirme que no vale la pena.

Su visión sobre el amor es… muy peculiar.

Y la mía también lo era, hasta que le he conocido.

«Pues niégate a vender la casa…. Jódelo todo lo que puedas», me ha aconsejado.

Esa es Ruby, pero por suerte la conozco bien y sé que en el fondo entiende lo absurdo que es eso.

Estoy aturdida, he abusado de los somníferos. Ayer era la única forma que tuve de desconectar del mundo.

Pero hoy empieza una realidad que duele bastante.

No quiero echarle de menos…

Quiero superar esto…

No sé ni lo que quiero.

Escucho golpes en la puerta. Después el timbre.

Madison está sonriendo y viene con una cesta cargada de algo que no puedo ver.

—¿Estás mejor?

—Sí… —le digo abriendo paso para que entre.

—Te dejo en la cocina el pastel de carne y las frutas que Harold ha cogido del invernadero.

Asiento con la cabeza mientras la sigo hasta la cocina.

—¿Dónde? —me pregunta delante de los dos frigoríficos.

—Da igual, pero en ese está bien —le digo señalando el mío.

Termina de colocarlo todo con sumo cuidado.

Me sujeta la cara entre sus manos.

—Kyle se ha ido —le digo a punto de echarme a llorar, pero me contengo.

—Lo sé, ayer por la noche llamó a Harold desde Nueva York.

Confirmado. Ha vuelto a Nueva York.

—¿Qué le dijo?

—Habló con él, yo solo sé algunas cosillas. ¿Me lo quieres contar tú?

—Yo… Creo que sí, Madison, pero es una historia muy larga y muy… larga, o… muy corta,

según se mire.

Me conduce hasta el salón y se sienta en el sillón de mi madre.

Yo la observo. Ese simple gesto me envuelve de dolor. Estoy a punto de decirle que se cambie de sitio, pero guardo silencio y me siento en el de James… o en el de Kyle. Lo hago lentamente, como si pudiera rozar su piel al hacerlo.

Esto va a costar mucho superarlo.

Empiezo mi historia y me doy cuenta de lo mucho que lo necesito hacer.

Hasta ahora, solo Ruby conoce la historia completa, pero la ha vivido conmigo según iba avanzando. Ahora me siento como si tuviera que contarla desde el principio para incluso sellarla yo misma y dejarla a un lado.

Y empiezo a relatar todas nuestras casualidades.

Empiezo por el motel, por aquella noche apasionada.

Después le sigue el funeral, su actitud y la historia del accidente de Kimberly. Continúo con las disputas, las confesiones, el despido de la clínica, el préstamo a su amigo, la piscina, la paz, el homenaje a nuestros padres, la investigación sobre su enfermedad, la investigación sobre la cobertura médica de su amigo, la visita de Axel, lo que escuché en el despacho de Maya, lo que le pidió a ella sobre la venta de la casa… Y termino con la disputa final y con su marcha.

Madison me escucha mientras lo relato de forma apasionada. A veces río, a veces dejo escapar una lágrima, a veces me sonrojo…

Es una gran terapia y siento como me voy vaciando lentamente de ese peso que me ha acompañado desde que descubrí que se había marchado.

Por primera vez en más de una hora, Madison interviene con palabras.

—Cuando me llegaron esas dos ofertas, le llamé para contárselo. De eso ya hace algunos días. Me pidió que te llamara a ti también y te contara lo mismo para que tuvierais la misma información.

—Yo creo que quería que me convencieras, que me sedujeras con una de ellas.

—No, Eve, si eso es lo que él hubiera deseado, no habría hablado con Harold para que le ayudara a encontrar la forma de no perder la venta y poder seguir viviendo en la casa durante más tiempo, hasta que tú terminaras tu contrato.

—¿Qué?

—Eso es lo que ha hecho durante los últimos días con Harold. Han presentado una oferta a uno de esos compradores con unas condiciones muy concretas. Tengo entendido que quería darte una sorpresa y, si Harold no me ha informado mal, te la quería dar la noche en que discutisteis. Era un buen acuerdo, solo quedaba que os reunierais y concretarais. Harold dice que es ideal para vosotros.

Estoy algo descolocada. No entiendo nada.

—A él le interesaba venderla, Madison, no sé por qué hizo eso.

—Para poder vivir en ella mientras estuvierais los dos en Saxonburg. Es así de sencillo.

—Pero él se marchaba a Nueva York en pocos días…

—No. Se ha marchado ahora, pero no eran esas sus intenciones hace unos días. Pensaba pasar tres meses más en Saxonburg.

—¿De qué estás hablando?

—Harold me ha dicho que tenía pendiente unos meses de residencia y que los iba a cursar en el hospital de Pittsburgh. Lo tenía previsto, ya había realizado las gestiones. Creo que esa era parte de la sorpresa de esa noche.

—No entiendo nada de lo que me estás contando… ¿En Pittsburgh?

—No puedo darte detalles, no conozco su carrera hasta ese nivel, pero creo que Maya te lo puede aclarar. Habló con ella de ese hospital. Ella está muy vinculada como sabrás.

—¿Maya lo sabía?

—Ella te lo puede explicar mejor que yo, solo sé lo que me ha contado Harold. No sé qué escuchaste cuando los oíste hablar, como me has contado en tu historia, pero me temo que la conversación no giraba en torno a la casa como tú crees. Maya no tiene nada que ver con la venta.

—Me dijiste que una oferta era de parte de un familiar de Maya.

—Sí, pero te lo dije yo. Ella ni siquiera debe saberlo. ¿Te ha hablado Maya de ello?

—No.

Todo me da vueltas. Ellos hablaban de unas ofertas.

Mi mente se dispara intentando recordar cada palabra.

No sé cuánto tiempo estoy ausente, pero Madison me toca en el brazo y me señala su móvil. Aparece el nombre de Maya en la pantalla.

—¿Lo aclaramos?

No estoy en condiciones de tomar decisiones, pero tampoco pierdo nada. Estoy tan aturdida con lo que estoy escuchando que no puedo ni pensar.

—Maya, querida, cuéntale a Eve qué hablaste con Kyle cuando fue a visitarte. Es importante. Te está escuchando.

—¿Con Kyle? ¡Oh! Hola, Eve. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias, estoy mejor.

—¿Ha pasado algo?

—No, es solo que me preguntaba si Kyle te había hablado de nuestra casa, de la de nuestros padres, de la venta. Sé que estuvo en tu consulta…

Maya debe estar intentando entender la situación, pero Madison la tranquiliza y la anima a que nos lo cuente.

—¿De la casa? Yo nunca he hablado con Kyle de ninguna casa. Él me visitó para hablarme de las ofertas que tenía cuando se licenciara en su especialidad, dentro de unos meses. Una de ellas era el hospital de Pittsburgh. Me pidió referencias, incluso había decidido terminar unos meses que le quedaban del programa de cirugía en ese mismo hospital. También me pidió que no te comentara nada, creo que era una sorpresa…

Las ofertas de los hospitales, las salidas después de licenciarse… Sí, lo recuerdo. Me habló de ello.

¡Dios mío! ¿Qué es lo que yo escuché en esa consulta?

«Dos ofertas».

«Yo te recomiendo».

«No se lo digas a Eve».

Cuando vuelvo a conectar con la realidad, Madison ya no sostiene el móvil y me está mirando con ternura.

—Me temo que, al menos en algunas cosas, has sacado conclusiones precipitadas, cielo.

—No me dijo nada…

—Quizás le dolieron mucho tus acusaciones, Eve.

—¿Eso crees?

—Eso es lo que le dijo a Harold.

Esas palabras me devuelven aún más a la realidad. A una maldita realidad que yo misma he

creado.

79

Eve

Mis dudas

Veinticuatro horas después de hablar con Madison.

«Dolido». Esa es la palabra que se remite en mi mente una y otra vez.

Dolido…

¿Dolido por mis acusaciones?

Sí, yo estaba muy alterada, fui muy directa, pero le di opción de hablarme de ello y no lo hizo. O quizás no le di tanta opción…

¿Por qué no me aclaró que tenía esos planes con el trabajo o con la casa? ¿Por qué no me aclaro lo de Maya? ¿O lo de Madison?

Solo me dijo que tenía que contarme algo. Pero no lo hizo. Si él estaba dolido, podía haber entendido que yo también lo estaba por todo lo que le estaba contando, equivocada o no.

En cualquier caso, lo que Madison me contó no justifica todo lo demás. Lo de Zephyr era mentira y me lo contó cuando entre nosotros ya había surgido un acercamiento. ¿Pensaba confesármelo aquella noche?

Y si era así, ¿por qué no lo hizo?

Intento convencerme a mí misma, pero confieso que no me siento segura con mi actitud.

Llevo un día entero sin apenas cerrar los ojos y ya no puedo más.

Pasear por el jardín, me mata, hacerlo por la casa me rompe en pedazos y salir de ella me aterroriza.

Mañana tengo que volver al trabajo y ni siquiera sé cómo voy a recuperar esa fuerza que había adquirido, la que él me había ayudado a recuperar con sus terapias con el bonsái.

El bonsái…

Estoy segura de que se lo ha llevado, pero necesito comprobarlo.

Me armo de valor y lo busco por las estancias. Creo que estoy empezando a perder la cordura.

Una a una voy recorriéndolas despacio. Si no me engaño, Bruce es la excusa que necesito para echarle valor. Hasta ahora no he sido capaz de volver a entrar en su dormitorio, ni en la piscina, ni tampoco en la zona de nuestros padres.

Los recuerdos se agolpan y como si quisiera castigarme con ellos, sigo el recorrido.

Me odio en algunos momentos.

Me comprendo.

Me rechazo con algunos objetos que observo y que formaron parte de algún momento divertido.

Me animo cuando otros me traen malos recuerdos, como la chimenea y sus confesiones.

Me vengo arriba cuando algún objeto me altera al recordarlo, me hundo cuando me invade la ternura que me inspira algún otro.

«Se ha llevado el bonsái», digo en voz alta antes de que las lágrimas se agolpen y salgan descontroladas.

Vuelvo al salón, agotada, y me abrazo al cojín de mi madre.

Así permanezco durante una hora exacta de reloj.

El timbre se encarga de ponerle fin a ese duelo despiadado y sangriento que estoy manteniendo conmigo misma.

¿Será él?

Corro hacia la puerta.

Me llevo una sorpresa, pero no porque se trate de Kyle, sino de Axel, su amigo.

—Antes de volver a Nueva York me he desviado desde Youngstown —me dice con una expresión dura, muy dura.

—Kyle no está…

—Lo sé. He venido a hablar contigo.

Doy un paso hacia un lado y le permito entrar en la casa.

Me detengo en medio del salón. Sé que no es una visita de cortesía.

—¿Y bien?

—Te robaré poco tiempo, solo he venido a decirte lo mucho que estás equivocada. Él no te lo dijo cuando le acusaste de toda esa mierda, y puedo entenderlo, pero me jode de todas las maneras posibles que esto se quede en un cruce de acusaciones de las que no tienes ni idea.

Bajo la cabeza y me cruzo de brazos. De momento, no pienso abrir la boca.

—Sé todo lo que ha ocurrido entre vosotros y sé de qué lo acusaste. Si él supiera que estoy aquí, me estrangulará con sus propias manos, pero, aunque entiendo que no se tomara molestias en hablar contigo, sí quiero hacerlo yo. Yo no te quiero ni me duele ni estoy enamorado de ti, así que puedo hacerlo con total tranquilidad. Entre sus planes estaba acabar de formalizar su residencia en Pittsburgh. Quería completar allí sus dos meses de programa. Su jefa ya lo había empezado a gestionar.

»Alargó su baja un mes más para poder dedicártelos en cuerpo y alma. Y también estaba negociando el poder permanecer en la casa durante varios meses, hasta que os marcharais. ¿Sabes por qué? Porque amaba esta casa y a ti también. Y sabía que te dolía tener que dejarla.

»Lo único que le importaba no era vender la casa, como le acusaste, Eve, eso había dejado de importarle. Era yo el que le recordaba constantemente que debía estar encima de esa venta para poder atender su deuda. Porque esa deuda existe. Y la casa de Astoria también. Un sueño que hizo realidad, al menos en una parte, con mucho trabajo.

»Le prestó ese dinero a Gabriel porque él le mintió. Le dijo que era para cubrir los gastos médicos de Zephyr durante su ingreso. Le mintió porque necesitaba el dinero para cubrir sus deudas de juego, pero de eso se enteró la noche que yo estuve aquí. Cuando estábamos cenando, se acababa de enterar. Aguantó el tipo, a pesar de haber descubierto que su mejor amigo le mintió, le engañó, le humilló y le estafó. Porque ese dinero no volverá a verlo jamás y soy yo el que le recomendé que lo denunciara porque va a cobrar una linda indemnización por la muerte de su hermano.

»¿Sabes por qué ha tenido dos meses de baja laboral? No, no lo sabes. Yo sí. Porque se enfrentó a tu amiga en el hospital y le dijo que era una asesina. Y su padre presentó una reclamación, una que le hubiera perjudicado enormemente si no fuera por el ingenio de su jefa que alegó la muerte de su padre y consiguió que le concedieran un permiso de baja por estrés por una situación de pérdida familiar.

»Ese es Kyle. El que antes de pensar en su carrera, tuvo la brillante idea de llamarle asesina a la cara a tu maldita amiga, o examiga, o lo que sea, porque su mejor amigo había perdido a su hermano, y su hermano solo tenía diecinueve años. Le pregunté por qué no te lo contó una vez

que tuvisteis un acercamiento. «Porque sé que el tema de su amiga le duele y lo evito todo lo que puedo». Esa fue la respuesta que me dio hace un mes más o menos.

El cuerpo hace tiempo que me tiembla y ya no me aguanta. Me apoyo sobre la mesa y sigo guardando silencio. Si abro la boca, me rompo a llorar.

—¿Sabes por qué estoy aquí? Porque lo he visto destrozado, hundido y no soporto que sea así. No sé cuánto te importa, pero al menos quédate con el recuerdo de que te has equivocado en todo, absolutamente en todo. Y en cuanto a lo que le dijiste de su padre… Eso me parece muy ruin, Eve.

Asiento con la cabeza, la poca que me queda pegada al cuerpo.

—Y ahora, ya puedes echarme. Ya me he quedado jodidamente bien con lo que te he dicho. Ya me siento mejor. Kyle te quería, Eve, y quiso cambiar toda su carrera para estar contigo. Que sea feliz, Eve, en este precioso pueblo. Pero lo serás sola, al menos no con el mejor tipo que probablemente se haya cruzado en tu vida. Eso te lo garantizo.

Se dirige a la puerta.

—Tenía miedo, Axel. Solo era miedo de creer que él no sentía lo mismo que yo… Era miedo y… ya no sé qué más.

Me doy la vuelta para ocultar las lágrimas que salen a borbotones de mis ojos.

Espero el portazo, pero no llega.

De repente, me encuentro con unos brazos grandes que me rodean.

—Joder —me dice—. Si te dejo en este estado, sí que no me lo perdona. ¿Por qué coño me meto en donde nadie me llama?

No entiendo nada, pero agradezco el abrazo.

80

Kyle

¿Qué demonios es esto?

Cinco días después de volver de Saxonburg. Quinto día de pesadilla.

Mi casa está demasiado oscura cuando empujo la puerta y entro: como yo. He perdido la costumbre de dejar las tres lámparas de la entrada encendidas, como a mí me gusta.

El paseo no ha servido de nada; mi cabeza sigue siendo un caos, un nudo de pensamientos que giran una y otra vez en torno a ella.

Eve.

Su nombre me pesa como si fuera una losa de mármol en la espalda. No importa cuánto intente alejarme de lo que pasó, de sus acusaciones, de la manera en que me sentenció sin escuchar y sin preguntar, vuelvo una y otra vez a ello.

Se supone que debería estar enfadado y resentido. Pero lo único que siento es una punzada de dolor cada vez que me acuerdo de ella, de su coleta mojada y de la forma en que me desterró sin contemplaciones.

Cierro la puerta con un leve empujón y dejo caer las llaves sobre la mesa de la entrada. El sonido resuena en el silencio de la casa y me produce un escalofrío. Me paso una mano por el rostro y suspiro varias veces seguidas.

Odio cómo suenan esos malditos suspiros.

No tengo hambre. No tengo sueño. No tengo ganas de nada.

Llevo cinco días sin hacer nada que no sea lamentarme, correr por los alrededores de la comunidad, y atormentar de vez en cuando a Sienna con mis penas.

No he vuelto al trabajo. Aunque la finalidad era distinta, hemos mantenido unas semanas más la baja. Esta vez no se trata del duelo de mi padre, pero se trata de otro que Sienna considera que también tengo que pasar antes de volver al hospital.

De momento, el programa lo seguiré cursando en el Presbyterian, y después decidiré la mejor opción, aunque tengo claro que acudir a Pittsburgh ya ha perdido puntos.

Axel me llama cada día y me visita desde que volvió de su viaje, hace dos días. Evita hablarme de Eve, pero cuando lo hace, es menos duro que los primeros días. Creo que quiere que guarde un buen recuerdo, pero no entiende que ella es algo más que eso.

Me siento de una manera que no creí que yo pudiera llegar a sentir en mi vida.

¿Quién se enamora de esa manera en dos meses?

Esto debe ser un error, alguien ha hecho un puto experimento conmigo.

La odio y la quiero a partes iguales. Cada dos minutos cambio de opinión. Entierro el dolor que siento por sus palabras con todos los recuerdos que tengo y acabo llorando como un niño al que le han robado su oso de peluche.

Bruce me comprende. No deja de mirarme, y hasta él está triste. Claro, no lo riego, ni lo podo… Es que sentarme delante de él y recordar la escenita de la poda.

Es un caso grave el mío. Esto no puede ser normal. Puede que sea verdad que alguien ha experimentado con mi mente y me está observando en algún rincón a ver cuántas gilipolleces digo, y por cuántas estupideces me da por llorar.

Yo no lloraba nunca…

Solo alguna pérdida en el hospital me ha arrancado lágrimas, pero no el alma como me lo ha arrancado ella.

Y sus pecas… Esas ya no las veo más y mira que me gustaban. Justo en cada lado de la ingle.

¿Quién tiene dos pecas en la ingle derecha y dos en la izquierda y ninguna más en todo el cuerpo?

Solo ella.

¿Quién se come el rabito de las manzanas? Ella. Solo ella. Y sin que se indigeste, saboreándolo como el que se come un bombón cremoso.

¿Quién se levanta a las tres de la mañana para comer helado y se vuelve a acostar? Ella. Y si la seguía y la descubría, se enfadaba y me reprochaba haber interrumpido su momento clandestino de intimidad. Con esas palabras.

¿Quién…? Podría pasarme el resto de la noche mencionando todas sus «locuras», pero solo conseguiría que me doliera más.

Avanzo hacia el salón como el que arrastra una bola de diez mil kilos. Enciendo la primera lámpara y con ello consigo que se enciendan dos más, distribuidas por todo el solitario salón.

Algo en el suelo detiene mi avance. Un pequeño papel doblado. Frunzo el ceño y lo recojo, pero antes de averiguar de qué se trata, descubro que, a lo largo del salón, se suceden más.

¿Qué es esto?

Pienso en Sienna, en Axel, en todo lo que puede darle una explicación a ese reguero de notas.

Abro la primera; reconozco la espantosa letra de Eve de inmediato. En el borde hay una llama dibujada y lo que intuyo podría ser un árbol, pero el trazo es espantoso.

Mi pulso se acelera mientras centro la vista en ella.

Siento un escalofrío que me recorre toda la espalda. Intento encontrar una explicación, pero no lo hago. Miro a mi alrededor como si pudiera encontrarla en algún rincón, pero mi salón solo contiene papelitos doblados como si fueran los caminos de migas de pan de los cuentos infantiles.

Me atrevo a leerla.

Kyle, la casa sin ti es un desierto emocional. Las paredes susurran tu nombre, o puede que sea el viento, ya no lo sé. La cafetera se niega a funcionar en señal de duelo. Tu sillón está deprimido. Incluso la puerta cruje con más tristeza cuando la abro, como si llorara tu ausencia. Si no vuelves pronto, me temo que el frigorífico congelará mis lágrimas en señal de protesta.

Sé que me voy a arrepentir, pero me lanzo hacia la siguiente nota.

Pero, ¿qué cojones es esto?

¡Dios mío! Pero, ¿cómo puede escribir algo así?

Es tan ridículo que hasta noto calor en las mejillas.

Kyle, te echo de menos tanto como un astronauta extrañaría la gravedad si de repente flotara para siempre en el espacio sin posibilidad de volver.

No puede ser, no me creo que todas sean así, me estoy muriendo de la vergüenza. Pero, ¿es que no le importa escribir esto?

Una tercera. Lo voy a intentar sin morirme de la vergüenza.

Sin ti, mi existencia es una fumarola apagada, una roca fría, un montón de cenizas sin sentido. Regresa antes de que me convierta en un simple montículo inerte en medio de la nada.

Una cuarta, y juro que si es igual no leo ni una más.

¿Suficiente?
Quizás mi propio estilo sea mejor. Es una cuestión de dignidad. Esas tres notas me han costado la vida.

Entonces me lanzo hacia la quinta, ya estoy en medio del salón.

No te mentí cuando te dije que aquella noche, en el motel, me gustaste porque olías a pecado. Aquella noche necesitaba romper reglas, las mías, y necesitaba fingir que no me importaba lo que me acababan de decir. Pretendía condenarla al olvido, a ella, a Eleaine, y tú… hiciste posible que no cometiera esa atrocidad. Hiciste que se me olvidara olvidarla.
Me gustaría mantener el encanto de aquellas primeras disputas y no quitarles el valor que se merecen; decirte que entonces te odiaba y que no soportaba tenerte a mi lado, pero es que ahora creo que en ese entonces ya empecé a quererte… un poquito.
O quizás fue aquella noche, la que abandonaste a hurtadillas la casa y antes de que llegaras a tu coche, ya sentí que te echaba de menos.
Me equivoqué, te juzgué, te sentencié y… apenas te pregunté.
Era miedo lo que tenía. Ahora lo sé.
Era la decepción de creer que no estabas enamorado de mí como yo de ti.
Era la angustia de un final inminente o de tener que escuchar que volveríamos a vernos pronto, sin más.
Era el dolor de pensar que los momentos de la piscina no te importaron como a mí, que no disfrutaste tanto como yo jodiéndote los desayunos o las coladas. Que no le dabas el mismo valor a follar en todos los rincones de la casa, incluyendo algunos del jardín.
Era tristeza por creer que el rincón de las confesiones solo me hizo llorar a mí y que nunca podría volver a compararte con Dios, o volver a llamarte eminencia.
Eso me pasó por enamorarme, y por no tener valor jamás de decírtelo. Miedo. Miedo a un abismo, a uno en que podía caer sola.
Siento no haberte preguntado. Ahora todo lo que pasó con Madison, con Maya, con Zephyr… me parece irreal.
La putada es que me he enamorado, Kyle. Y que he venido a Nueva York esperando que no me odies demasiado.
Sigo confiando en que mis miedos, eran solo miedos y que, de alguna manera, sigues estando ahí.
Me gustaría volver contigo a nuestra casa. Y seguir con tus planes. Y, sobre todo, volver a tiempo para poder participar en la carrera de cortacésped del próximo año. Quisiera entrenar contigo.
Creo que hoy he entendido el curso natural del río de Harold. Yo lo desvié, yo le provoqué para que dejara de fluir y te culpé a ti hacerlo.
Abre la puerta, si quieres verme, aunque sea para decirme que el río ya ha encontrado su curso y no quiere ni oír hablar de mí.
Si tardas, estaré en casa de Sienna.
Si tardas más, estaré camino de Saxonburg.

No puedo evitar una sonrisa amarga. Está jugando con mis recuerdos, con los suyos, con todo lo que hemos compartido. Y lo peor es que funciona.

¡Es una…!

Joder.

Otra vez llorando.

Me apodero de mi móvil y llamo a Sienna.

—Kyle… —me dice con una voz altiva—. ¿Se te ofrece algo?

—¿Quién le abrió la puerta? ¿Creía que tenías las llaves solo para emergencias? Esas notas no se han colocado solas.

—¡Eh! Para. Esto lo ha perpetrado Axel. Yo solo he colaborado a cambio de una reforma en mi dormitorio. Me la ha prometido.

—Te has vendido por un dormitorio…

—Eso lo dices porque no has visto el boceto que ha creado. Ese hombre es una maravilla.

—Voy a abrir la puerta, traidora.

—Se lo digo enseguida.

—¿Qué te ha parecido?

—Que es mejor médico que tú —me suelta antes de colgar.

Abro la puerta. Aún no ha llegado. Espero.

La veo acercarse lentamente, con esa actitud tímida que solo alguna vez he visto, pero que me sigue fascinando como sus otras facetas.

Esto lo han orquestado entre todos, entre mis amigos y por mucho que me hiciera daño, no puedo dejar de volverme loco al verla acercarse.

Miedo…

Yo también lo tuve.

—Te confieso que lo del iceberg me ha conmovido — le digo casi sin poder evitar sonreír, mientras la observo como si tuviera delante una aparición divina. Está tan… ella, tan única en su vulnerabilidad y valentía a la vez… Por mucho que ella hable de miedo.

—¿Solo eso? —me responde con un toque de desafío en la voz, y una ceja levantada, como a mí me gusta.

Me mantengo de pie, en la entrada, sujetando la puerta durante cinco minutos exactos de reloj. Y ella aguanta estoicamente.

Tengo ganas de reírme, pero me mantengo firme.

—Te invitaría a entrar, pero…

—Más vale que lo hagas, gilipollas. Mucha poesía empalagosa y cursi, mucha nota de lo más ridículo, muchas estupideces retorcidamente absurdas que hasta me daba vergüenza escribir… Pero lo he hecho. No sé si tú hubieras sido capaz de hacerlo.

—Eso es un reproche, empezamos mal.

—He venido desde Pensilvania, ya te he pedido perdón, he escuchado durante un largo relato lo que haces con las plantas de tu vecina y jefa y lo creas o no, tengo una máquina cortacésped en el maletero esperando a que la convirtamos en una puñetera máquina de matar hierba a propulsión y ganemos ese puto concurso. No sé si tú hubieras hecho lo mismo.

—Más reproches… Lo vas a estropear todo—le digo intentando que no se me escape la risa.

—Creo que merezco un «yo también me equivoqué», un «fui un gilipollas en el funeral de nuestros padres», un «yo también te culpé de cargarte mi bonsái cuando había sido Harold» y un

«es verdad que se me fue la mano en el cloro aquel día, fui yo y no el encargado de mantenimiento que hacía una semana que no pisaba la casa».

—¿Te mereces todo eso? —le pregunto meneando la cabeza—. ¿Y qué más?

—Me merezco que abras la puta puerta, que me metas en tu casa, que me sientes en alguna barra, si la tienes, que me mires, que me vuelvas a mirar, que observes mi pelo mojado, que me contagies con tu olor a pecado, que me detengas cuando quiera pasar delante de ti, que me empotres en la pared, que estampes los círculos de colores en la espalda, que me folles como aquel día y que empecemos de nuevo… Que me escuches decirte que eres mi peor casualidad y que improvises un rincón en alguna parte donde pueda confesarte una última cosa.

Trago saliva. Me ha desarmado.

—Joder, Eve… —le digo tirando de su brazo mientras siento su respiración entrecortada. Se va a ahogar…

La llevo hasta el centro de mi salón, la beso y la empujo después poco a poco hasta la barra que hay en un lateral. Se clava el borde y grita.

—Este es el rincón que me has pedido. ¿Qué quieres confesarme? —le digo jadeando, envuelto en llamas.

—Que creo en el destino.

—¿Por qué?

—Porque no hay otra forma de entender esto, Kyle.

Le cojo la cara entre las manos.

—Te quiero, Eve, no sabes cuánto…

—Entonces, prométeme que quemarás las notas.

—Las enmarcaré y las llevaré a nuestra casa y empapelaré las paredes con ellas.

—¿A nuestra casa?

—La que tenemos a medias.

—¡Ah! ¿A esa? ¿Cuándo?

—Cuando nos hartemos de follar en esta.

Me la llevo de la mano hacia mi dormitorio, necesito dedicarle horas a saciarme con su cuerpo.

—¿Lo del concurso de cortacésped…? —me pregunta fingiendo estar preocupada.

—Lo ganaremos, mi vida, te lo prometo.

Y llega el beso, las caricias y todo lo que tanto necesitábamos en este momento.

Es un final feliz, como no podía ser de otro modo.

81

Eve

Epílogo

Un año y medio después

—Prometo serte fiel toda mi vida —pronuncia casi en un susurro Kyle mientras me sostiene la mano.

—¡Más alto! Que no se escucha bien —interviene Sienna con la clara intención de ponerlo en un aprieto.

—Pues haberte sentado en primera fila, jefa —le recrimina él, provocando las risas de todos los invitados.

Aunque no es propio de mí, no protesto. Dejo que se tome su tiempo. Estoy disfrutando de esta pequeña exhibición pública y de lo mucho que le está costando arrancar con el discurso.

—Y prometo… —Se detiene y me sonríe de esa forma que sabe que me desquicia y me desarma a partes iguales— no volver a criticar tus desayunos ni alterar el cloro de la piscina.

Asiento con la cabeza y finjo suspirar de alivio.

—Y prometo respetar tu cojín todos los días de mi vida y no volver a boicotearlo ni acercarlo a la chimenea.

—Eso no es suficiente, eminencia… y lo sabes. Más vale que te esfuerces más o te dejo aquí plantado.

—Vale… Pero dame un respiro. Esto no es fácil, Andrews. Y… no abuses porque luego te toca a ti.

—Estoy esperando…

—Prometo deshacerme de todas las notas que me escribiste, las poéticas.

—Y… —le digo, soltándome de la mano.

—No volver a colgarlas en la pared de mi despacho cada vez que no estés en casa. Y no volver a reírme de ellas.

Las risas nos acompañan. A estas alturas todos conocen la existencia de esas notas, no hay ni un solo invitado que no haya visto alguna de ellas, o haya escuchado algún relato de Kyle refiriéndose a su contenido.

Seguimos mirándonos, no sé si debo exigirle alguna promesa más.

Miro a mi alrededor y veo una vida diferente. Una en la que hay muchas personas que se han incorporado a ella en el último año y medio.

Aquí estoy, vestida con un precioso vestido blanco de diseño que Ruby encargó en una exclusiva tienda de Manhattan: es su regalo. El escote, algo más grande de lo que me hubiera gustado, y las transparencias en la parte baja de la espalda, no acaban de ajustarse a mi estilo, pero reconozco que es increíblemente precioso e increíblemente blanco.

En primera fila se encuentra Axel, cuyo regalo ha sido una reforma completa y sofisticada de nuestra buhardilla, convirtiéndola en un dormitorio con vistas a todos los rincones del valle que nos rodea. Y a su lado, Ruby.

Axel y Ruby han congeniado, pero no en el sentido que a Kyle y a mí nos gustaría, por aquello de unirlos para siempre y crear una pareja nueva con las personas que tanto queremos… ¡No! Congenian en la cama, eso sí, por eso se han acostado juntos tres de las cinco veces que han

coincidido. Una en Nueva York, y dos aquí. Solo es sexo, no podría haber nada más entre ellos. Son tan opuestos… Y su forma de vida no tiene cabida para ningún tipo de compromiso.

Ruby ya no vive en Nueva York, aceptó seguir trabajando en Providence, pero no hay ni una sola conversación con ella, y son casi a diario, en la que no escuche: «Pero esto no es Manhattan…».

Sé que volverá, no hay nadie que ame más esa ciudad que ella. Por esa razón, cuando viene a Saxonburg, no deja de decirme lo valiente que soy por vivir aquí. Su cara de asco cuando lo pronuncia es algo que no le tengo en cuenta.

Madison y Harold están en segunda fila, sin que el orden se haya establecido por ningún motivo especial. Son los «padres» oficiales de la ceremonia. Madison se ha convertido en esa «madre» que nunca tuve, y Harold en el «padre» que Kyle tampoco tuvo.

Es una relación especial. Madison me ayuda en mi nuevo puesto, creo que ha encontrado una motivación nueva que la ha apartado un poco de las cuestiones legales de la comunidad científica, de la que ya estaba un poco cansada. Se ocupa del funcionamiento del centro, así como de todos los aspectos legales. Incluso ha sido ella, junto al alcalde, la que ha conseguido que podamos ampliar el centro, incluyendo algunas especialidades médicas a tiempo parcial. Ha luchado por recibir todas las ayudas posibles que la administración nos ha concedido.

Maya, junto a su marido, también se encuentra entre los invitados. Dejó su puesto hace seis meses para aceptar uno en el hospital de Pittsburgh en medicina interna, su verdadera especialidad, la que dejó en el aire durante un tiempo y Kyle le animó a terminar.

Ahora soy yo quien dirige el centro médico. Saxonburg ha crecido. Han cerrado dos centros pertenecientes a dos pueblos colindantes y lo han centrado todo en el que ahora es mi pequeño pueblo. El número de pacientes se ha duplicado y también el de personal. Ahora somos un equipo de cinco. Dos enfermeras y tres médicos.

Como curiosidad, debo decir que Kyle me ayudó en el proceso de selección de uno de los médicos. Lo más divertido fue ver cómo iba descartando a todos los hombres sin piedad, sin leerse ni siquiera el *currículum*. Pues tuvo que fastidiarse porque uno de mis nuevos compañeros es un hombre. Pero para mi fastidio, no puedo atacarle con ello ni sacarle de quicio: está casado, es la mitad de alto que yo, me dobla la edad y tiene cinco hijos.

Sienna también está sentada entre ellos. Ella sigue siendo la mayor consejera de Kyle en su nuevo puesto, aunque sea a distancia. Él aceptó un puesto cuando terminó su programa en el mismo hospital y es inmensamente feliz, no podría expresarlo de otro modo. Coincide con Maya en muchas ocasiones y, muchas también, planean alguna actividad para el fin de semana junto a su reciente marido y yo.

Ella se ha convertido en mi amiga, en mi mejor amiga. Y aunque me duela decirlo, eso me ha ayudado a no echar tanto de menos a Ruby.

Kimberly pasó a la historia. Todavía está cumpliendo una condena en régimen de libertad condicional. Tiene una prohibición de diez años de no conducir y terminó su terapia contra el alcohol. Nunca supe si fue real o una estrategia legal.

La menciono porque dentro de esta historia no podían faltar las casualidades. Y, aunque, no puedo confirmarlo, Ruby me ha contado que algunos de sus amigos de Manhattan le han dicho que la han visto acompañada de Grayson en muchas ocasiones.

Quizás, si es verdad, es lo que tiene el destino, que une a los que realmente se necesitan. Ella, con sus necesidades especiales de atención. Él, con sus necesidades especiales de prestar atención.

En cuanto a Gabriel… Desapareció de la faz de la tierra con su indemnización a cuestas.

Kyle vendió su casa de Astoria y liquidó su deuda con el banco. Y… el destino, o la casualidad, o quien quiera que sea, quiso que hace solo un mes, después de varios conflictos legales, que Madison se ha ocupado de resolver, recibiéramos una interesante cantidad de dinero de un seguro de vida que James y Eleaine tenían concertado.

El conflicto de la defunción «sin cuerpo» retrasó los trámites, pero finalmente hemos podido recibir una cantidad que vamos a seguir invirtiendo en nuestra casa, la que perteneció a ellos y que hemos ido reformando poco a poco: nuestro hogar.

Casualidades…

Esa es nuestra historia.

No sé si llamarla así, o llamarla destino, pero tiene que haber una explicación para justificar que yo tuviera la oportunidad de dejar atrás mi insufrible vida en Nueva York para aterrizar en este lugar y convertirlo en un hogar, enamorarme, formar una familia con desconocidos y ser feliz.

Y ellos… ¿Qué puedo decir de ellos?

Ahora son dos fantasmas que queremos y respetamos. Los conocemos a través de todo lo que nos vamos encontrando día a día, pero siguen siendo aquellos padres que podían haber sido y no fueron.

Hemos recogido tres premios de parte de comunidades científicas y geológicas. Dos de ellos estatales, y uno a nivel local. Hemos inaugurado el nuevo nombre del auditorio: Auditorio Bauer & Andrews. Y hemos inaugurado el mausoleo que han creado en el cementerio que «supuestamente» y «simbólicamente» alberga sus restos. Por supuesto, no podía faltar un volcán en su interior.

Les llevamos flores con frecuencia. Y muchas veces, delante de ellos, me pregunto qué clase de amor hubo entre ellos para que ella decidiera seguir sus pasos…

Uno que se escapa al conocimiento de muchos.

Hemos conservado los dos sillones. Eso sí, los hemos restaurado y suavizado el rótulo que los encabezaba.

Ahora están en mitad de nuestro jardín, detrás de nosotros, delante de los invitados, esperando que nos sentemos, pero hemos preferido estar de pie.

—Te toca…

—Yo, Eve Andrews…

—Eso no es lo acordado. No podemos ser tan irresponsables el día de nuestra boda. Ahora serás Eve Bauer —protesta ante la atenta y cansada mirada de todos—. Prometo llamarte Andrews todos los días.

—De acuerdo, pero no pienso jurarte que, si te marchas, te voy a seguir y me voy a meter contigo en un volcán. Si te vas, te vas.

—Pero es romántico… —me dice con una mueca infantil, como si estuviera a punto de llorar.

—Vale, si se acaban tus días, te sigo. ¿Contento?

—Eso es romántico…

Llega el beso al tiempo que unimos las manos, unas donde hace meses nos tatuamos un pequeño bonsái envuelto en una pequeña llama de fuego.

Solo nosotros podemos entender lo que significa.

No sé qué me depara el destino, ese en el que sigo creyendo, pero, aunque no se lo haya

dicho, aunque sea prácticamente imposible de entender, porque solo hace casi dos años que le conozco, si hoy supiera que Kyle se marcha, creo que le seguiría hasta el volcán y me dejaría abrasar por sus entrañas.

Puede que algún día, en la intimidad de nuestra piscina… Se lo diga.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado Kyle, mi peor casualidad y quieres conocer otras de mis novelas, aquí te dejo un listado de ellas. Las podrás adquirir en Amazon, tanto en formato digital como en papel.

Serie Error: Jodido Error.
Jodido Doctor.
Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte.
Prohíbeme Despertar.

Serie condenados: Julien. Condenados a encontrarnos.
Daniel. Condenados a entendernos.

Serie enemigos: Cuando somos enemigos.
Cuando estamos prohibidos.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.
Llámame Infiel.
Hasta que escuché tu voz.
Y llegaste a tiempo.
Donde odiarnos es para siempre.

De nuevo, gracias.
Abril Laínez